

Una gran historia de amor inspirada en hechos reales

# EL LARGO CAMINO A CASA

ALAN HLAD



# Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	
28	

29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60

Nota del autor

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

En septiembre de 1940, mientras las bombas alemanas caen sobre Gran Bretaña, la joven Susan y su abuelo Bertie hallan consuelo criando y entrenando palomas mensajeras que el Ejército usará para transmitir información sobre los movimientos de los nazis en la Francia ocupada.

A miles de kilómetros, en Estados Unidos, un joven piloto llamado Ollie decide unirse a la RAF, la Real Fuerza Aérea británica, entrando así en contacto con el Servicio Nacional de Palomas, donde conoce a Susan. Tras hacerse inseparables, ambos serán seleccionados para formar parte de una misión secreta que puede llevar al país a la victoria. Sin embargo, cuando el avión de Ollie es derribado en líneas enemigas, Susan sabe que las posibilidades de reunirse de nuevo son remotas. Pero *Duquesa*, su querida y fiel paloma, demostrará a todo el mundo que nunca debemos perder la esperanza.

Basada en la verdadera historia de la Operación Columba, ideada por Winston Churchill y en la que se usaron miles de palomas durante la guerra, El largo camino a casa es una fascinante y épica novela que homenajea a los seres anónimos que cambiaron el rumbo de la Historia.

# EL LARGO CAMINO A CASA

Alan Hlad

Traducción de Montse Triviño



*Epping, Inglaterra*  
*7 de septiembre de 1940*

El día en que empezó el horror, Susan Shepherd estaba trabajando en un palomar, esparciendo el pienso —una mezcla de sorgo, trigo y guisantes secos— en una larga bandeja metálica. Unos cuantos pichones adormilados sacaron la cabeza de debajo del ala, pero no se molestaron en salir del nido. La mayoría de las palomas estaban fuera, volando en círculos sobre los ondulados pastos verdes o posadas en las ramas de los inclinados abedules del bosque de Epping.

—Vosotras nos ayudaréis a salvar Inglaterra —les susurró.

El palomar era un cobertizo de madera de tres metros y medio por tres metros y medio cuyas paredes estaban repletas de nidos, como si fueran las casillas de una clase de primaria, sólo que en lugar de botas de agua, gorros o guantes mojados, aquellos pequeños compartimentos eran el hogar de más de sesenta palomas. Aquél era el primer palomar que había construido su abuelo, Bertie, antes de que ella naciera. Durante los últimos doce meses, sin embargo, habían construido a toda prisa una docena de palomares más. Desde que ella se había marchado a estudiar Zoología a la Universidad de Londres, el único cambio en la granja de su abuelo era que ahora había más palomas. El mismo olor mohoso: una mezcla de plumas, excrementos y grano. No tenía pensado volver a casa tan pronto, pero su trabajo como voluntaria en el Servicio Colombófilo Nacional la había obligado a posponer sus estudios para dedicarse a una tarea mucho más importante: criar palomas militares.

Mientras Susan se sacudía restos de pienso de la raída falda —remendada con parches y zurcidos— dirigió la mirada hacia las desvaídas marcas de lápiz de la pared. Las había hecho Bertie cuando ella era niña para medir cuánto crecía. Susan pegaba la espalda a la pared y estiraba el cuello como si fuera una jirafa. Ansiosa por crecer, incluso había recurrido al truco de rellenarse los zapatos con pañuelos de papel. Y seis meses después, Bertie se había echado a reír al descubrir que su nieta —que había olvidado los pañuelos de papel— había encogido un par de centímetros. Durante su infancia, había llegado a gustarle el roce del lápiz en lo alto de la cabeza, el sonido de la mina al arañar la pared, el darse la vuelta expectante para comprobar cuánto medía ya mientras un público formado por palomas arrullaba entusiasmado. Susan se arrodilló y acarició la primera marca: era de cuando apenas caminaba, poco después de que se hubiera ido a vivir con Bertie.

*«I had a little bird, its name was Enza. I opened the window and in flew Enza.»*

Susan ahuyentó de su mente aquella canción infantil para saltar a la cuerda, luego cogió una cuchara de madera y rascó el lado de una vieja lata metálica. En su día había contenido la pintura que con el paso del tiempo había empezado a desprenderse del revestimiento exterior de la casa de su abuelo.

Las palomas se dirigieron a un agujero practicado cerca del techo. Una a una, entraron en el palomar y revolotearon hasta posarse. Corretearon por el suelo, moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás y sacudiendo las patas, mientras que el cuerpo permanecía firme, como si fueran capaces de sostener mazorcas de maíz en equilibrio sobre la cola. Entró el último pájaro, se posó en el barril de grano y ladeó la cabeza.

—Hola, *Duquesa* —dijo Susan.

El pájaro —único gracias al reluciente plumaje violeta y verde del cuello, más propio de un pavo real que de una paloma— revoloteó hasta posarse en el suelo y se acercó caminando a los pies de Susan.

—Me temo que te he malcriado un poco.

Susan se echó algo de pienso en la mano y se arrodilló.

*Duquesa* picoteó los granos.

Los golpecitos del pico le hicieron cosquillas a Susan en la palma de la mano. Sabía que no debía dar de comer con la mano a una paloma: no era el protocolo del Servicio Colombófilo, ni el de su abuelo, y, sin duda, causaría problemas si *Duquesa* entraba en servicio. Pero aquella paloma era distinta. Y todo porque un gato salvaje había conseguido colarse bajo la puerta y acabar con la vida de *Skye* e *Islay*, dos de las palomas de carreras que más apreciaba Bertie.

Tres años atrás, Susan y Bertie habían encontrado lo que quedaba de *Skye* detrás del barril de grano. A *Islay* la habían hallado en su nido con una herida grave en un ala: estaba sentada sobre el huevo que había puesto justo antes del ataque. Susan y su abuelo habían tratado de entablillarle el ala con cinta y astillas de madera, pero estaba demasiado débil para comer y había permanecido cinco días incubando el huevo antes de morir. La habían enterrado junto a *Skye* en una de las cajas de tabaco de Bertie, en la linde del bosque de Epping.

Puesto que ninguna de las otras palomas había querido sentarse encima del huevo, contaminado por la tragedia felina, Susan había insistido en incubarlo ella misma, pese a que su abuelo estaba convencido de que las posibilidades de que el huevo eclosionara eran tremendamente escasas, sobre todo sin una incubadora calibrada, que no podían permitirse. Pero Susan era tan cabezota como Bertie, así que había cogido el cuenco azul de cerámica, el que su abuela usaba en otros tiempos para comer las gachas de avena. Había calentado el cuenco con agua de la tetera para conseguir una buena temperatura, después había envuelto con mucho cuidado el huevo en una toalla ligeramente humedecida y lo había metido dentro del cuenco. Por último, había colocado el cuenco debajo de la lámpara de escritorio de Bertie y, con la ayuda de un termómetro, lo había situado a la distancia adecuada para alcanzar la temperatura ideal, que previamente había comprobado introduciendo el termómetro bajo el cuerpo de una paloma que estaba incubando.

Durante dos semanas y dos días, Susan giraba el huevo cada ocho horas y vertía unas gotas de agua en la toalla para conservar la humedad necesaria. Y pese a que las probabilidades apuntaban a que tendría que enterrar el huevo junto a sus padres, el huevo empezó a vibrar un domingo por la mañana, temprano. Susan y su abuelo se saltaron la misa, acercaron las sillas y se quedaron allí tres horas viendo cómo el huevo se iba abriendo lentamente. Cuando las campanas de la iglesia resonaron por todo Epping para dejar libres a los fieles, un tembloroso polluelo se asomó al mundo.

—Tus padres y tu abuela estarían orgullosos de ti —le había dicho Bertie.

Y Susan, con un nudo en el pecho, había sonreído y había acariciado con delicadeza al polluelo.

Había sido un milagro, pero Susan sabía que aquel polluelo seguía teniendo muy pocas posibilidades de sobrevivir sin la ayuda de la leche de buche de sus padres. Decidida a no rendirse, procedió a moler semillas hasta formar una pasta y alimentó ella misma al polluelo. Al cabo de unos días, la cría se tenía en pie, podía desplegar las alas y picotear. Una semana más tarde, ya comía pienso con las demás aves en el palomar. Y Susan la llamó *Duquesa*, pese a que su abuelo prefería bautizar a sus palomas de carreras con el nombre de remotos parajes escoceses que nunca habían visitado.

*Duquesa* se había convertido en un ave extraordinaria. Y no sólo por su aspecto, ya que las plumas del cuello centelleaban como la madreperla. Era su inteligencia —o extraño comportamiento, como decía su abuelo— lo que la hacía destacar entre las demás. Mientras que a las palomas mensajeras se las entrenaba recompensándolas con comida, *Duquesa* parecía moverse más bien por el deseo de entender el mundo que la rodeaba, como si tras sus ojos dorados se ocultara una extraña curiosidad. En lugar de unirse al grupo, *Duquesa* se contentaba con observar comer a sus compañeras posada en el hombro de Susan, zureando a modo de respuesta a las palabras de Susan, como si disfrutara con el arte de la conversación. Más impresionantes aún eran sus condiciones físicas: por lo general, siempre era la primera en llegar a casa después de que Bertie y Susan liberaran a las palomas en un punto lejano para los vuelos de entrenamiento. Bertie solía decir que *Duquesa* era la más rápida en volver sólo porque quería acaparar durante unos minutos toda la atención de Susan. La joven se reía, pero estaba convencida de que había algo de verdad en aquellas palabras.

Mientras Susan le acariciaba el lomo a *Duquesa* con un dedo, se oyó una sirena. Se quedó inmóvil. El sonido empezó como un gruñido sordo y fue aumentando de volumen hasta convertirse en un estridente aullido, que se interrumpía y luego se reanudaba. Se le puso la piel de gallina en los brazos. Las palomas comenzaron a revolotear. Las paredes vibraron. El pienso del comedero tembló.

La puerta se abrió en ese momento de golpe. Su abuelo, un hombre patizambo que llevaba un deslustrado casco de acero, gritó: «¡La Luftwaffe!». Cogió a Susan de la mano y tiró de ella.

Susan vio la puerta de muelle cerrarse tras ella; *Duquesa* estaba tranquila en el suelo mientras

las demás palomas correteaban asustadas.

—*¡Duquesa!*

Se soltó de su abuelo, abrió de nuevo la puerta y cogió al pájaro.

Susan, con la paloma sujeta bajo el brazo, corrió con Bertie hacia el refugio antiaéreo tal y como habían ensayado muchas veces, aunque siempre rezando para que aquel día no llegara nunca. Sabían, sin embargo, que sólo era cuestión de tiempo. Mientras cruzaban el campo corriendo y pasaban junto a otros palomares, se oyó una sirena procedente del cercano aeródromo de North Weald.

Bertie se detuvo a recobrar el aliento. Se subió el viejo casco militar, que le caía sobre los ojos una y otra vez.

—*¡Corre!* —gritó.

Antes de llegar al refugio, la sirena enmudeció y fue sustituida por el zumbido de un enjambre de abejas mecánicas. Susan levantó la mirada y le subió la visera del casco a Bertie. Cientos de bombarderos enemigos, y casi el doble de cazabombarderos, oscurecían el cielo vespertino como si se tratara de un enjambre de moscas negras. Retumbó el fuego de las baterías antiaéreas. Negras nubes estallaron bajo aquel ejército del aire.

El refugio era un amplio montículo de tierra excavado bajo la copa de una inmensa haya. La hierba verde cubría la parte superior, con lo que el refugio se confundía con los terrenos de pasto. A excepción de la puerta delantera, que lo hacía parecer la casa de un hobbit, el refugio quedaba perfectamente camuflado. Susan había ayudado a su abuelo a construirlo, empujando carretillas llenas de tierra y mezclando cemento en cubos para revestir las paredes interiores, reforzadas con los ladrillos y los restos de metal que habían encontrado en una fábrica de conservas derruida. Para la entrada, habían reutilizado la puerta de una vieja letrina.

Los vientres de los bombarderos se abrieron justo cuando Susan y Bertie llegaban al refugio. En lugar de agazaparse en el interior de aquel hoyo, no pudieron evitar poner en riesgo su propia seguridad para quedarse a ver cómo los cazas Hurricane de la Real Fuerza Aérea británica, la RAF, sobrevolaban los árboles y ascendían raudos hacia el cielo. El escuadrón de Hurricanes quedó en clara desventaja numérica cuando los cazas de escolta enemigos, que lucían la Cruz de Hierro, descendieron para rodearlos. Los aviones de la RAF opusieron una breve pero valiente resistencia. Un Hurricane estalló después de que varias ráfagas de fuego enemigo le perforaran el tanque de combustible, y lanzó una lluvia de metralla sobre el bosque de Epping. Otro Hurricane recibió un impacto en la cola, descendió en picado y se estrelló contra un campo, sin que vieran al piloto saltar en paracaídas. Uno a uno, los Hurricanes de la RAF fueron abatidos, y los pocos aviones que tuvieron la suerte de sufrir daños leves se alejaron con los motores echando humo.

Susan y Bertie vieron a los invasores dirigirse hacia Londres, que estaba a poco más de treinta kilómetros, perseguidos tan sólo por el impreciso fuego de las baterías antiaéreas. De los vientres de los bombarderos brotaron semillas de destrucción que cayeron silbando hacia el suelo.

—Dios mío.

Cuando las primeras bombas estallaron, a Susan le empezaron a rodar lágrimas por las mejillas.

A medida que caía la noche, el horizonte en el que se hallaba Londres quedó iluminado por cientos, quizá miles, de inmensas hogueras. Y con la oscuridad llegó una segunda oleada de bombarderos que arrojaron sus cargas explosivas durante toda la noche, guiándose por las llamas para localizar sus objetivos. El resplandor blanco de las bombas incendiarias iluminaba la oscuridad. El eco de las explosiones retumbaba en el aire.

A las 4.30 de la madrugada cesó el bombardeo. Susan se acercó a Bertie, que estaba sentado en el suelo, y lo ayudó a ponerse en pie. Con las débiles piernas, el hombre se arrastró al interior del refugio y se acurrucó en un catre, cubriéndose el rostro con el casco de acero. Susan, incapaz de dormir, se quedó fuera con *Duquesa* entre los brazos y contempló el resplandor del horizonte. El ruido siguió mientras los aviones alemanes sobrevolaban el cielo, ocultando las estrellas y la luna creciente. Susan cerró los ojos y rezó para que no regresaran. Pero volvieron la noche siguiente. Y también la noche del día sucesivo.

*Buxton, Maine**8 de septiembre de 1940*

Ollie Evans, atraído por el chirrido del columpio en el porche y por el olor a nueces tostadas de la achicoria, abrió la puerta mosquitera. Encontró a sus padres meciéndose suavemente, compartiendo una manta de lana y una taza de café mientras el sol anaranjado se elevaba por encima de los campos de patatas cubiertos de rocío.

La taza que su madre tenía en la mano, se fijó Ollie, era aquella cosa de color verde sapo que él había hecho en clase de arte cuando estaba en séptimo. Se echó a reír.

—¿De dónde la has sacado?

Su madre se encogió de hombros. Los mechones de pelo castaño desvaído le llegaban hasta la espalda. Bebió un sorbito de café. El vapor que ascendía de la taza se mezcló con el aire frío de la noche.

Ollie ya no era un niño. Medía metro ochenta, centímetro arriba o centímetro abajo, tenía el pelo ondulado y castaño, y unos ojos de color caramelo que había heredado de su madre. El hoyuelo que lucía en la barbilla era idéntico al de su padre. Cuando Ollie se sentó en los escalones del porche notó en el estómago la desagradable sensación de querer estar en otro sitio. No era raro permanecer en casa durante el otoño. Al fin y al cabo, la mayoría de las escuelas pronto iniciarían las vacaciones de las patatas. Por desgracia para él, su pausa para la cosecha iba a ser más permanente.

—Estoy orgulloso de ti —dijo su padre.

—¿Por qué? —preguntó Ollie.

—Por anteponer la familia a los estudios. —El hombre aceptó la taza que le ofrecía su esposa y bebió—. Lamento que sigas aquí, en casa. —Le dio un golpecito al bastón que colgaba de un lado del columpio—. No es justo que hayas tenido que quedarte.

—No pasa nada. La granja es importante. Y vosotros también.

Tres años atrás, a su padre le había resbalado el pie al pisar el embrague con la bota cubierta de barro mientras intentaba arrancar un tocón con el tractor. El vehículo había volcado y la pierna derecha se le había quedado atrapada. Se había roto la cadera y se había fracturado el fémur por dos sitios. Ollie, al ver que no podía levantar el tractor, había sacado a su padre apartando la tierra con una pala que había encontrado en el cobertizo de las herramientas. Su madre había llamado a una ambulancia y había ayudado a rescatar a su esposo retirando la tierra con las manos

desnudas. Había acabado con tres uñas rotas. La recuperación había sido difícil: el padre de Ollie había tenido que someterse a dos operaciones quirúrgicas y a dolorosas sesiones de rehabilitación física. Y ahora, remendado con tornillos y placas, el padre de Ollie aún podía encargarse de algunas de las tareas de la granja, excepto arar y fumigar. Ya no podía pisar los pedales del tractor, pues era una tarea demasiado dura para su frágil pierna. A su padre no parecía importarle el hecho de moverse tan despacio como una tortuga, ni el dolor constante en las articulaciones ni la pronunciada cojera al andar. Era la incapacidad de volar lo que le había robado el alma: el pelo, oscuro en otros tiempos, se le había vuelto gris a medida que pasaban los días y él seguía en tierra, como si la baja altitud acelerara el proceso de envejecimiento.

Su madre colocó mejor la manta con la que se tapaban el regazo, le cogió la taza a su esposo y le dio el periódico.

El padre de Ollie retiró la goma elástica del periódico, se la enrolló en torno al índice y se la lanzó a Ollie.

Ollie se agachó, pese a saber que la goma le pasaría dos palmos por encima de la cabeza.

La sonrisa de su padre desapareció cuando desplegó el periódico.

—Santo cielo.

Su madre abrió mucho los ojos.

—Han bombardeado Londres —anunció el padre de Ollie mientras le mostraba el periódico.

—Pobre gente —señaló su madre.

Ollie se acercó a sus padres y echó un vistazo a los titulares del periódico: ¡ATAQUE NAZI! ¡LOS AVIONES ALEMANES ARRASAN LONDRES!

—Los alemanes ocuparon Francia en un mes —dijo el padre de Ollie—. Sin nuestra ayuda, tomarán Gran Bretaña en un año. Y antes de que nos demos cuenta, tendremos regatas de submarinos en Casco Bay.

Ollie cruzó los brazos cuando la conversación se convirtió en otro debate sobre la guerra. Por lo general empezaba con los periódicos y terminaba cuando su padre proclamaba el origen inglés de la familia.

—Roosevelt dice que debemos mantenernos neutrales —dijo su madre.

—Tarde o temprano entraremos en guerra —apuntó el padre de Ollie, dándose golpecitos en el muslo—. Si no tuviera una pierna inútil, no me importaría ir hasta Montreal para unirme a la marina mercante. Los canadienses, por lo menos, tienen agallas para defender a Gran Bretaña. —Bajó el periódico—. Puede que nuestra familia haya perdido el acento...

—... pero nuestra sangre es, y siempre será, británica —espetó Ollie interrumpiendo a su padre—. Lo sabemos.

En el porche se hizo el silencio, excepto por el chirrido del columpio y el granzido de un cuervo en el campo de patatas.

—Sólo digo que no lo olvides nunca.

El padre de Ollie dejó caer el periódico, cogió su bastón y se puso en pie.

—Papá, yo no quería decir que...

Su padre levantó la mano.

—Tu madre y yo tenemos recados que hacer.

Se volvió y entró en casa; la puerta mosquitera rebotó contra el marco.

La madre suspiró y miró a Ollie.

—¿Es que has olvidado cómo perdió tu padre a su hermano?

—Lo siento —se disculpó Ollie mientras recordaba al tío al que jamás había conocido.

El tío Henry había muerto en la Gran Guerra, dos años antes de que naciera Ollie. Cada año, para el cumpleaños de Henry, el padre de Ollie honraba la memoria de su hermano yendo a pescar salmones, que era el deporte favorito de ambos cuando de niños vivían en el norte de Inglaterra. Ollie solía acompañar a su padre aquel día y pescaban los dos con mosca en la soledad de las rizadas aguas del río Saco. Aunque su padre no hablaba mucho de los detalles, Ollie había conseguido entender que una nube de gas cloro había obligado a Henry a salir de su trinchera bajo el fuego de las ametralladoras. Henry había muerto en un campo francés del frente occidental. Y, con él, una parte del padre de Ollie.

—Deberías ser más respetuoso con los sentimientos de tu padre hacia la guerra. Y con los míos. —Su madre hizo una pausa—. ¿Quieres comer algo?

Ollie negó con la cabeza: se sentía como si tuviera el estómago lleno de arcilla.

—Tu padre y tú podéis seguir con la discusión cuando volvamos del pueblo —dijo su madre, poniéndose en pie—. Y espero que te disculpes.

—Lo haré.

Su madre se apoyó las manos en las caderas.

—Lo prometo. —Ollie recogió la goma elástica y se la puso en la muñeca—. Será mejor que me ponga en marcha. Tengo mucho que fumigar.

—Ten cuidado —añadió su madre mientras entraba en casa.

Tras el granero, Ollie vio el maltrecho biplano de color amarillo canario: parecía un pájaro prehistórico calentando sus viejos huesos al sol de la mañana. El avión estaba lleno de combustible y cargado de insecticida o, como su padre llamaba de forma más precisa, polvo de hadas. Comprobó los tensores que unían las alas superiores a las inferiores, subió a la cabina y se caló su gorra de piel. Cuando puso en marcha el aparato, el motor carraspeó y la hélice empezó a girar, provocándole un estremecimiento en todo el cuerpo. Inclino la palanca hacia delante y el aparato comenzó a avanzar por una pista de tierra, llena de baches, que dividía en dos el campo de patatas. El avión aceleró y la cola fue distanciándose del suelo. Al notar que la velocidad era la adecuada, y teniendo en cuenta que el panel de control no funcionaba, Ollie tiró hacia atrás de la palanca y el avión se elevó en el aire. Sobrevoló la casa mientras se preguntaba cómo iba a suavizar las cosas con su padre. Puso rumbo hacia las tierras de cultivo del este y dejó de pensar en la guerra para centrarse en su deseo de volver algún día a la universidad.

En Maine, la cosecha de la patata no tardaría mucho en terminar, lo cual pondría fin a la época

de fumigación y a su tercer año en casa para ocuparse de la granja familiar. Si la cosecha de otoño era buena y el precio de la patata no caía en picado, tal vez consiguieran el dinero suficiente para que él pudiera ir a la universidad al año siguiente. Ya lo habían aceptado en el Instituto Politécnico de Worcester. Pero antes de irse, quería asegurarse de que su padre estuviera mejor de salud. Si todo iba como era de esperar, dentro de cinco o seis años tendría su título de ingeniero aeronáutico, su billete para marcharse de Buxton.

En realidad, Buxton no tenía nada de malo. En muchos aspectos, una granja era un lugar fantástico para crecer, y Ollie no lamentaba haber tenido que quedarse para ayudar a su padre. Pero la mayoría de sus amigos ya hacía años que se habían marchado de casa: muchos de ellos trabajaban ahora como leñadores para una fábrica de papel o se pasaban el día izando trampas para crustáceos desde la popa de un bote langostero. Y los más afortunados, incluida su novia, habían ido a la universidad. Caroline se había trasladado a Bowdoin y al principio le escribía a menudo, pero sus cartas se habían vuelto cada vez menos frecuentes y finalmente le había dejado de escribir. Sus amigos del instituto, Stan y James, habían ido a la Universidad de Maine y no solían volver a casa durante las vacaciones. Estaban disfrutando de una vida de fiestas en el ámbito académico y en el mundo social, mientras que él seguía viviendo con sus padres. Habían seguido caminos diferentes y Ollie no podía culparlos por no haberse mantenido en contacto.

Caroline había sido la primera novia de Ollie. Habían estado saliendo durante el último año de instituto. Caroline era una chica guapa y popular, y su familia poseía uno de los mayores aserraderos del condado de York. Se contaba entre las familias más acomodadas de Buxton. Ollie estaba convencido de que lo que la había seducido era el hecho de que él supiera pilotar un avión, un rasgo muy atractivo teniendo en cuenta que los demás chicos se limitaban a conducir el coche de sus padres. Al principio, Ollie creía que Caroline era la chica con la que iba a pasar el resto de su vida. Pero las cosas habían cambiado cuando el padre de Ollie tuvo el accidente. Caroline había dicho que los hospitales no le gustaban nada y, si bien había acompañado a Ollie y a su madre a visitar a su padre en la sala de recuperación, lo había hecho a regañadientes. Por otro lado, había expresado sus reticencias cuando Ollie había comentado que quizá tuviera que retrasar su ingreso a la universidad para ocuparse de la granja familiar. Al final, Ollie se había quedado en casa y Caroline se había marchado a la universidad. Poco a poco, se había ido distanciando de Ollie e incluso había puesto excusas durante las vacaciones, diciendo que estaba muy ocupada y que no podía ir a verlo. Ollie se había quedado desmoralizado. «No quiere correr el riesgo de verse atrapada en una granja conmigo.» Pero a medida que pasaba el tiempo, Ollie se fue dando cuenta de que el hecho de que Caroline y él hubieran seguido caminos distintos había sido lo mejor. Y lo más importante, ahora sabía que él deseaba mantener una relación como la que tenían sus padres: siempre se apoyaban el uno al otro, independientemente de las circunstancias inesperadas que les planteaba la vida. «Algún día amaré a una mujer tanto como papá ama a mamá.»

Pese a haber vivido siempre en un pueblo a cuyos habitantes conocía por el nombre de pila,

Ollie se sentía desplazado. En Buxton sólo había dos cosas que hacer: trabajar la tierra o pescar, ninguna de las dos atractiva para alguien que prefería la velocidad de un avión a la lentitud de un tractor. Y, por otro lado, siempre había sido alérgico al marisco, casi no podía ni olerlo sin que le saliera urticaria y tuviera que irse corriendo al lavabo.

Si poseyera un título universitario, tendría más posibilidades de diseñar o construir aviones, y así ver otros rincones del país, quizá hasta podría viajar a California. Pero lo que de verdad quería hacer era volar. Se había enamorado de los aviones desde la primera vez que su padre lo había llevado a fumigar. Su padre se lo había sentado sobre el regazo, le había puesto una gorra de cuero unas cuantas tallas demasiado grande para él y había despegado hacia el cielo. Ollie, con una sonrisa grabada en el rostro, se había sentido fascinado por la forma en que el morro del avión apuntaba hacia las nubes cuando había tirado de la palanca hacia atrás. Su padre se había echado a reír, y Ollie había notado que su espalda rebotaba contra el estómago de su padre. Después, su padre le había empujado un poco las manos hacia delante para que el avión no hiciera un rizo, una maniobra demasiado peligrosa teniendo en cuenta que el aparato no disponía de arneses de seguridad. Cuando Ollie cumplió catorce años y ya era lo bastante alto para llegar a los pedales, su padre ocupó el puesto de copiloto y, poco a poco, fue dejando de darle instrucciones. Apenas un año más tarde, Ollie ya volaba solo, para desesperación de su madre, que ni siquiera había superado aún el miedo a que su hijo se hiciera daño jugando al fútbol. Para que la pobre mujer se tranquilizara un poco, el padre de Ollie había hecho instalar arneses de seguridad en el avión, pero teniendo en cuenta las temerarias acrobacias de Ollie, resultaban tan útiles como darle un paraguas a un funámbulo.

Cuando se acercó a una granja grande, Ollie empujó la palanca de mando hacia delante y notó cómo su cuerpo se elevaba al tiempo que el morro del avión se inclinaba hacia abajo. El motor rugió. El viento le azotaba la cara. A medida que se iba acercando al suelo, tiró de la palanca hacia atrás y la fuerza de la gravedad lo hizo hundirse más en el asiento. El avión quedó nivelado. Cuando se hallaba aproximadamente a un metro y medio por encima de un campo de patatas, accionó la otra palanca: una nube de polvo formó una estela tras la cola del avión y cayó sobre el campo como si fuera nieve. Al llegar al final del terreno, Ollie tiró con fuerza de la palanca de mando y el avión se elevó sobre una hilera de altísimos pinos. Viró hacia la izquierda y descendió para realizar una nueva pasada.

Ollie dedicó toda la mañana a fumigar campos. Tras terminar su trabajo en la última granja, comprobó el indicador del combustible —el único instrumento del panel de mandos que parecía funcionar— e inclinó las alas en dirección norte. Los campos fueron desapareciendo y, a lo lejos, vio su lugar preferido: el lago Sebago. En aquella zona había pocos granjeros, ninguno de los cuales era cliente del negocio de fumigación de su padre, por lo que era poco probable que a la madre de Ollie le llegaran noticias de las acrobacias de su hijo. De lo contrario, lo despellejaría vivo.

Ya sobre el lago hizo un tonel rápido, como si el fuselaje estuviera girando en un espetón.

Apuntó el morro hacia el cielo y siguió volando en dirección a las nubes hasta que la hélice perdió la batalla contra la fuerza de la gravedad y el avión se inclinó, justo antes de que el motor se parara, en una caída de ala. Mientras se precipitaba hacia el lago, enderezó el aparato y se deslizó sobre la superficie de aguas inmóviles, sintiendo la necesidad de sumergir el tren de aterrizaje.

Una niña con coletas salió de una casa —la única vivienda en la orilla norte del lago— y se quedó en el embarcadero. Se puso a saltar y lo saludó con la mano. Ollie inclinó las alas, pasó junto a la orilla y representó el número habitual para un público formado por una única persona. La niña, a la que Ollie sólo había visto desde el aire, debía de ir a primaria. Atraída por el rugido del motor, solía salir de la casa para verlo. Mientras la niña se sentaba en el embarcadero, Ollie subió en picado hacia el cielo, ejecutó el tonel volado y luego enderezó el aparato. Después realizó una inversión, un rizo interior y una serie de barrenas.

Para el gran final, eligió una acrobacia que había practicado menos pero que resultaba más espectacular: la caída de cola. Ejecutó un cuarto de rizo que lanzó el aparato en picado hacia arriba, a toda potencia. El viento silbaba, la adrenalina le subía. El avión siguió ascendiendo hasta perder impulso y se quedó inmóvil un segundo antes de empezar a caer hacia atrás. Cuando el morro quedó por debajo de la línea del horizonte, Ollie empujó la palanca hacia delante y el aparato descendió en picado. Tiró con fuerza de la palanca de mando y enderezó el aparato cuando se hallaba a pocos metros de la superficie del agua, tan cerca que resultaba peligroso. El pulso le latió en los oídos. Vio a la niña de pie en la orilla, aplaudiendo.

Mientras descendía de nuevo, esta vez hacia la casa, se metió una mano en el bolsillo y sacó una nota atada a un trocito de madera. Lanzó el paquete, y éste cayó suavemente en un claro cubierto de hierba, a pocos metros de la orilla.

La niña corrió hacia el paquete, desató el cordel y leyó la nota: «Gracias por ser un público tan estupendo. Ollie».

La niña levantó los brazos para saludarlo y Ollie se alejó.

Soltó un poco el acelerador y zigzagueó por el cielo mientras volvía a casa, prolongando al máximo su tiempo en el aire antes de tener que empezar las tareas en la granja. A medida que se acercaba a Buxton, los densos bosques de pinos se fueron convirtiendo en ondulados campos de maíz, patatas y heno. Cuando por fin divisó la granja familiar, se dio cuenta de que la camioneta de su padre no estaba; en su lugar vio un coche nuevo y reluciente. Sobrevoló la casa y le pareció ver a un hombre vestido con ropa oscura en el porche. Viró para dirigirse a la pista y aterrizó. Apagó el motor, salió de la cabina y echó a andar hacia la casa. Mientras se acercaba, echó un vistazo al Plymouth de 1939, con su inconfundible techo blanco y laterales verdes. El agente de la policía de Portland bajó del porche y se quitó la gorra, dejando al descubierto la cabeza calva y unas patillas de pelo gris.

—¿Es usted Oliver Evans? —preguntó el agente.

A Ollie se le formó un nudo en el estómago.

—Sí.

—Se ha producido un accidente.

Ollie abrió la boca, pero no le salió nada.

—Se trata de sus padres.

—¿Están bien?

El agente se secó la cara con el pañuelo que había sacado del bolsillo.

—Lo siento.

Ollie notó una especie de sacudida y se inclinó hacia delante como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—No —gimoteó incrédulo.

El bombardeo de pensamientos y emociones fue tan intenso que tuvo la sensación de que el suelo giraba bajo sus pies. Se sintió aturdido, apenas podía andar, y el agente lo ayudó a llegar hasta el vehículo policial. Mientras se alejaban de la granja, el olor a humo de puro que impregnaba el interior del coche le revolvió el estómago.

—El conductor había bebido —explicó el agente mientras aferraba el volante—. Se ha saltado un semáforo en rojo, se ha subido a la acera y ha embestido a sus padres cuando salían de la ferretería Casco.

—Tiene que tratarse de un error —dijo Ollie.

Le palpitaba la cabeza y notaba el corazón desgarrado por una mezcla de rabia y desesperación.

El agente se aclaró la garganta.

—Ojalá fuera así, hijo.

Ollie se desplomó en el asiento como una marioneta a la que le han cortado las cuerdas. «¡Esto no puede estar pasando!» Sintió el deseo de accionar la manija de la puerta y saltar, de hacer lo que fuera para huir de aquella pesadilla. Con los ojos empañados en lágrimas, ocultó la cabeza entre las manos. Se mordió los labios y notó un sabor metálico.

Veinte minutos más tarde, Ollie llegó al Depósito de Cadáveres del condado de Cumberland. En el aire flotaba un intenso olor a alcohol. El forense, un hombre delgado y de aspecto serio que se estaba lavando las manos en un lavabo, cerró el grifo y luego acompañó a Ollie hasta una pared de cajones refrigerados metalizados. El forense se secó las manos en la bata de laboratorio, recorrió dos pasadores y abrió los cajones que contenían los cuerpos.

A Ollie se le encogió el corazón. El recuerdo de su padre recogiendo margaritas, la flor preferida de su mujer. La imagen de su madre dejando una nota escrita a mano en la fiambarrera de su padre. Pequeños detalles que simbolizaban el afecto que se profesaban el uno al otro. Pero ya no habría más flores para que mamá adornara la mesa de la cocina. Ni más notas cariñosas para que papá las añadiera a las que ya guardaba en un cajón de su mesilla de noche.

El agente, de pie junto a la puerta, volvió la cabeza.

El forense terminó de secarse las manos con la punta de su bata de laboratorio.

—¿Son sus padres?

A su madre le faltaba un zapato y tenía los dedos del pie de un tono azul pálido. Su padre tenía el pecho hundido y una grave fractura en el brazo izquierdo. Incapaz de dirigir la mirada hacia los rostros de sus padres, Ollie les tocó las manos, que estaban frías y rígidas. Empezó a llorar y luego asintió dirigiéndose al forense. Las camillas de acero se deslizaron de nuevo y sus padres desaparecieron en los cajones.

*Epping, Inglaterra*  
*11 de septiembre de 1940*

Susan se despertó al percibir el olor de la tierra húmeda. Cuando abrió los ojos sólo vio oscuridad, como si se hubiera quedado ciega mientras dormía. Notó un escalofrío de miedo en el cuerpo. El corazón se le desbocó. Se sentó de un salto en el catre.

—¿Estás bien? —susurró Bertie.

Susan encontró a *Duquesa* acurrucada junto a su pierna. Le tocó las alas y notó bajo los dedos la suavidad de sus plumas.

—Sí.

Bertie encendió un quinqué, cuyo resplandor iluminó el refugio. Se restregó los ojos.

—¿Estás segura?

Susan contempló el mosaico de trozos de ladrillo, piedra y cemento que formaban el techo del refugio. Escuchó con atención. No se oían explosiones. Ni sirenas. Ni motores que chirriaban. Sólo los trinos de los gorriones que anunciaban el amanecer, al otro lado de la puerta.

—¿Se han ido?

—Eso creo. —Bertie consultó su reloj de bolsillo—. Pero tenemos que esperar.

Susan acarició a *Duquesa* y la paloma zureó. A Susan le empezó a latir el corazón más despacio y su respiración regresó gradualmente a la normalidad. Al cabo de unos pocos minutos, oyeron la sirena procedente del aeródromo de North Weald, que indicaba que había pasado el peligro.

Susan se metió a *Duquesa* bajo el brazo, se puso en pie y abrió la puerta del refugio. Respiró hondo y percibió una mezcla de aire fresco, rocío y pólvora detonada. Las últimas estrellas se iban difuminando en el cielo para dar paso al sol del amanecer. Dirigió la mirada hacia Londres. Se veía el resplandor de los incendios. Varias columnas de humo se alzaban hacia el horizonte, como si el bombardeo hubiera resquebrajado la tierra y hubiera creado una entrada al infierno.

Susan notó en el hombro el brazo de su abuelo. Bajó la cabeza y se apoyó en él.

Llevaban cuatro noches seguidas de bombardeos. La nube de ceniza se iría disipando durante el día mientras los bomberos luchaban sin descanso contra los incendios. Pero la noche traería una nueva oleada de bombardeos y más destrucción, lo cual los obligaría a meterse en el refugio como si fueran topos. Y, por la mañana, volverían a salir para ver qué había quedado de Londres.

—¿Pararán algún día? —preguntó Susan, secándose los ojos.

—Tarde o temprano —dijo Bertie en un tono de ligera vacilación.

El anciano cambió de pierna el peso del cuerpo con una mueca de dolor.

—¿Qué tal las rodillas?

Bertie se frotó las articulaciones.

—Un poco fastidiadas, me temo.

—Tendrías que usar el bastón.

Bertie negó con la cabeza.

—Me lo reservo para arrearle a Hitler en todo el culo.

Susan le apretó la mano a su abuelo.

—Entremos, te pondré un poco de linimento.

Ya en la salita —una estancia acogedora con chimenea y vigas de madera en el techo—, Susan ayudó a Bertie a sentarse en su sillón, le subió las perneras de los pantalones y le dio unas friegas con linimento en las rodillas mientras *Duquesa* observaba posada en la repisa de la chimenea. Luego se secó las manos con una toalla, se acercó a la radio que estaba en un rincón de la habitación y accionó el interruptor. Se oyeron interferencias y Susan fue girando el dial hasta encontrar una emisora.

Escucharon las noticias, que sólo aportaban vagas descripciones de la destrucción, sin hablar del número de víctimas.

—¿Por qué no dan detalles? —preguntó Susan.

—Espías. No queremos facilitar a los nazis inteligencia militar sobre lo que han conseguido.

Susan se estremeció al pensar que en Londres pudiera haber espías. Ansiaba desesperadamente saber más y, sobre todo, quería averiguar qué podía hacer para ayudar. Una hora más tarde, obtuvo la respuesta cuando el primer ministro se dirigió a la nación.

Mientras Susan aplicaba más linimento a las rodillas de su abuelo y un intenso olor a eucalipto se adueñaba de la estancia, escucharon la voz confiada y firme de Winston Churchill. El primer ministro habló del objetivo de Hitler de derrotar a Gran Bretaña en la batalla aérea antes de iniciar una invasión terrestre. Y mientras Churchill describía los salvajes ataques lanzados contra la población civil, sus palabras no hablaban únicamente de los bombardeos en Londres. Su discurso, pensó Susan, quería encender una chispa en los corazones de los británicos y despertar su voluntad de luchar.

A Susan se le aceleró la respiración. Miró a Bertie, que observaba fijamente la radio, boquiabierto. Imaginó las tropas alemanas llegando a las costas británicas y avanzando por el bosque de Epping, arrasándolo todo a su paso y asesinando a todo el mundo.

Tras el breve discurso de Churchill, en el que pedía a hombres y mujeres que pasaran a la acción, Susan se puso en pie y apagó la radio. Pensó en los londinenses, luchando por volver a la normalidad. Pese a la esperanza que dejaban entrever las palabras de Churchill, muchos profesores, al regresar a sus clases, descubrirían que a la mayoría de sus alumnos los habían enviado al campo; los obreros de la metalurgia descubrirían que sus fundiciones habían sido

arrasadas; los panaderos no encontrarían harina para hacer el pan racionado y los policías patrullarían por calles desiertas. Pero todos seguirían cumpliendo con su deber, pasara lo que pasara. Y lo mismo harían ella y Bertie.

—Tenemos trabajo que hacer —dijo Susan.

Bertie asintió, se apretó un poco más los vendajes de las rodillas y se puso en pie.

Susan llevó a *Duquesa* al exterior, le dio un beso en lo alto de la cabeza y la lanzó al aire. *Duquesa* sobrevoló el patio y se posó en el tejado del palomar. Ocultó la cabeza bajo el ala, como si no quisiera ver el resplandor de las ascuas de Londres.

Susan dirigió la mirada hacia el apocalipsis que humeaba en el horizonte.

—Pronto terminará todo —susurró para sus adentros, sin saber que la Luftwaffe bombardearía Londres durante cincuenta y siete noches seguidas.

## *Buxton, Maine*

El funeral por los padres de Ollie se ofició un martes. La asistencia fue más bien escasa: Ollie era hijo único y sus parientes más próximos eran personas a las que jamás había conocido, pues seguían viviendo en pequeños pueblos de la costa inglesa y las Tierras Altas de Escocia. Asistieron básicamente los habitantes de las granjas vecinas, hombres y mujeres que trabajaban muy duro y que habían ido a presentar sus respetos vestidos con la ropa almidonada de los domingos. Unos pocos pilotos, amigos de su padre, se congregaron al fondo: uno de ellos era un hombre enjuto de ojos oscuros y hundidos que lucía con orgullo, prendida en la solapa de un traje que le iba demasiado grande, su insignia de aviador de la Gran Guerra.

La ceremonia fue breve. Ollie, con la mirada clavada en los ataúdes, tuvo que hacer un esfuerzo por escuchar las palabras del pastor. Tras el servicio religioso agradeció personalmente la asistencia a todos los presentes, pero los interminables abrazos, apretones de mano y expresiones de pésame no consiguieron animarlo. Oyó comentar que el hombre que había embestido a sus padres, ahora sobrio en la cárcel, estaba esperando su sentencia. Pero por merecida que fuera, una larga pena de cárcel no le devolvería a sus padres.

El jueves, el banco ya lo había convocado para una reunión. Ollie se levantó temprano y condujo hasta Portland en la camioneta de sus padres. Bajó las ventanillas, por miedo a que cualquier rastro de la loción de afeitar de su padre o del perfume de su madre lo hicieran llorar de nuevo. Lo último que necesitaba era presentarse ante el banquero con los ojos enrojecidos.

La recepcionista lo acompañó al despacho del banquero. Lo recibió un hombre rollizo, de nariz bulbosa y pelo grasiento sentado tras un enorme escritorio en el que no había ningún papel, sólo un soporte para tarjetas de visita con una inscripción grabada: SAL BRONSON, PRESIDENTE. El hombre ni siquiera se tomó la molestia de ponerse en pie; se limitó a indicarle a Ollie que tomara asiento.

—Ollie —dijo el señor Bronson—, éste es el señor Hood, el abogado que nos va a ayudar a cerrar algunos temas entre el banco y la propiedad de tus padres.

Ollie miró al hombre que estaba sentado en una silla junto a él y se fijó en su finísimo bigote. El hombre se rozó el sombrero sin establecer contacto visual con él y abrió el maletín que tenía sobre el regazo.

—Ollie, ¿sabes a cuánto asciende la deuda de tus padres? —le preguntó el banquero.

—Bueno, exactamente no —dijo Ollie, moviéndose incómodo en la silla—. Sé que tenían una

deuda. Al fin y al cabo, somos granjeros.

—Entiendo que tus padres no tenían seguro de vida, ¿es así?

Ollie asintió.

El señor Hood le entregó a Ollie unos documentos.

El banquero se reclinó en su sillón.

—Esto es una lista de la deuda pendiente de la granja, la casa, la maquinaria y la empresa de fumigación. Tus padres iban muy retrasados con los pagos. En resumidas cuentas, la granja está hasta el cuello de deudas y vamos a embargarla.

Ollie tragó saliva.

—Pero ¿y la cosecha de patatas?

El banquero negó con la cabeza.

—Insuficiente, no va a cambiar nada.

—Pero mis padres..., puede que ellos se hubieran retrasado un poco, pero siempre han sido buenos pagadores.

El banquero levantó una mano.

—Esta mañana hemos enviado a una cuadrilla para que se incaute de la maquinaria de la granja. El señor Hood se encargará del procedimiento de ejecución hipotecaria.

—Pero habrá alguna solución... —dijo Ollie.

El banquero negó con la cabeza.

—Es una lástima que tu padre se dedicara a fumar gratis, por no hablar de construir una pista de aterrizaje en tierras de cultivo muy valiosas. —Se pasó los dedos, gruesos como salchichas, por el pelo engominado—. Me temo que a tu padre no se le daban muy bien los negocios.

Ollie se puso en pie. Le palpitaban los oídos.

—Puede que mis padres no fueran muy listos en cuanto a cuestiones financieras, pero eran personas honradas y trabajadoras que se preocupaban por los granjeros de Buxton.

Arrojó los papeles, que quedaron esparcidos sobre la mesa del banquero, y se fue.

Cuando llegó a casa ya habían colocado un cartel de subasta pública en el camino de entrada de la granja. Ollie paró la camioneta, arrancó el cartel clavado en el suelo y lo arrojó al patio. En la puerta habían dejado otro aviso. Lo arrancó y lo arrugó. En el interior de la casa todo parecía en orden, pero tras el granero las cosas eran muy distintas. El tractor había desaparecido. Y al biplano le faltaba la hélice. Los trabajadores que el banco había enviado para embargar la maquinaria, supuso, habían decidido llevarse la hélice hasta que encontraran a alguien que pudiera pilotar el avión. Sintió la imperiosa necesidad de subir al pajar y buscar la vieja hélice, pues tenía la sensación de que el avión estaba desnudo. Una de las palas estaba un poco desportillada, pero todavía funcionaba. Aun así..., ¿adónde iba a ir? Y cuando llegara a donde fuera, ¿qué haría? Y si se quedaba en la granja, ¿cuánto tiempo transcurriría antes de que lo desahuciaran?

No quería quedarse allí para ver cómo subastaban la granja de sus padres, así que se fue a su habitación e hizo la maleta. Eligió las pocas cosas materiales que le importaban: una fotografía de

sus padres, que sacó del marco que estaba sobre la repisa de la chimenea, su diario de vuelo y la carta de admisión del Instituto Politécnico de Worcester. Y se marchó con la camioneta, incapaz de volver la vista atrás. Su primera parada fue el cementerio: depositó en las tumbas de sus padres las flores amarillas que había recogido junto a la carretera. Se despidió de ellos, pues no sabía cuándo podría volver. Mientras se alejaba de los montículos de tierra, deseó haberse parado a comprar flores artificiales, algo que quedase bonito hasta que creciera la hierba.

La segunda parada fue un pequeño concesionario de compraventa de coches en Buxton. Vendió la camioneta, pues más que un medio de transporte lo que necesitaba era dinero. Además, si no vendía la camioneta, el banco se la embargaría. Sólo le dieron ochenta y cinco dólares, pero teniendo en cuenta que la carrocería estaba oxidada y que el motor sonaba como una batidora llena de monedas, consideró que había hecho un buen negocio.

Ollie inició la caminata de veinticinco kilómetros sin lamentarse por el hecho de no haber elegido un concesionario más próximo a la estación de tren de Portland. Necesitaba tiempo para pensar. Dirigirse a Worcester era una posibilidad, pero con ochenta y cinco dólares y las pocas monedas que llevaba en la cartera no le alcanzaba para pagarse la universidad. Tendría que buscarse un trabajo. Y un lugar en el que vivir. Con un poco de suerte, la caminata le serviría para despejar la niebla que le enturbiaba la mente y trazar un plan.

Consultó su reloj y luego contempló el sol, que empezaba a ocultarse tras los pinos. Sólo entonces comprendió que era probable que perdiera el tren a Boston que salía por la noche. Puesto que no quería volver a su casa, siguió andando, aunque eso significara tener que pasar la noche en la estación y coger el tren por la mañana.

El trayecto transcurrió básicamente en silencio, excepto por el canto de las cigarras y el susurro de la hierba cada vez que pasaba un coche. Cuando se le cansaba un brazo, se cambiaba la maleta a la otra mano. Paso a paso, fue recorriendo la carretera rural 22. Al ponerse el sol notó el aire más frío. Fueron sucediéndose las horas y cuando llegó a Congress Street vio las luces de Portland que iluminaban el horizonte. Unos centenares de metros a su derecha, divisó el destello de las luces de las pistas en el aeropuerto de Portland. Se detuvo, dejó la maleta en el suelo y se frotó el brazo dolorido. Vio tres pistas que cruzaban una gran franja de terreno, un edificio pequeño de ladrillo, de una sola planta, y dos hangares. Oyó el carraspeo de un bimotor: unos segundos después, los motores arrancaron y se calaron de golpe.

Ollie se adentró por un camino de servicio para ver mejor y se encontró a un hombre con bigote que vestía un uniforme militar de color verde oliva. Lucía un extraño cinturón sobre la guerrera y le estaba gritando al piloto de una pequeña avioneta que quitara el contacto. Ollie se fijó en las letras RCAF y en la escarapela británica, que parecía una diana, pintada en la cola del aparato. El piloto hizo un gesto con la mano a través de la ventanilla, abandonó su asiento y bajó del aparato con otros dos hombres para inspeccionar los motores. Un mecánico vestido con un mono manchado de grasa en la parte delantera se acercó a echarles una mano.

El hombre del bigote reparó entonces en Ollie, bebió un trago de la petaca que llevaba en la

mano y dijo:

—¿Qué quieres, muchacho?

Ollie miró a su espalda y sólo entonces comprendió que el hombre le estaba hablando a él.

—Nada —respondió mientras aferraba con fuerza el asa de su maleta—. Parece que los motores se han ahogado.

—¿Entiendes de aviones?

Ollie tragó saliva.

—Sólo de biplanos. Y bastante más viejos que ése, me temo.

El hombre sonrió y se le formaron patas de gallo alrededor de los ojos.

—En ese caso, ¿te apetece beber conmigo?

Ollie vaciló.

—Repararán ese pájaro en un santiamén. —El hombre, que lucía en la pechera izquierda de la guerrera tres hileras de resplandecientes medallas, dio un paso al frente y le tendió una mano a Ollie—. Mi nombre es Bishop.

—Ollie.

Le estrechó la mano y se sentaron los dos en un banco, junto al hangar.

Bishop le ofreció la petaca a Ollie.

—A tu salud, amigo.

Ollie bebió un trago. El líquido le abrasó la garganta y tosió.

—Gracias —resolló.

Bishop se echó a reír.

—Bueno, cuéntame, ¿qué sabes de biplanos?

Ollie le habló entonces del biplano de su padre, de la empresa de fumigación, y le dijo que volaba desde que tenía catorce años. Bishop le formuló muchas preguntas, como si rociar las patatas de fertilizante le pareciera un trabajo glamuroso, y demostró un particular interés por saber si Ollie podía certificar más de trescientas horas de vuelo.

Ollie abrió la maleta, sacó el diario de vuelo oculto bajo un par de pantalones y fue pasando las páginas.

—La verdad es que no las he contado nunca, pero creo que paso fácilmente de las mil.

—Impresionante.

Ollie se fijó en que Bishop estaba mirando su maleta.

—Me dirijo a Worcester para estudiar Ingeniería Aeronáutica.

Cerró la maleta y volvió a dejarla en el suelo mientras pensaba en cómo iba a pagarse los estudios.

Bishop bebió otro trago de su petaca y se la ofreció de nuevo a Ollie. El segundo trago no le quemó tanto en la garganta, sólo le produjo una sensación cálida en el estómago y le dejó un fuerte sabor a turba en la boca.

—Me ganas por un año con tu primer vuelo en solitario —dijo Bishop—. Cuando tenía quince

años, construí un avión con cartón de embalaje, cajas de madera y cuerda. Volé desde lo alto de la casa de tres plantas que mis padres tenían en Ontario, o, mejor dicho, estrellé mi engendro contra el jardín de rosas de mi madre. Mi hermana me rescató utilizando unas tijeras de podar. Por suerte, salí ileso, a excepción de un corte bastante feo y la bronca de mis padres.

Bishop se subió una manga y le mostró a Ollie una cicatriz larga y fina que le cruzaba el codo. Luego bebió otro trago de su petaca.

Se pasaron la siguiente hora hablando de volar, compartiendo historias de maniobras ejecutadas con biplanos: toneles volados, bucles, rizos interiores, rizos exteriores, ochos perezosos y giros Immelmann. Cuando el piloto se acercó y le dijo a Bishop que el motor ya estaba arreglado, Bishop lo despidió con un gesto y le dijo que se fuera a revisar el avión otra vez.

Bishop se reclinó en el banco.

—Bueno, Ollie, ¿qué piensas sobre la guerra?

Ollie pensó en las conversaciones que había mantenido con sus padres y, de repente, lo invadió una gran sensación de pérdida.

—No entiendo por qué aún no hemos entrado en guerra, o por qué no estamos al menos ayudando.

Bishop asintió.

—¿Has pensado alguna vez en enrolarte en las fuerzas aéreas?

—El Cuerpo Aéreo del Ejército de Estados Unidos exige formación universitaria, que yo aún no la tengo.

Bishop sonrió.

—Las fuerzas aéreas canadienses y británicas no piden ese requisito, sólo trescientas horas de vuelo, una licencia de piloto y ser soltero. De hecho, hasta podrías llevar gafas. —Bebió más whisky de su petaca—. Si cambias de idea sobre lo de ir a la universidad, puedo ayudarte a entrar en la RCAF, la Real Fuerza Aérea Canadiense.

—No se ofenda, señor, pero...

—Llámame Bish: todo el que bebe conmigo me llama Bish.

Le pasó de nuevo la petaca a Ollie.

Ollie bebió una vez más y tuvo la sensación de que la cabeza le empezaba a dar vueltas.

—Ya he retrasado tres años los estudios universitarios. Y, además, si tuviera que enrolarme en un cuerpo aéreo extranjero, sería la RAF.

—La RAF... ¿Puedo preguntarte por qué?

Ollie pensó en la última conversación con su padre y los sentimientos de culpa le humedecieron los ojos.

—Mi padre siempre me decía que tal vez nuestra familia hubiera perdido el acento, pero que nuestra sangre es, y siempre será, británica.

Bishop sonrió.

—Me gustan las personas que se enorgullecen de sus raíces. Tu padre es un buen hombre, muchacho.

Ollie tragó saliva.

—Era.

La sonrisa de Bishop desapareció.

—Mis padres han muerto.

—Lo siento.

Guardaron silencio unos instantes mientras escuchaban el canto de los grillos que se aferraban a los últimos días de otoño. Bishop sacó entonces una tarjeta de visita del bolsillo, escribió algo en el reverso con un lápiz y se la dio a Ollie.

—Si cambias de idea en lo de la universidad, aquí tienes la forma de enrolarte en las fuerzas aéreas, ya sean canadienses o británicas —dijo Bishop, rompiendo el silencio—. Casualmente, me dedico a reclutar hombres para las fuerzas aéreas canadienses. La dirección de nuestro cuartel general de Nueva York está en la parte delantera de la tarjeta. En la parte de atrás te he anotado el nombre de un amigo de Londres que está organizando un escuadrón norteamericano de combate para la RAF. Lo único que tienes que hacer es llegar a Londres. No puedo garantizarte nada, pero me aseguraré de que tu nombre esté en la lista, Ollieeee...

—Evans.

—El resto depende de ti, Ollie Evans.

—Gracias por la oferta, y por la copa, pero mañana salgo hacia Worcester.

El sonido de los motores amortiguó sus voces. Ollie le estrechó la mano a Bishop y lo acompañó hasta el avión.

—Que tengas suerte, Ollie.

Bishop subió la escalerilla del avión. Su tripulación ya estaba a bordo, esperándolo.

—¡Bishop! —exclamó Ollie, venciendo su timidez gracias al whisky.

El hombre se detuvo en lo alto de la escalerilla.

—¿Por qué se lanzó en un avión de cartón desde lo alto de la casa de sus padres?

Bishop sonrió y las sombras de la noche lo hicieron parecer de repente más viejo. Era un hombre de cuarenta y pocos, pero la tensión de la guerra lo había envejecido.

—Porque, amigo mío, he nacido para volar.

Entró en el avión y cerró la puerta de la cabina.

Ollie notó la ráfaga de viento de las hélices y olió el combustible del avión. Contempló el avión mientras aceleraba por la pista, ascendía en la noche y se perdía entre las estrellas.

El mecánico que había estado trabajando en el avión se acercó a Ollie.

—¿Sabes quién era ése?

Se restregó las manos manchadas de grasa en la parte delantera del mono. Ollie se rascó la cabeza.

—Se llama Bishop.

—Es Billy Bishop, mariscal del aire de la RCAF. Ha venido desde Nueva Escocia. He oído decir al piloto que Bishop acababa de reunirse con Winston Churchill y que ahora se dirige a una reunión secreta con Roosevelt. ¿Te lo puedes creer? Dicen que van a establecer en Nueva York una oficina de reclutamiento de pilotos. Y que Bishop va a intentar que el FBI haga la vista gorda en la Ley de Neutralidad de Estados Unidos. —El mecánico le dio un golpecito a Ollie en el brazo —. ¿Qué te ha dicho?

—Sólo hemos hablado de volar.

Ollie cogió su maleta y se marchó. Se dirigió a la estación de tren, pero la verja estaba cerrada. Al darse cuenta de que tendría que esperar hasta la mañana siguiente para poder entrar a la estación, buscó un banco en el parque y se sentó. Cuando los ojos se le acostumbraron a la oscuridad, vio a un hombre barbudo que hurgaba en un cubo de la basura. El hombre cogió algo, lo limpió un poco y se lo metió en la boca. Ollie se preguntó si aquel hombre sería una víctima de la Depresión o si se habría hecho daño como su padre y eso había cambiado el rumbo de su vida. Incapaz de quedarse allí mirando mientras el hombre seguía rebuscando entre la comida infestada de moscas, se metió una mano en el bolsillo y sacó unas monedas. Cuando se acercó al hombre, éste levantó una botella de leche vacía. Ollie extendió despacio las manos, se arrodilló y dejó las monedas en la acera.

Cuando Ollie regresó a su banco, el hombre ya había recogido las monedas y había desaparecido. Agotado, se hizo un ovillo y cerró los ojos.

Un golpe brutal en la cabeza lo despertó minutos más tarde. Aturdido, se cayó del banco y notó en la mejilla el frío asfalto. Le palpitaba la cabeza. Se tocó el cuero cabelludo con los dedos y los notó pegajosos. Pese a tener la mirada borrosa, vio una figura oscura que hurgaba en su maleta. Trató de ponerse en pie, pero perdió el equilibrio y cayó. Cuando por fin se le pasó el vértigo, se levantó como pudo y se dio cuenta de que su atacante había huido. El contenido de su maleta estaba esparcido por el suelo como si fuera confeti. Y, a su lado, vio las esquirlas de una botella de leche hecha añicos.

## *Portland, Main*

Ollie se frotó la cabeza dolorida y se sintió como si el hombre que le había robado le hubiera practicado también una lobotomía con un cuchillo de untar mantequilla. Reunió fuerzas, se puso en pie aunque le temblaban las rodillas y recogió lo que quedaba de sus objetos personales, esparcidos sobre la hierba. Ollie encontró la mayoría de sus pertenencias, incluido el diario de vuelo y la fotografía de sus padres. Lo único que había desaparecido era el dinero: lo que había sacado de la venta de la camioneta y hasta el par de dólares que llevaba en la cartera. Escudriñó el parque en busca del hombre que le había robado, pero no había ni rastro de él.

Encontró unos lavabos públicos cerca de Longfellow Square y, aunque la puerta estaba cerrada con llave, localizó una ventana que no estaba asegurada. Trepó como pudo y cayó al suelo del interior del baño. Al apoyarse con las manos, notó el frío de las baldosas. Tras tirar del cordel que colgaba de una lámpara del techo, se contempló en el espejo y deseó no haber encendido la luz. Un largo corte le había dejado un surco en la frente, justo debajo del nacimiento del pelo. Tenía el lado izquierdo de la cara manchado de sangre seca que le había goteado hasta el cuello, como si fuera cera endurecida, y le había teñido de rojo el cuello de la camisa blanca. Abrió el grifo, se lavó la cara y restregó las manchas de la camisa hasta que sólo quedó una sombra rosada. Se peinó con los dedos y pensó que probablemente necesitaba puntos, pero no tenía tiempo y, lo más importante, tampoco tenía dinero.

Ya en la estación, Ollie se unió a la multitud de personas que esperaban el tren de Boston, la mayoría de las cuales tenían la cabeza enterrada en los periódicos de la mañana. Intentó vender su reloj para comprar un billete, pero, puesto que no encontró ningún comprador interesado, trató de empeñar la maleta. Todos los viajeros estaban absortos leyendo el periódico e incluso se molestaban cuando Ollie les interrumpía la lectura para enseñarles lo bien que funcionaban aún los cierres de su maltrecha maleta.

Se oyó un silbido y el tren se detuvo bruscamente entre el chirrido de las ruedas en los raíles. El motor resopló, las puertas se abrieron y los viajeros subieron al tren, uno a uno, hasta que el andén quedó vacío. Excepto por la presencia de Ollie.

Las puertas volvieron a cerrarse, el tren avanzó despacio y Ollie observó cómo su futuro se alejaba por las vías. Cuando se quedó allí solo, tratando de pensar en un plan para conseguir dinero y así coger el tren de la tarde, la brisa empujó hasta sus pies un periódico arrugado. Lo recogió, pues sentía curiosidad por saber qué era lo que había despertado el interés de todo el

mundo. Leyó el titular: «¡Londres bombardeado durante toda la noche! ¡Los nazis envían mil aviones!». Cada palabra de aquel artículo, en especial la cifra cada vez más alta de víctimas, despertó la rabia de Ollie e hizo que le empezara a palpar la cabeza. Dejó caer el periódico, se metió la mano en el bolsillo y cogió la tarjeta de visita que le había dado Bishop. Decía simplemente: «Hotel Waldorf Astoria, Nueva York, Nueva York». Sin nombres. Sin números. Y garabateado a lápiz en el dorso, «Charles Sweeny, Londres».

Ollie se frotó la cabeza dolorida y se dio cuenta de que el corte estaba pegajoso. Se contempló los dedos manchados de sangre y pensó en su padre. «Puede que nuestra familia haya perdido el acento, pero nuestra sangre es, y siempre será, británica.» Se marchó de la estación sin preocuparse en comprobar a qué hora salía el tren de la tarde.

El astillero de Portland estaba casi desierto, pues la mayoría de los barcos habían zarpado al amanecer. Los que aún quedaban atracados o bien estaban siendo reparados, o bien se dirigían hacia otra parte. Ollie, sin embargo, encontró un mercante que se dirigía a Halifax con su carga de grano. Esperó a que la cubierta estuviera despejada, saltó a bordo, levantó la lona que cubría un bote salvavidas y se ocultó en el interior.

Sonó la sirena del buque. Ollie dio un respingo y se golpeó la cabeza contra el costado del bote. Notó algo caliente que le resbalaba por la cara y se dio cuenta de que se le había reabierto la herida. Rebuscó en la maleta para coger un calcetín que aún olía al detergente que usaba su madre para hacer la colada. Se secó los ojos y se apoyó el calcetín en la herida. Notó que el bote se movía y se preguntó cuántas horas —o quizá días— tardaría en llegar hasta Nueva Escocia. Mecido por las olas de alta mar, Ollie se acurrucó en la proa del bote y se quedó dormido.

Se despertó con un fuerte dolor de cabeza y notó la lengua tan reseca como si fuera un trozo de cuero curtido al sol. Llevaba casi un día entero sin comer, puede que más. Y prácticamente lo mismo sin beber, excepto por los tragos de whisky de la petaca de Bishop, que no habían hecho más que deshidratarlo e infundirle la suficiente confianza como para cometer la temeridad de dormir en el banco de un parque. Por suerte, debajo de un montón de chalecos salvavidas encontró una caja metálica llena de raciones de supervivencia, latas de leche condensada, agua y galletas saladas.

Por desgracia, al capitán le gustaba tomarse sus descansos detrás del bote salvavidas, porque así se resguardaba del viento y podía encender sus puros baratos. Por lo que cuando el capitán cubrió con una mano la temblorosa llama de su encendedor Zippo, oyó los inconfundibles crujidos de alguien al masticar galletas saladas.

Justo cuando Ollie se disponía a morder otra galleta, la cubierta de lona desapareció de repente y una fuerte mano lo agarró por el cuello de la camisa. Ollie se llevó una mano a la garganta para no atragantarse. Menos de un segundo después, alguien lo había sacado del bote y lo había arrojado a la cubierta.

—¿Quién demonios eres tú? —gritó el capitán.

Ollie entornó los ojos para protegerse del sol.

—Ollie Evans, señor.

—¿Y qué haces en mi barco?

Cuando Ollie se acostumbró a la luz, vio a un hombre de pecho inmenso e hirsuto pelo gris.

—Me dirijo a Inglaterra porque voy a enrolarme en la RAF —respondió mientras se limpiaba las migas de la cara—. Soy piloto.

El capitán contempló a aquel joven maltrecho, sacudió la cabeza y se echó a reír.

Ollie se puso en pie y entonces recordó que llevaba un calcetín pegado a la cabeza. Con cuidado, se retiró la prenda de la herida y se la guardó en el bolsillo.

—Aquí tenemos dos formas de castigar a los polizones.

El capitán dio una calada a su puro, se acercó a Ollie y le echó el humo a la cara.

Ollie tosió.

—Podemos lanzarte por la borda —dijo el capitán mientras arrojaba la ceniza al otro lado de la barandilla—. Teniendo en cuenta que estás sangrando como un cerdo, los tiburones te atacarían antes de que te ahogaras, incluso en el caso de que no supieras nadar.

Ollie tragó saliva.

—O podemos ponerte a trabajar.

—Preferiría trabajar, señor.

—Eso es lo que suponía que ibas a decir. —El capitán se rascó la sombra de barba del rostro—. Normalmente, no te daría las dos opciones, pero resulta que tengo una baja en cubierta.

Ollie deseó que el capitán no hubiera dicho en serio lo de lanzarlo por la borda, pero tampoco pensaba averiguarlo. Recogió su maleta y siguió al capitán al interior. Por el camino, el capitán volvió a reírse de los planes de Ollie de convertirse en piloto de la RAF y comentó que, más que un aviador, Ollie parecía un cazador de roedores. Ollie no entendía muy bien el sentido del humor del capitán, ni tampoco sabía qué aspecto tenían los cazadores de roedores, si es que existía tal profesión. Pero le daba igual: independientemente de si el capitán lo había aceptado a bordo para utilizarlo como mano de obra o para reírse de él, Ollie aceptó agradecido la oferta de trabajar a cambio de un pasaje hasta Halifax.

En la cocina, el capitán le presentó a un cocinero al que llamó Beans: era un hombre bajo, ya de cierta edad, que en ese momento estaba removiendo un humeante cazo de gachas de avena.

—A ver si lo puedes arreglar un poco, luego envíalo a cubierta —le dijo el capitán—. Se encargará de las tareas de Willie.

El capitán le dio una calada a su puro y se marchó.

Beans señaló con su cuchara de madera, cubierta de pegotes de avena, y le indicó a Ollie que se sentara. Después, el cocinero dejó la cuchara y cogió de un armario un bote de alcohol y un paño.

—A ver si lo adivino, te has peleado en un bar o eres un fugitivo de la ley.

—Ni una cosa ni la otra —respondió Ollie.

Beans arqueó las cejas.

—Te va a escocer.

Vertió alcohol en la herida de Ollie y la cubrió rápidamente con el paño. Ollie hizo una mueca.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Beans mientras examinaba la herida.

Ollie le habló de sus padres y de sus planes para enrolarse en la RAF antes de comprender que Beans había preguntado por la herida.

—Creo que ha sido con una botella de leche —añadió.

—Lo siento —dijo Beans mientras dejaba el paño—. Lo de tus padres, quiero decir.

Ollie asintió.

Beans le cosió a Ollie la herida de la cabeza con un anzuelo de pesca y un poco de hilo del bajo de sus pantalones. Resultó que Beans había sido sastre de joven, hasta que la tienda en la que trabajaba había cerrado por culpa de la Depresión. Desesperado por encontrar trabajo, Beans había aceptado un puesto como cocinero de a bordo. Entonces había creído que sería algo temporal, pero ya había transcurrido una década.

Beans clavó el anzuelo en la frente de Ollie y éste notó un intenso dolor.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —le preguntó a Beans, apretando los dientes.

—Ben —dijo el hombre mientras apretaba un punto.

Ollie se aferró a los brazos de la silla.

—El capitán les pone un mote <sup>1</sup> a todos los tripulantes. No sé muy bien por qué. —Beans le dio unos cuantos puntos más, ató el hilo con un nudo, cortó los extremos con unas tijeras y se apartó un poco para comprobar su obra—. No está mal. Puede que no te quede mucha marca.

—Gracias, Ben.

El cocinero asintió.

Ollie le ofreció su reloj como pago por los servicios médicos, pero Ben lo rechazó, quizá porque ya era bastante recompensa haber hecho algo que no fuera remover un cazo lleno de gachas de avena o quizá porque era la primera vez en más de diez años que alguien se dirigía a él por su nombre de pila.

Ollie se pasó la mayor parte de aquella travesía de dos días fregando cubiertas, limpiando letrinas, engrasando bisagras oxidadas por la sal y —la *crème de la crème*— cazando ratas. Al parecer, era un problema bastante grave controlar la población de roedores en un barco, especialmente si iba cargado de exquisitos cereales. Las redadas de ratas, como las llamaba el capitán, figuraban entre las principales tareas del anterior marinero de cubierta, Willie. Y Ollie entendió por qué Willie había renunciado a su puesto cuando se vio a sí mismo colocando trampas del tamaño de cajas de zapatos, cuyo cebo consistía en un trozo de queso verde de moho —de hecho, había más moho que queso— que olía a leche agria.

Ollie recogía las trampas dos veces al día y arrojaba los cadáveres decapitados al mar. Le resultaba inquietante ver a las ratas con la boca abierta, mostrando sus dientes amarillentos y

afilados, con el estómago lleno de maíz y aquella cola que parecía una serpiente. Desde luego, eran mucho más grandes que los ratones de campo de la granja. Pese a su apariencia grotesca, sin embargo, Ollie deseaba que las pobres no hubieran sufrido. Y después de haberse pillado accidentalmente los dedos mientras colocaba una de las trampas, se convenció de que morían de forma rápida e indolora. Lo peor, sin embargo, era que el capitán era demasiado tacaño como para comprar trampas nuevas, de manera que Ollie tenía que fregar las tablas ensangrentadas en un cubo de agua salada y reutilizarlas. El capitán se refería a aquel ritual como «lavar los platos». Desde luego, era la parte menos agradecida de aquel trabajo, pero al menos le servía para no pensar en su familia y para tratar de olvidar que había cometido el peor error de su vida.

Cuando el buque llegó a Nueva Escocia, Ollie encontró a Ben en la cocina fregando una montaña de ollas sucias.

—Gracias por los puntos —le dijo, señalándose la frente—. Podrías ser cirujano.

—Será mejor que te largues antes de que el capitán cambie de idea —le avisó Ben.

Ollie pensó en el capitán. Había resultado que el capitán se apellidaba McCracken y que, pese a ser un marinero gruñón que detestaba a los polizones, aún detestaba más la neutralidad de Estados Unidos. Así que había mantenido su promesa de dejar desembarcar a Ollie en Nueva Escocia. De no haber sido así, Ollie se habría visto otra vez organizando redadas de ratas.

Ben dejó caer una olla en el fregadero.

—Si tuviera treinta años menos, dejaría este trabajo y me iría contigo.

Aquel comentario hizo pensar a Ollie en las repetidas amenazas de su padre de irse a Montreal para participar en el esfuerzo bélico. Ahuyentó aquel pensamiento y le estrechó la mano jabonosa al cocinero.

—Cuídate mucho, Ben.

Ollie cogió su maleta, subió a cubierta y contempló más allá de la proa. Halifax se parecía a muchos puertos de Maine: aguas de color añil, hileras de desvencijados muelles y almacenes de ladrillo que se alzaban en una zona de pinos. Podría haberse tratado de Portland, de no ser por dos detalles significativos: las banderas canadienses y los buques militares. Los muelles y el puerto estaban repletos de destructores, fragatas, cruceros de guerra, buques patrulleros, buques escolta y dragaminas.

A Ollie se le perló la frente de sudor. Se lo secó, se obligó a descender la rampa de desembarco y de repente comprendió que se iba a la guerra.

## *Epping, Inglaterra*

Se oyó un timbrado. Después de varias noches de bombardeos y estridentes sirenas, Susan y Bertie levantaron de golpe la cabeza al escuchar aquel sonido inusual. Al segundo timbrado, comprendieron que el teléfono estaba sonando en la granja. Lo más sorprendente, sin embargo, era que la línea funcionara.

Susan, que llevaba a *Duquesa*, entró corriendo en casa. Dejó rápidamente a la paloma en el asiento de una silla de madera, y el pájaro batió las alas para conservar el equilibrio.

—¿Sí? —pronunció Susan tras coger el auricular.

—Hola, soy Jonathan Wallace, del Servicio Colombófilo Nacional. ¿Podría hablar con Bertie Shepherd?

—Un momento.

Susan echó un vistazo por la ventana y vio a su patizambo abuelo haciendo una mueca de dolor. Se apoyó el teléfono en el pecho y lo llamó.

Bertie aceleró el paso y se mordió el labio inferior para soportar el dolor de las rodillas. Llegó a la casa sin aliento.

—Servicio Colombófilo Nacional —dijo Susan, tapando el auricular con una mano.

Bertie se aclaró la garganta.

—Hola —saludó tratando de que no se notara que estaba sin aliento.

Inclinó un poco el auricular y Susan se acercó. Apoyó la cara en la mejilla rasposa de su abuelo para escuchar.

El señor Wallace los informó acerca de los planes para organizar una reunión conjunta en Londres, la semana siguiente, entre el Servicio Colombófilo Nacional, la Inteligencia británica y la RAF. Se requería la asistencia de Bertie, además de otros miembros del Servicio Colombófilo Nacional. Bertie quiso hacer algunas preguntas, pero el señor Wallace sólo le indicó la fecha y le dijo que el teniente de vuelo Clyde Boar, de la RAF, lo acompañaría hasta un lugar secreto de Londres.

Susan observó a Bertie mientras éste anotaba la información en un trozo de papel; se preguntó si la semana siguiente aún quedaría algo en Londres y por qué las autoridades británicas habían tardado tanto en planear la misión.

—Buenos días, Jonathan —se despidió Bertie.

Colgó el auricular y miró a Susan.

—¿Lo conoces? —le preguntó ella.

Bertie asintió.

—Sí, participábamos juntos en carreras de palomas.

Susan cogió a *Duquesa*.

—No estás en condiciones de viajar.

—Me encuentro bien.

Susan acompañó a Bertie hasta su sillón, en la salita. Le colocó los pies sobre un taburete y le subió los pantalones por encima de las rodillas. Tenía las piernas tan delgadas que parecían lápices, y las rodillas hinchadas como melones. Le apoyó un dedo en una rótula.

—¡Ay!

Susan movió la cabeza de un lado a otro.

—No puedes ir.

—Me pondré bien. —Apoyó la mano en un hombro de Susan—. Se me han hinchado así de tanto correr al refugio.

Susan fue a buscar paños fríos y el linimento. Despacio, le aplicó el bálsamo en las rodillas a su abuelo.

*Duquesa* alzó el vuelo y se posó en el respaldo del sillón de Bertie.

—¿Y tú qué miras? —le dijo Bertie, por encima del hombro.

*Duquesa* ladeó la cabeza y observó a Susan mientras ésta le vendaba las rodillas al anciano. La joven se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Iré yo.

Bertie negó con la cabeza.

—Demasiado peligroso.

—Apenas puedes caminar, menos aún viajar hasta Londres.

—No puedo permitir que vayas. Tus padres y tu abuela jamás me lo perdonarían. —Le apoyó una mano en el hombro a su nieta—. Y yo tampoco me lo perdonaría jamás.

Susan pensó en la abuela y recordó lo mucho que echaba de menos sus paseos por el bosque de Epping para recoger bayas de saúco, la mayoría de las cuales se comían antes de volver a casa. «Tú dile a tu abuelo que sus palomas nos han robado todas las bayas», solía decir la abuela mientras se metía un puñado de bayas en la boca. Susan sonreía, arrancaba una baya de un arbusto y se la metía en la boca con un gesto travieso. Aquél era su secreto. Cuando volvían a casa tras aquellas aventuras, tenían la barriga llena, el cubo vacío y un montón de recuerdos nuevos, pese a que siempre recorrían el mismo sendero sinuoso. Susan recordaba hasta el último detalle de su abuela: su pelo escaso y gris, la sonrisa permanente que le formaba delicadas arrugas en las mejillas y su elegante timbre de voz, que hacía pensar en las cuerdas de un viejo violín. La abuela había muerto mientras dormía una cálida noche de verano de hacía apenas cuatro años. Pero a Susan le parecía que había transcurrido una vida entera, pues la guerra había abierto un abismo entre el pasado y el presente.

Susan trató de recordar a sus padres, víctimas de una epidemia de gripe, pero sólo vio una imagen de niños saltando a la cuerda mientras cantaban «*I had a little bird, its name was Enza. I opened the window and in flew Enza*». <sup>1</sup> Susan apretó los puños y ahuyentó aquella melodía de su mente.

—Iré yo —repitió Susan.

—De ninguna manera —dijo Bertie con firmeza—. Además, Wallace ha mencionado a un tal Clyde Boar. El único Boar al que conozco es aquel diablillo de tu colegio de primaria que se zampó la cinta del árbol de Navidad de la parroquia. No pienso permitir que un comequirnaldas acompañe a mi nieta hasta Londres.

Susan negó la cabeza.

—La guirnalda estaba hecha de palomitas y dudo de que se trate de la misma persona.

## *Halifax, Nueva Escocia*

Las autoridades portuarias prácticamente no existían en Canadá, quizá porque la mayoría de los agentes de aduanas se habían marchado a la guerra. Sólo había dos agentes trabajando en el puerto: uno de ellos llevaba unas gruesas gafas y bastante trabajo le costaba leer su tablilla sujetapapeles, mientras que el otro dedicaba todo su tiempo a mirar a través de unos prismáticos, como si esperara que un submarino alemán surgiera de las profundidades del puerto de Halifax. Así pues, lo único que tuvo que hacer Ollie para desembarcar fue bajar del buque y perderse entre la multitud.

Dado que no estaba dispuesto a probar suerte otra vez como polizón, Ollie pasó tres días en Halifax tratando de que lo dejaran subir a bordo de algún barco que se dirigiera a Inglaterra. No recibió nada más que negativas, la mayoría de ellas procedentes de la tripulación de buques militares británicos o canadienses. Nadie creía que aquel muchacho con puntos en la frente y una maltrecha maleta pudiera llegar a ser piloto de la RAF. Enseñar la tarjeta de visita de Bish y su propio diario de vuelo no le había servido de nada. Así que Ollie tenía cada vez más claro que le iba a resultar imposible embarcar sin la documentación necesaria en un buque militar.

Desanimado, se dirigió al final de un embarcadero y se sentó. Dejó las piernas colgando a un lado. Observó la marea, que ya se retiraba y dejaba al descubierto los pilares cubiertos de percebes. Un olor salobre se le colaba por la nariz. Siguió con la mirada una gruesa cuerda que llegaba hasta un carguero. En la proa, escrito con letras blancas, podía leerse el nombre: *Maaskerk*.

—Masquer —leyó Ollie, rascándose la cabeza—. Masquere.

Un marinero que pasaba en ese momento por el muelle se detuvo detrás de él.

—Masaquer... Masquerque...

El marinero se quitó su gorra de oficial y movió la cabeza de un lado a otro.

—*Maaskerk* —dijo, con acento holandés.

Ollie se volvió.

—¿Masrec?

—*Maaskerk*.

—*Maaskerk* —repitió Ollie.

El marinero asintió.

—¿Qué haces aquí, aparte de destrozar el nombre de mi barco?

—Estoy intentando llegar a Inglaterra —respondió Ollie—. Quiero unirme a la RAF.

—No tienes acento inglés.

—Soy estadounidense.

—¿De dónde eres?

—De Buxton, Maine.

—¿Buckon?

—Buxton.

—¿Bushton?

—No, Bucks-ton. —Ollie se fijó entonces en la sonrisa del hombre y comprendió que le estaba tomando el pelo—. Bueno, supongo que ahora estamos en paz.

El marinero volvió a ponerse la gorra.

—La mitad de nuestra tripulación se ha marchado para ir a la guerra. El capitán me ha ordenado que baje a tierra a reclutar mecánicos. Si estás dispuesto a trabajar, me ocuparé de tu pasaje.

Ollie se puso en pie y le tendió una mano al hombre.

—Gracias. Me llamo Ollie.

—Jansen —dijo el oficial al mismo tiempo que le estrechaba la mano.

Ollie cogió su maleta y siguió al hombre por la pasarela. Enseguida lo pusieron a trabajar engrasando las partes móviles de los motores y de la maquinaria. No tardó en empezar a oler a aceite; su camisa y sus pantalones pronto quedaron del color del café. Mientras Ollie engrasaba los dientes de un engranaje, se preguntó cómo sería Gran Bretaña: «¿Adónde me destinarán? ¿Qué avión pilotaré? ¿Qué aspecto tienen los nazis? ¿Mis padres estarían orgullosos de mí? ¿Moriré en la guerra?». Aplicó más grasa y ahuyentó aquellos pensamientos.

El carguero holandés *Maaskerk* formaba parte de un convoy que se dirigía a Inglaterra, buscando una travesía segura en la compañía de buques militares británicos y canadienses. Pero tras un día de viaje, el carguero tuvo un problema en la hélice y se vio obligado a reducir la velocidad a siete nudos. Incapaz de seguir al resto del convoy, que viajaba a catorce nudos, el *Maaskerk* tuvo que seguir navegando en solitario. Ollie oyó los temores de la tripulación, según los cuales se habían convertido en un blanco fácil para los submarinos alemanes. Algunos de los marineros incluso hacían apuestas respecto al puerto de destino, especialmente cuando empezó a correr el rumor de que la bodega del buque estaba en realidad llena de munición, una carga mucho más peligrosa que el grano... o que las ratas. Pero cuando el *Maaskerk* llegó al puerto de Liverpool, Inglaterra, Ollie supo que el convoy había sido atacado por submarinos alemanes que habían usado la táctica de la manada de lobos: habían hundido doce buques. Ollie se entristeció al saber que los tripulantes de aquellos buques, muchos de los cuales lo habían saludado con la mano al zarpar de Halifax, habían fallecido. Y se dio cuenta de la suerte que había tenido al embarcar en el *Maaskerk* sólo porque había sentido curiosidad de saber cómo se pronunciaba aquel nombre.

Cuando desembarcó, Ollie se sintió afortunado por haber llegado a Inglaterra... hasta que vio la

devastación. El puerto estaba prácticamente arrasado: los muelles, excepto unos pocos, habían quedado reducidos a montañas de trozos de madera y escombros de cemento. En el lado norte, una manzana entera de edificios estaba en ruinas. A Ollie le temblaron las rodillas y notó la boca seca. Rodeó con su maleta un enorme boquete en el suelo, sin duda producido por una bomba que no había alcanzado su objetivo, y se sentó en una pila de ladrillos. Se fijó en los marineros que iban de un lado para otro, con la ropa sucia, los ojos hundidos y una expresión de dolor grabada en el rostro. Todos parecían haber perdido tanto como Ollie, puede que más.

A Ollie le empezaron a temblar las manos y lo invadió una oleada de incertidumbre. ¿Qué podía cambiar él, un joven piloto de aviones fumigadores recién llegado desde Buxton? Se sintió incompetente, más como un ingenuo granjero que como un aviador. Había creído que la muerte de sus padres tal vez marcaría el fin de sus tribulaciones, pero ahora comprendía que no era más que el principio.

Ollie respiró hondo varias veces para calmarse. Abrió la maleta y cogió la fotografía de sus padres, tomada antes del terrible accidente de tractor. Sus padres, cogidos de la mano y vestidos con la ropa de los domingos, sonreían. Su padre lucía con orgullo la corbata que Ollie le había regalado un año en Navidad, y su madre llevaba un vestido plisado. La larga melena rizada le caía sobre los hombros. Ollie se secó los ojos, abrumado por los remordimientos de haber ignorado a sus padres cuando éstos habían expresado su apoyo a Gran Bretaña y, peor aún, por no haber tenido jamás la oportunidad de pedirles disculpas. Sus padres se habían sacrificado para ofrecerle una buena vida, una vida que hasta ahora él no había valorado. Deseó poseer ni que fuera la mitad del espíritu de sus padres. Pese a estar arruinado, sin hogar y ser un iluso por haber creído que podría convertirse en piloto de la RAF, se juró que seguiría adelante. Así pues, Ollie guardó la foto, enterró sus miedos y dejó atrás la pila de ladrillos.

Para conseguir un poco de dinero, lo suficiente al menos para pagarse una comida a base de pan frito y un billete de tren a Londres, trabajó todo el día descargando el *Maaskerk*. Mientras trasladaba con cuidado las pesadas cajas de madera llenas de proyectiles de artillería, se fijó en varios almacenes reducidos a cenizas y en la siderurgia de Liverpool: una de las alas del edificio estaba literalmente arrasada. Le preguntó a un trabajador de los astilleros, de nombre Joseph Burke, qué había ocurrido. El hombre le contó, con voz temblorosa, que la Luftwaffe había bombardeado la ciudad una semana atrás. Joseph unió las manos como si se dispusiera a rezar y añadió que su esposa, Millie, y su hija de dos años, Christine, se habían guarecido aquella noche en el refugio de Cleveland Square. El refugio había recibido el impacto directo de una bomba y habían muerto dieciocho personas, entre ellas Millie y Christine.

—Yo trabajaba en el turno de noche —le contó Joseph—. Tendría que haber estado allí con ellas.

—Lo siento —le dijo Ollie.

Joseph asintió, se secó los ojos y prosiguió con su trabajo.

Ollie siguió descargando, pero lo invadió la rabia al saber lo que habían hecho los nazis. Se

imaginó emprendiendo el vuelo en un Hurricane de la RAF, tal vez un Spitfire, y expulsando a aquellos demonios de la patria de sus padres.

Una vez terminado el trabajo, Ollie cobró su paga y subió a un tren que se dirigía a Londres. El tren no iba muy lleno, teniendo en cuenta que eran muchas las personas que huían de las ciudades. Y cuando Ollie llegó a Londres, comprendió los motivos.

Aunque el puerto de Liverpool había sufrido graves daños durante el bombardeo, la mayor parte de las zonas residenciales se habían salvado. Pero no había ocurrido lo mismo en Londres. Una especie de neblina gris flotaba sobre la gran ciudad. Ollie asomó la cabeza por la ventanilla del tren para ver mejor. El viento le azotó la cara y el olor del humo se le coló por la nariz. Y cuando el tren llegó resoplando a los límites de la ciudad, vio fábricas destruidas, edificios reducidos a cenizas, una iglesia cuyo campanario se había derrumbado y manzanas enteras de casas convertidas en una pila de ruinas humeantes. Tuvo la sensación de que Londres estaba siendo incinerado, casa a casa.

Cuando el tren pasó junto al primer cementerio, Ollie se fijó en que había cientos de tumbas nuevas que deslustraban los antes impecables terrenos. Se estaban cavando, además, decenas de fosas nuevas para aquellos que aún no habían sido enterrados o quizá para estar preparados ante una nueva noche de bombardeos. Vio hileras de ataúdes de madera de pino apoyados en la pared de la funeraria, como si se tratara de una macabra línea de montaje. Y justo cuando Ollie empezaba a sentirse insensible ante tanto horror, los vio. Los ataúdes pequeños.

Fue como si acabaran de extraerle de golpe todo el aire del cuerpo.

—Esto no tendría que estar ocurriendo —susurró para sus adentros.

Los niños no debían marcharse antes que sus padres. Y las guerras no debían lucharse en las ciudades. En el colegio le habían enseñado que los combates se libraban en el campo de batalla. Gettysburg. El frente occidental. Galípoli. La batalla del Somme. La sangre se derramaba en las trincheras llenas de barro, o eso creía él. ¿No eran ésas las normas? Con los nazis, sin embargo, las cosas habían cambiado. La Luftwaffe había llevado la guerra a las ciudades, sin respeto alguno por la muerte de civiles, niños incluidos.

Ollie contempló el cementerio que se iba perdiendo a lo lejos y se preguntó si en Gran Bretaña habría suficientes árboles para construir tantos ataúdes.

Oyó el llanto de un niño. Se dio la vuelta y vio a una madre dos asientos por detrás del suyo: estaba tratando de consolar a su hija, una niña de unos cinco o seis años. La mujer le estaba acariciando el rostro a la pequeña, haciendo todo lo posible para distraerla del desolador panorama que se extendía al otro lado de la ventanilla.

—Tu padre está bien... La guerra terminará pronto —repetía la mujer, convirtiendo aquellas afirmaciones en una especie de letanía.

Pero la niña se lamentaba sin descanso. Y la madre, finalmente, se desmoronó y empezó a llorar.

Ollie buscó en su maleta y cogió la única prenda limpia que le quedaba: un calcetín, la pareja

del que había usado para presionar la herida de la cabeza. Se puso en pie, enrolló la prenda hasta formar una bola y avanzó por el pasillo. La mujer y la niña lo miraron, las dos con las mejillas bañadas en lágrimas.

—Ojalá tuviera un pañuelo —dijo Ollie mientras le ofrecía el calcetín a la madre.

La mujer aceptó el gesto y le secó las mejillas a su hija. Ollie regresó a su asiento y cerró la ventanilla en un intento de silenciar tanta muerte y destrucción. Permaneció el resto del trayecto con la cara oculta entre las manos.

Las calles de Londres estaban repletas de voluntarios que retiraban los escombros. Para sorpresa de Ollie, muchas tiendas seguían abiertas. No tardó en descubrir que la Luftwaffe había bombardeado la ciudad durante catorce noches seguidas y que la mayoría de los londinenses pasaban las noches en refugios situados en el subsuelo de la ciudad. Ollie admiró la perseverancia de los londinenses, que seguían con sus actividades cotidianas a pesar de los bombardeos de Hitler.

Consiguió encontrar el despacho de Charles Sweeny preguntando a los transeúntes. Al parecer, Charles Sweeny era un miembro muy conocido de la sociedad, además de un empresario muy admirado. Cuando faltaban pocos minutos para las cinco en punto, Ollie entró en un gran edificio de oficinas situado en el corazón de Londres que por suerte se había librado de los bombardeos. Subió a la última planta, donde lo recibió una recepcionista de pelo cano que parecía tener muchas prisas por marcharse.

—Soy Ollie Evans —anunció, y le mostró a la mujer la tarjeta que le había dado Bishop—. Bish..., quiero decir, el señor Bishop... me dijo que visitara al señor Sweeny para enrolarme en la RAF.

La mujer negó con la cabeza.

—El señor Sweeny está fuera de la ciudad —dijo mientras arrojaba una pila de documentos a la papelera—. Y yo ya me voy.

Ollie observó a la mujer mientras ésta cerraba su escritorio con llave y guardaba las llaves en el bolso.

—Por favor, he venido desde Estados Unidos.

—Vuelva mañana —dijo ella.

Sonó una sirena.

La mujer retrocedió un paso.

—Ya vienen.

A Ollie se le erizó el vello de la nuca.

—¿Cuánto tiempo?

—Quince minutos, puede que veinte. La sirena indica que los han visto cruzando el canal.

La mujer se puso el abrigo, se colgó el bolso al hombro y dio media vuelta.

—¡Por favor! —la llamó Ollie—. No tengo a donde ir.

—¡Mañana!

—¡Pero tal vez no haya un mañana!

La mujer se detuvo y buscó las llaves.

—Nombre.

—Ollie.

La sirena aulló de nuevo.

—El apellido.

Metió apresuradamente una llave en el archivador y lo abrió.

—Evans.

La mujer rebuscó en un cajón.

—No lo veo.

—¿Está segura?

La mujer consultó otras carpetas.

—¿Oliver?

—Sí.

Cogió un sobre y cerró el cajón de golpe. Le entregó apresuradamente el sobre a Ollie.

—Coja un tren hasta Church Fenton por la mañana. —La mujer se guardó de nuevo las llaves en el bolso—. Le aconsejo que busque usted un refugio, señor Evans.

Dio media vuelta y se marchó. El ruido de sus tacones resonó por el pasillo. Ollie siguió a la mujer escalera abajo.

—¿Adónde debo ir?

—¡Siga a la multitud! —le gritó la mujer.

Ya en la calle, Ollie perdió de vista a la mujer entre un grupo de personas que corrían por la acera, pero consiguió encontrar refugio en una estación subterránea de tren. Estaba abarrotada de londinenses que llevaban un buen rato haciendo cola para entrar, pero encontró un sitio no demasiado agradable, una esquina húmeda sobre el desigual suelo de adoquines. La familia que estaba a su lado jugaba a un juego de mesa: la hija más pequeña tenía una muñeca y llevaba una máscara antigás. Cuando Ollie se presentó, la niña se inclinó hacia su madre y le dijo:

—Habla muy raro.

Ollie sonrió, quizá por primera vez en varias semanas, y les contó que había viajado desde Maine para unirse a la RAF.

Pese a su acento extraño, la familia compartió con Ollie parte de sus raciones de comida: longaniza seca y remolacha en vinagre.

—Agradecemos que colabore en nuestro esfuerzo de guerra —dijo el padre mientras cortaba un trozo de longaniza para Ollie.

—Gracias —contestó Ollie, aceptando la carne—. Ojalá pudiera ofrecerles algo yo también.

—Puede ayudar devolviéndonos nuestro cielo —dijo el hombre.

Ollie asintió.

El estruendo de las explosiones empezó cuando ya había oscurecido. Mientras el suelo

temblaba y caía polvo del techo, Ollie abrió el sobre. Bajo el débil resplandor de un farol, encontró documentos en los que figuraba su nombre, un billete de tren y una nota.

*Señor Evans:*

*En nombre de la RAF y de los ciudadanos del Reino Unido, le expresamos nuestro agradecimiento por sus servicios en estos momentos de necesidad. Mi querido amigo Billy Bishop, mariscal del aire de la RCAF, me escribió para decirme que usted vendría y me comentó que estaba muy «impresionado por ese jovencito de Maine». Espero que reciba usted esta carta y, si es así, los documentos adjuntos lo conducirán al 71.º Escuadrón Águila en Church Fenton, a las órdenes del jefe de escuadrón W. M. Churchill. Le deseo grandes éxitos en esta lucha.*

*Buena suerte,*

*CHARLES SWEENEY*

Ollie abrió la maleta, cambió los papeles por un suéter y se colocó la prenda detrás de la cabeza a modo de almohada. El refugio se llenó de ronquidos. Un niño tosió. El suelo temblaba. Del techo caían trozos de cemento. Se limpió el polvo de la cara, se dio la vuelta y trató de encontrar una postura cómoda sobre los adoquines. Ollie pensó en cuando pilotaba su biplano sobre los campos de patatas de Maine y en lo mucho que echaba de menos a sus padres. Mientras el rugido de las bombas alemanas se adueñaba de la ciudad, se fijó en la niña que dormía con la máscara antigás entre los brazos y la muñeca en el suelo. Y se juró que haría todo lo que estuviera en su mano para devolverle su cielo.

*Epping, Inglaterra*

El abuelo de Susan tenía razón. El teniente de vuelo Clyde Boar era el mismo diablillo del colegio de primaria de Susan. Obtuvo la confirmación cuando el teniente llegó al amanecer del día siguiente, tras otra noche de bombardeos, con órdenes de acompañar a Bertie Shepherd, del Servicio Colombófilo Nacional, a Londres. Justo cuando el teniente se preparaba para llamar a la puerta, Bertie la abrió de golpe.

—¿Tú eres el crío que se comió la cinta del árbol de Navidad de la parroquia?

Susan se puso roja de vergüenza.

El teniente de vuelo Boar, un oficial de la RAF de hombros anchos y metro ochenta de estatura, se metió las manos en los bolsillos y dijo:

—Sí, señor. Y, si no recuerdo mal, estaba deliciosa.

Bertie lo invitó a pasar, al parecer satisfecho por la candidez del teniente o intrigado ante la idea de que comer espumillones pudiera convertir a un diablillo en un fornido aviador.

Bertie se señaló las rodillas torcidas.

—Me temo que estas piernas tan viejas no están preparadas para el viaje.

Susan apoyó una mano en el hombro de su abuelo.

—Entendido, señor —dijo el teniente de vuelo Boar—. Después de la reunión, pediré que le hagan llegar las órdenes.

—Eso no será necesario —dijo Bertie—. Susan irá en mi lugar.

El teniente arqueó las cejas.

Susan le tendió una mano.

—Hola, teniente de vuelo.

Boar miró a Bertie.

—Tengo entendido que, según las órdenes, es usted quien debe asistir a...

—Jonathan Wallace, del Servicio Colombófilo Nacional, ha solicitado la asistencia de un representante de la granja de Bertie Shepherd —lo interrumpió Bertie.

El teniente se frotó la mandíbula.

—Susan también forma parte del Servicio Colombófilo Nacional y ella será mi representante.

La chica se aclaró la garganta, la mano aún extendida.

Boar se la estrechó.

Bertie dio un paso hacia el teniente.

—Confío en usted para que se ocupe de la seguridad de Susan.

—La reunión es a las once de la mañana —dijo Boar—. El tren de la tarde nos alejará de Londres antes de que empiecen los bombardeos.

Bertie abrazó a Susan.

—Eres tan buena como ellos —le susurró—. Sé un huevo.

Susan estrechó con más fuerza a su abuelo.

«Sé un huevo», pensó Susan. Se podía ser blando por dentro debido al miedo, pero duro como la pizarra por fuera. Era una frase de ánimos que su abuelo raramente usaba, pero siempre la pronunciaba en los momentos en que ella más lo necesitaba. Bertie siempre había apoyado todo lo que ella había emprendido y le había transmitido la confianza de que gracias al esfuerzo y a la fe podía conseguir todo lo que se propusiera. Y estaba convencida de que era precisamente eso lo que le había permitido asistir a la Universidad de Londres. Susan también sabía que para Bertie era terriblemente doloroso dejarla marchar a la ciudad. Quería pensar que había logrado convencer a su abuelo gracias a la insistencia, pero sabía que lo que finalmente había decantado la balanza a su favor eran las maltrechas rodillas del anciano. Susan rezó para que su abuelo estuviera orgulloso de ella.

—¿Estás seguro que de podrás cuidar de las palomas? —le preguntó.

Bertie asintió con los ojos húmedos.

—No podré viajar, pero te aseguro que puedo caminar por esta maldita granja.

Susan besó a Bertie en la mejilla y se marchó.

El teniente de vuelo Boar y Susan subieron a la parte de atrás de un vehículo militar. Sentado al volante estaba el chófer, un soldado. Mientras se alejaban, Susan vio a Bertie andar pesadamente por la hierba, dispuesto a ponerse a trabajar cuanto antes. Y posada en lo alto del palomar se hallaba una paloma solitaria con un plumaje de inconfundibles colores. Desde la ventanilla de la parte trasera, Susan observó cómo desaparecían Bertie, *Duquesa* y el refugio que era su hogar.

El conductor dejó a Susan y al teniente en la estación de North Weald. Subieron al tren de Londres y se sentaron cerca del final.

—Fuimos juntos al colegio —anunció Susan cuando el tren arrancó—. Yo iba dos cursos por detrás.

Boar levantó un dedo.

—Eres la niña a la que le gustaban los pájaros.

—Las palomas.

El teniente le ofreció a Susan un cigarrillo, pero ella negó con la cabeza. Boar lo encendió y aspiró el humo.

—Soy jefe de vuelo —explicó, expulsando el humo—. Bombardero Blenheim.

Susan asintió.

—Después de esta misión, espero liderar un escuadrón de Spitfires.

—Yo espero salvar a Gran Bretaña.

Boar tosió y se le cayó la ceniza en la falda de Susan.

—Perdón.

Le sacudió la ceniza de la ropa y bajó la ventanilla.

Susan notó una brisa fría en la cara. «*I had a little bird, its name was Enza. I opened the window and in flew Enza.*» Se estremeció.

—¿Le importaría volver a subir la ventanilla?

El teniente suspiró y expulsó el humo por la nariz. Susan sintió la necesidad de explicarle que no era sólo por el aire frío, pero se lo pensó mejor cuando el teniente sacudió la ceniza del cigarrillo, subió la ventanilla y, tras reclinarsse en el asiento, cerró los ojos.

Los pasajeros, incapaces de resistirse a comprobar los efectos de los bombardeos de la última noche, se agolparon junto a las ventanillas cuando el tren se acercó a Londres. De la ciudad surgían columnas de humo. El número de edificios derruidos aumentaba en frecuencia y en la gravedad de los daños a medida que el tren se dirigía resoplando al corazón de Londres. Los equipos de bomberos combatían el fuego en un inútil esfuerzo de impedir que las llamas alcanzaran los edificios que se habían salvado.

Cuando Susan era niña, sus abuelos la llevaban todos los años a Londres para celebrar su cumpleaños. Conservaba en la memoria visitas al zoo, paseos por Trafalgar Square, pícnic en Hyde Park y comidas a base de empanadas y puré de patatas en Filmore. A diferencia de la mayoría de los clientes de Filmore, ellos sólo pedían pudín de frutos secos con crema, en lugar de las sabrosas empanadas de carne o las anguilas en gelatina. Recordó que en una ocasión Agnes había intentado limpiarle a Bertie los bigotes manchados de crema con la servilleta, pero lo único que había conseguido era que Bertie se pusiera un poco más de crema en la nariz, la abrazara y le dijera: «¡Bésame, Agnes!».

Susan observó con incredulidad a través de la ventanilla del tren. El Londres que conocía desde pequeña ya no se parecía en nada a aquella metrópolis en ruinas. Las noticias de la radio y de los periódicos no la habían preparado para enfrentarse a aquella ciudad arrasada y humeante. Tuvo la sensación de que le costaba respirar, y notó en el pecho una mezcla de asombro y rabia.

Los londinenses que habían pasado la noche en los refugios subterráneos desfilaban lentamente hacia sus hogares, o lo que quedaba de ellos. Susan vio a dos niños sentados en los escalones de una casa unifamiliar: la niña, algo mayor, tenía a su hermanito en brazos y lo mecía para consolarlo. Susan se dio cuenta de que los padres no estaban y se le saltaron las lágrimas.

El tren se detuvo varias manzanas antes de llegar a la estación porque una bomba había hecho volar por los aires las vías y había dejado un boquete del tamaño de un autobús. Bajaron del tren entre el aullido de las sirenas de las ambulancias, la policía y los bomberos. El olor a madera quemada y petróleo obligó a Susan a contener la respiración. Al otro lado de la calle, una biblioteca se había convertido en improvisado hospital: varios médicos entraban cargando camillas en las que transportaban a los heridos. Susan se cubrió la boca con una mano.

—No hay nada que podamos hacer —dijo el teniente, al tiempo que le daba un golpecito—.

Tenemos que irnos.

A regañadientes, Susan lo siguió.

Recorrieron varias manzanas, rodeados de más destrucción, hasta llegar a un parque en el que las baterías antiaéreas compartían espacio con los columpios y el tióvivo. Lo que en otros tiempos había sido un espacio para que jugaran los niños, se había convertido en una zona militar en la que varios hombres curtidos amontonaban sacos de arena.

Algunas partes del centro de Londres resultaban irreconocibles. Varios siglos de arquitectura habían sido aniquilados. Miles de londinenses habían muerto. A Susan le flaquearon las piernas. Quería llorar, pero siguió caminando por Westminster hasta que el teniente de vuelo Boar se detuvo delante del edificio del Tesoro.

—¿Es aquí? —preguntó Susan.

El teniente bajó la voz.

—Los mandos de la RAF se están marchando de Londres. Se dice que hasta la inteligencia militar británica va a dejar la ciudad. Pero Churchill es muy cabezota y ha afirmado que quiere dirigir la guerra desde las entrañas de este edificio.

—A lo mejor es que no quiere abandonar a nuestra gente —dijo Susan.

Boar ignoró el comentario y abrió la puerta.

El teniente entregó documentos e identificaciones a un soldado del ejército, uno de los cuatro hombres armados que custodiaban la entrada. El soldado abrió una verja de hierro y les indicó que bajaran por unos empinados escalones hasta un complejo subterráneo, una fortaleza de cemento formada por un gabinete, pasillos y habitaciones privadas. Pasaron por delante de varios centros de mando en los que hombres uniformados estudiaban unos mapas. En el aire resonaban los timbrazos de los teléfonos y el tecleo de las máquinas de escribir. Los condujeron a una sala grande presidida por una mesa cuadrada con capacidad para cuarenta hombres. Mientras se dirigían a los pocos asientos que quedaban libres, un oficial militar se fijó en Susan y le dijo:

—¿Puede traerme un té?

Susan se retorció las manos para evitar que le temblaran y respondió:

—Formo parte del Servicio Colombófilo Nacional.

—Oh, disculpe —le dijo el oficial.

Ocuparon sus asientos. Susan observó a los presentes en la sala, una mezcla de militares, agentes de inteligencia y miembros del Servicio Colombófilo Nacional. Los agentes de inteligencia, probablemente de la Agencia Gubernamental de Códigos y Claves, vestían traje y corbata y estaban apiñados en un extremo de la mesa. El Servicio Colombófilo Nacional era una asociación civil y, aunque Susan no vio a nadie que conociera, supo cuáles eran sus representantes por el pelo cano, la ropa de lana y el aspecto de granjeros. No tardó en darse cuenta de que era la única mujer en la sala. «Sé un huevo», pensó.

Un militar condecorado que estaba sentado a la cabecera de la mesa se puso en pie.

—Soy el comandante del aire John Breen.

La sala al completo guardó silencio.

El comandante del aire se acercó a una pizarra y escribió «Fuente Columba» en grandes letras.

—Ése es el nombre en clave de nuestra misión.

Susan vio que varios hombres intercambiaban miradas, pero ella, gracias a sus estudios universitarios, sabía que *columba* significaba «paloma» en latín.

—Necesitamos cien mil palomas —dijo el comandante mientras se sacudía el polvo de tiza de las manos—. Antes de que termine la guerra, puede que necesitemos doscientas mil.

Susan vio quedarse boquiabiertos a los miembros del Servicio Colombófilo Nacional.

—El primer objetivo de nuestra reunión es conseguir un compromiso por parte de cada granja respecto al número de aves y las fechas de entrega. —El comandante del aire se dirigió de nuevo a la pizarra y escribió «Granja... Número de aves... Fecha»—. Una vez alcanzado ese objetivo, los miembros del Servicio Colombófilo Nacional podrán retirarse.

Distribuyeron varios paquetes. Susan cogió su sobre, que iba dirigido a Bertie Shepherd. En el interior no había nada más que un lápiz afilado y una hoja de papel en la que debía detallar el número de palomas y las fechas de entrega previstas. Susan dejó el papel bocabajo sobre la mesa.

El comandante del aire pronto empezó a arrancar promesas a los colombófilos, como si dispusiera de muy poco tiempo o estuviera de mal humor porque le había tocado la pajita más corta y había tenido que coordinar una misión cuyas protagonistas eran las palomas. En cualquier caso, a Susan le resultó obvio que el comandante tenía mucha prisa por acabar la reunión y dedicarse a otras empresas más importantes, por ejemplo, la batalla aérea sobre el canal. Y, uno tras otro, los presentes hicieron lo que el comandante les había pedido, como si estuvieran acostumbrados a salir de trincheras embarradas al oír el silbato de algún oficial.

Susan pensó a toda velocidad. «¿Qué pretende hacer el ejército con todas aquellas palomas? ¿Adónde las llevarán? ¿Quién las va a cuidar?» Levantó la mano.

—Susan —le susurró Boar—. Ahora no.

Ella vaciló, pero luego levantó la mano un poco más.

El comandante del aire se detuvo.

—¿Sí, señorita...?

—Señorita Shepherd. Estoy aquí en nombre de mi abuelo, Bertie Shepherd, que no ha podido venir porque...

—¿Tiene usted alguna pregunta, señorita Shepherd? —la interrumpió el comandante del aire.

Susan tragó saliva.

—¿Puedo preguntarle qué es lo que se proponen hacer con nuestras palomas?

—Es confidencial. Sólo unas pocas personas tienen información de los planes, para evitar que nuestro servicio de inteligencia corra peligro.

El comandante del aire se volvió hacia otro colombófilo y le solicitó su cuota.

Susan recorrió la sala con la mirada. Se dio cuenta de que los demás colombófilos la estaban mirando y supo que todos pensaban lo mismo que ella, pero no se atrevían a hablar. Susan notó el

rostro bañado en sudor y la palma de las manos pegajosas. El corazón le latía desbocado. Finalmente, se obligó a ponerse en pie.

—Siéntate, Susan —le susurró Boar.

«Sé un huevo..., sé un huevo..., sé un huevo.» Susan se mantuvo firme.

El comandante del aire se interrumpió.

—¿Sí, señorita Shepherd?

—¿Disponen ustedes de colombófilos que participen en la misión?

—Siéntese, señorita Shepherd.

—¿Planean usar las palomas sólo para volver o para ir y volver?

El comandante levantó la voz.

—Siéntese, señorita Shepherd, o tendré que expulsarla.

—Susan —dijo el teniente de vuelo entre dientes.

—¿Sabe usted que la gran mayoría de las palomas de nuestras granjas sólo vuelven a casa? —le preguntó Susan.

El comandante del aire llamó al soldado que montaba guardia al otro lado de la puerta.

El soldado entró e hizo el saludo militar.

—Llévatela —le ordenó el comandante.

El soldado dio un paso hacia Susan y ella se aferró a la mesa.

—¿Se da usted cuenta de que la mayoría de las palomas que quiere utilizar lo único que harán será volver a nuestros palomares? Puede que no nos haga falta saber cuándo ni dónde pretenden ustedes usar nuestras palomas, ¡pero necesitamos saber cómo si quieren que la misión Fuente Columba sea un éxito!

Un hombre fornido que llevaba una pajarita de topos se detuvo al pasar por delante de la puerta.

Los militares se pusieron firmes de golpe. Susan se giró y vio al primer ministro, Winston Churchill, acompañado por dos oficiales del ejército.

—¿Es que el enemigo ha invadido mis centros de mando? —preguntó Churchill, sujetando un puro entre los labios.

Susan abrió los ojos como platos.

—Está todo bajo control —afirmó el comandante del aire.

—La joven tiene razón —dijo un anciano delgado al tiempo que se ponía en pie—. Mi nombre es Jonathan Wallace, del Servicio Colombófilo Nacional. La mayoría de nuestras palomas regresarán a sus palomares. Pido disculpas a todos por no haber hablado antes.

Los demás colombófilos asintieron.

Churchill miró a Susan.

—¿Puedo preguntarle quién es usted?

Susan tragó saliva y se fijó en que el primer ministro parecía un bulldog vestido con traje.

—Soy Susan Shepherd. Crío palomas con mi abuelo y estudio Zoología. O estudiaba, hasta que

empezó la guerra.

Churchill se inclinó hacia delante.

—¿Y qué cree que está usted haciendo al desafiar a uno de mis oficiales de rango superior?

—Mi deber, señor.

Churchill apretó la mandíbula. Le cayó la ceniza del puro. Finalmente, miró al comandante del aire y dijo:

—Mi consejo es que dediquemos el tiempo necesario a escuchar al señor Wallace y a los demás miembros del Servicio Colombófilo Nacional. Sus opiniones pueden resultar muy valiosas para el éxito de nuestra misión. Nuestra inteligencia, espíritu y duro carácter inglés nos conducirán a la victoria. —Se tocó el sombrero y se marchó.

Todo el mundo volvió a ocupar su asiento. El comandante del aire sujetó la tiza con fuerza mientras el rubor le teñía las mejillas.

—Maldita sea, Susan —susurró el teniente de vuelo—, no me puedo creer lo que acabas de hacer.

—Ni yo —dijo Susan, que se sentía como si se hubiera salvado por los pelos de ser arrollada por un tren a toda velocidad.

La reunión se alargó hasta bien entrada la tarde. Susan no sólo descubrió cómo tenía pensado el ejército utilizar a las palomas, sino también otros muchos detalles sobre la misión Fuente Columba... y deseó no haber abierto la boca.

## *Londres, Inglaterra*

Susan y el teniente de vuelo Boar perdieron el último tren que salía de Londres por apenas diez minutos. Mientras el teniente intentaba encontrar un vehículo militar que los llevara de vuelta a North Weald, Susan buscó un teléfono para llamar a Bertie. En el exterior de la estación, el crepúsculo proyectaba negras sombras. «Se nos acaba el tiempo», pensó. Localizó con rapidez una cabina telefónica, pero la línea no funcionaba. Mientras colgaba de nuevo el auricular, empezaron a sonar las sirenas que anunciaban un ataque aéreo. Susan se tapó los oídos. Grupos dispersos de londinenses dirigieron la mirada al cielo. Todo el mundo apretó el paso. Y las calles no tardaron en quedar desiertas.

Susan y el teniente de vuelo Boar renunciaron a sus intentos de volver a North Weald y siguieron a una mujer que iba con sus tres niños, todos cargados con mantas y almohadas, hacia una estación subterránea de tren. Susan se sintió mal al darse cuenta de que Bertie estaría muy preocupado. Aproximadamente una hora más tarde, sin embargo, se olvidó de su abuelo —al menos de forma momentánea— cuando estallaron las primeras bombas, el refugio tembló y le cayeron restos de cemento en el pelo.

Mientras se sacudía el polvo de la cabeza, se fijó en que la mujer a la que habían seguido hasta el refugio abría un libro y empezaba a leérselo a los tres chicos. Pese a los esfuerzos de la madre por distraerlos, los niños no hacían más que dirigir la mirada hacia el techo. Susan vio a otra familia jugando a un juego de mesa: se turnaban para lanzar los dados y, de vez en cuando, retiraban el polvo que caía sobre las piezas. Una anciana le estaba enseñando a su nieta a hacer punto: a medida que entrechocaban las agujas, la bufanda iba creciendo más y más. Pese a la destrucción de la ciudad en la superficie, los londinenses hacían todo lo posible por seguir adelante con sus vidas, si no por ellos, al menos por sus hijos.

Más tarde, los niños se arroparon en sus mantas y la luz de los quinqués se fue atenuando, pero el estruendo de las bombas no cesó.

Susan contempló el techo de mampostería. «¿Resistirá el refugio un impacto directo?» El corazón le golpeaba las costillas. Apretó las manos hasta clavarse las uñas en las palmas. El miedo de permanecer escondida bajo tierra, mientras la Luftwaffe bombardeaba Londres, era mucho peor de lo que había imaginado. Cada vez que reverberaba una detonación, Susan se sentía un paso más cerca de la muerte.

—Descansa un poco, Susan —dijo Boar, que estaba sentado a su lado—. Esta noche no

podemos hacer nada.

Susan asintió.

El teniente se tendió y cerró los ojos.

Susan, a quien se le había formado un nudo en el estómago por la angustia, se preguntó si las alas de cien mil palomas podrían cambiar el curso de la guerra.

Cuando empezó a amanecer, se oyeron las últimas explosiones. Una sirena en forma de prolongado y ensordecedor zumbido despertó a los ocupantes del refugio y les indicó que había pasado el peligro. Algunas personas se despezaron, mientras que otras se quitaban el polvo de los ojos. Los susurros se fueron convirtiendo poco a poco en voces normales a medida que los londinenses recogían sus mantas, almohadas y bolsas. Los temores de Susan se fueron atenuando. Pese a no haber dormido, no se sentía cansada, pues aún notaba la adrenalina provocada por el estruendo de las bombas, mucho más cercanas que el eco distante que se escuchaba desde la granja de Bertie. Tal vez si llevara semanas durmiendo bajo tierra con todas aquellas personas ya se habría acostumbrado: las ensordecedoras detonaciones y los temblores de la tierra se habrían convertido en algo normal.

Mientras los londinenses se preparaban para abandonar el refugio, Susan se fijó en una niña de enmarañado pelo rubio que dejaba caer una máscara antigás y recogía su muñeca. Y deseó poder llevarse a aquella niña, a los padres de aquella niña y a todos los que ocupaban aquel refugio a la seguridad del campo.

—Buenos días —saludó el teniente de vuelo Boar.

Se peinó el pelo negro con los dedos y luego se sacudió con las manos el uniforme de la RAF en un intento de alisar las arrugas.

—¿Has dormido?

Susan le dijo que no con la cabeza. Recordaba haberse despertado en plena noche al notar en un muslo la mano del teniente y su aliento en la nuca. Se había apartado de él y había encontrado consuelo en el frío suelo de piedra, pero no había podido volver a conciliar el sueño.

Se abrió la puerta del refugio. La gente terminó de recoger sus pertenencias y salió a la calle arrastrando los pies, entre el rugido de los camiones de bomberos y un intenso olor acre, mezcla de azufre y petróleo ardiendo. Una manzana más allá, un complejo de apartamentos había quedado parcialmente destruido. Los bomberos, cubiertos de sudor y hollín, lanzaban agua al edificio en llamas. Susan echó a andar en la dirección opuesta, deseando poder silenciar los gritos de quienes vivían en aquellas casas y habían salido del refugio para descubrir que sus hogares estaban siendo pasto de las llamas.

Para llegar hasta la estación tuvieron que abrirse paso por un laberinto de calles, muchas de las cuales estaban bloqueadas por barreras, equipos de bomberos o montañas de escombros. La estación estaba abarrotada de londinenses que intentaban abandonar la ciudad, a juzgar por la gran

cantidad de baúles amontonados en el andén. Cuando subieron al tren, todo el mundo se abrió paso a empujones para encontrar sitio en el vagón. El teniente ocupó dos asientos, pero Susan insistió en cedérselos a una pareja que viajaba con un bebé, de manera que ambos se quedaron de pie en el pasillo con otros muchos pasajeros que buscaban desesperadamente un lugar seguro lejos de Londres.

Sonó el silbato y el tren arrancó con tanta brusquedad que Susan cayó hacia atrás.

El teniente la sujetó.

Susan tuvo la sensación de que prolongaba demasiado el contacto y trató de apartarse, pero el pasillo estaba abarrotado de gente.

—Me gustaría volver a verte —dijo Boar al tiempo que dejaba caer la mano hasta la cadera de Susan.

—Los dos tenemos mucho trabajo —le respondió ella, apartándose unos centímetros.

Él se volvió a acercar.

—Pues razón de más para que empecemos a conocernos mejor.

Susan captó su aliento agrio.

—No creo que sea una buena idea, teniente de vuelo.

—Llámame Clyde.

Susan le dio un golpecito a su bolso con un dedo.

—Teniente de vuelo, yo no puedo cumplir las exigencias de las órdenes que hemos recibido si me tomo tiempo libre, y usted tiene sus propias órdenes, que sin duda exigen toda su atención.

—Soy jefe de vuelo —dijo Boar—. Y mi rango me permite —hizo una pausa mientras dejaba resbalar la mirada por el cuerpo de ella— cierta flexibilidad.

—Me siento halagada, pero la respuesta es no —contestó Susan, volviéndose.

Boar la sujetó por la muñeca.

Susan bajó la vista hacia la mano de él.

—Aún no he terminado —dijo él, agarrándola con más fuerza.

—Suéltala —ordenó una voz desconocida.

Susan levantó de nuevo la mirada y vio a un joven de pelo castaño y ondulado que llevaba una maleta.

—Métete en tus asuntos, yanqui —le respondió Boar.

—Suéltala —repitió Ollie.

Susan notó que el teniente le soltaba el brazo.

—¿Qué haces aquí, yanqui? —dijo Boar, mientras daba un paso hacia Ollie.

—Voy a Church Fenton para unirme al Escuadrón Águila —respondió Ollie al tiempo que le daba un golpecito al sobre que asomaba del bolsillo de su chaqueta.

—Impresionante. He oído que quieren formar un escuadrón con yanquis, pero pensaba que era un rumor. ¿Te importa que eche un vistazo? —dijo Boar mientras le cogía el sobre.

—Devuélvemelo —ordenó Ollie, dejando caer la maleta.

El teniente le echó un vistazo a la carta firmada por Charles Sweeny, luego la rompió en dos y la arrojó por una ventana.

—Vuelve a casa con tu mamá.

Mientras los pedazos de la carta caían por un puente de caballetes y aterrizaban en un pantano, Susan miró al joven que había acudido en su ayuda. Percibió la ira que se reflejaba en su rostro y se dio cuenta de que lo que había enfurecido al joven no era lo que el teniente había hecho, sino lo que había dicho.

Ollie cerró el puño, dobló el brazo hacia atrás y golpeó al teniente en la mandíbula.

La cabeza del teniente giró bruscamente hacia un lado, pero los pies no se le movieron del suelo.

Una mujer gritó. Varias personas se volvieron. Unos cuantos pasajeros valientes se interpusieron entre Ollie y el teniente para evitar la pelea.

Boar se limpió el labio. Tenía los dientes manchados de sangre.

—Te vas a arrepentir de lo que acabas de hacer, yanqui. —Se sacudió el uniforme y miró a Susan muy tranquilo—: Yo sólo...

Ella cruzó los brazos, le dio la espalda y se dedicó a mirar por la ventana. Boar fulminó a Ollie con la mirada, se abrió paso entre la multitud apartando a empujones a los pasajeros y se fue a otro vagón.

—¿Estás bien? —le preguntó Ollie.

—Lo que has hecho no era necesario —contestó Susan.

—Te tenía cogida, ha lanzado mis papeles por la ventana y ha mencionado a mi madre.

Susan lo miró fijamente.

—Agradezco que te preocupes por mi bienestar, pero te aseguro que soy muy capaz de cuidarme yo sola.

—Sólo intentaba ayudar.

Susan se frotó la muñeca.

—¿Cómo te llamas?

—Ollie.

—Yo soy Susan —dijo al tiempo que intentaba situar el acento del joven—. ¿De dónde eres?

—Maine..., Estados Unidos —respondió él.

—Bueno, Ollie de Maine, te sugiero que busques sitio en otro vagón, preferiblemente en la cola del tren. Y que cuando llegemos a North Weald, bajas lo más rápido posible y cojas otro tren hacia donde sea que te dirijas.

Ollie asintió y le tendió una mano.

Susan la aceptó y recibió un apretón firme y, al mismo tiempo, cordial. El joven dio media vuelta y ella lo observó abrirse paso hacia la cola del tren hasta que lo perdió de vista.

Menos de una hora más tarde, el tren se detuvo con un ruidoso chirrido. Susan bajó y vio a un grupo de soldados que en ese momento estaban esposando a Ollie. Boar, de pie junto a los

soldados, ladraba órdenes. La invadieron los remordimientos. Impotente, vio a los hombres meter a Ollie en la parte trasera de un vehículo militar y llevárselo de allí.

*North Weald, Inglaterra*

Los soldados, a las órdenes del teniente de vuelo Boar, llevaron a Ollie a lo que ellos llamaban el Invernadero, aunque a Ollie le pareció más bien una prisión militar. Le sujetaron los brazos y lo empujaron contra una pared de piedra. Boar le dio un puñetazo en el estómago y a Ollie se le doblaron las rodillas. Se encogió hasta formar una bola, sin poder recuperar el aliento. Los soldados levantaron a Ollie del suelo y lo empujaron de nuevo contra la pared.

—En la cara no —ordenó Boar—. No quiero que el comandante de ala se apiade de él.

El teniente dobló el brazo hacia atrás y le atizó un puñetazo a Ollie en las costillas.

Ollie boqueó como una carpa fuera del agua —con la boca abierta, jadeando en busca de aire—, pero no consiguió recuperar el aliento. Se sentía como si tuviera los pulmones destrozados.

En ese momento se oyó una sirena de ataque aéreo y todos los hombres salieron corriendo de la celda. Excepto el teniente de vuelo Boar.

—Tendrías que haberte quedado en casa, yanqui —dijo mientras le daba una patada en el costado.

Ollie gimió de dolor y se acurrucó en posición fetal para proteger los órganos. La puerta de la celda se cerró ruidosamente y oyó unos pasos que se alejaban. Cuando por fin pudo volver a respirar, se arrastró hasta la litera, si es que podía llamarse así, pues en realidad no era más que una tabla cubierta por una manta mohosa. Desde el exterior, le llegó el estruendo de las baterías antiaéreas. Intentó ponerse en pie. Notó un zumbido en la cabeza, la celda empezó a dar vueltas y, de repente, todo se volvió negro.

Se despertó cuando una mano le resbaló de la litera y aterrizó sobre el cemento. Procuró estirar las piernas, pero chocó con la cabeza y las piernas contra las paredes de la celda. Las sombras de los barrotes de acero se proyectaban en el suelo. La celda olía a humedad y a patatas grilladas, como el sótano de la granja.

Dedujo que ya era de día, aunque la celda no disponía de ventanas. Oyó agua que goteaba en un lavabo. Tenía la boca seca y notaba un intenso dolor en los costados. Contempló el techo agrietado y se preguntó si sus costillas estarían en esas mismas condiciones. Escuchó el eco de pisadas que se acercaban por el pasillo. Se frotó un costado y se preparó para recibir una nueva paliza.

Oyó el tintineo de una llave, el chirrido de unas bisagras de hierro y el sonido de unos pies que se arrastraban hasta su litera. Finalmente, Ollie abrió los ojos. Delante de él había dos hombres de

pie: uno de ellos vestía uniforme, el otro llevaba unos pantalones de mezclilla sujetos con tirantes y tenía las rodillas curvadas hacia fuera, como si montara un poni invisible. La maleta de Ollie colgaba de una de las manos de aquel hombre, cubiertas de manchas de la vejez.

—Oliver de Maine —dijo alguien en tono áspero.

—Sí —respondió Ollie, con una voz que le sonó seca.

Tosió y notó un intenso dolor en el abdomen.

—Acompáñame.

Ollie se sentó despacio y luego se puso en pie, aunque le temblaban las piernas. Se fijó en el soldado y sintió alivio al comprobar que no era ninguno de los soldados que le habían pegado. El hombre patizambo era bajo y tenía el pelo blanco, la cara surcada de arrugas y un reloj de cadena en el chaleco.

—¿Quién es usted? —le preguntó Ollie.

—Me llamo Bertie. Bertie Shepherd y voy a ser tu patrón durante los próximos tres meses.

Ollie se rascó la cabeza y miró al soldado.

El soldado le hizo un gesto con la cabeza a Ollie para indicarle que podía marcharse.

Ollie siguió a Bertie por el pasillo y dejaron la celda atrás. Ya en la calle, el sol lo deslumbró. Entornó los ojos, estornudó y sintió un intenso dolor en las costillas, como si le hubieran clavado una daga.

—Jesús —le dijo Bertie.

—Gracias —respondió Ollie.

Se apretó el costado con una mano y siguió al hombre hasta una camioneta.

Bertie abrió la puerta del pasajero, ayudó a Ollie a subir y dejó la maleta detrás del asiento. Luego rodeó la camioneta y se sentó al volante.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Ollie.

Bertie introdujo la llave en el contacto, se frotó las rodillas y puso en marcha el motor.

—A trabajar.

—¿Cómo ha conseguido sacarme de la celda?

Bertie pisó el acelerador y tocó el claxon para saludar a un grupo de soldados que se dirigían a un hangar.

—He hablado con el comandante de ala y hemos llegado a un acuerdo para sacarte.

—¿Por qué?

Bertie se bajó un poco las gafas para mirar a Ollie.

—Porque ayudaste a mi nieta, Susan.

Ollie recordó entonces a la muchacha esbelta de pelo rubio y al teniente que la sujetaba por la muñeca. Notó que le ardían las mejillas. Bertie aferró el volante.

—Si tuviera unos cuantos años menos, ya le enseñaría yo modales a ese malnacido. —Miró de nuevo a Ollie—. Gracias.

Ollie asintió.

—¿Qué hace un joven de Maine tan lejos de casa? —le preguntó el anciano.

Ollie pensó en sus padres y en las flores marchitas sobre sus tumbas.

—Allí ya no me queda nada.

El anciano se frotó la rodilla.

Ollie señaló un caza Hurricane que se preparaba para aterrizar.

—Soy piloto. Tengo que llegar a Church Fenton para unirme al Escuadrón Águila.

—No puedes hacerlo hasta dentro de noventa días. Ése es el trato.

—¿Qué trato?

—El trato que he hecho con el comandante de ala Davies.

Bertie giró bruscamente el volante hacia la izquierda para salir del aeródromo de North Weald y Ollie tuvo que agarrarse al salpicadero.

—Hemos acordado que trabajarás para mí durante tres meses. Y yo me he comprometido a no presentar una denuncia contra el teniente de vuelo Clyde Boar por su conducta, impropia de un oficial de la RAF. También le he dicho que conocía al vicemariscal del aire Keith Park y que lo llamaría en cuanto me marchara, en vista de que no nos íbamos a poner de acuerdo acerca de cómo tratar un asunto tan delicado.

—Agradezco su ayuda para sacarme de la cárcel, pero tengo que llegar a Church Fenton.

Bertie lo miró.

—Oliver de Maine, ¿sabes cuál es la pena por agredir a un oficial?

Ollie dijo que no con la cabeza.

—Podrías pasar una larga temporada en una prisión militar, hasta que ganemos esta condenada guerra o acabemos todos hablando alemán.

Ollie tragó saliva.

—Sospecho también que el comandante Davies no sabía qué hacer contigo. Eres estadounidense, no estás enrolado en la RAF, de momento al menos, y tiene una flota entera de nazis sobrevolando su aeródromo noche tras noche para destruir Londres. Davies ha perdido a muchos de sus mejores hombres, y sus cazas caen del cielo como moscas. —Bertie suspiró—. Supongo que Davies no puede dejarte encerrado hasta que te hagas viejo y te salgan canas, pero sí que podría habértelo puesto muy difícil para ir a la guerra con una simple llamada a Church Fenton. Así que mi propuesta ha debido de parecerle una solución amistosa.

—Gracias, Bertie. Supongo que debería mostrarme un poco más agradecido con usted y con su amigo Keith Park.

Bertie se echó a reír y se frotó la rodilla.

—Conocí al vicemariscal del aire en un desfile en Londres. Y puesto que estuve lo bastante cerca de Park como para estrecharle la mano, he pensado que no perjudicaba a nadie si mencionaba su nombre.

Al oír reírse al anciano, Ollie sonrió.

—Tendrías que haberle visto la cara al comandante de ala cuando he mencionado el nombre de

Park. Parecía un niño al que envían al despacho del director —prosiguió Bertie, frotándose de nuevo la rodilla y echándose a reír con más ganas.

Ollie se echó a reír también, algo que llevaba semanas sin hacer. Se sujetó las costillas con ambas manos.

—Parece que te han zurrado a base de bien, Ollie. Bueno, durante los noventa días que vas a trabajar en nuestra misión tendrás tiempo de recuperarte.

—¿Qué clase de misión?

—Fuente Columba. El comandante Davies también tiene un interés particular en el éxito de esta misión, que es probablemente otro de los motivos por los que te ha dejado salir para que trabajes para mí.

Ollie se rascó la cabeza.

—¿Qué es Fuente Columbia?

—Columba. Es alto secreto —dijo Bertie, cuya sonrisa desapareció. Bajó la mirada—. ¿Cómo puedo estar seguro de que no eres un espía?

—Soy fumigador de cultivos.

Ollie consideró la idea de buscar su licencia de piloto en la maleta.

La brisa se colaba por la ventanilla abierta. La camioneta chocó contra un bache y los dos saltaron en sus asientos.

Bertie se echó a reír.

—Pronto sabrás todo lo que hay que saber acerca de nuestra misión. Y en los próximos meses vas a aprender más sobre vuelo que durante toda una vida en la cabina de un Spitfire.

Ollie contempló a través del retrovisor lateral el aeródromo, que se perdía en la distancia, y se preguntó en qué clase de lío se había metido esta vez.

## *Epping, Inglaterra*

Susan echó pienso en el comedero y luego rascó una lata con una cuchara de madera. Las palomas entraron volando en el palomar y empezaron a comer. Excepto *Duquesa*. El pájaro, con la cabeza ligeramente ladeada, se quedó en la plancha de aterrizaje observando a Susan.

—De acuerdo, *Duquesa* —dijo ella.

Cogió un puñado de pienso, se arrodilló en el suelo y extendió la mano.

*Duquesa* revoloteó hasta el suelo, se acercó caminando a la joven y zureó.

—Te tengo demasiado mimada —dijo Susan mientras le pasaba un dedo por el lomo.

*Duquesa* se acercó un poco más y, tras recibir otra caricia en la cabeza, empezó a picotear.

Cuando los granos de pienso desaparecieron de la palma de Susan, ya fuera porque *Duquesa* se los había comido o porque habían caído al suelo, la joven se sacudió las manos y se puso en pie.

—Y, ahora, vete.

*Duquesa* se dirigió despacio hacia el comedero, se detuvo y se volvió a mirar a Susan.

—Vete.

La paloma bajó la cabeza, como si Susan hubiera herido sus sentimientos, y se mezcló con las demás aves.

Mientras Susan observaba a *Duquesa*, no pudo evitar pensar que el pájaro se comportaba más bien como *Whitby*, el pastor de las islas Shetland que tenía su abuelo cuando ella era pequeña. *Whitby* era un perro más listo que el hambre, y siempre buscaba mimos empujándola con el hocico o robándole lo que ella comía, sobre todo cuando se trataba de un bollo de bayas de saúco recién hecho por su abuela. Bertie solía bromear y decir que si creyera en la reencarnación, diría que su querido perro había resucitado en *Duquesa*. Era la forma que tenía el anciano de explicar el inusual comportamiento de *Duquesa*: le costaba creer, incluso después de tantos años criando las mejores razas de palomas de Gran Bretaña, que aquel pichón prodigio hubiera nacido precisamente en su palomar o, mejor dicho, en el cuenco de cerámica que solía usar su mujer para comer las gachas de avena.

Susan miró una última vez a *Duquesa*, cuyo brillante plumaje destacaba entre el de las demás palomas, como si fuera un colorido huevo de Pascua en un cesto de huevos normales y corrientes. Dio medio vuelta y salió del palomar; la puerta de muelle se cerró de golpe tras ella.

Mientras Susan se adentraba por el sendero que conducía a otro palomar, oyó la camioneta de Bertie: el sonido de las marchas que no entraban cuando su abuelo intentaba pisar el embrague era

inconfundible. La camioneta no tardó en aparecer y Susan se fijó en que había alguien en el asiento del pasajero. Cuando el vehículo se acercó a la casa, Susan vio cómo la cabeza del estadounidense daba una sacudida tras el brusco frenazo de su abuelo.

Se alisó la falda y se dio cuenta de que unos cuantos excrementos de paloma se le habían quedado pegados al zapato. Torció el tobillo y restregó el zapato contra la hierba.

Bertie bajó de la camioneta seguido por Ollie, que se sujetaba las costillas con las manos.

Susan se lo quedó mirando, boquiabierta.

Bertie sacó del chaleco el reloj de bolsillo, pero no lo miró.

—Oliver de Maine va a trabajar con nosotros durante unos meses.

Susan arqueó las cejas.

—Sólo hasta que terminemos la primera fase de Fuente Columba —matizó Bertie mientras cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro con una mueca de dolor.

—Vamos, entra, voy a ponerte algo en esas rodillas —dijo Susan.

Bertie asintió y entró.

Susan miró a Ollie.

—Tendrías que haberte largado de la estación, tal y como te dije.

Ollie dio un paso hacia ella.

—Lo intenté.

Susan se fijó en que Ollie se sujetaba un costado.

—¿Te han pegado?

—Me pondré bien.

—Fantástico. Sencillamente fantástico. ¿Cómo vamos a terminar la misión si todo el mundo está tan débil?

Ollie se encogió de hombros y siguió a Susan hasta la casa.

Susan cogió unas cuantas toallas mojadas que guardaban en la nevera y, después de subirle las perneras de los pantalones hasta los flácidos muslos, le vendó las rodillas a Bertie.

Él se reclinó en su sillón tapizado en mezclilla.

—Gracias, descanso un rato y luego me ocupo de las palomas.

—Utiliza el bastón.

Bertie negó con la cabeza.

—Me hace sentir viejo, es peor que el dolor.

Susan se fijó en que Ollie estaba observando el bastón apoyado junto a la chimenea.

—Será mejor que vayas a lavarte.

Mientras acompañaba a Ollie arriba, Susan se dio cuenta de que al estadounidense le costaba subir, probablemente a causa de su escaramuza con los de la RAF. Lo condujo a una habitación libre presidida por una pequeña cama de latón, un lavamanos y una ventana que daba al jardín.

Susan le indicó un cobertizo de madera.

—Ahí está el retrete.

—Vale —dijo Ollie.

Le dio una toalla, una pastilla de jabón y la navaja de afeitarse que Bertie no usaba, después de rozar con cuidado el filo para asegurarse de que la hoja aún estaba afilada.

—Baja cuando estés listo —le dijo antes de marcharse y cerrar la puerta tras de sí.

Ollie se despertó cuando alguien llamó a la puerta. Se sentó en la cama, hizo una mueca de dolor y apoyó los pies en el suelo.

La puerta se abrió despacio.

—Ollie... —susurró Susan.

—Debo de haberme quedado dormido. ¿Qué hora es?

—La hora de cenar. Has dormido todo el día.

—Enseguida bajo.

Mientras Susan bajaba la escalera, Ollie alisó la cama. En el lavamanos, se quitó la camisa y se fijó en que el costado derecho, desde la cadera hasta la axila, estaba casi del mismo color que las remolachas. Tenía, además, una serie de pequeñas marcas en el pecho: las huellas que los nudillos de los soldados le habían dejado le daban el aspecto de un filete golpeado con un ablandador de carne. Llenó de agua el lavabo, se aseó y luego se afeitó con cuidado por primera vez en semanas, usando algo que parecía más un machete que una navaja de afeitarse.

Mientras se abrochaba la camisa, Ollie se fijó en la fotografía enmarcada que colgaba de la pared. Reconoció a un Bertie más joven, de pelo oscuro y piernas arqueadas, que estaba al lado de una mujer que debía de ser su esposa. Junto a ellos, una pareja joven con un bebé en brazos. Ollie dedujo que el bebé debía de ser Susan, pero no estaba seguro al ciento por ciento.

Mientras bajaba la escalera, Ollie percibió el acre olor de la col hervida. El estómago le protestó de hambre.

—Lo siento —dijo mientras entraba en la cocina.

Susan se volvió hacia el fogón y retiró la tapa de un cazo. El vapor ascendió hacia el techo.

Bertie, sentado ya a la mesa, dejó el periódico.

—Buenas noches, Oliver de Maine —dijo, indicándole que se sentara.

—Creo que me he dormido —repuso Ollie al tiempo que ocupaba una silla—. Puede llamarme simplemente Ollie.

—Prefiero Oliver de Maine.

—Abuelo —dijo Susan.

—Suen a realeza. —Bertie levantó las manos como si fuera un director de orquesta—. Oliver de Maine.

—En Maine no hay realeza —explicó Ollie—. Sólo granjeros y pescadores.

—¿Y pilotos? —le preguntó Bertie.

—Fumigadores de cultivos —respondió Ollie frotándose las doloridas costillas—. En este

momento, no me siento exactamente como un piloto.

—No te preocupes, hijo —lo tranquilizó Bertie echándose a reír. Luego le dio unas palmaditas a Ollie en el brazo—. Mañana por la mañana recibirás una clase de vuelo.

Ollie se rascó la cabeza, sin entender muy bien el sentido del humor del anciano.

Susan llenó tres cuencos, los dejó sobre la mesa y luego se sentó enfrente de Ollie. Bertie bendijo la mesa, rezó por la seguridad de los londinenses y por un final rápido de la guerra, a poder ser con una victoria británica.

Ollie comió deprisa. Dado que sus papilas gustativas estaban exacerbadas por la falta de comida, la col hervida con trozos de patata y puerro le pareció mucho más sabrosa que cualquier estofado que hubiera probado en los últimos años. De hecho, no recordaba la última vez que había comido algo decente. Engulló otra cucharada y luego bebió un trago de té.

—Lo siento, pero no tenemos un té más fuerte —se disculpó Susan.

—Racionamiento —explicó Bertie mientras soplaba despacio para enfriar el contenido de su cuenco.

—Gracias por compartir la comida conmigo. Y por acogerme —dijo, engullendo otra cucharada de col.

Bertie se reclinó en su asiento y sacó una pipa del bolsillo. Introdujo el tabaco en la cazoleta, encendió una cerilla y aspiró con fuerza por la boquilla, cosa que redujo la llama. Expulsó el humo por la nariz y el olor del tabaco impregnó la atmósfera de la habitación.

—Bueno, cuéntame tu historia, Oliver de Maine.

—¿Se refiere a por qué estoy aquí? —le preguntó Ollie.

Bertie asintió.

—Supongo que no podía quedarme de brazos cruzados sin participar en la guerra —dijo Ollie, apartando la mirada de su cuenco.

Se fijó en los ojos azules de Susan, en su pelo rubio recogido en un moño sujeto con una horquilla y en los mechones sueltos que le caían delante de las orejas.

Bertie le dio una calada a su pipa.

—¿Y por qué la RAF? Si quieres luchar en la guerra, ¿por qué no Canadá?

A Bertie se le llenó la mente de imágenes melancólicas de sus padres. Respiró hondo y respondió:

—Mi padre siempre decía que tal vez nuestra familia hubiera perdido el acento, pero que nuestra sangre es, y siempre será, británica.

Bertie sonrió, con la pipa sujeta entre los molares.

—Termínate el «estofado» —le dijo Susan—, no tardará en oscurecer.

Ollie hundió la cuchara en el cuenco y tocó algo duro, como si fuera la cáscara de una nuez. Se acercó la cuchara a la boca y se interrumpió. Una almeja. Con las valvas bien abiertas y su viscosa lengua.

—Los berberechos no tienen mucha carne, me temo —dijo Susan—. Son para dar sabor, más

que nada.

Ollie empezó a babear.

—El maldito racionamiento —añadió Bertie.

Ollie notó un cosquilleo en la boca y los labios hinchados.

Bertie dejó la pipa.

—¿Te encuentras bien?

—Soy alérgico al marisco —contestó Ollie, a quien le empezaba a rugir el estómago.

Susan se tapó la boca.

Ollie notó otro retortijón en el estómago, esta vez más abajo, como si se hubiera bebido cinco litros de vinagre. Pidió disculpas y se levantó rápidamente de la mesa.

A través de la ventana de la cocina, Bertie y Susan vieron a Ollie correr hacia el retrete.

Ollie abrió la puerta y lo invadió un fuerte olor a tierra y amoníaco. Tiró del botón de los pantalones. Las tripas no dejaban de rugir. Tiró con más fuerza mientras apretaba el trasero y rezaba para resistir unos segundos más. Finalmente, consiguió desabrochar el botón. Se bajó los pantalones y la naturaleza hizo el resto.

—¿Te encuentras bien? —le gritó Susan desde el jardín.

—Sí —respondió Ollie, cuya voz sonaba como si estuviera encerrado en una caja de pino.

—¿Seguro?

—Sí.

Vio la falda de Susan a través de una estrecha rendija de la puerta. Aunque estaba convencido de que ella no lo veía, se cubrió con las manos.

—¿Necesitas algo?

Los intestinos de Ollie eran como una manguera con un nudo utilizada para el juego de la sogá.

—No, estoy bien.

—Lo siento —dijo Susan.

Dio media vuelta y entró de nuevo en la casa.

Ollie se frotó el estómago hinchado. Notó un retortijón en las tripas. Y, entonces, lo oyó. Al principio, era una especie de gruñido sordo. No procedía de su cuerpo, sino del exterior. Se le erizó el vello de los brazos. La sirena fue aumentando de volumen, se hizo cada vez más estridente y atravesó las paredes del retrete como si estuvieran hechas de papel de arroz. La sirena se fue apagando y luego repitió el ciclo, una y otra vez, a mayor volumen.

—¡Nos vamos al refugio! —le gritó Bertie—. ¡Esos malnacidos llegan pronto!

Vio a Susan y a Bertie a través de una rendija entre las tablas de madera de las paredes: se dirigían a una especie de montículo de tierra.

—¡Date prisa, por favor! —le pidió Susan.

A Ollie se le aceleró la respiración. Notó otro retortijón en las tripas. Y el fuego de las baterías antiaéreas hizo temblar el suelo. Ollie se encogió. Apoyó las manos en la pared y se le clavó una astilla en el dedo. El retrete tembló.

Ollie miró hacia arriba. Una de las esquinas del techo de chapa oxidada del retrete estaba levantada y permitía ver un cielo cada vez más oscuro. Oyó, entre las explosiones del fuego antiaéreo, un zumbido mecánico que fue aumentando de intensidad. Buscó papel higiénico, pero lo único que encontró fue un catálogo con varias páginas arrancadas. Trató de rasgar una de las páginas, pero otro violento retortijón lo obligó a sujetarse el estómago con las manos. El ruido de las hélices se fue acercando. Se oyó el estallido de las baterías antiaéreas. Cientos de metros por encima de su agujero en el techo del retrete, pasó un bombardero. Y luego otro, y otro más. Ollie se inclinó hacia delante, con el trasero colocado sobre el agujero del suelo. Abrió un poco la puerta. Un escuadrón de Spitfires pasó a toda velocidad por encima de la casa, y el viento que levantaron hizo temblar el retrete entero. Al elevar la mirada, vio centenares de bombarderos alemanes que oscurecían el cielo del atardecer, tratando de neutralizar a los Hurricanes y Spitfires que habían despegado desde North Weald. Explotaron varios proyectiles, y a Ollie se le desbocó el corazón.

El fuego de las ametralladoras hendió el aire. Un Spitfire con el fuselaje envuelto en llamas cayó hacia el bosque de Epping. Dio varias vueltas y por último explotó, lanzando metralla entre los árboles.

Se le encogió de nuevo el estómago, notó un intenso dolor en el vientre y en las piernas, cosa que lo obligó a sentarse de nuevo en el asiento de madera. La puerta de muelle se cerró de golpe. En el exterior, la guerra atronaba. Y él estaba atrapado allí, con los pantalones bajados hasta los tobillos y una gran sensación de impotencia. Había cruzado el océano para luchar, había eludido submarinos y ratas del tamaño de perros, y todo para que le pegaran y lo envenenaran, por no hablar ya de tener el trasero pegado a un retrete.

La flota de aviones, seguida por unos pocos cazas de la RAF, se dirigió hacia el sudoeste, en dirección a Londres. Las baterías antiaéreas de North Weald enmudecieron de repente y no tardaron en ser sustituidas por las ametralladoras antiaéreas de Londres.

Una vez que tuvo el estómago vacío y los retortijones remitieron hasta el punto de permitirle permanecer en pie, Ollie se limpió con una página que anunciaba material de pesca y salió del retrete. Con piernas temblorosas, cruzó el patio. En el bosque se veían las llamas y el rugido de las bombas llenaba el aire. Cuando llegó al refugio, las puertas se abrieron de golpe.

Bertie señaló el bosque y luego le tendió un quinqué a Ollie.

Ollie y Susan, guiados por el olor del petróleo en llamas, se abrieron paso por el bosque de Epping en busca del Spitfire abatido. Bajo un carpe derribado encontraron la cabina destrozada y lo que quedaba del piloto.

Susan rezó y le rodaron lágrimas por las mejillas.

Ollie notó la rabia que se le iba acumulando en el estómago, hasta entonces dolorido. Las noticias que llegaban hasta su país no describían con detalle lo que estaba ocurriendo. Era una guerra. La gente moría. Y Estados Unidos no hacía absolutamente nada, excepto declarar su neutralidad mientras las bombas seguían cayendo sobre Londres. Mientras las explosiones

retumbaban en el campo, Ollie comprendió que eran muchos los hombres, mujeres y niños que no verían salir el sol. En silencio, rezó para poder volar de nuevo. Daba igual lo mucho que costara, encontraría la forma de expulsar a los nazis del cielo.

—Me pregunto quién era —dijo Susan con voz temblorosa.

Ollie contempló al piloto muerto, cuyos brazos mutilados colgaban entre los cristales rotos de la cabina.

—¿Tendría una esposa? ¿Hijos? —preguntó, bajando la cabeza.

—Ojalá lo supiera —respondió Ollie con la esperanza de reconfortarla. Alejó el quinqué de los restos del avión—. Pero lo que sí sé es que ha muerto honrosamente tratando de proteger a su país.

—Era muy joven —señaló Susan—. Me temo que la guerra provoca demasiadas muertes prematuras en Gran Bretaña.

Ollie dio un paso hacia ella.

Ella levantó la cabeza y tragó saliva.

—Uno nunca sabe cuándo va a morir.

Ollie la miró a los ojos, bañados en lágrimas.

—Y por eso tenemos que vivir cada día como si fuera el último.

Susan asintió y luego se retorció las manos.

—Mis padres murieron cuando yo era muy pequeña. Se merecían haber pasado más tiempo juntos.

—Lo siento —dijo Ollie.

—Me criaron mis abuelos. Lo que sé de mis padres lo he aprendido a través de las historias que cuenta mi abuelo —explicó, restregándose los ojos.

—Mis padres también están muertos —apuntó Ollie.

—Dios mío —dijo Susan—. ¿Y cómo eran?

—Los mejores padres..., los padres más maravillosos. Se querían muchísimo. —Hizo una pausa y le vino a la mente la imagen de sus padres cogidos de la mano en el porche—. Algún día me gustaría encontrar lo que ellos tenían.

—Y a mí. Mis abuelos tuvieron una vida maravillosa. —Contempló el avión derribado—. Pero, con la guerra, a veces temo que no haya futuro.

En el fondo, Ollie tenía la misma preocupación, pero dijo:

—Gran Bretaña sobrevivirá a esta guerra. —Le rozó el hombro—. Y tendrás una vida larga y feliz.

Susan le apretó los dedos y luego dejó caer la mano a un costado.

Ollie y Susan montaron guardia junto a las ruinas humeantes hasta que dos soldados, que iluminaban el bosque con sendas linternas, encontraron a su camarada muerto en combate. Mientras los hombres se esforzaban por recuperar los restos del piloto, Ollie y Susan regresaron al búnker subterráneo y se sentaron en las literas de lona. El eco de las bombas y el olor a tierra

impregnaban la atmósfera. Hablaron poco de la destrucción de Londres y menos aún del piloto muerto.

—¿Cada cuánto se producen los bombardeos? —preguntó Ollie, rompiendo el silencio.

—Todas las noches —respondió Bertie.

Susan, cuyos ojos azules oscurecía el resplandor del quinqué, miró a Ollie.

—Llegan en distintas oleadas y se marchan cuando amanece.

Bertie respiró hondo y luego se puso en pie.

—Yo ya he tenido suficiente. —Abrió la puerta del búnker y dirigió el puño al cielo en un gesto amenazador—. ¡Jamás volveré a permitir que los nazis me obliguen a vivir como si fuera un topo!

Bertie se alejó cojeando sobre la tierra mientras las deflagraciones seguían iluminando el cielo.

—¿Qué quieres hacer, quedarte o marcharte? —le preguntó Ollie.

—Marcharme —dijo Susan.

Siguieron a Ollie hasta la casa. Una vez en el interior, Susan tapó las ventanas con cortinas opacas. Bertie se puso a fumar su pipa y a leer un libro. Y Ollie se fue arriba y se desplomó en la cama.

*North Weald, Inglaterra*

El teniente de vuelo Clyde Boar le dio una calada a su cigarrillo, lanzó la colilla al suelo y la aplastó con el zapato. La noche había dado paso a un cielo gris, pero el sol aún estaba oculto tras un horizonte humeante. Contempló un escuadrón de Hurricanes —o, mejor dicho, lo que quedaba de él— que se acercaba en formación a la pista de aterrizaje.

—¿Cuántos? —preguntó Ralph.

—Ocho.

Boar se volvió hacia el copiloto, un hombre rechoncho que tenía las manos metidas en los bolsillos.

Ralph hizo una mueca.

—Deberían ser doce.

Boar encendió otro cigarrillo. Cinco minutos más tarde llegó otro escuadrón. Sólo eran seis. Después de aterrizar, a uno de los pilotos se lo llevaron en camilla: una bala había atravesado la cabina y le había impactado en la pantorrilla.

El teniente de vuelo Boar se quedó allí mirando mientras un médico le practicaba un torniquete al piloto, que tenía los pantalones empapados en sangre. El hombre gritaba algo que sonaba como «no quiero perder el pie» o «me han dado en el pie».

—Deberíamos haber ido con ellos —dijo Boar mientras metían al piloto en una ambulancia.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Ralph—. Somos la única unidad que ayer se apuntó un tanto.

Boar se acordó del bombardero de la Luftwaffe que habían abatido. Boar había guiado a su unidad entre las nubes, luego habían descendido por debajo del bombardero de manera que Benny, el artillero de la torreta, tuviera un blanco claro. Una lluvia de balas había atravesado el fuselaje. El bombardero había estallado y él se había perdido de nuevo entre las nubes, despistando a dos cazas Messerschmitt.

Los Bristol Blenheim de la RAF estaban pensados para ser bombarderos ligeros y cazas nocturnos, pero no destacaban en ninguna de las dos facetas. No eran más que vehículos utilitarios. Mediocres. Depredadores nocturnos que sólo podían alcanzar el éxito al abrigo de la oscuridad. De hecho, la última misión a plena luz del día que Boar había liderado contra un aeródromo de la Luftwaffe cerca de Aalborg, en Dinamarca, había terminado siendo un desastre. Siete de los doce bombarderos Blenheim de su escuadrón habían sido abatidos. Y la unidad de

apoyo había alcanzado casi el ciento por ciento de bajas. En la anticuada armadura de un Bristol Blenheim, el teniente de vuelo Boar se sentía como un caballero al que envían a la batalla con una espada de madera.

—El Blenheim no es rival para el Messerschmitt. Sólo podemos tener alguna oportunidad con el Spitfire o con el Hurricane. —Boar lanzó el cigarrillo, que apenas había fumado—. Mi objetivo es liderar un verdadero escuadrón de cazas y ganar esta condenada guerra.

—Puede que seas el mejor piloto de la RAF, pero tenemos órdenes para Fuente Columba —dijo Ralph.

El teniente de vuelo Boar se había presentado voluntario para Fuente Columba, pensando que hacerse cargo de tan peligrosa misión le serviría para ganarse el favor del comandante de ala Davies y alcanzar así su objetivo de liderar un escuadrón de cazas. Y había funcionado, especialmente cuando Davies lo había seleccionado para asistir a la reunión de Londres con la Inteligencia británica, pero las cosas se habían torcido cuando el estadounidense se había entrometido.

—¿Qué tal la reunión con el comandante? —le preguntó Ralph.

—Espléndida.

Boar recordó su reunión con el comandante de ala Davies, que lo había interrogado acerca de su conducta con Susan y sobre por qué un estadounidense, civil además, había terminado en su prisión militar. Le había contado con calma al comandante que él se había comportado como un caballero, que había acompañado a Susan tanto a la ida como a la vuelta de Londres, y que incluso la había conducido a un refugio después de haber perdido el tren. Había señalado también que nadie habría arrestado al estadounidense de no ser porque éste le había pegado al llevarse la errónea impresión de que Boar estaba abusando de Susan. Davies había finalizado abruptamente la reunión ordenándole a Boar que se disculpase ante Susan Shepherd y su abuelo, Bertie. Y que mantuviera las distancias con el estadounidense. El comandante le había dicho también que sus posibilidades de pilotar un Spitfire algún día dependían del éxito de Fuente Columba. Boar había saludado y se había marchado, pero la sangre le había empezado a hervir sólo de pensar en el estadounidense.

—Por lo menos, podrás volver a ver a esa chica —le dijo Ralph.

Boar asintió.

—Lástima que no le caigas bien.

—Ya cambiará de idea —respondió Boar mientras cogía otro cigarrillo del bolsillo y se lo acercaba a los labios.

Ralph sacó el mechero del bolsillo y le encendió el cigarrillo a Boar.

—Por lo que sé, el estadounidense está trabajando con ella.

Boar aspiró con fuerza el humo de su cigarrillo.

—Un poco injusto, ¿no crees? —indicó Ralph.

Boar expulsó el humo por las aletas de la nariz y dio media vuelta para marcharse.

—Ya ajustaré las cuentas con ese condenado estadounidense.

—¿Adónde vas? —le preguntó Ralph.

—Cartas —dijo Boar, lanzando el cigarrillo.

Ralph se encogió de hombros.

—Maldita sea.

El teniente de vuelo Boar se dirigió a los barracones. La mayoría de los hombres se habían derrumbado en sus literas vestidos aún con la ropa de combate. Algunas de las literas estaban vacías, pero no tardarían en ser ocupadas por ingenuos pilotos recién llegados. Se sentó en un escritorio situado en un rincón, lejos de los ronquidos y el olor a sudor. Si se observaba con atención, podían verse en la superficie de madera las débiles marcas de las cartas que Boar había escrito a personas que no conocía: la punta de su bolígrafo había atravesado el papel para dejar muescas permanentes en la madera.

Boar recordó el Blenheim de su unidad que había resultado abatido. Lo pilotaba John Simons, un hombre de voz dulce que soñaba con volver a Mánchester para servir pintas en el pub que regentaba su familia. El copiloto era un joven brillante llamado William Akerman: un excelente jugador de cartas, casado con una muchacha de la zona que se llamaba Elizabeth y estaba embarazada de cuatro meses. Soñaba con ser algún día comandante de vuelo y aumentar la familia después de la guerra. Y el artillero de la torreta, un hombre llamado Gilbert Nolan —sus compañeros lo llamaban Gig—, tenía unos brazos largos y nervudos que vibraban como un alambre envuelto en beicon cuando disparaba las ametralladoras. Gig dejaba una esposa, llamada Samantha, y tres hijas, Carol, Edna y Alice.

Boar cogió el bolígrafo. Recordó que el avión abatido había recibido un impacto directo en el motor izquierdo y no había conseguido ascender para ocultarse entre las nubes. Dos cazas enemigos, como si fueran pitbulls que huelen la sangre, se habían acercado para rematarlo. El motor derecho había estallado, arrancando el ala de cuajo. Boar y el resto del escuadrón habían escuchado los gritos de los tripulantes a través de la radio mientras los restos del Blenheim caían desde el cielo.

No era una tarea que le correspondiera, pero Boar escribía las cartas como había hecho siempre: se tomaba el tiempo necesario para contar a la familia lo ocurrido y, más importante aún, para decirles que sus seres queridos habían sido unos compañeros muy apreciados, unos hombres valientes y leales que habían servido con orgullo a su país. Cada carta era única. Y así lo habrían querido John, William y Gig. Boar cerró las cartas y las dejó en su taquilla para enviarlas unos días más tarde, cuando las familias hubieran recibido la notificación oficial por parte de las autoridades de la RAF. En lugar de dormir, sin embargo, dio un paseo por el aeródromo, contó los aviones y se preguntó cuántos aparatos de su escuadrón de bombarderos quedarían en Navidad.

*Epping, Inglaterra*

Susan llamó a la puerta del dormitorio.

—¿Estás despierto?

Ollie abrió los ojos. El sol se colaba ya por las ventanas. Un brazo le colgaba fuera de la cama y tenía los dedos entumecidos.

—Sí —contestó.

—Desayuno.

Ollie se aclaró la garganta.

—Enseguida bajo.

Oyó los pasos de Susan, que se alejaban.

Ollie se miró los pies y vio que aún llevaba las botas puestas, aunque con los cordones desatados. Se frotó la mano entumecida, luego se ató las botas y bajó. Notaba las piernas como si fueran de goma y el cuerpo vacío de fluidos.

—Buenos días, Oliver de Maine —dijo Bertie mientras dejaba el periódico—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor —respondió Ollie.

Susan le ofreció una taza de té.

—Bebe.

Ollie bebió un sorbo.

—Gracias.

Susan se colocó varios mechones de pelo detrás de la oreja y se acercó al fogón.

—Huele bien —dijo Ollie al sentarse.

—Bollos de bayas de saúco —dijo Susan al tiempo que abría la puerta del horno.

—Me alegra mucho saber que estás recuperando el apetito, Oliver —comentó Bertie, y le dio una palmadita en la espalda—. Pensaba que intentabas librarte del trabajo.

—Sólo si tenemos que pelar marisco.

Bertie se echó a reír.

—Nada de pelar, sólo volar.

Ollie se rascó la cabeza,

—¿Vamos a trabajar con aviones?

Bertie le dedicó una sonrisa traviesa.

—Algo mucho mejor, hijo.

A Ollie le resultaba evidente que el anciano disfrutaba con su pequeño secreto, al menos hasta que empezaran a trabajar. Y teniendo en cuenta que Bertie lo había sacado de la cárcel y que no iba a poder unirse a la RAF hasta dentro de tres meses, no le veía mucho sentido a estropearle la diversión. Así que le siguió la corriente.

—¿Globos? —preguntó Ollie.

Bertie negó con la cabeza.

—¿Dirigibles?

—Aún mejor.

—¿Qué puede ser mejor que los aviones, los globos y los dirigibles?

—Es confidencial —respondió Bertie al tiempo que se daba una palmada en la pierna y se reía a carcajadas.

—Abuelo —dijo Susan mientras colocaba los bollos calientes en una fuente.

—¿Y cómo voy a trabajar si no me lo dice?

—Con los ojos vendados.

—¿Durante tres meses?

—Puede que menos si gracias a nuestra misión ganamos la guerra.

—Comed —les ordenó Susan mientras dejaba los bollos sobre la mesa—. Tenemos trabajo que hacer.

Ollie había perdido el apetito y se sintió lleno tras unos pocos bocados, pero se obligó a comer un bollo entero. Se bebió otras tres tazas de té y notó, con cada sorbo, que iba recuperando las fuerzas.

Minutos más tarde, Ollie se hallaba en la camioneta de Bertie. Susan iban sentada entre los dos mientras Bertie conducía por un sendero de la granja. Una franja de hierba alta crecía en el centro del camino. La granja era más pequeña que la finca que tenían sus padres en Maine. Pero, por lo que pudo ver, no había otras casas cerca, sólo prados verdes y ondulados, salpicados de ovejas que pastaban. En las laderas de la colina se veían varios cobertizos de madera, como si fueran excusados grandes o minúsculos graneros. Ollie dedujo que eran cobertizos de esquila, pero ¿por qué había tantos?

Bertie aparcó la camioneta delante del primer cobertizo.

—Hora de trabajar —dijo tras apagar el motor.

Ollie siguió a Bertie y a Susan al interior. Oyó un batir de alas y docenas de palomas revolotearon a su alrededor. Ollie se protegió la cara con un brazo. Varias palomas se posaron en el suelo, mientras que otras se retiraron a sus nidos. Cuando el batir de alas dio paso al zureo, Ollie bajó los brazos.

—¿Listo para tu clase de vuelo? —le preguntó Bertie.

Ollie arqueó las cejas.

—¿Pájaros?

—Palomas —especificó Susan.

Ollie frunció el ceño.

—¿La misión secreta del Gobierno británico tiene que ver con palomas?

—Fuente Columba —dijo Bertie.

—Estas palomas nos ayudarán a ganar la guerra —añadió Susan.

—No te ofendas, pero creo que vamos a necesitar bastante más que pájaros para...

—Palomas —lo interrumpió Susan.

—Muy bien, palomas —dijo Ollie, fijándose en que Susan había apoyado las manos en las caderas—. Sólo trato de entender por qué el Gobierno británico destina sus recursos a estas palomas cuando Londres está siendo bombardeado. Necesitamos pilotos y aviones para ganar la guerra aérea.

Una paloma, que parecía pintada de verde y violeta fosforescente, alzó el vuelo y se posó en el hombro de Susan. Ella acarició con un dedo el lomo del animal.

—*Duquesa*, es evidente que Ollie tiene mucho que aprender sobre palomas.

El animal ladeó la cabeza y se quedó mirando a Ollie.

—No pretendía ofenderte, sólo quería...

*Duquesa* dio un brinco, revoloteó por el palomar y se posó en el hombro de Ollie.

Él se quedó inmóvil. Mirando de reojo, observó al pájaro, cuyo pico se hallaba a unos pocos centímetros de su barbilla. Tragó saliva, temeroso de que le diera un picotazo.

*Duquesa* parpadeó y le centellearon los dorados ojos.

Ollie expulsó el aire.

—Creo que le caigo bien a este palomo.

*Duquesa* sacudió las plumas de la cola. Ollie notó que algo caliente le resbalaba por el brazo e hizo una mueca.

—Paloma. *Duquesa* es una hembra. Y no le gustan tus comentarios —explicó Susan mientras cogía al ave del hombro de Ollie.

—Tenemos un día muy largo por delante —dijo Bertie—. Ollie, ve a buscar las cestas que están detrás del cobertizo. Susan y yo las llenaremos.

Ollie salió del cobertizo y se limpió la manga con un puñado de hojas secas. Recogió las cestas, que en realidad eran jaulas: largas cajas de madera protegidas con alambre en la parte delantera, que parecían endebles trampas langosteras. Tras apilar las cestas en el cobertizo, Bertie lo enseñó a meter dentro las palomas sujetándoles las alas con ambas manos y apoyándoles los dedos en el vientre. A Ollie le sorprendió que las palomas no intentaran soltarse, ni se retorcieran, ni arañaran ni trataran de dar picotazos. Se limitaron a dejar que las metiera tranquilamente en las cestas.

Ollie miró a Susan.

Ella volvió la cabeza y siguió trabajando.

Cuando las palomas estuvieron en las cestas, excepto la que había hecho sus necesidades en el

brazo de Ollie, éste las fue apilando en la caja de la camioneta. Se dirigieron a un segundo palomar, donde cargaron más palomas y aseguraron las cestas con cuerda para evitar que se desplazaran. Luego volvieron a subir a la camioneta.

—¿Las has contado? —preguntó Bertie.

—Sí —dijo Susan, que tenía a *Duquesa* en brazos—. Ciento veintisiete.

Bertie metió la llave en el contacto y arrancó el motor.

Ollie tuvo la sensación de que disponía de más espacio que antes y se fijó en que Susan estaba pegada a la puerta del pasajero. Miraba por la ventanilla mientras *Duquesa* descansaba sobre su regazo. Ollie notó un gran peso en el estómago. Aquélla era la misión de Bertie y de Susan, y él había menospreciado su trabajo, pese a que lo habían acogido en su hogar. Pensó en algo que decir para enmendar sus hirientes comentarios. Abrió la boca, pero se interrumpió al darse cuenta de que Susan se apartaba aún más de él.

Bertie condujo por el camino y luego giró hacia el norte por una carretera asfaltada. Cambió de marcha y la vieja camioneta fue ganando velocidad.

—¿Cómo están las palomas? —le preguntó a Ollie.

Ollie se volvió y echó un vistazo por el cristal trasero. Las cestas no se habían desplazado. Sólo vio unas cuantas plumas sueltas.

—Bien —respondió.

—Nos dirigimos a Clacton-on-Sea —dijo Bertie—. Es un lugar remoto de la costa. Las palomas van a tener la oportunidad de volar por encima del agua. —Miró a Ollie—. Pronto tendrán que sobrevolar el canal de la Mancha.

—¿Hacia dónde se dirigen?

Susan lo interrumpió.

—¿Sabías que los egipcios ya usaban palomas mensajeras hace tres mil años?

—No —admitió Ollie.

—Claro. Y seguramente tampoco sabes que una paloma mensajera puede recorrer distancias de hasta novecientos kilómetros diarios, volar a ciento veinte kilómetros por hora y alcanzar altitudes de hasta diez mil metros. —Susan miró a Ollie—. A esa altitud, Ollie, la temperatura es de treinta y cinco grados bajo cero: un piloto necesitaría un traje térmico y oxígeno.

Bertie le dio un golpecito a Ollie.

—¿Has volado alguna vez a esa altitud, Oliver de Maine?

Ollie negó con la cabeza.

—Ya hace siglos que se utilizan animales en las guerras. —Susan rodeó a *Duquesa* con ambas manos—. ¿Y sabrías decirme qué animales contribuyeron de una forma decisiva a la victoria aliada durante la Gran Guerra?

—¿Los pájaros?

Susan se lo quedó mirando y *Duquesa* levantó la cabeza.

—Las palomas, quería decir.

Ollie se dio cuenta de que Bertie estaba sonriendo, sin duda disfrutando del lío en el que Ollie se había metido.

—Sí. Las palomas.

La atmósfera estaba cargada. Ollie deseó bajar una ventanilla o meterse bajo el asiento.

—Durante la Gran Guerra, una paloma llamada *Cher Ami* salvó la vida de casi doscientos soldados aliados atrapados tras las líneas enemigas sin comida ni munición. El día anterior, había quinientos hombres.

Ollie tragó saliva.

—*Cher Ami* era la única paloma que quedaba, a las otras las habían abatido con ametralladoras. Con el último mensaje desesperado para pedir ayuda en el cilindro que llevaba atado a una pata, *Cher Ami* emprendió el vuelo. Cuando salió volando del búnker, fue abatida por una lluvia de balas. Pero consiguió emprender de nuevo el vuelo y llegar al cuartel general. — Susan le dio un golpecito a Ollie en el pecho—. *Cher Ami* había recibido un balazo en el pecho. —Luego señaló la mejilla de Ollie—. Y también había perdido un ojo.

Ollie notó que Susan le daba un golpecito en la bota con el pie.

—Y una de las patas le colgaba de un tendón. —Susan le acarició la cabeza a *Duquesa*—. Pero consiguió volver a casa y salvar la vida de doscientos hombres.

Durante casi todo el viaje, Ollie estuvo escuchando de labios de Susan un sermón sobre palomas. Y aunque no podía estar seguro, habría jurado que Bertie había levantado un poco el pie del acelerador para prolongar aún más aquella tortura.

Cuando llegaron a Clacton-on-Sea, una península sin árboles que se adentraba en el mar del Norte, Ollie se puso manos a la obra y descargó las cestas. El hecho de estar fuera del reducido espacio de la camioneta le produjo una momentánea sensación de alivio. Colocó las cestas en formación, siguiendo las instrucciones de Susan, y deseó que su esmero y atención al detalle compensaran su ignorancia y su falta de sensibilidad.

Bertie consultó su reloj de bolsillo.

Las palomas zureaban. Aumentó el batir de alas.

Bertie hizo una señal con la mano. Susan y Ollie abrieron rápidamente los cierres y las bandadas de palomas salieron volando de sus jaulas.

Susan cogió a *Duquesa*, posada en la camioneta como si fuera un adorno del capó. Se acercó la paloma a la mejilla, le susurró algo y luego la lanzó al aire. *Duquesa* se elevó hacia la bandada, trazando círculos en el aire. Después de dar dos vueltas al perímetro, las palomas se dirigieron hacia el sudoeste.

Susan contempló el océano. Las olas lamían las rocas.

—Está muy lejos.

Bertie asintió.

—¿Cuántos kilómetros hay de aquí a Epping? —preguntó Ollie.

—Noventa y cinco —respondió Bertie—. Pero Susan no se refería a Epping.

Ollie miró a Susan.

—Francia —dijo ella—. Fuente Columba es una misión que consiste en lanzar desde el aire palomas mensajeras... en la Francia ocupada por los alemanes.

Ollie se quedó boquiabierto.

—El plan es que los franceses puedan transmitir información sobre los movimientos de las tropas —explicó Bertie.

—La mayoría de las palomas no volverán —dijo Susan.

—Creía que habías dicho que las palomas podían volar cientos de kilómetros —repuso Ollie—. Seguro que son capaces de llegar hasta Francia.

—No se trata de la distancia —dijo Bertie—. Es el reto de llegar hasta allí y volver.

Susan señaló el mar.

—Primero, los bombarderos tienen que llegar hasta Francia, evitando el fuego de las baterías antiaéreas. Los que no sean derribados soltarán cientos de pequeñas jaulas, en cada una de las cuales viajará una paloma. Los paracaídas, que no se han probado, tendrán que abrirse de forma segura y depositar a las aves en el suelo sin contratiempos.

Ollie se metió las manos en los bolsillos.

—El enemigo encontrará y matará a muchas de las palomas —dijo Susan—. A otras no las encontrará nadie y quedarán abandonadas en campos o en lo alto de las ramas de algún árbol, donde morirán de hambre o de frío. Nuestra única esperanza es que algunas de las palomas caigan en manos de la resistencia francesa, que anotará los movimientos de las tropas en un trozo de papel que después introducirá en un cilindro y atará a la pata de una paloma.

—Las palomas que queden tendrán que superar un peligroso viaje de vuelta —añadió Bertie—. El enemigo, que ya estará informado de los lanzamientos, no dudará en apostar francotiradores para abatirlas.

Susan se rodeó los hombros con los brazos.

—Calculamos que sólo una de cada tres conseguirá volver.

Ollie contempló las jaulas vacías.

—Es un precio muy alto —dijo Bertie—, pero no tenemos elección. Nuestra única posibilidad de alcanzar la victoria es saber lo que están haciendo los nazis, especialmente dónde y cuándo empezará la invasión terrestre.

Susan se estremeció. Se dio la vuelta para contemplar a las palomas, simples puntos en el horizonte, hasta que se perdieron de vista.

Ollie cargó las cestas y las aseguró con las cuerdas.

Subieron a la camioneta y volvieron a casa. Susan miraba por la ventanilla. Bertie gruñía de dolor cada vez que cambiaba de marchas. Y Ollie olvidó por completo su idea de unirse a la RAF, absorto en el desesperado sacrificio de Susan, Bertie y las palomas por salvar a Gran Bretaña.

*Epping, Inglaterra*

El regreso desde Clacton-on-Sea fue tranquilo, excepto por el silbido del viento que atravesaba las jaulas vacías en la caja de la camioneta. Susan viajaba con los brazos cruzados, contemplando la campiña inglesa a través de la ventanilla. Y Ollie trataba de pensar en las palabras adecuadas para aliviar el sufrimiento de Susan.

«Para ella debe de ser desgarrador conocer el destino de esas palomas», pensó.

En dos ocasiones, Ollie reunió el valor necesario para hablar, pero en las dos lo interrumpió Bertie para señalar lugares de interés: una zona de costa erosionada donde, según creía él, se produciría la invasión alemana, y las ruinas de un viejo molino que solía explorar de niño. Ollie contuvo sus palabras. Hizo un esfuerzo por escuchar a Bertie, pero en realidad estaba pensando en Susan.

Llegaron a la granja antes del mediodía. Bertie aparcó la camioneta delante de uno de los palomares, aunque sería más exacto decir que soltó el embrague y la camioneta se caló. A todos les dio una sacudida la cabeza. Ollie y Susan extendieron los brazos para apoyarse en el salpicadero.

—Creo que sería mejor que condujera yo —dijo Susan, frotándose el cuello.

—Tonterías —respondió Bertie—. Yo conduzco la mar de bien, lo que pasa es que estoy ansioso por ver a nuestras palomas.

Bajaron de la camioneta y Ollie empezó a descargar la primera jaula.

—Ahora no, Oliver —dijo Bertie—. Tenemos que ir a ver quién ha vuelto a casa.

Ollie dejó la jaula de nuevo en la caja de la furgoneta y se reunió con ellos en el palomar. Bertie llevaba una libreta pequeña y un lápiz. Susan comprobó los nidos de izquierda a derecha y de arriba abajo. Cada vez que terminaba de contar una hilera, cantaba una cifra que Bertie anotaba en su cuaderno. Tras terminar todos los nidos, Susan contó unas cuantas palomas que estaban en el suelo y otra que revoloteaba junto al techo.

—¿Cuántas? —preguntó Susan.

—Sesenta y dos —contestó Bertie.

Susan se dirigió al siguiente palomar. Bertie y Ollie la siguieron. Ir con la camioneta habría resultado mucho más rápido, pero Ollie dedujo que Susan ya debía de estar harta del escepticismo de Ollie en lo que a los pájaros se refería o de la forma de conducir de su abuelo. Deseó que se tratara de lo segundo.

Ollie observó a Bertie y a Susan contar las aves. El zureo aumentó cuando Susan se acercó a los nidos.

—¿Cuántas? —preguntó Susan.

—Sesenta y cuatro. En total, ciento veintiséis. Nos falta una. —Bertie repasó sus cálculos—. Malditos halcones.

Susan señaló a *Duquesa*, posada en una viga justo por encima de la cabeza de su abuelo.

Bertie miró hacia arriba.

—Ah, ciento veintisiete.

Susan sonrió.

—Están todas.

—¿Cómo lo hacen? —preguntó Ollie.

—Magia —dijo Bertie mientras fingía agitar una varita.

Ollie se echó a reír.

Bertie le pasó un brazo por los hombros a Susan.

—Mi nieta es la experta. Antes de la guerra, estudiaba Zoología en la universidad.

Susan contempló a un grupo de palomas que estaban comiendo.

—Hay quien dice que encuentran el camino de vuelta a casa con la ayuda de los campos magnéticos de la tierra, el sol y las estrellas.

Ollie dio un paso hacia Susan.

—¿Y tú qué crees?

Susan miró a Ollie.

—Las palomas tienen una capacidad cognitiva asombrosa. Yo creo que poseen mapas mentales que les permiten regresar desde lugares desconocidos.

Ollie se rascó la cabeza.

—Quiere decir que son muy listas —explicó Bertie.

—Deben de ser extraordinariamente inteligentes —añadió Ollie—. Yo habría necesitado un mapa de vuelo e instrumentos para llegar aquí en avión desde Clacton-on-Sea.

—Lo importante es que todas han vuelto a casa —dijo Bertie mientras consultaba su reloj de bolsillo—. Lo cual es un excelente motivo de celebración. ¿A alguien le apetece un chupito?

Susan negó con la cabeza.

—¿Oliver?

—¿Qué es un chupito? —preguntó Ollie.

Bertie se echó a reír.

—Ay, los estadounidenses, qué poco entendéis el inglés —dijo Bertie apoyando una mano en el hombro a Ollie—. Un chupito es una copita de whisky escocés.

Ollie se acordó de Bishop y de los tragos de su petaca, que habían hecho que la cabeza le empezara a dar vueltas, y del lío en el que se había metido por creer que podía dormir en el banco de un parque. Se frotó la cicatriz de la cabeza.

—Quizá más tarde.

Bertie asintió y se dirigió a la casa.

Susan cogió una escoba y empezó a barrer los excrementos.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó Ollie.

Ella negó con la cabeza.

Ollie se fijó en el recogedor que colgaba de un clavo oxidado. Lo bajó y lo acercó a una pila de excrementos.

Susan barrió con brusquedad, lanzando sin miramientos restos de caca y pienso.

—No pretendía subestimar la misión Fuente Columba ni vuestro trabajo —se disculpó Ollie mientras se sacaba de debajo de la camisa algo que parecía un guisante seco.

—Fuera, con el compostaje —indicó Susan.

Ollie depositó los excrementos y regresó para acercar el recogedor a otra pila.

—Supongo que soy bastante inexperto en lo que a pájaros se refiere.

Susan barrió la pila enérgicamente y varias bolitas de excrementos salieron disparadas hacia la cara de Ollie. Tosió.

—Palomas.

Susan dejó la escoba en un rincón.

Ollie arrojó a la pila de compostaje los pocos excrementos que habían llegado al recogedor. Regresó al palomar y vio a Susan con *Duquesa* en la mano.

—Lo siento —dijo él.

Susan se cubrió la boca con una mano. *Duquesa* volvió la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Ollie.

—La cara.

Ollie se rozó las mejillas.

Susan se echó a reír.

—No, tienes sucia la... —dijo mientras se tocaba la nariz.

Ollie levantó una mano y descubrió que tenía un excremento bastante fresco pegado a la punta de la nariz. Se lo limpió con un dedo.

—Supongo que me lo merecía.

—Pues sí —dijo Susan, acariciando a *Duquesa*—. La próxima vez será mejor que uses la pala.

Ollie se fijó en una pala plana apoyada en un rincón.

—El recogedor es demasiado pequeño.

Ollie chasqueó la lengua.

—Un poquito tarde para decírmelo, ¿no te parece?

—La verdad es que no pensaba decírtelo. —Susan se colocó tras la oreja un mechón de pelo suelto—. Pero es difícil no sentir pena por alguien cubierto de porquería, aunque no sepa distinguir una paloma de un pavo.

Ollie percibió un tono algo más suave en la voz de Susan.

—¿Puedo? —pidió al tiempo que acercaba las manos.

Susan acarició a *Duquesa*, como si quisiera calmarla, y luego la depositó delicadamente en las manos de Ollie.

Él notó las delgadas patitas en las palmas de las manos y le acarició despacio el lomo al ave con un dedo.

—Siento haberte llamado palomo —le dijo a *Duquesa*.

La paloma zureó y parpadeó.

—Parece que te ha perdonado —dijo Susan.

Ollie se fijó en la textura aterciopelada de las plumas de *Duquesa*.

—Ojalá pudiéramos explicarles a las palomas la nobleza de esta causa —expuso Ollie mirando a Susan—. No es justo que no sepan por qué las van a lanzar en mitad de la batalla.

Susan se acercó un paso. Acarició el lomo de *Duquesa* y, al hacerlo, le rozó levemente los dedos a Ollie.

Él notó un cosquilleo en la piel y tragó saliva.

—¿De verdad crees que esta misión puede cambiar el curso de la guerra?

Susan asintió.

El ruido de varios motores hizo que las palomas empezaran a revolotear. Susan cogió a *Duquesa* de las manos de Ollie. Salieron del palomar y vieron una columna de vehículos militares que subían por el camino de entrada. Una capa de polvo cayó sobre la granja.

Dos soldados descendieron de uno de los camiones y descargaron una gran bobina de alambre. Otro soldado bajó una caja de herramientas. Varios soldados procedieron a descargar jaulas pequeñas.

Susan se acercó a los soldados que estaban desenrollando el alambre.

—¿Qué hacéis?

—Órdenes, señorita —respondió uno de los soldados.

—¿Perdón?

Los soldados se alejaron, desenrollando aún la bobina, y fueron dejando tras ellos un rastro de alambre.

Ollie echó a correr y adelantó a los soldados.

—La señorita os ha hecho una pregunta.

—Nosotros sólo seguimos órdenes para proteger la granja —dijo uno de los soldados. El hombre siguió desenrollando el alambre, esquivó a Ollie y se dirigió hacia uno de los palomares.

Ollie y Susan oyeron el ruido de una sierra al cortar madera. Se volvieron y descubrieron que uno de los soldados estaba cortando la plancha de aterrizaje de uno de los palomares.

—¡Alto! —le gritó Susan.

El soldado siguió serrando.

—Deja eso —le ordenó Susan cuando llegó al palomar.

El soldado se detuvo para examinar la hoja de la sierra.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Ollie.

—Instalar alarmas.

—¿Alarmas? Nadie dijo nada de alarmas.

El soldado se encogió de hombros y siguió serrando.

Otro vehículo militar ascendió a toda prisa por el camino de entrada y frenó en seco, lanzando una nube de humo hacia un haya. Ollie cerró los puños cuando vio al oficial de pelo azabache que acababa de bajar del vehículo.

—No hagas ninguna tontería —le dijo Susan.

El teniente de vuelo Boar subió los escalones de entrada y llamó a la puerta de la casa. Le abrió Bertie; el anciano apretó las manos y enseguida volvió al interior. Cuando Ollie y Susan llegaron a la casa, Bertie ya estaba en el porche blandiendo su bastón como si fuera una espada.

—¡Malnacido! —le gritó mientras apuntaba el bastón al pecho del teniente de vuelo Boar.

Él alzó ambas manos.

—¡Abuelo! —exclamó Susan.

—¡Te voy a enseñar yo modales! —le dijo Bertie.

Boar siguió con las manos levantadas.

Ollie se interpuso entre los dos hombres y contempló al teniente. Boar se volvió hacia Susan.

—Se ha producido un cambio en la misión Fuente Columba.

Bertie bajó el bastón.

—Sólo será un momento —dijo Boar—. ¿Qué tal si entramos para que os lo pueda explicar?

Pese al rencor que sentían hacia el teniente, Ollie, Susan y Bertie se encontraron sentados a la mesa de la cocina con el teniente de vuelo Boar.

—La granja de los Cooper ha sido bombardeada —explicó.

Bertie tragó saliva.

—¿Cómo está William?

Boar negó con la cabeza.

A Bertie se le humedecieron los ojos.

—Pobre William. Participábamos juntos en carreras de palomas.

Susan le pasó un brazo por los hombros a su abuelo.

—La granja estaba cerca de una fábrica de municiones —dijo el teniente de vuelo Boar—. La Luftwaffe no le dio a la fábrica, pero destruyó la granja, y mató a la mayoría de las palomas, por no decir todas.

—¿Por qué has venido a contárnoslo? —le preguntó Bertie.

—La fecha de entrega ha cambiado —contestó Boar.

—¿Cuándo las necesitan? —le preguntó Susan.

—Mañana.

Bertie se pasó las manos por la cara.

—Maldita sea, creía que disponíamos de dos semanas. ¿Tenemos elección?

—No. Los hombres están descargando material e instalando alarmas en los palomares. Dos soldados permanecerán destacados aquí durante la misión.

—¿Por qué? —preguntó Susan.

—Por seguridad —respondió Boar.

Ollie se fijó en que Susan se aferraba a *Duquesa*. Bertie tenía el rostro de un blanco cadavérico.

—Sé que las cosas no han ido muy bien entre nosotros —dijo el teniente de vuelo Boar dirigiéndose a Susan—. Y quiero pedirte disculpas por el malentendido.

Bertie lo interrumpió.

—¿Te ha ordenado el comandante Davies que te disculpes?

—Tengo órdenes de informar sobre el cambio. Nada más. —Boar se volvió de nuevo hacia Susan y se frotó las manos, como si se estuviera aplicando linimento—. Mis disculpas por el malentendido. El tren estaba abarrotado y yo sólo intentaba hablar contigo. No pretendía hacerte daño.

Susan cruzó los brazos. El golpe de un martillo al estrellarse contra un tablón del palomar hizo que diera un respingo.

—Los hombres terminarán el trabajo dentro de unas horas —explicó Boar—. Por la mañana llegará otro equipo para la recogida. —Hizo una pausa y se pasó los dedos por el pelo—. Mis más sinceras disculpas de nuevo.

—Muy bien —dijo Bertie—. Ya nos has informado sobre las órdenes y has dicho lo que tenías que decir. Creo que será mejor que te vayas.

El teniente de vuelo Boar se puso en pie.

Bertie se levantó con dificultad de su silla.

—No hace falta —le dijo Boar—. Ya sé dónde está la puerta.

Susan se quedó con Bertie mientras Ollie seguía al teniente hasta su vehículo. Ollie observó a Boar mientras éste sacaba un cigarrillo, encendía una cerilla con el pulgar y daba una larga calada.

—Tienes mucha suerte, yanqui —le dijo Boar.

Ollie contempló el humo que el otro hombre expulsaba por la nariz.

—Si no fuera por el abuelo de Susan, te estarías pudriendo en el Invernadero. Y debido a los bombardeos de anoche, puede que incluso se haya acelerado tu partida hasta Church Fenton. Mientras no cometes ninguna tontería, como pegarle a otro oficial, puede que entres en combate.

—Mi intención es volar —le aclaró Ollie.

—Claro. —El teniente subió a su coche, arrancó el motor y bajó la ventanilla—. Te sugiero que te limites a recoger mierda de paloma —dijo al tiempo que lanzaba el cigarrillo.

Ollie vio la colilla rebotar en su pecho y sólo entonces se dio cuenta de que tenía la camisa manchada de excrementos. Aplastó la colilla aún humeante con la bota. Mientras observaba cómo

se alejaba el teniente, Ollie notó en el estómago el calor de la determinación, como si se tratara de un fuego avivado con queroseno.

*Epping, Inglaterra*

Susan y Ollie siguieron a Bertie mientras éste avanzaba cojeando entre una red de alambre. De palomar en palomar, fue examinando las alarmas que habían instalado los soldados. De la entrada de cada palomar pendían finas varas metálicas, de unos treinta centímetros de largo, como si fueran cortinas de cuentas colgadas en una puerta.

—¿Seguridad? —dijo Bertie mientras levantaba los brazos y contemplaba los prados—. ¿Qué se creen, que esto está lleno de nazis?

Bertie tocó la cortina con su bastón. Las varas entrechocaron, como si fuera un carillón de viento, y desde la tienda que los soldados habían montado cerca del refugio antiaéreo les llegó el débil sonido de un timbre.

Ollie se dirigió a la tienda y echó un vistazo al interior. La estructura, un marco de madera cubierto de lona, recordaba una yurta. Contenía un catre, dos sillas, una mesa y una gran centralita con una serie de campanillas numeradas, una por cada palomar. Las campanas sonaban y de repente quedaban en silencio. Cada vez que una paloma entraba en uno de los palomares, las varas entrechocaban, activaban una conexión y sonaban las campanas. Ollie se sintió como si fuera el portero de un edificio de apartamentos cuyos inquilinos estaban recibiendo visitas constantemente, todos a la vez. Parecía que a las palomas no les molestaban las cortinas, pero Bertie y Susan no opinaban lo mismo.

Cuando salió de la tienda, Ollie encontró a Susan y a Bertie inspeccionando las jaulas que les había proporcionado el ejército, mucho más pequeñas que las que habían utilizado para trasladar a las palomas hasta Clacton-on-Sea.

—¿Qué os parecen? —les preguntó Ollie.

Susan tenía en la mano un minúsculo paracaídas de seda sujeto a una de las jaulas.

—¿Es lo bastante grande para funcionar?

—Yo sólo he pilotado aviones, nunca he saltado desde ellos. —Ollie se fijó en las líneas de preocupación que surcaban el rostro de Susan y sintió ganas de darse una patada a sí mismo—. Pero una vez vi a un hombre lanzarse desde un avión en un espectáculo aéreo. —Ollie examinó el paracaídas—. Yo creo que es lo bastante grande.

Susan respiró hondo y soltó el aire. Dobló con cuidado el paracaídas.

Bertie cogió un pequeño cilindro de color rojo, más o menos del tamaño de un bote de pastillas.

—¡Pero si son rojos! ¿Qué quieren, ponérselo más fácil a los francotiradores?

Movió la cabeza de un lado a otro y le pasó el cilindro a Susan.

—No hay nada que podamos hacer ahora mismo. —Susan sopesó el cilindro—. Por lo menos son de baquelita, que no pesa mucho. —Contempló la banda metálica fijada al cilindro—. Creo que se les sujetarán bien a las patas.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudar? —preguntó Ollie.

Susan dejó de nuevo el cilindro en la jaula.

—¿Puedes conseguirnos más tiempo?

—Ojalá pudiera —respondió Ollie.

Susan cogió a Bertie por un codo y lo ayudó a llegar hasta el siguiente palomar.

Ollie se sintió mal por ellos. La guerra había puesto patas arriba su granja de palomas. Se preguntó cómo se sentiría él si los militares hubieran montado un campamento en la granja de patatas de sus padres. Era algo que él, estadounidense, ni siquiera podía llegar a comprender. La guerra no se estaba librando en territorio de Estados Unidos. La sangre se derramaba en Europa, y lo único que sabían de la guerra los habitantes de su país era lo que leían en los periódicos. Se frotó las costillas doloridas y sintió una punzada de culpabilidad por haber nacido al otro lado del Atlántico.

Intuyendo que Susan y Bertie necesitaban estar solos, Ollie se puso a trabajar. Primero apiló las jaulas del ejército y se aseguró de que estuvieran equitativamente repartidas entre los palomares. Durante el resto de la tarde se dedicó a rellenar bebederos, cargar sacos de pienso y barrer excrementos. Después de limpiar el último palomar, apoyó la escoba en un rincón, junto a una paloma que estaba durmiendo con la cabeza oculta bajo un ala.

Ollie acarició a la paloma con suavidad.

—Descansa. Mañana empezarás tu misión.

Salió del palomar mientras deseaba que aquella paloma fuera una de las que tuvieran la suerte de volver.

En el exterior, el aire era fresco. A Ollie se le puso la piel de gallina en los brazos y se los frotó mientras se fijaba en que las hojas de un roble habían empezado a adquirir una tonalidad mostaza. Contempló el sol, que ya se perdía en el horizonte, y se preguntó si los pilotos de la Luftwaffe estarían ya desparezándose en sus catres, como vampiros nocturnos preparándose para un banquete. «Lástima que los nazis no sean vampiros —pensó Ollie—. Si fueran vampiros, al menos podríamos vencerlos con agua bendita, cruces y cabezas de ajo. Pero con los nazis necesitamos baterías antiaéreas, Hurricanes y Spitfires.» Ollie dirigió de nuevo la mirada hacia los palomares. «Y quizá palomas.»

Dentro de la casa, Ollie encontró a Bertie en su sillón. Contempló las rodillas del anciano, envueltas en toallas frías.

—¿Qué tal las piernas? —le preguntó.

—Bastante mal —respondió Bertie.

—¿Necesitas algo?

Bertie le dijo que no con la cabeza. Ollie guardó silencio un instante y luego le preguntó:

—¿Cómo era su amigo William?

—Un buen hombre. Le encantaban las carreras de palomas tanto como a mí. Solíamos apostar, por lo general una pinta en el pub, para ver quién tenía el pájaro más rápido. A pesar de que casi siempre tenía que pagar él la cerveza, William jamás se perdía una carrera. —Bertie se frotó las rodillas y cambió de tema—. ¿Cómo están los palomares?

—Jaulas apiladas. Palomares limpios.

—Estupendo.

Ollie se fijó en una colección de viejas pipas expuestas en la repisa de la chimenea.

—Antigüedades —dijo Bertie—. A Agnes le gustaba comprármelas. Más como adornos que para fumar.

—¿Su esposa? —le preguntó Ollie cogiendo una de las pipas.

Bertie asintió.

—¿Cómo era?

En el rostro del anciano apareció una sonrisa.

—Adorable. Lista. Ingeniosa. Se parecía mucho a Susan. Conocí a Agnes cuando apenas era una cría. Ella trabajaba atendiendo la caja en la panadería de su padre. Me gastaba todo el dinero que tenía en comprar bollos, sólo para verla. Engordé tanto antes de atreverme a invitarla a tomar el té que ya casi ni cabía en los pantalones —dijo Bertie al tiempo que se daba una palmadita en el estómago.

Ollie se echó a reír.

—Era maravillosa. Y no pasa ni un solo día sin que la eche de menos.

—Parece que tuvieron una vida maravillosa juntos.

—Desde luego.

Ollie recordó la foto que había visto en su dormitorio, en la que aparecían Agnes, Bertie y una joven pareja con un bebé.

—¿Le importa que le pregunte qué ocurrió?

Bertie se bajó las gafas y Ollie vio que tenía los ojos empañados en lágrimas.

—Que he vivido más que ella, hijo.

Al ver la tristeza de Bertie, Ollie pensó en sus padres. Notó un dolor en el pecho y se preguntó cuánto tiempo se tardaba en superar la pérdida de un ser querido. «¿Un año? ¿Diez años? ¿Toda la vida?» Devolvió la pipa a su sitio en la repisa de la chimenea y luego fue a buscar una toalla fría a la nevera.

—Gracias, Oliver —le dijo Bertie mientras se cambiaba la venda—. Quizá podrías ir a ver qué tal está Susan.

Ollie encontró a Susan sentada en los escalones del porche. Al oír el chirrido de la puerta de muelle, la joven se volvió. Ollie se fijó en que tenía a *Duquesa* en el regazo.

—¿Te importa que me sienta? —le preguntó.

Susan le hizo sitio.

Ollie se sentó y se rodeó las rodillas con los brazos.

Susan contempló las nubes oscuras que se iban formando sobre el bosque de Epping.

—¿Los bombarderos vuelan cuando llueve?

—Sí —respondió Ollie—. Pueden volar por encima de las nubes, pero tal vez les resulte más difícil localizar los objetivos.

—Las palomas pueden volar bajo la lluvia —comentó Susan mientras le pasaba un dedo a *Duquesa* por el lomo—. Tienen plumas engrasadas que repelen el agua.

El ave volvió la cabeza y observó a Ollie con sus dorados ojos.

—A lo mejor tenemos suerte y un vendaval deja a la Luftwaffe en tierra —dijo Ollie.

—Eso sería maravilloso —reconoció Susan.

Ollie jugueteó con el cordón deshilachado de una de sus botas.

—¿Estás preocupada por *Duquesa*?

—Por *Duquesa* no. Por las otras palomas.

Ollie miró a Susan.

—*Duquesa* no participa en la misión.

—Ah —dijo Ollie.

—La crie yo. Es como una mascota, hasta me despierta por las mañanas picoteando el cristal de mi ventana.

—Ya.

Susan estiró la espalda.

—Creo que debería ir a ver cómo está mi abuelo.

—Él me ha pedido que venga a ver cómo estás tú.

Susan sonrió.

—Me estaba hablando de tu abuela.

—¿Qué te ha contado?

—Que te pareces mucho a ella.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Creo que lo era.

Unas cuantas gotas de lluvia les mojaron los zapatos. El viento meció las ramas de los abedules. Se sentaron un escalón más arriba, bajo el tejado del porche.

—Me he fijado en la foto que hay en mi habitación. ¿Tú eres el bebé?

—Sí.

—¿Tus padres?

Susan asintió.

La lluvia empezó a caer sobre los árboles: las gotas golpeaban las hojas cada vez con más fuerza, como un redoble de tambores.

Susan se acercó la paloma a la mejilla.

—Tienes que ir a casa, *Duquesa* —dijo, lanzando suavemente al pájaro.

*Duquesa* revoloteó por el patio y luego se posó en un abedul. La paloma se mostraba reticente a meterse en el palomar, por muchas gotas de agua que le cayeran encima.

—Deberíamos ir dentro —dijo Susan mientras se ponía en pie y se sacudía la parte posterior de la falda—. Pronto oscurecerá.

Ollie observó a Susan mientras entraba en casa y se sintió como si se hubiera metido donde no lo llamaban al preguntarle por sus padres. Se fijó en que *Duquesa* seguía posada en la rama del árbol, con la cabeza ladeada como si estuviera escuchando.

—Parece que los dos estamos castigados —le dijo a la paloma.

Luego se puso en pie y entró en casa. Encontró a Susan en la cocina.

—¿Quieres un poco de té? —le preguntó ella mientras llenaba el hervidor.

—Sí, por favor —contestó él.

Se sentó a la mesa. Susan puso el hervidor sobre el fogón y abrió un armario.

Ollie se esforzó por pensar en algo que decir. Eran muchas las cosas que deseaba saber sobre Susan, pero decidió empezar por un tema que creía que era importante para ella.

—¿Qué es lo que más te gusta de las palomas?

Susan se volvió con una sonrisa dibujada en el rostro.

—Todo.

Ollie, aliviado al ver su reacción, apartó una silla de la mesa y le indicó con un gesto que lo acompañara.

Susan se sentó.

—Cuéntame qué es todo —pidió Ollie.

—Son increíblemente inteligentes —expuso Susan—. Te reto a nombrar otro animal que pueda regresar a su hogar desde miles de kilómetros de distancia.

Ollie se frotó la barbilla.

—¿Las tortugas?

Susan se echó a reír.

Ollie se acercó un poco más a ella.

—¿Qué más te gusta de las palomas?

—Son afectuosas. Tanto el padre como la madre cuidan a las crías —dijo—. Y son preciosas, tienen unos colores y un plumaje espectaculares. Y me gusta su zureo. En mi opinión, es mucho más relajante que el ronroneo de un gato. Y caminan de una forma muy graciosa. Y tienen un vuelo muy elegante. —Apoyó las manos sobre la mesa—. Pero lo que más admiro en ellas es su dedicación a la familia. Se esfuerzan al máximo por encontrar el camino de vuelta a casa.

Ollie sonrió.

—¿Cómo se llaman las personas que lo saben todo sobre los pájaros?

—Ornitólogos.

—Pues serías una ornitóloga estupenda.

—¿De verdad lo crees?

Ollie asintió.

Susan pasó el dedo sobre un arañazo de la mesa.

—¿Qué es lo que más te gusta de volar?

—Ojalá tuviera palabras para describir la sensación de libertad que experimento cuando estoy volando entre las nubes. Es emocionante. Me da... tranquilidad. —Ollie señaló por encima de su cabeza—. Allí arriba me siento como un pájaro. Mejor aún, como una paloma.

Susan sonrió e hizo una pausa.

—Serás un magnífico piloto de la RAF, Oliver de Maine.

Ollie se fijó en que la mano de Susan estaba apenas a unos centímetros de sus dedos y notó un cosquilleo en el estómago.

El hervidor empezó a silbar.

Susan se apoyó una mano en el regazo.

—¿Estás haciendo té, cariño? —preguntó Bertie desde la salita.

—Sí —respondió Susan, sin dejar de mirar a Ollie.

—¡Estupendo! —dijo Bertie—. Voy enseguida.

Ollie observó a Susan mientras se levantaba de la mesa y deseó que el agua hubiera tardado horas en hervir.

*Epping, Inglaterra*

La lluvia trajo consigo la llegada anticipada de la oscuridad y, muy poco después, el aullido de las sirenas antiaéreas. Tras perder el apetito por culpa de la interrupción de la Luftwaffe, Susan, Ollie y Bertie se saltaron la cena y se agazaparon en la salita.

Estallaron las baterías antiaéreas. La casa tembló.

Susan, sentada junto a Ollie en el sofá, se tapó los oídos.

Ollie miró a Bertie, reclinado en su sillón.

—¿Cuánto dura?

Bertie se encogió de hombros.

—Lo peor es cuando pasan por encima de las ametralladoras del aeródromo de North Weald. Dejan de disparar cuando los aviones de la Luftwaffe se dirigen hacia Londres.

Estallaron proyectiles. Los objetos de porcelana temblaron.

Minutos más tarde, cesaron los disparos de las baterías antiaéreas y, durante unos instantes, sólo se oyó el golpeteo de la lluvia. Las llamas de las velas temblaban en la salita, y durante la siguiente hora escucharon el lejano rumor de las bombas que se lanzaban sobre Londres.

Mientras un enjambre de aviones sobrevolaba la granja, Susan notó cómo se le contraían los hombros. Pero el rugido de los motores no tardó en desaparecer. Cesaron las explosiones. Y los disparos. Sólo se oía el murmullo de la lluvia. Susan expulsó el aire y luego contempló la luz de la vela.

—¿Creéis que Londres arderá?

Ollie miró a Bertie, hundido en su sillón con los ojos cerrados, y luego se volvió hacia Susan.

—La lluvia ayudará a evitarlo.

Ella le devolvió la mirada.

—Quiero decir... ¿crees que quedará algo en pie?

Ollie se paró a pensar y luego dijo:

—Si los londinenses son tan fuertes como tú y Bertie, creo que Londres no dejará de existir jamás.

—Necesitaba oírsele decir a alguien.

Sonrió, se alisó la falda y se concentró de nuevo en la vela.

—Susan... —dijo Ollie.

La joven se volvió hacia él. Su sombra se alargaba en el suelo.

—Estaba pensando en esta tarde y...

Bertie roncó. Tenía un libro abierto sobre el pecho, que subía y bajaba mientras los ronquidos iban llenando la estancia.

—Por las noches está muy cansado —dijo Susan. Se puso en pie, se acercó al sillón de Bertie y le rozó el brazo a su abuelo para susurrarle—: Creo que deberías irte a la cama.

Bertie resopló y abrió los ojos.

—Estaba leyendo.

Susan señaló el libro.

El anciano se pasó una mano por la cara.

—Es que no veo bien con la luz de las velas.

—¿Quieres que te lea yo? —le preguntó Susan.

—Estoy agotado —respondió Bertie—. Creo que me voy a la cama.

Se puso en pie, tambaleándose, y gruñó de dolor.

Ollie se acercó a Bertie y se preparó para sostenerlo por si al anciano le fallaban las rodillas.

—Deja que te ayudemos —dijo Susan.

Bertie negó con la cabeza y luego apoyó una mano en el hombro de su nieta.

—Mañana, nuestras palomas cambiarán el curso de esta condenada guerra.

Susan notó que su confianza se avivaba, como las ascuas al recibir oxígeno. Observó a su abuelo mientras subía la escalera, deteniéndose de vez en cuando para recuperar el aliento. Cuando oyó el chirrido de la puerta de su habitación al cerrarse, pensó en lo mucho que admiraba la valentía de su abuelo. Estaba convencida de que Bertie podría haber sido un gran general en sus años de juventud. Que los hombres de las trincheras habrían seguido a un hombre como Bertie, que él les habría infundido fe cuando ya no quedarán esperanzas.

—Bertie es un buen hombre —dijo Ollie.

—Soy muy afortunada de tenerlo.

Ollie asintió.

—Si quieres irte a dormir, no pasa nada.

Susan contempló las cortinas opacas que tapaban la ventana.

—No puedo dormir cuando están ahí fuera. —Cruzó la habitación y cogió una caja de cartón que estaba bajo el sofá—. Supongo que sabes mantener un secreto.

Ollie se sentó con ella en el sofá, con la caja entre ambos.

Susan abrió la tapa, cogió un ovillo de lana y unas agujas y se lo puso todo sobre el regazo. Luego le mostró a Ollie un trozo de tela de color crema.

—Es un suéter, mi regalo de Navidad para mi abuelo.

Ollie contempló el tejido en forma de tubo.

—Bueno, más exactamente es la manga de un suéter.

—Le va a encantar —dijo Ollie.

—No tenía tinte para la lana.

—Es perfecto.

Susan se colocó un mechón de pelo tras la oreja y cogió las agujas.

—¿Dónde aprendiste a hacer punto?

—Me enseñó mi abuela —respondió Susan.

Las agujas entrechocaron.

—¿Agnes?

—Te acuerdas —dijo.

Miró a Ollie y se fijó en el tono caramelo de sus ojos.

Ollie observó a Susan mientras ella tejía. La luz de la vela proyectaba la silueta de sus esbeltas manos en la pared.

—Parece difícil.

—Sólo hay que tener tiempo y paciencia. —Susan enrolló el hilo alrededor de la aguja—. Mi primer proyecto fue una bufanda cuando era pequeña. Estaba tan ansiosa por regalársela a mi abuelo que la hice demasiado corta, apenas le daba la vuelta al cuello. Tendría que haberla dejado en la caja o añadirle unos cuantos centímetros. Pero mi abuelo insistía en ponérsela y se la cerraba con un alfiler. —Tiró de la lana—. Mejor que empiece pronto con este suéter, así tendrá dos mangas.

Susan terminó una hilera de puntos.

—Esta tarde ibas a decir algo.

—Iba a preguntarte por tus padres.

Se oyó el ruido sordo de una explosión, como si fuera un trueno. El ovillo de lana cayó al suelo.

Ollie lo recogió y lo dejó de nuevo sobre el regazo de Susan.

—¿Te molesta que te pregunte qué pasó?

Susan se volvió hacia Ollie.

—Cuando mi padre regresó a casa después de la Gran Guerra, se casó enseguida con mi madre. De hecho, el mismo día en que mi padre volvió a casa fueron a buscar al pastor, que se había tomado el día libre para ir a pescar. Mi padre ni siquiera se molestó en quitarse el uniforme y mi madre todavía llevaba la ropa de enfermera del hospital. —Señaló una foto enmarcada de la pared—. Mamá sirvió como enfermera en el frente occidental.

Ollie se puso en pie y contempló la foto del sonriente trío: una enfermera, un soldado y un predicador vestido de pescador de cuyo pecho colgaban, como si fueran condecoraciones de guerra, anzuelos con plumas. Ollie se fijó especialmente en la mujer, que sostenía en las manos un ramo de margaritas.

—Te pareces a tu madre.

Susan sonrió.

—Mi padre le había prometido que se casarían el mismo día en que él volviera a casa. Mamá quería casarse antes, pero, aunque mi padre la quería muchísimo, no soportaba la idea de dejarla

viuda antes de tiempo. Mi abuelo siempre decía que mi padre era un auténtico caballero.

Ollie regresó al sofá.

—Se escribieron todos los días —continuó Susan—. Mi abuelo guardó las cartas en una caja. Son preciosas. —Dejó las agujas—. Yo nací menos de un año después de que mi padre volviera a casa. Tenían..., teníamos toda la vida por delante. —Susan respiró hondo, luego expulsó el aire—. Gran Bretaña creía que la guerra se había acabado. Pero cuando las tropas retornaron a casa, trajeron consigo una amenaza mucho más letal que las armas o el gas mostaza.

Ollie tragó saliva.

—¿La gripe?

Asintió.

—Mi abuelo recibió un aviso de mi padre para que fuera a recogerme. Los dos tenían dolor de garganta y no querían que yo me resfriara. Tres días más tarde, estaban en el hospital con neumonía. El abuelo trató de visitarlos, pero mis padres, igual que cientos de personas, estaban en cuarentena. —Parpadeó, tratando de contener las lágrimas—. Mi padre murió al domingo siguiente. Mi madre, el martes.

Ollie le apoyó una mano a Susan en el brazo.

Ella no hizo ademán de moverse, como si agradeciera el contacto.

—Pero eso fue hace mucho tiempo.

Ollie vaciló y luego, despacio, dejó de nuevo la mano en el regazo.

—De niña, le tenía pánico al patio del colegio. Solía oír a las niñas que saltaban a la cuerda y cantaban la canción sobre la epidemia. —Se volvió a mirar a Ollie—. ¿Sabes a cuál me refiero?

Ollie negó con la cabeza.

Susan jugueteó con las agujas.

—*I had a little bird, its name was Enza. I opened the window and in flew Enza.*

—Es horrible.

—Precisamente por eso, nunca quise aprender a saltar a la cuerda. —Terminó varios puntos—. Ojalá hubiera sido lo bastante mayor para acordarme de ellos. Lo único que tengo son unas pocas fotos, cartas y las historias de mi abuelo, que me cuenta a menudo y con infinidad de variaciones para hacerlas más interesantes.

Ollie apoyó el brazo en la caja que los separaba.

—Mis abuelos me dieron una infancia maravillosa: muchas risas y muchos pájaros.

—Palomas.

Susan notó un tirón en las mejillas cuando trató de contener una sonrisa.

—Sí, palomas. —Dejó las agujas—. Bueno, Oliver de Maine, ¿por qué estás aquí?

—Para participar en la guerra. La RAF necesita pilotos.

—¿Y no tienes miedo?

—¿De morir?

Susan asintió.

—Hay cosas peores —respondió Ollie.

—¿Por ejemplo?

—Quedarse sentado sin hacer nada mientras los nazis intentan conquistar el mundo.

Las explosiones fueron disminuyendo, como una tormenta que se aleja. La llama de la vela se fue apagando hasta casi desaparecer. Varias gotas de cera cayeron sobre la base.

—Parece que por esta noche ya han terminado —dijo Ollie.

—Llegarán más aviones. —Susan dejó la labor en la caja y la escondió bajo el sofá—. Deberíamos descansar. Mañana por la mañana tenemos mucho trabajo que hacer.

Ollie asintió. Cogió la vela, la llama se apagó y la estancia quedó a oscuras.

—Iré a buscar otra cerilla.

—No hace falta —dijo ella.

Susan le cogió la mano y percibió la calidez de su piel. Guio a Ollie hacia la escalera y le apoyó suavemente la mano en la barandilla.

Juntos subieron la escalera hasta el rellano. El pasillo era un oscuro abismo debido a las cortinas opacas.

—¿Podrás encontrar tu habitación? —le preguntó Susan.

—Eso creo.

Susan oyó el ruido del pomo al girar.

—La he encontrado —dijo él.

—Ollie...

Él se quedó quieto.

—¿Sí?

—Creo que hoy he hablado mucho.

—Me gusta escuchar.

—Eres muy amable. Pero no ha sido cortés por mi parte hablar tanto. —Se detuvo—. ¿Qué les pasó a tus padres?

—Accidente de coche. —Ollie dio un paso en el corredor a oscuras. El suelo crujió bajo sus pies—. Puesto que no tengo hermanos ni parientes, supongo que estar solo me ha puesto las cosas más fáciles para ir a la guerra.

Susan tragó saliva y dio un paso. Arañó con el pie una de las tablas del suelo.

—¿Cuándo fue el accidente?

Ollie vaciló.

—El mes pasado.

Susan contuvo una exclamación.

El pasillo quedó en silencio. Y, entonces, se oyó una sirena.

Ollie buscó con la mano el hombro de Susan.

—Parece que tenías razón cuando has dicho que vendrían más. —Le apretó el hombro con suavidad—. Buenas noches, Susan.

Ella notó cómo Ollie dejaba caer la mano y oyó que se cerraba la puerta. Se quedó sola en el pasillo, hasta que el rugido de la artillería la obligó a refugiarse en su habitación.

Susan, muy afectada por la noticia sobre los padres de Ollie y por el rugido de las bombas, no conseguía conciliar el sueño. Poco después de medianoche, la sirena del aeródromo de North Weald indicó que había pasado el peligro. Se puso una bata y unas zapatillas y bajó sigilosamente la escalera, con la esperanza de que una taza de té caliente la ayudara a despejar la mente. Pero en cuanto llegó a la cocina, vio que la puerta principal estaba entreabierta. Un rayo de luz de luna iluminaba el suelo de madera. Echó un vistazo al exterior y vio a Ollie sentado en los escalones del porche.

—¿No podías dormir? —susurró Susan mientras salía.

—No —dijo Ollie.

—Yo tampoco.

—Creo que por esta noche ya han terminado. —Dio una palmadita en el suelo, a su lado—. Te he guardado un sitio.

Susan se cerró bien la bata y se sentó.

—Siento lo de tus padres.

—Gracias —respondió Ollie—. Yo también siento lo de tu madre y tu padre. Eras demasiado pequeña para perderlos.

Susan asintió.

—Por suerte, tenía a mis abuelos.

Ollie la miró.

—Estoy seguro de que Bertie y Agnes hicieron un excelente trabajo sustituyendo a tus padres.

Susan sonrió, satisfecha por el cumplido, pero sobre todo por el hecho de que Ollie hubiera mencionado el nombre de su abuela, a la que ni siquiera había conocido.

Ollie se subió la cremallera de la chaqueta.

—¿Nunca echaste de menos tener hermanos?

—Desde luego que sí —dijo ella estirando los brazos—. Algún día tendré una gran familia.

—Y yo —contestó Ollie—. Un montón de críos.

—¿Niños o niñas?

—Ambos. ¿Y tú?

—Dos niñas y dos niños.

—Qué concreta —dijo Ollie, dándole un golpecito en la rodilla con la pierna—. ¿Qué nombres les pondrás?

Susan reflexionó.

—Los niños, creo que Peter e Ian. Y las niñas, no sé, nombres de flores.

—¿Como Iris o Rose?

—Puede. O quizá algo menos común, para que siempre se sientan únicas. —Se echó el aliento en las manos, que se le estaban empezando a quedar frías—. ¿He hablado demasiado?

—En absoluto.

Ollie se quitó la chaqueta y se la puso a Susan sobre los hombros.

—Te vas a resfriar.

—Estoy bien.

Susan se arrebujó en la chaqueta y disfrutó del calor que le proporcionaba.

Ollie se metió las manos bajo las piernas.

—¿Y qué piensa tu novio acerca de eso de ponerles nombres de flores a las niñas?

—No tengo novio —dijo Susan, notando cómo se le aceleraba el corazón—. Salí con algunos chicos en la universidad, pero nada serio. Y con la guerra, me he concentrado en trabajar para el Servicio Colombófilo Nacional. —Retorció los dedos dentro de las zapatillas, tratando de no pensar en las mariposas que notaba en el estómago—. ¿Y tú? ¿Tienes alguna chica esperándote en casa?

—No. Tenía una novia en el instituto, pero no funcionó.

—¿Un final triste?

Ollie negó con la cabeza.

—Fue lo mejor. Éramos personas muy diferentes.

—¿En qué sentido?

Se volvió hacia ella.

—Antes de que mis padres murieran, mi padre se rompió una pierna en un accidente con un tractor, así que retrasé mi ingreso a la universidad para ayudar en la granja familiar. Digamos que a ella no parecía gustarle mucho la idea de que yo me quedara en casa para cuidar a mi padre, y tampoco le entusiasmaba mucho estar con alguien que trabajaba en una granja de patatas.

—Entonces, lo mejor fue que terminara.

Susan cruzó los pies y se fijó en que casi le rozaba la rodilla a Ollie con la pierna.

Ollie se inclinó hacia atrás.

—¿Has visto las estrellas?

Susan miró hacia el cielo.

—Caray...

Estaba tan distraída que no se había fijado en que las nubes habían desaparecido y habían dado paso a cientos de estrellas que titilaban.

—Es precioso.

—Se ven las constelaciones —dijo Ollie mientras señalaba el cielo con la mano—. Creo que aquélla es...

—¡Mira! —exclamó Susan indicando una breve estela de luz que cruzaba el cielo.

—Rápido, pide un deseo.

Susan cerró los ojos y guardó silencio.

—¿Qué has pedido?

—Prefiero no decirlo —contestó Susan abriendo los ojos—. Si te lo digo, no se hará realidad.

—En Maine creemos que hay que compartir los deseos que se piden a las estrellas fugaces —dijo Ollie—. También revelamos los deseos que se piden al soplar las velas de cumpleaños, dientes de león y mariquitas. Y teniendo en cuenta que te hallas en compañía de un estadounidense durante este evento celestial, creo que es mejor que me lo cuentes.

Susan notó que se le escapaba la sonrisa.

Ollie se acercó más a ella.

—¿Quieres que se haga realidad?

—Sí.

—Entonces cuéntamelo.

—Muy bien —dijo—. Deseo que se acabe la guerra.

—Un deseo perfecto.

Susan se quedó pensando.

—A veces —añadió— me pregunto si las bombas se acabarán algún día.

—Se acabarán —repuso Ollie mirándola a los ojos—. Yo creo en ti, Susan. Confío en tus palomas y en la misión Fuente Columba. Esta guerra se acabará. Y te prometo que yo haré todo lo que esté en mi mano para conseguir que así sea.

Aquellas palabras reconfortaron a Susan como una manta calentada al sol. Dejándose llevar por un impulso, apoyó la cabeza en el hombro de Ollie.

Él le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia sí.

Permanecieron sentados en silencio mientras una suave brisa mecía los abedules. Por primera vez en varias semanas, Susan se sintió a salvo. Las afirmaciones de Ollie le habían aportado confianza. Disfrutó de aquellos momentos, a sabiendas de que en cualquier momento una estridente sirena pondría fin a su tiempo juntos.

—Deberías descansar un poco —le dijo Ollie.

Susan vaciló. El corazón le decía que se quedara, pero la mente le recordaba que la misión era al día siguiente. A regañadientes, apartó la cabeza del hombro de él.

Ollie se puso en pie y le tendió una mano.

Ella la aceptó y se levantó. Dejaron los dedos entrelazados un instante y luego se soltaron.

Ya dentro, cada uno se retiró a su habitación. Susan se metió en la cama: aún notaba un cosquilleo en la piel después de haber tocado a Ollie.

*Epping, Inglaterra*

Los picotazos en la ventana despertaron a Susan. Se desperezó, se levantó de la cama y abrió las cortinas opacas. El resplandor del sol matutino la deslumbró. Se restregó los ojos y vio a *Duquesa* haciendo equilibrios en el alféizar como si fuera un funambulista. La paloma dio otro picotazo y Susan abrió la ventana.

*Duquesa* revoloteó y se posó en la cama.

—Buenos días —le dijo Susan.

El pájaro trepó por las sábanas arrugadas, como un niño escalando una colina nevada con raquetas.

Susan cogió a *Duquesa* y le acarició el lomo.

—¿Qué tal has dormido?

La paloma zureó.

—Pues mejor que yo, supongo. —Susan recordó entonces que se había pasado casi toda la noche despierta, pensando en los momentos que había compartido con Ollie—. Ha perdido a sus padres. Igual que nosotras.

*Duquesa* parpadeó.

Susan suspiró.

—Casi ni le pregunté por sus padres, soy una maleducada. Me siento fatal.

*Duquesa* miró hacia la ventana.

Susan echó un vistazo al exterior y vio a Ollie cruzar el patio y entrar en un palomar. Oyó los golpes en la lata y vio que las palomas también entraban en el palomar. Curvó hacia arriba las comisuras de los labios en una leve sonrisa.

—Está dando de comer a nuestras palomas —susurró.

*Duquesa* extendió las alas.

Susan dejó al ave sobre la cómoda, alisó las sábanas, se vistió y se quedó de pie delante del espejo. Se desenredó el pelo y se hizo un moño. Luego se pellizcó las mejillas para que cogieran color y sintió el curioso deseo de maquillarse un poco, algo que no había hecho desde que había dejado la universidad. Cogió un bote de perfume, desenroscó el tapón y se echó en el cuello las pocas gotas que quedaban.

*Duquesa* ladeó la cabeza.

—Ya, ya sé que tenemos mucho trabajo.

Susan dejó el bote en la cómoda, llevó a *Duquesa* a la ventana y la lanzó al aire. El pájaro voló rápidamente hacia un palomar. Cuando Susan bajó, se encontró a su abuelo bebiendo té.

—Buenos días, Susan —dijo Bertie—. He preparado el desayuno.

Susan contempló las gachas de avena en el fogón y le dio un beso a su abuelo en la mejilla.

—En ese caso, también prepararé la comida —dijo el anciano, y señaló una silla—. Come unas gachas. Ollie y yo ya hemos desayunado.

—No tengo hambre.

Bertie le acercó su taza de té.

—Pues bebe.

Susan bebió un sorbo de té y se acercó a la ventana. No había ni rastro de Ollie, lo único que vio fue una neblina humeante hacia el oeste, producto de los bombardeos de la noche anterior.

—Los padres de Ollie murieron —comentó Susan.

—Eso tenía entendido —respondió él.

Susan dejó la taza sobre la mesa.

—El mes pasado.

—Santo cielo. —Bertie se puso en pie y rodeó a Susan con los brazos—. Por desgracia, sabemos cómo se siente.

Susan lo estrechó con fuerza.

—No te atrevas a dejarme nunca.

—Todo es temporal, cariño. —Con unos ojos rodeados de patas de gallo miró a Susan—. Incluso esta condenada guerra.

Susan tensó los músculos de los hombros. Saber que Ollie había perdido a sus padres le recordaba lo injusta que podía ser la vida, como si las personas fueran arrancadas al azar de la tierra, igual que los números que se extraen de un sombrero. Los números de casi todos los miembros de su familia se habían extraído ya hacía mucho. Y eran muchos los londinenses que desaparecían cada noche. Y, ahora, sus queridas palomas estaban a punto de participar en Fuente Columba, una misión mortal.

Bertie cruzó cojeando la cocina y dejó la taza en el fregadero.

—Vamos a trabajar, ¿te parece?

—¿No crees que deberías coger el bastón? —le dijo Susan.

—No lo necesito, cariño. Me siento joven y fuerte —señaló Bertie mientras flexionaba los endebles brazos—. Hoy vamos a salvar a Gran Bretaña.

Susan cogió a Bertie por un codo, enterró sus miedos y salió al patio.

*Epping, Inglaterra*

—Estate quieta —dijo Ollie mientras ataba a la pata de una paloma un pequeño cilindro de baquelita. El resorte del anillo de muelle encajó en su sitio—. ¿Lo ves? Tampoco ha sido para tanto, ¿no?

Ollie dejó al pájaro en una jaula mucho más pequeña que las cestas que Bertie y Susan utilizaban para transportar a las palomas hasta Clacton-on-Sea. Apenas había espacio para una paloma, menos aún después de introducir un pequeño paquete que contenía papel, lápiz e instrucciones escritas en francés. Pero pese a estar encerrada y tener un paracaídas pegado a su jaula, la paloma zureó, como si se dispusiera a emprender un rutinario viaje de entrenamiento a la campiña inglesa.

Cuando Ollie apiló la caja, oyó el chirrido de la puerta del palomar. Al volverse, vio a Bertie y a Susan.

Ella echó un vistazo al palomar.

—Buen trabajo, Oliver —lo felicitó Bertie mientras inspeccionaba las jaulas—. Para ser piloto, se te da muy bien el trabajo de colombófilo. Tendré que pensar en concederte un aumento.

—No sabía que me fueran a pagar —dijo Ollie.

—Y no te van a pagar —sentenció Bertie mientras se volvía los bolsillos del revés. Por un momento, dio la sensación de que le salían orejas de conejo de los pantalones—. Me temo que no tengo nada que darté. Sólo una oportunidad de hacer historia.

—Me parece bien —dijo Ollie—. A lo mejor soy yo quien debería pagaros.

Bertie se echó a reír.

—Ésa es la actitud.

Susan contempló los nidos de una de las paredes del palomar. A excepción de una docena de pichones y madres que estaban incubando, las hileras de nidos estaban vacías.

—Susan, ayuda a Ollie a cargar, ¿quieres? —dijo Bertie mientras volvía a ponerse bien los bolsillos—. Yo voy a echar un vistazo a los otros palomares.

Salió y la puerta de muelle se cerró tras él.

Susan introdujo el dedo entre el alambre de una de las jaulas. La paloma se lo empujó con el pico.

—¿Cómo has sabido qué palomas debías dejar?

—Me lo ha dicho Bertie.

—¿Por qué has empezado tan temprano?

Ollie dejó una jaula vacía junto a una hilera de palomas que estaban incubando.

—He pensado que iba a ser un día muy duro para ti.

Susan lo miró.

—Gracias.

Ollie asintió y luego comprobó un paracaídas. Susan respiró hondo y soltó el aire.

—Ojalá te hubiera preguntado antes por tu familia.

—No pasa nada.

—Sí, sí que pasa. He sido muy desconsiderada. —Desplazó una caja llena de cilindros—.

Debes de echarlos de menos.

—Mucho.

—¿Cómo eran?

—Mis padres eran granjeros, pero si le hubieras preguntado a mi padre, te habría respondido que era un piloto que cultivaba patatas para pagar las facturas.

—Por lo que dices, parece que le encantaba volar —dijo Susan.

—Me enseñó a pilotar un avión antes que a conducir un coche.

—Eso parece peligroso.

—Mi madre habría estado de acuerdo contigo.

Susan sonrió.

—Una mujer sensata.

—Mi madre tendría que haber sido profesora. Era increíblemente inteligente y tenía un don para hacer que las cosas complicadas parecieran sencillas. Pero sin estudios homologados, tuvo que conformarse con trabajar como voluntaria en la biblioteca en sus ratos libres. Enseñaba a leer a los adultos. —Ollie restregó la tierra con el tacón de la bota—. Y estaba orgullosa de sus raíces británicas, igual que mi padre.

—Me habría gustado conocerlos —dijo Susan.

—Y tú les habrías gustado a ellos.

—¿De verdad lo crees?

—Estoy convencido.

—¿Porque soy británica?

—No. —Ollie vaciló—. Porque eres... Susan.

Ella se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

Ollie pasó la mano por un nido vacío.

—Fui muy afortunado. Hicieron muchos sacrificios para ofrecerme una vida mejor y ahorraron hasta el último céntimo para que yo pudiera ir a la universidad.

—¿Fuiste a la universidad?

Ollie negó con la cabeza.

—He venido aquí para ir a la guerra.

Susan bajó la mirada al suelo.

—Y has acabado en una granja de palomas por mi culpa.

—Estoy aquí por haberle pegado a un oficial del ejército. —Se acercó muy despacio—. Y si tuviera que volver a hacerlo, haría exactamente lo mismo.

Ollie notó una oleada de afecto que crecía en su interior. «Eres dulce, afectuosa y guapa. Tengo suerte de estar aquí contigo.»

Susan lo miró y tragó saliva.

—Creo que deberíamos... terminar.

Susan y Ollie cargaron las palomas que quedaban con la precisión de una línea de montaje en una fábrica de automóviles. Susan cogía a las palomas de sus nidos, les susurraba algo al oído y luego se las pasaba a Ollie para que les colocara el cilindro y las metiera en sus jaulas. La montaña de pajareras fue aumentando a medida que los nidos iban quedando vacíos.

Cuando Ollie metió a la última paloma en su jaula, *Duquesa* entró volando en el palomar y se dirigió caminando hacia una repisa. Susan se agachó para cogerla, pero se detuvo al encontrar un pequeño cuaderno oculto bajo una capa de tierra. Sopló para quitar el polvo de la tapa.

—Me preguntaba adónde había ido a parar. No lo había vuelto a ver desde que era niña.

Ollie apiló la última jaula y se acercó a ella.

—¿Qué es?

—El libro de códigos de mi padre.

*Duquesa* subió a la repisa y caminó por ella, arañando la madera con las uñas.

Susan fue pasando las páginas.

—Lo encontré cuando hurgaba en busca de alguna foto en una caja que contenía recuerdos de mis padres.

Le tendió el libro a Ollie.

El joven pasó la mano por la gastada encuadernación de cuero, que parecía la piel de un viejo reptil. Echó un vistazo a las páginas, repletas de complejas combinaciones de letras con sus códigos asignados. Luego limpió la tapa con la manga y se lo devolvió a Susan.

—Mi padre estaba en artillería. En el frente occidental se enviaban mensajes. Supuestamente, el código era indescifrable. O, al menos, eso fue lo que me contó mi abuelo —dijo Susan sonriendo—. Cuando yo era pequeña, mi abuelo solía atar un mensaje secreto a una de sus palomas de carreras, aunque eso la hiciera ir más lenta. Yo esperaba en el palomar hasta que la paloma regresaba con el mensaje y entonces descifraba el código. —Susan metió el libro en el bolsillo de la chaqueta de Ollie—. Vamos a enseñárselo al abuelo. Seguro que le encanta hablarte de los códigos.

Ollie pasó la mano sobre el bulto de la chaqueta.

—¿En qué consistían los mensajes secretos de Bertie?

—Cosas muy importantes. Normalmente, dónde había escondido algún regalo para mí. Un libro, un caramelo. Tendrías que haber visto a mi abuela tapándose los oídos mientras yo

rebuscaba entre sus cazos y sartenes hasta encontrar un paquete de chicles.

Ollie se echó a reír.

—Ojalá pudiera verlo.

—Y yo.

Ollie la miró. Cruzaron una breve mirada y él notó un cosquilleo en el estómago. «¿Sientes lo mismo que yo?»

Susan se volvió, contempló las hileras de nidos vacíos y luego las jaulas. Unas cuantas palomas se mostraban inquietas en aquellos espacios tan reducidos, pero la mayoría tenía la cabeza metida bajo el ala. A Susan le temblaban las manos.

Ollie se las cogió con suavidad. Se esforzó por encontrar las palabras adecuadas, pero finalmente se limitó a decir:

—Las habéis entrenado muy bien.

Ella le apretó los dedos.

—Estoy cansada de tener miedo y de pasar hambre. De los bombardeos constantes. No consigo quitarme las sirenas de la cabeza. Pero lo que no soporto es tener que enviar a nuestras palomas a la guerra. Sé que no tenemos elección, pero no lo soporto.

—Algún día terminará la guerra —dijo él—. Habrá noches sin bombas. Comidas sin racionamiento. Palomares sin alarmas. Y tú acabarás tus estudios en la universidad.

—Y tú volverás a casa —dijo, bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

Ollie sintió una especie de descarga. La realidad de sus destinos opuestos era como un abismo que se iba abriendo entre ellos. Él se iría a la guerra, ella seguiría criando palomas. Susan, sin embargo, lo había ayudado a recuperar la esperanza y la alegría, y no estaba dispuesto a permitir que nada los separara..., ni siquiera una guerra.

—No quiero irme —susurró.

Susan lo miró a los ojos.

—Quiero quedarme aquí... contigo.

Susan se acercó a él.

Ollie la rodeó con los brazos y percibió el calor de su cuerpo, el pecho que se elevaba, el pelo suave que le rozaba la barbilla.

Susan levantó la cabeza y apoyó una mano en la nuca de Ollie. Muy despacio, se puso de puntillas. Ollie notó en el pecho el latido del corazón de Susan, y el pulso le empezó a latir muy deprisa cuando ella acercó los labios.

Y, en ese momento, sonó el claxon de un coche.

Las palomas se alborotaron.

—¡Ya están aquí! —gritó Bertie desde el prado.

El abrazo se desdibujó. Susan bajó la cabeza y apoyó una mejilla en el pecho de Ollie. Él apartó las manos desde los hombros de Susan y las dejó resbalar por sus brazos hasta apoyarlas en la cintura.

Susan dio un paso atrás, permitiendo que se abriera un espacio entre ellos.

Ollie dejó caer los brazos a los costados y el corazón le empezó a latir más despacio.

Susan se alisó la falda y se arregló el pelo.

—¿Lista para ganar la guerra? —le preguntó Ollie.

Ella asintió.

En el exterior, vieron tres vehículos militares que subían por el camino de entrada y se detenían. Un sargento bajó de uno de los vehículos y anunció:

—Hemos venido a recoger las palomas. —Desdobló un trozo de papel—. Órdenes de recoger quinientas palomas.

—Los primeros palomares —dijo Bertie, señalándolos—. Están en las jaulas.

Susan y Ollie se sentaron en el porche y observaron a los soldados cargar las palomas. En menos de una hora, los palomares quedaron vacíos. Los soldados subieron a sus camiones y arrancaron el motor, excepto el último: el motor carraspeó cuando el conductor giró la llave en el contacto. Cuando los dos primeros camiones ya se alejaban, el conductor del tercero tocó el claxon y les hizo gestos con una mano por la ventanilla. Los otros dos camiones frenaron de golpe.

Uno de los soldados que viajaban en el primer camión asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué pasa?

—¡No arranca! —gritó el conductor.

Los soldados bajaron de los vehículos, levantaron el capó del camión averiado y le echaron un vistazo. Tras dedicar varios minutos a trastear el motor, no consiguieron que el camión arrancara.

—Habrá que avisar a un mecánico o pedir otro vehículo —dijo uno de los soldados.

—Eso llevará mucho tiempo —replicó el sargento—. No podemos permitirnos llegar tarde. —Se volvió hacia Bertie—. ¿Hay algún mecánico por aquí cerca?

Bertie negó con la cabeza.

—Todos se han ido a la guerra. El que vive más cerca es Jacob Wiseman, en Loughton.

—Demasiado lejos —repuso el sargento.

—Mejor —dijo—, porque al lado de Jacob yo parezco un pichón. Últimamente se le ve bastante lento.

—Maldición —protestó el sargento—. Tendremos que llamar para que nos envíen otro vehículo.

Bertie dio un paso hacia él.

—Tenéis otra opción.

—¿Cuál? —le preguntó el sargento.

—Podéis coger mi camioneta. Y puede conducirla él —apuntó Bertie, señalando a Ollie.

El chico irguió la espalda de golpe.

El sargento cruzó los brazos y resopló pesadamente, hinchando los carrillos.

—Te garantizo que llegaréis a tiempo —dijo Bertie—. Y no hará falta que tus hombres tengan que volver para traerme el camión.

El sargento reflexionó. Miró a Ollie y luego consultó su reloj.

—Muy bien.

Ollie se maravilló por la forma en que Bertie había convencido a los militares —de hecho, habría podido convencer a cualquiera— para que aceptara su propuesta. Deseó haber estado presente cuando Bertie había convencido al comandante para que lo dejara en libertad.

Los soldados trasladaron rápidamente las palomas del vehículo averiado a la camioneta de Bertie. Luego, se apretujaron en sus vehículos, tres en cada cabina, y pusieron en marcha los motores. Las palomas batieron las alas.

Bertie cogió la llave que llevaba en el bolsillo y se la pasó a Ollie.

—Supongo que los pilotos saben conducir.

Ollie asintió.

—Susan, ¿qué te parece si damos un paseo mientras Oliver de Maine escolta a nuestras palomas?

Susan cogió a su abuelo del brazo.

Ollie subió a la camioneta y puso el motor en marcha. Mientras descendía por el camino de entrada, miró por el espejo retrovisor y vio a Susan corriendo hacia la camioneta. Se detuvo y bajó la ventanilla.

Susan apoyó las manos en el marco de la ventanilla y recuperó el aliento.

—¿Te asegurarás de que las carguen con mucho cuidado?

Ollie le tocó la mano.

—Desde luego.

—Gracias —dijo ella, apretándole los dedos.

Ollie notó que le soltaba la mano. Pisó el acelerador y se alejó de la granja siguiendo a los vehículos militares. Por el espejo retrovisor, vio cómo Susan desaparecía.

Susan se quedó mirando a Ollie mientras éste se alejaba. Una estela de suaves plumas, caídas de la camioneta, flotó en el aire antes de posarse en la carretera. Estaba convencida de que aquella era la última vez que vería a muchas de sus palomas. Las posibilidades que tenían de volver de Francia eran pocas. Pero al pensar que Ollie estaría con ellas en sus últimos momentos, antes de que las cargaran en los aviones, el miedo que le inspiraba aquella misión le resultó más soportable.

Nunca había conocido a ningún hombre como Ollie. «Es tierno, apuesto, entregado a la familia.» Poseía muchas de las cualidades que ella apreciaba en un hombre. Y le gustaban las palomas, algo que podía ahuyentar hasta a los pretendientes más apasionados. Sus abuelos, Bertie y Agnes, habían tenido una vida llena de amor —siempre se estaban cogiendo de la mano, riendo, dándose besos—, y eso era algo que ella también anhelaba. Cuando había empezado la guerra, sus

esperanzas de encontrar a alguien habían quedado en estado latente, pero Ollie había despertado el corazón de la chica.

Susan regresó despacio a la casa. «Esta noche —pensó— estaremos juntos.»

### *North Weald, Inglaterra*

Ollie siguió a los camiones por la carretera de Epping mientras contemplaba las suaves plumas que iban cayendo de las cajas. Estaba a punto de entrar en una base aérea de la RAF, tal vez incluso pudiera vislumbrar algún Hurricane o Spitfire. Y, sin embargo, en lo único que podía pensar era en Susan. Todo lo que a ella le importaba en el mundo, excepto Bertie y *Duquesa*, iba amontonado en la caja de aquellos camiones. Las palomas eran el trabajo de toda una vida. Su pasión. Y ahora se iban a la guerra; la mayoría de ellas morirían. Ollie se sintió como si estuviera entregando prisioneros a un pelotón de fusilamiento.

Al llegar a la entrada del aeródromo de North Weald, un guardia armado hizo un gesto negativo con la cabeza al enterarse de que un civil pretendía entrar en la base con una camioneta. El guardia discutió con el sargento y finalmente hizo una llamada antes de decidir si dejaba entrar a un civil o no. Ollie quería creer que lo dejaban entrar en la base porque formaba parte de la misión o, mejor aún, porque era un futuro piloto de la RAF, pero sabía que el motivo era, muy probablemente, que iban a tener que cargar a mano, una vez más, las jaulas de las palomas. El guardia inspeccionó la camioneta de Ollie para asegurarse de que no llevara armas y lo dejó entrar.

Pasaron por delante de varios hangares y se adentraron por una pista. Ollie abrió los ojos como platos al ver varias hileras de Spitfires que parecían águilas dormidas sobre la pista. Aquellos aparatos de color verde militar eran increíblemente rápidos. Contaban con una hélice de tres aspas y una estructura aerodinámica. La cabina tenía una cubierta de reluciente cristal y en la cola llevaban escarapelas pintadas. De las alas sobresalían las ametralladoras. Aquellos aviones parecían hechos de una sola pieza metálica, no tenían nada que ver con su biplano de madera cubierta de raída lona. Ollie contó sesenta aviones antes de darse cuenta de que se había quedado rezagado. Pisó el acelerador y siguió a los otros camiones hacia otra pista.

Se detuvieron delante de un escuadrón de bombarderos Bristol Blenheim. A diferencia del Spitfire, el Blenheim no parecía construido con fines militares. Más bien se asimilaba a un avión comercial reconvertido: morro cuadrado, dos motores enormes, uno en cada ala, y una torreta dorsal fijada al fuselaje, como si a alguien se le hubiera ocurrido colocarla allí una vez construido el aparato. Aunque el Blenheim palidecía en comparación con el Spitfire, Ollie pensaba que seguía siendo un caza formidable; por otro lado, era un avión excepcional porque podía usarse

también como bombardero ligero. En aquel momento, él estaba dispuesto a pilotar lo que fuera con tal de convertirse en piloto de la RAF, incluso un globo aerostático.

Ollie aparcó la camioneta detrás de los demás vehículos. Bajó y de inmediato se puso a descargar jaulas junto con los soldados, con la esperanza de poder echarle un vistazo a la cabina de uno de los Blenheim. Dejó las jaulas bajo el fuselaje de uno de los aviones, que tenía abiertas las compuertas para lanzar las bombas. Asomó la cabeza al interior del avión y le pasó las palomas al soldado que las estaba apilando en la cola del avión. Ollie echó un vistazo a su alrededor. La luz del sol se colaba por la torreta de cristal e iluminaba el interior. Para ser un bombardero, era un avión bastante pequeño, equipado para una tripulación de tres personas: piloto, copiloto y artillero. La cabina estaba rodeada por paneles de cristal, como si fuera un minúsculo invernadero, lo cual ofrecía un campo visual más amplio a los pilotos. El tablero de mandos estaba formado por decenas de interruptores e instrumentos de vuelo. De repente, Ollie se sintió como un piloto novato, acostumbrado como estaba a utilizar un solo instrumento de vuelo en su viejo biplano: el indicador de combustible.

—Mueve el culo —le ordenó el soldado que estaba en el avión—. No tenemos todo el día.

Ollie se agachó y fue a buscar más jaulas.

Junto con otros tres soldados, Ollie siguió llevando jaulas de un lado a otro mientras los demás hombres, como si fueran albañiles, las iban apilando dentro de los aviones. Cada vez que Ollie subía jaulas a los aviones, volvía la cabeza para echar un vistazo a la cabina. Dedicaron la siguiente hora a distribuir las palomas entre los bombarderos.

Cuando estaban terminando de descargar el último camión, un soldado —un grandullón que caminaba tan patituerto como una paloma— tropezó y estuvo a punto de caer. Consiguió coger las jaulas que llevaba cuando estaban a unos centímetros del suelo. Las palomas batieron las alas.

—Mira que eres patoso, Angus —le dijo uno de los soldados.

Angus sujetó las jaulas con ambas manos.

—No es verdad.

Ollie oyó a los soldados parlotear mientras cerraba el portón trasero de la camioneta.

—Tendríais que haber visto a Angus en los palomares —les explicó el soldado a sus compañeros—. Este bruto ha derribado una pila de jaulas y una de las palomas se ha escapado.

Ollie vaciló.

Angus frunció el ceño.

—Pero la he cogido.

Los soldados se echaron a reír.

—Y has sacado a otro pájaro de su nido y le has colocado un cilindro.

—Eso no es verdad —repuso Angus—. Estaba en una repisa. Ni siquiera ha intentado huir cuando lo he cogido.

Ollie se detuvo.

—¿Cómo era?

Angus se volvió a mirarlo.

—¿Cómo era? —repitió Ollie.

—Un pájaro muy raro —respondió Angus—. Parecía como si alguien le hubiera echado encima pintura verde.

A Ollie se le erizó el vello de la nuca.

—*Duquesa*.

—¿Quién?

—Te has llevado a un pájaro que no formaba parte de la misión.

—¡La has liado, Angus! —afirmó uno de los soldados.

—Todos los pájaros son iguales.

—Palomas —corrigió Ollie dando un paso hacia Angus—. Y es la mascota de Susan. ¿Dónde la has puesto?

Angus señaló el Blenheim que estaba al fondo de la fila.

Ollie echó a andar hacia el avión, pero alguien lo sujetó por el hombro.

—No puedes ir allí —ordenó el sargento.

Ollie notó cómo le empezaba a hervir la sangre. Dio un paso hacia el sargento.

—Entonces, que vaya uno de tus hombres.

El soldado le apretó más el hombro.

—No vamos a descargar el avión para buscar un pájaro. Además, ni siquiera sabemos si es el mismo.

Ollie miró a Angus.

—¿Tenía el plumaje del cuello de un color verde y violeta fosforescente, como si pudiera brillar en la oscuridad?

Angus asintió.

El sargento le soltó el brazo a Ollie.

—No tenemos tiempo.

—Al comandante no le va a hacer ninguna gracia saber que os habéis llevado una mascota.

El sargento se pasó una mano por la cara.

—Creo que el abuelo de Susan es muy amigo de un vicemariscal del aire, ¿cómo se llama? Me parece que su apellido empieza por P.

—¿El vicemariscal Park?

—Ése —contestó Ollie.

El sargento tragó saliva y se le formaron arrugas en la frente.

—Puede que el comandante sea indulgente contigo y sólo te destine a limpiar palomares durante el resto de la guerra.

—Sargento —dijo Angus—. Yo no quiero que nos metamos en un lío.

El sargento consultó su reloj.

—Los pilotos y las tripulaciones no tardarán en llegar. ¿Recuerdas dónde la has dejado?

—Está en la cola —respondió Angus—. Es la primera que he metido.  
—Maldita sea —exclamó el sargento—. Tendremos que descargarlo.  
Se rascó la cabeza, como si se estuviera arrancando una garrapata.  
Los demás soldados miraron hacia el hangar y luego, de nuevo, al sargento.  
—Adelante —dijo el sargento—. Pero hacedlo rápido.  
Ollie soltó un suspiro de alivio. Y entonces sonó una sirena.

*Epping, Inglaterra*

—*Duquesa!* —llamó Susan desde el porche.

Contempló las hileras de abedules en la linde del bosque. El único movimiento era el ligero temblor de las hojas amarillas y el vuelo veloz de varios gorriones.

—*Duquesa!*

—¿Has mirado en los palomares? —preguntó Bertie desde su sillón en la salita.

Susan entró.

—En todos.

Bertie se frotó las rodillas, con los pies apoyados en un taburete.

—Volverá. ¿Te acuerdas de aquella vez que llevamos una bandada a Willingham?

Susan asintió y se sentó en el suelo junto a él. Recordó el viaje de entrenamiento con un grupo de palomas jóvenes. Era una de las pocas ocasiones en las que no se había llevado a *Duquesa*. Cuando habían llegado a Willingham para descargar las palomas, *Duquesa* se había posado en el capó de la camioneta y había ladeado la cabeza, como si quisiera decir: «¿Y por qué os habéis marchado sin mí?». Nunca más volvieron a dejarla en la granja.

—Seguro que estará volando en círculos sobre North Weald —dijo Bertie—. Volverá antes que Oliver.

—¿Qué tal las rodillas? —le preguntó Susan, para cambiar de tema.

—Igual.

—No tendríamos que haber salido a dar ese paseo. Te vas a arrepentir más tarde.

El anciano acomodó las piernas en el taburete.

—Necesitaba hacer ejercicio.

—¿Té?

Bertie asintió.

—Eso sería estupendo, cariño.

Susan fue a la cocina y puso el hervidor en el fogón. Después abrió el tarro del té y vio que sólo quedaba una cucharada de hojas trituradas de té. Echó un vistazo al jardín desde la ventana. Parecía dormido, repleto de tallos marrones y ramas que se encogían en el suelo, como si se prepararan para el invierno. Tendría que buscar en el jardín o quizá dar un paseo por el bosque para encontrar alguna planta decente que pudiese hervir. De momento, tendrían que conformarse con un té muy suave.

Susan contempló el reloj que colgaba de la pared: las 14.47. Probablemente, las palomas ya estarían dentro de los aviones. No sabía a qué hora empezaba la misión, pero suponía que partirían en cuanto oscureciera, como la Luftwaffe. Esperó que las palomas no se asustaran demasiado. Al fin y al cabo, nunca habían ido en avión. Como ella, por cierto. Quizá meterían la cabeza bajo el ala y dormirían durante todo el trayecto. ¿Cuántas de ellas conseguirían volver?

«Sé un huevo», se dijo.

Se sentó a la mesa de la cocina y se puso a pensar en Ollie. Se alegraba de que estuviera con las palomas y sabía que haría todo lo posible para asegurarse de que tuvieran los mejores cuidados. Aunque hacía muy poco que lo conocía, confiaba en él. Tal vez fuera por el interés que Ollie sentía por ella, y por las palomas, o por la forma en que cuidaba de Bertie y le ponía toallas frías en las rodillas, algo que Susan le agradecía profundamente.

Le había gustado estar sentada en el sofá con él y contarle cosas que jamás le había contado a nadie. Cuando estaba con Ollie, notaba una sensación agradable que no había experimentado con ningún otro hombre. Esa noche iba a ser espantosa: sus palomas serían lanzadas en mitad de una guerra mientras, con toda probabilidad, los aviones de la Luftwaffe volverían a bombardear Londres. Pero se consoló sabiendo que Ollie estaría a su lado, al menos durante los siguientes meses, hasta que pudiera unirse a la RAF. De eso ya se preocuparía cuando llegara la ocasión. De momento, aprovecharía el poco tiempo que pudieran pasar juntos.

Bertie entró cojeando en la cocina.

Susan levantó la mirada.

—El té estará listo enseguida.

Bertie señaló la cocina y Susan se dio cuenta de que se le había olvidado encender el fogón.

—Puede que esté un pelín distraída.

—Es comprensible, cariño.

Susan se puso en pie y encendió el fogón. Bertie se sentó.

—¿Pensando en las palomas?

—Sí.

—¿Y en Ollie?

Susan notó que le ardía la cara. Vaciló y luego asintió.

Bertie sonrió, arrastró una silla y le dio un golpecito al asiento.

Susan se frotó los brazos y se sentó.

—Se irá —dijo Bertie.

—Lo sé —respondió ella.

Esperaba escuchar un sermón, quizá sobre los modales correctos en una señorita o los peligros de confraternizar con un desconocido, especialmente tratándose de un hombre que no tardaría en irse a la guerra. Pero su abuelo la sorprendió.

—Nuestro Oliver de Maine les ha cogido bastante cariño a las palomas —dijo Bertie mientras sacaba la pipa del bolsillo.

Susan vaciló.

—Sí, bastante.

Bertie llenó de tabaco la cazoleta de la pipa, encendió una cerilla y aspiró por la boquilla.

—Nos estamos quedando sin grano. Mañana, Oliver y tú podríais ir al pueblo a comprar provisiones.

Susan notó que los hombros se le relajaban.

—¿Necesitas tabaco?

Bertie negó con la cabeza.

—No necesito esos lujos mientras el país soporta el racionamiento. Me las arreglaré con algo del jardín.

—Sólo es un poco de tabaco.

Bertie sonrió y le tocó un brazo.

—¿Qué te parece una buena taza de té, algo que podamos disfrutar los tres juntos? Oliver debe de pensar que somos unos salvajes. Estaría bien poder ofrecerle una taza de té como Dios manda.

Susan lo abrazó y respiró el perfume del jabón casero y del tabaco rancio. Fue a la cocina, retiró el hervidor y vertió agua caliente en la tetera. El sol de la tarde se colaba por la ventana y le calentaba el rostro. Mientras contemplaba el agua, que poco a poco se iba volviendo del color del pan ligeramente tostado, pensó en Ollie. No tardaría en volver a casa. Y, entonces, esperarían el regreso de las palomas. Juntos.

Mientras Susan llevaba a la mesa una bandeja con la tetera y las tazas, sonó la sirena. Dio un respingo. La porcelana se hizo añicos contra el suelo y el té caliente le salpicó las piernas. Se frotó la piel y miró a su abuelo.

—Estoy bien —dijo.

Bertie empezó a ponerse en pie.

Susan lo ayudó a levantarse y salieron juntos al porche. Las sirenas aullaban. El fuego de las baterías antiaéreas atronaba. Al mirar hacia el oeste, esperaron ver una flota que se dirigía hacia Londres para un ataque sorpresa a plena luz del día, pero las primeras explosiones no se produjeron en la ciudad. A unos cuantos kilómetros de distancia, en el aeródromo de North Weald, se oyó el rugido de las bombas. Susan notó el temblor del suelo y se le debilitaron las rodillas. Por eso se sujetó al brazo de su abuelo. Y mientras el humo negro ascendía hacia el cielo, en lo único que pensaba Susan era en Ollie.

*North Weald, Inglaterra*

El sordo aullido le provocó a Ollie una descarga de adrenalina en todo el cuerpo. Los soldados se interrumpieron. La sirena se convirtió en un rugido.

—¡A vuestros puestos! —gritó el sargento. Luego señaló a Ollie—. ¡Vete!

Ollie miró el avión y luego se volvió hacia el sargento.

—¡Ahora!

Ollie corrió hacia la camioneta de Bertie. Se peleó con la llave hasta que consiguió introducirla en el contacto y arrancar el motor. Mientras se alejaba, vio a los soldados subir de un salto a sus camiones y dirigirse a un hangar. Había hombres que corrían de un lado a otro por toda la base; algunos de ellos se ponían cascos y otros trepaban por encima de sacos de arena. Introdujeron proyectiles en las baterías antiaéreas, cuyos cañones apuntaban al cielo.

En el extremo más alejado de la base, varios hombres equipados con chaquetas de aviador salieron corriendo desde sus barracones. Las tripulaciones tardarían un minuto, dos a lo sumo, en llegar a los aviones. Ollie miró por el espejo retrovisor y vio que las compuertas del Blenheim estaban abiertas. «Sólo tardaré un segundo», se dijo. Pisó el freno a fondo y viró en la pista. Abrió la puerta, corrió hacia el Blenheim y se metió dentro. La cola estaba abarrotada de jaulas aseguradas con una red de carga. A través del alambre de las jaulas, vio los ojos de color bronce de las palomas. La sirena seguía aullando.

Para llegar a la cola del avión había que pasar por un estrecho espacio curvo bajo el techo. No había ningún pasillo ni ningún resquicio por el que pudiera colarse. Si hubiera prestado atención a cómo habían cargado los hombres las jaulas en lugar de dedicarse a echar vistazos a la cabina, habría sabido lo difícil que era llegar hasta la cola, y tal vez entonces estaría volviendo a toda prisa a la granja en la camioneta de Bertie. Podía arrastrarse por encima de las jaulas... o marcharse. Sin pensárselo dos veces, trepó a lo alto de las jaulas.

Las palomas empezaron a batir las alas. Se arrastró y extendió las piernas para distribuir el peso, como si estuviera sobre una cama de clavos. Las jaulas crujieron. Se arañó la espalda con la viga de metal que recorría el techo del avión. Una paloma le dio un picotazo en un dedo. Las sirenas seguían aullando.

Al llegar al final, consiguió bajar hasta el suelo e introducirse en un reducido espacio entre las jaulas y la cola del avión. Tenía las rodillas pegadas al pecho. Mientras desenganchaba la red de

carga, empezaron a disparar las baterías antiaéreas. Ollie dio un respingo y se dio un golpe en la cabeza. Notó un intenso dolor, pero consiguió retirar la red.

—*¡Duquesa!*

Las palomas se alborotaron. Las jaulas impedían en parte el paso de la luz del sol que se filtraba a través de la torreta, por lo que Ollie no veía bien. Revisó las jaulas. Ni rastro de *Duquesa*. Se agachó y apoyó las manos en el frío suelo de metal. En la parte inferior, y dos hileras hacia el interior, notó un destello. Aguzó la vista y, entonces, la vio.

*Duquesa* batió las alas; sus relucientes plumas brillaban como luciérnagas.

Estallaron varios proyectiles. Ollie se encogió y luego extrajo una de las jaulas de la parte inferior, como si estuviera retirando un bloque de construcción. La pila se tambaleó, pero no se cayó. Ollie colocó rápidamente la jaula en un rincón e introdujo el brazo en el agujero. Metió los dedos entre el alambre de la jaula de *Duquesa* y tiró. No pudo soltarla. Tiró con más fuerza y notó cómo el alambre se le clavaba en la piel, pero aun así la jaula no cedió.

Ollie apoyó la espalda en la cola del avión. Empujó las jaulas con las botas y consiguió separarlas un poco. Introdujo de nuevo la mano en el agujero y tiró de la jaula de *Duquesa*, que esta vez se movió ligeramente. Tiró con más fuerza. La jaula se deslizó un poco. Ollie se inclinó hacia delante para hacer más palanca. *Duquesa* parpadeó. Justo cuando sacaba la jaula por la pequeña abertura, las baterías antiaéreas quedaron en silencio. Fue sólo un segundo, pero le bastó para oírlo. Silbidos. Como si fueran cientos de teteras hirviendo. Se le erizó el vello de la nuca. Los silbidos se intensificaron y, de repente, cesaron. Cuando Ollie se acercó al pecho la jaula de *Duquesa*, las explosiones hicieron temblar el suelo: cada una de ellas sonaba más cerca que la anterior, como si fueran los pasos de un gigante que se acercaba ruidosamente al avión.

Ollie trepó a las jaulas. Notó bajo el cuerpo el aleteo de las palomas. Los pies se le enredaron en la red de carga.

Las baterías antiaéreas dispararon de nuevo.

Ollie tiró con fuerza de la pierna izquierda y consiguió liberar el pie atrapado en la red. Mientras sujetaba la jaula de *Duquesa* y seguía arrastrándose hacia delante, oyó lo que parecía una explosión de dinamita. Se dio un golpe en la espalda contra el techo del Blenheim. Cayó de nuevo en la cola del avión y quedó medio enterrado bajo una montaña de jaulas.

Ollie abrió los ojos mientras las aves aleteaban.

—*¡Duquesa!* —gritó Ollie, pero ni siquiera pudo escuchar su propia voz debido al intenso zumbido que notaba en los oídos.

Apartó las cajas que le cubrían la cara, pero le cayeron varias más en la cabeza. El avión vibró. El suelo tembló al estallar más bombas. Y cuando el zumbido que notaba en los oídos empezó a disminuir, oyó el sonido de las hélices.

*North Weald, Inglaterra*

El avión salió lanzado hacia delante y Ollie cayó contra la cola. El Blenheim rugió y vibró mientras aceleraba por la pista.

—¡Esperad! —gritó Ollie, pero su voz quedó amortiguada por las explosiones de los proyectiles. Se esforzó por apartar las cajas. Las palomas aletearon, salieron plumas volando en todas las direcciones. El avión viró con brusquedad a la izquierda y Ollie se golpeó el hombro contra una viga de apoyo—. ¡Estoy aquí!

El ruido de las ruedas girando a toda velocidad sobre la pista cesó de repente. El suelo pareció inclinarse de golpe y el avión se ladeó hacia la derecha. «Dios, estamos en el aire», pensó Ollie. Tenía la cabeza y el pecho cubiertos de jaulas. Se sujetó a la red de carga y consiguió ponerse en pie. Al asomar entre la pila de jaulas vio al artillero de pie, con la cabeza dentro de la torreta.

El artillero se inclinó hacia atrás y apuntó hacia el cielo el cañón de la ametralladora. Los brazos le temblaron mientras disparaba varias ráfagas de balas. Algo increíblemente rápido pasó justo por encima del avión. Cuando el artillero giró la ametralladora, vio a Ollie salir de entre las jaulas.

—Pero ¿qué...?

Se abrieron varios agujeros en el fuselaje. Finísimos rayos de luz iluminaron el suelo del aparato. El artillero abrió mucho la boca y dobló el cuerpo hacia delante, como un boxeador que acaba de recibir un golpe en los riñones.

Ollie trepó por encima de las jaulas. Llegó hasta el artillero, que se había desplomado sobre una caja de munición.

El artillero tosió y escupió sangre sobre su chaqueta de aviador.

—Aguanta —le dijo Ollie mientras le presionaba el abdomen con las manos.

—¡Benny! —gritó alguien desde la cabina.

Al piloto le borboteó la garganta cuando intentó hablar.

—¡Le han dado! —exclamó Ollie.

El piloto y el copiloto volvieron la cabeza en la cabina.

El fuselaje recibió más impactos y saltaron chispas por todas partes.

El avión se ladeó bruscamente hacia la izquierda. La fuerza de la gravedad empujó al artillero contra el fuselaje y le arrancó un gemido de dolor.

Ollie le dio la vuelta al hombre y le sostuvo la cabeza. Aplicó presión en el abdomen del

artillero y se dio cuenta de que su chaqueta de aviador estaba empapada en algo cálido y pegajoso.

El artillero gruñó y articuló unos sonidos, pero no podía hablar, como si le hubieran cortado las cuerdas vocales.

Ollie echó un vistazo a su alrededor y vio un botiquín de primeros auxilios colgado del fuselaje. Lo cogió, pero las balas que atravesaron el suelo lo obligaron a saltar a la torreta. A través de la cúpula de cristal vio un enjambre de cazas enemigos que rodeaban a la unidad de Blenheims. Los bombarderos giraban a derecha e izquierda, pero mantenían la formación. El cielo estaba surcado por las estelas luminiscentes de las balas trazadoras. Más arriba, los bombarderos de la Luftwaffe se dirigían hacia el este y dejaban caer sus interminables cargas explosivas. Ollie giró la torreta y vio un Messerschmitt que se lanzaba hacia la unidad y apuntaba al Blenheim que tenían justo detrás. El caza enemigo disparó. La cabina de cristal quedó hecha añicos y el morro del avión descendió de repente. Un instante después, el aparato entraba en barrena hacia el suelo.

El Messerschmitt viró a la izquierda, luego a la derecha y los apuntó directamente. A Ollie se le desbocó el corazón. Dejó caer el botiquín de primeros auxilios y, con las manos aún pegajosas de sangre, cogió la ametralladora. Apuntó el cañón lo mejor que pudo, ya que nunca había apuntado con nada más peligroso que una cerbatana, y apretó el gatillo. Los brazos le temblaron como si estuviera utilizando un martillo neumático. Disparó una ráfaga de balas. No alcanzó su objetivo, pero el Messerschmitt viró y se alejó.

Ollie giró la ametralladora en la torreta, en busca de más enemigos, pero los cazas Messerschmitt se habían alejado para escoltar a los bombarderos de la Luftwaffe. Los disparos fueron disminuyendo, hasta que sólo se oyó el motor de los Blenheims. Ollie notó que el avión ascendía y, al cabo de pocos segundos, estuvieron ocultos entre las nubes.

Se concentró de nuevo en el artillero: el hombre tenía los ojos cerrados y escupía sangre por la boca. Le tomó el pulso. Era muy débil. Abrió el botiquín y cogió las vendas más largas. Bajó la cremallera de la chaqueta de aviador que llevaba el artillero y de inmediato comprendió que la cosa era peor de lo que imaginaba. La bala le había atravesado el abdomen y había salido por un costado, dejándole un agujero del tamaño de un melocotón. Aplicó vendas al torso del hombre, tratando con desespero de contener la hemorragia. Ollie pensó durante un momento en su padre atrapado bajo el tractor, con la pierna rota y la cadera destrozada. En los dedos de su madre, ensangrentados y con las uñas rotas mientras escarbaba ansiosamente la tierra para sacar de allí a su esposo. Ahuyentó aquella imagen de su mente y aplicó la última venda. La gasa quedó enseguida empapada en sangre.

Dirigió la mirada hacia la cabina y vio que el capitán utilizaba la radio. El copiloto controlaba en ese momento el aparato y empujó el volante hacia delante para nivelar al avión. Ollie se concentró de nuevo en el artillero y presionó la herida con ambas manos. El artillero soltó un débil gemido, como un niño con fiebre muy alta que no puede abrir los ojos.

El capitán salió de la cabina y se acercó a su artillero herido. Se quitó la gorra y dejó al

descubierto una mata de pelo azabache.

Ollie reconoció de inmediato al capitán y se estremeció.

—Está mal —dijo.

El teniente de vuelo Boar agarró a Ollie por la chaqueta.

—¿Qué leches estás haciendo tú aquí?

Ollie lo miró.

—Estaba recuperando a la paloma que tus hombres cogieron por error y justo entonces nos han atacado.

Boar miró a su artillero.

—Malnacido. Has hecho que lo maten.

Ollie le apartó la mano a Boar.

—Le ha disparado la Luftwaffe, no yo —se defendió mientras volvía a presionarle el abdomen al artillero—. Y no está muerto.

Boar contempló los agujeros del fuselaje, luego se arrodilló y apoyó las manos en las mejillas del artillero.

—¡Benny!

El artillero gimió de dolor.

—¡Benny!

El soldado abrió un instante los ojos y Boar le apretó la cara.

—¡Aguanta, Benny!

El artillero parpadeó.

—Tenemos que llevarlo a un hospital —anunció Ollie, presionando la herida.

—No vamos a volver —afirmó Boar.

Ollie notó una descarga en todo el cuerpo.

—La misión ya ha empezado —dijo Boar, apretando los dientes—. Intenta que esté lo más cómodo posible.

Boar se puso en pie y regresó a la cabina.

Ollie presionó con más fuerza el abdomen de Benny, tratando de contener la hemorragia. Pero la herida, causada por una bala de gran calibre capaz de perforar el acero, era demasiado grande. La sangre descendía por la pierna del artillero y formaba un charco en el suelo. Se puso muy pálido. El suelo se tiñó de rojo. Y mientras el avión sobrevolaba el canal de la Mancha, el artillero trató con angustia de coger aire y exhaló su último suspiro. El pecho se desinfló, como si fuera un globo medio hinchado que alguien corta con unas tijeras.

Con manos temblorosas, Ollie le subió a Benny la cremallera de la chaqueta de aviador y luego pasó la mano sobre el rostro del artillero para cerrarle los ojos.

*A tres mil metros sobre el canal de la Mancha*

—Ha muerto —anunció Ollie, de pie detrás de la cabina.

Al otro lado de los cristales se veían gruesas nubes blancas, como si estuvieran volando entre leche.

El teniente de vuelo Boar sujetó con fuerza los controles y se le marcaron las venas en el dorso de las manos.

—Maldición —protestó el copiloto.

Se ajustó la gorra, se secó el sudor de la frente y se volvió para mirar con atención al estadounidense. Arqueó las cejas.

Ollie se fijó en que el hombre estaba contemplando sus manos manchadas de sangre, así que las ocultó detrás de la espalda.

El copiloto se metió una mano en la chaqueta y sacó una medalla de bronce de san Cristóbal. La acarició de forma febril con el pulgar, como si estuviera tratando de borrar la inscripción o de asimilar su santa protección.

—Pagarás por lo que has hecho, yanqui —dijo Boar—. Pero, de momento, necesito que hagas exactamente lo que te ordenen. —Apretó la mandíbula mientras consultaba su reloj—. Asegura a Benny. Estaremos sobre el objetivo dentro de cuarenta y ocho minutos. No quiero perderlo cuando abramos las compuertas.

Ollie asintió.

El copiloto tragó saliva de nuevo, como si estuviera a punto de vomitar.

—¿Quién era? —preguntó Ollie.

—Nuestro artillero —le respondió Boar.

—No, quiero decir que quién era.

Boar contempló el tablero de instrumentos.

—Benny Sullivan, minero del sur de Gales. —Sacudió despacio la cabeza—. El pobre iluso creía que el cielo era menos peligroso que las minas de carbón.

El copiloto abrió la ventanilla lateral. Entró una ráfaga de aire que se llevó un olor metálico cada vez más intenso.

Ollie se acercó al artillero, tendido junto a las compuertas de carga, y echó un vistazo al fuselaje en busca de un lugar más seguro al que desplazarlo. Pero el avión era pequeño y estaba atestado de palomas. Los únicos lugares en los que se podía estar de pie eran la torreta y las

compuertas de carga, pero ninguna de las dos era una buena opción. Así pues, Ollie desplazó varias jaulas hacia la base de la torreta del artillero, asegurándose de que quedara el suficiente espacio para girar la ametralladora. Dispuso varias jaulas más en un soporte para bombas vacío, instalado en un lateral del fuselaje.

Se colocó de pie junto al artillero, lo sujetó por las axilas y notó que tenía el costado izquierdo aún caliente y pegajoso. De repente, Ollie se sintió débil, como si le faltara el aliento, pero se obligó a arrastrar a Benny hacia el fondo. Su cuerpo ensangrentado fue dejando un rastro en el suelo. Sirviéndose de la red de carga, cubrió al artillero: le enrolló la red en torno a un brazo y una pierna, para asegurarse de que no se deslizara. Las palomas que estaban más cerca del artillero cerraron los ojos o metieron la cabeza bajo el ala.

Ollie se sentó en la torreta del artillero, en el mismo asiento que Benny había utilizado, y apoyó la cabeza en la ametralladora. El metal estaba frío. Un hombre había muerto. Él iba camino de Francia. Y aquél sería sin duda su último vuelo. Lo había fastidiado todo. Aunque Bertie fuera íntimo amigo del vicemariscal del aire Park, Winston Churchill, Roosevelt o el mismísimo Dios, nadie podía sacarlo del lío en el que se había metido. Pero lo que más le dolía era la idea de que tal vez nunca más volvería a ver a Susan. «Me encerrarán. Jamás podré volver a estar con ella.» Hizo un esfuerzo por comprender el alcance de su metedura de pata. Jamás podría escuchar de nuevo el dulce timbre de su voz, ni a estrecharla entre sus brazos. Se le encogió el corazón. «Podríamos haber tenido un futuro juntos.»

Mientras el zumbido de las hélices llenaba la cabina, se preguntó qué habrían pensado sus padres de sus elecciones. ¿Habrían estado de acuerdo con su decisión de ir a la guerra? Sí, sin duda. Pero no con la forma en que había manejado las cosas: meterse de polizón en un barco, pegarle a un teniente, dar con sus huesos en la cárcel y ser condenado a trabajar en una granja de palomas. Y ahora, encima, lo habían pillado a bordo de un avión durante una misión de la RAF, motivo más que probable para que se pasara el resto de la guerra entre rejas.

Expulsó el aire y vio el vaho de su propio aliento, pues la temperatura había caído en picado debido a la altitud. Cuando se disponía a soplarse las manos, se fijó en que aún tenía los dedos manchados de sangre y no lo hizo. Dado que no había nada con qué limpiarse, cogió un faldón de la camisa y se restregó las manos hasta casi dejárselas en carne viva.

Durante los siguientes cuarenta minutos, Ollie permaneció sentado en silencio hasta que las fuertes turbulencias lo obligaron a asomarse a la torreta para echar un vistazo. El camuflaje que les ofrecían las nubes se estaba disipando. Contó los bombarderos. Sólo habían perdido uno, lo cual era un milagro teniendo en cuenta que se había tratado de un ataque sorpresa. De repente, el avión se inclinó y tuvo que apoyarse en la ametralladora para no caer. Contempló cómo los Blenheims abandonaban la formación. Por los espacios abiertos entre las nubes vislumbró la costa francesa, como si fuera la corteza terrestre emergiendo de las aguas del canal de la Mancha. Los aviones se dispersaron y cada uno de ellos emprendió una ruta en solitario para lanzar las palomas en la campaña francesa.

Ollie notó una mano en el hombro. Al volverse, vio al copiloto.

—Nos acercamos a la costa —explicó el copiloto—. Yo las lanzaré.

—Puedo hacerlo yo —dijo Ollie.

El copiloto negó con la cabeza.

—El teniente de vuelo quiere que se haga bien.

El copiloto dirigió la mirada hacia la cola del avión y vio el cuerpo envuelto en la red de carga, como si fuera una mortaja. Ollie se dio cuenta de que había palidecido.

—¿Qué te parece si te voy pasando las palomas?

El copiloto acarició la medalla que llevaba bajo la chaqueta.

—De acuerdo, pero no te acerques a las compuertas.

Dado que los otros aviones se habían alejado en direcciones distintas, el zumbido de dos únicos motores parecía, en comparación, débil. Ollie salió de la torreta, le hizo sitio al copiloto y encontró un rincón abarrotado de jaulas junto al artillero. Contempló a las palomas, la mayoría de las cuales tenía la cabeza oculta bajo los pliegues del ala. En algún lugar de la cola del avión estaba *Duquesa*. Ollie pensó en Susan y se juró, en silencio, que *Duquesa* regresaría junto a su dueña.

—¡Preparados para el lanzamiento! —gritó el teniente de vuelo Boar desde la cabina.

El copiloto se aferró a un soporte que estaba junto a las compuertas de las bombas. Echó un vistazo a su alrededor, en busca de una cuerda a la que sujetarse, pero lo único que encontró fue munición.

Las compuertas se abrieron y un viento helado entró en el fuselaje.

—¿Dónde está el cable de seguridad de Benny? —exclamó el piloto, buscando desesperadamente cerca de la cabina.

Ollie señaló a Benny, que tenía un cable sujeto al cinturón.

—¿Es eso lo que buscas?

El copiloto se mordió el labio.

—Sí.

Ollie recuperó el cable, aunque para ello tuvo que desabrocharle el cinturón al artillero, y se lo entregó al copiloto.

El copiloto enganchó rápidamente un extremo del cable a su cinturón y el otro a un gancho que estaba cerca de las compuertas de las bombas. El viento le azotaba el rostro y se le formaban ondas en la piel de los carrillos.

—Las lanzaremos una a una. Cada veinte segundos. Para repartirlas bien.

Ollie asintió.

—Sujétate —dijo el copiloto mientras señalaba una correa de cuero en el fuselaje—. Es probable que tengamos compañía.

Ollie se sujetó a la correa. Muy por debajo de ellos, el agua se convirtió en tierra. Sobrevolaron un pequeño grupo de casas y una iglesia de piedra. Una carretera vacía serpenteaba

por el pueblo y se perdía entre los campos. No había armas. Ni tanques. Ni nazis. Sólo campos secos salpicados de bosquecillos. El lugar parecía desierto, como si los franceses hubieran preferido sumergirse en el canal y ahogarse antes que vivir con la ocupación de los nazis.

—¡Lanza! —gritó Boar.

Ollie le pasó una jaula al copiloto. La paloma levantó la cabeza, alarmada de repente. El copiloto lanzó el paquete. La paloma intentó volar, dejándose llevar por su instinto, pero sólo consiguió que las alas golpearan los laterales de la jaula. El paracaídas se abrió y la jaula descendió hacia un campo.

A lo lejos, Ollie escuchó el estruendo de las baterías antiaéreas de los nazis. El corazón le empezó a latir muy deprisa. Rápidamente, le pasó otra jaula al copiloto.

Ollie le fue entregando al copiloto una jaula tras otra. La montaña fue disminuyendo mientras las palomas descendían flotando hacia los campos, como si fueran inflorescencias de dientes de león.

Cuando llegó a la cola del avión, Ollie vio a *Duquesa* en su jaula: tenía la cabeza vuelta hacia un lado, como si tratara de comprender por qué a sus compañeras las lanzaban una a una desde el avión. Dejó a *Duquesa* en un rincón y le pasó al copiloto las dos últimas jaulas.

El copiloto lanzó los pájaros, echó un vistazo al fuselaje y vio el reluciente plumaje de *Duquesa*.

—Queda una —dijo mientras la señalaba.

Ollie negó con la cabeza.

—No forma parte de la misión.

—Pásamela.

Ollie dio un paso hacia el copiloto. El viento le sacudió las perneras de los pantalones.

—Si este pájaro salta —amenazó mientras señalaba Francia, a miles de metros por debajo de ellos—, tú también.

El copiloto tragó saliva.

—¿Hablas en serio?

—Sí —mintió Ollie.

—¿Habéis terminado? —gritó Boar desde la cabina.

El copiloto acarició de nuevo la medalla que llevaba bajo la chaqueta y luego echó un vistazo por encima del hombro, como si creyera que el teniente pudiera acudir en su ayuda.

—Tú decides —le dijo Ollie.

—Te vas a pudrir en el condenado Invernadero. —Desenganchó el cable de seguridad que llevaba sujeto al cinturón y gritó—: ¡Hemos terminado!

Ollie se sintió como si su vida acabara de saltar desde el avión, igual que las palomas. Se iba a pasar muchos años viendo salir el sol desde detrás de las rejas, pero al menos viviría sabiendo que había hecho todo lo posible para que *Duquesa* regresara con Susan.

El copiloto se frotó las manos, como si las palomas pudieran transmitirle alguna enfermedad.

Echó un vistazo a la campiña francesa mientras las compuertas empezaban a cerrarse despacio.

Varias explosiones sacudieron el avión y el copiloto se precipitó al suelo. El morro del Blenheim subió de golpe, por lo que el copiloto, a pesar de buscar desesperadamente algo a lo que agarrarse, resbaló hacia las compuertas de las bombas.

Ollie llegó hasta él justo cuando las piernas del copiloto ya estaban fuera del avión y lo sujetó por la chaqueta.

El copiloto se aferró al brazo de Ollie.

—¡No me sueltes! ¡No me sueltes!

Ollie apoyó una bota en la estructura del fuselaje y tiró hacia él. La explosión de varios proyectiles dejó nubes de humo negro en el cielo, mientras que las compuertas se iban cerrando como un tornillo de banco y se acercaban cada vez más a las piernas del copiloto.

El copiloto pataleó en el aire y clavó los dedos en el brazo de Ollie.

Ollie hizo un esfuerzo sobrehumano. Aunque los músculos le ardían, dio un último tirón y consiguió subir al hombre al avión justo cuando las compuertas se cerraban.

Las explosiones cesaron de repente y las ráfagas de viento fueron sustituidas por la respiración entrecortada del copiloto.

—¿Va todo bien?! —gritó Boar.

El copiloto apoyó la cabeza en el suelo. Se metió la mano bajo la chaqueta y acarició la medalla.

—Sí.

—Volvemos a casa —dijo Boar.

El copiloto se volvió hacia Ollie.

—Te debo una, yanqui.

—Creo que sí. —Señaló hacia la cola del avión—. Puedes devolvérmela asegurándote de que esa paloma regrese sana y salva junto a Susan Shepherd.

El copiloto asintió. Se puso en pie, pálido, y regresó a la cabina.

Ollie se reclinó y cerró los ojos. La luz del sol se filtraba por la torreta, pero apenas le calentaba el cuerpo. Trató de hacerse a la idea de que aquél iba a ser su último vuelo. Jamás entraría en combate. Y jamás volvería a ver a Susan. En lugar de permitirle regresar a Epping, lo meterían en la cárcel o lo deportarían de Gran Bretaña. La posibilidad de estar con ella después de la guerra se había esfumado. Deseó tener una segunda oportunidad, pero una punzada de dolor le atenazó el corazón.

Mientras el copiloto se ajustaba el cinturón de seguridad, estalló un proyectil. Ollie escuchó un sonido similar al de varias rocas al estrellarse contra un bidón de gasolina. El avión entero vibró. Se puso en pie para echar un vistazo desde la torreta. El motor izquierdo echaba humo: la hélice estaba inmóvil, con las aspas torcidas como si fueran los dientes de un viejo tenedor. El motor derecho tosió y carraspeó. Ollie tuvo la sensación de que las tripas se le subían hasta el pecho

cuando el avión empezó a perder altitud. Esperó notar la fuerza de la gravedad cuando el aparato consiguiera remontar el vuelo, pero no fue así.

*Epping, Inglaterra*

Susan contempló una pared de humo negro que se alzaba al este, como si hubieran rociado con petróleo las pistas del aeródromo de North Weald y les hubieran prendido fuego. Un escuadrón de cazas Messerschmitt sobrevoló el bosque y luego ascendió hacia las nubes. Por encima de ellos, una flota de aviones se dirigía hacia Londres. Los cazas alemanes rodeaban a sus bombarderos, como un enjambre de avispones que protegen su nido. No había Hurricanes, ni Spitfires. Sólo la Luftwaffe. Susan temió que el aeródromo de North Weald hubiera quedado destruido, que todo el mundo hubiera muerto. Le empezaron a temblar las piernas. Su respiración se volvió entrecortada. Se aferró a la barandilla del porche para no caer.

—¡Malnacidos! —exclamó Bertie, fulminando a los invasores con la mirada.

Las sirenas enmudecieron y, de repente, las baterías antiaéreas dejaron de disparar, como si la RAF se hubiera quedado sin munición. Lo único que se oía era el rugido de los motores alemanes. Susan levantó la mirada hacia el cielo y se estremeció. La Luftwaffe parecía imparable; sus pilotos, inmortales; sus aviones, indestructibles.

Se volvió hacia Bertie y le dijo:

—Ollie.

El anciano palideció.

A Susan le tembló la mandíbula.

Bertie entró cojeando en la casa y se dirigió al teléfono.

Susan lo oyó girar con desesperación la manivela, esperar unos instantes y luego colgar bruscamente el auricular.

—No hay línea —dijo al volver al porche.

Susan bajó al patio, se protegió los ojos del sol del atardecer y contempló los aviones de la Luftwaffe que se dirigían al este. No tardó en oír el eco del fuego de las baterías antiaéreas. Nubes negras salpicaron el horizonte. Y, poco después, escuchó el rugido de las bombas que caían sobre Londres.

Se volvió hacia Bertie. Sobre la casa flotaba una nube de polvo negro que tiznaba las nubes.

—Tenemos que hacer algo.

Bertie sacudió la cabeza y bajó cojeando del porche.

—Habrá otro ataque.

—¿Estará bien Ollie? —preguntó Susan, con manos temblorosas—. ¿Nuestras palomas?

*¿Duquesa?*

El anciano abrió la boca, pero no dijo nada.

—Tengo que saberlo.

Bertie consultó su reloj de bolsillo, luego miró hacia el sol y utilizó el pulgar para calcular la distancia hasta el horizonte.

—No queda mucha luz solar. Una hora, puede que dos. Y no tenemos coche.

—Podemos pedirles prestado el camión a los McCreary —dijo Susan.

—No nos permitirán acercarnos al aeródromo.

—Tenemos que intentarlo.

Bertie dudó.

—Iré yo.

—Te acompaño.

—De ningún modo —dijo el anciano mientras se guardaba el reloj en el bolsillo.

—Tus rodillas. Ya habrá oscurecido cuando llegues a la granja de los McCreary. A mí sólo me llevará unos minutos.

—Es demasiado peligroso —dijo.

—Puedo hacerlo. —Se dio cuenta de que la mirada de su abuelo era más débil y que dejaba caer imperceptiblemente los hombros—. Espérame en el porche con el bastón.

Antes de que Bertie pudiera añadir nada más, Susan dio media vuelta y echó a correr por el camino de entrada. La grava y el barro se le pegaban a los zapatos. El corazón le latía desbocado cuando pasó por delante de los palomares: una tercera parte de ellos se hallaban vacíos y sus inquilinas estaban o bien de camino a Francia, o bien viviendo un infierno en North Weald. Las ovejas se acurrucaban en el granero, como si el rugido de aquellos truenos humanos las hubiera engañado y creyeran que se avecinaba lluvia. Unos cuantos corderos seguían en el prado, mordisqueando la hierba con las piernas dobladas bajo el vientre. Movieron un poco las orejas al escuchar los pasos de Susan.

Le dolían las piernas. Le ardían los pulmones. Y, sin embargo, no se detuvo hasta llegar a la granja de los McCreary. Mientras recorría el camino de piedra que llevaba a la casa, resbaló debido al barro que se le había acumulado en los zapatos y cayó al suelo, arañándose las palmas de las manos. Notó un intenso dolor en los antebrazos. Se sacudió deprisa las piedrecillas que se le habían clavado en la piel, se puso en pie y llamó a la puerta. Transcurrieron varios segundos. Notaba el pulso en los tímpanos. Respiró hondo en un doloroso intento de recuperar el aliento. La invadió el miedo al pensar que los McCreary tal vez se hubieran marchado a algún refugio. Echó un vistazo a su alrededor y vio la camioneta aparcada junto al cobertizo. Llamó con más fuerza, hasta despellejarse los nudillos.

Oyó ruidos en el interior de la casa. Alguien descorrió un cerrojo y la puerta se abrió un poco: Susan vio al anciano McCreary con un quinqué en la mano, como si acabara de salir de una cueva.

—¿Quién es? —quiso saber la señora McCreary, que en ese momento subía desde el sótano.

Antes de que el señor McCreary pudiera responder, Susan habló.

—Soy Susan Shepherd. ¿Pueden prestarnos la camioneta?

El señor McCreary se dispuso a decir algo, pero abrió los ojos como platos al recordar que no llevaba la dentadura postiza. Se tapó enseguida la boca con una mano.

—¿Va todo bien, querida? —preguntó la señora McCreary cuando llegó junto a su esposo.

Unos pocos mechones de pelo ralo y canoso le caían de un improvisado moño.

—No —dijo Susan, recuperando el aliento.

Notó un calambre en un costado y se lo apretó con la mano.

—¿Bertie? —preguntó la señora McCreary.

—Está bien —respondió Susan, aspirando bocanadas de aire—. No tenemos nuestra camioneta, es una emergencia.

—¡Pero si están lloviendo puñeteras bombas! —exclamó McCreary.

—¡Albert! —lo reprendió su esposa.

El hombre se cubrió las encías con los labios, lo que hizo que le colgaran las mejillas.

—Por favor —dijo Susan—. Se lo explicaré más tarde.

Susan pensó en Ollie y en las palomas y se le humedecieron los ojos. La señora McCreary asintió.

—¿Quieres que te lleve Albert?

El hombre abrió la boca desdentada.

—No —indicó Susan.

El señor McCreary suspiró aliviado. Luego cogió la llave que colgaba de un gancho, en el recibidor, y se la dio a Susan.

—Gracias —respondió ella.

Cogió la llave y echó a correr.

—Ten cuidado, querida —dijo la señora McCreary, aunque Susan ya estaba de espaldas.

La camioneta de los McCreary, que usaban para transportar paja y ganado, era más grande que la de Bertie, pero también mucho más vieja. Susan necesitó varios intentos antes de poder arrancar el motor. Aquel trasto apenas aceleraba, la cabina olía a humo de tubo de escape y Susan podía ver el pavimento a través de un agujero en el oxidado suelo del coche. Pero funcionaba. De no haber sido así, Susan habría recurrido a su vieja bicicleta.

Cuando se acercaba a la casa, vio a Bertie cojeando. Llevaba el bastón, pero no lo apoyaba en el suelo. Susan pisó el freno y el vehículo se detuvo de golpe.

Bertie arrojó el bastón a la caja de la camioneta, abrió la puerta e hizo un gesto de dolor al subir al asiento.

«Se supone que tienes que usar el bastón», pensó Susan. Pisó el acelerador y soltó el embrague de golpe, de modo que la camioneta dio un salto.

Bertie echó bruscamente la cabeza hacia atrás.

—¿Quieres que conduzca yo?

Susan negó con la cabeza. Con dificultad, puesto que el volante era casi como el timón de un barco, hizo girar la camioneta. El vehículo dio un salto cuando los neumáticos pisaron el asfalto de la carretera principal. Susan apretó a fondo el acelerador.

El pueblo de Epping estaba desierto. Había coches aparcados de cualquier manera en la calle, abandonados durante el inesperado ataque diurno. La mayoría de las ventanas estaban tapadas por cortinas opacas: o bien los vecinos se habían preparado muy temprano para el oscurecimiento, o bien no querían ver la destrucción que la Luftwaffe dejaba a su paso. En el mercado, todos los puestos estaban cerrados. El único signo de vida era una ambulancia que se dirigía a toda velocidad hacia el hospital. Susan se sintió mareada. Reprimió el miedo y condujo la camioneta hacia el humo que salía del aeródromo de North Weald.

Cuando faltaba poco más de un kilómetro para llegar al aeródromo, se toparon con un vehículo militar que bloqueaba la carretera y dos soldados que montaban guardia. Susan miró a Bertie y levantó el pie del acelerador. La camioneta siguió rodando hasta detenerse.

Susan bajó la ventanilla. El aire olía a pólvora detonada. Se aferró al volante para que no le temblaran las manos.

—Tiene usted que dar la vuelta, señorita —le informó uno de los soldados.

Bertie se inclinó.

—Nuestro empleado ha venido a hacer una entrega al aeródromo.

—Lo siento —se disculpó el soldado. Dirigió la mirada hacia el rugido de las explosiones en Londres y sujetó el rifle con más fuerza—. La carretera está cerrada.

—Por favor —le susurró Susan.

—Órdenes. Vuelva a casa, señorita.

El soldado le indicó con un gesto que se marchase.

Susan dio la vuelta con la camioneta y luego se peleó con el cambio para quitar la marcha atrás. Cuando por fin puso la marcha correcta, soltó el embrague y se alejaron de allí. A través del espejo retrovisor contempló la nube de humo que flotaba sobre el aeródromo, luego resopló y se secó la cara.

—Lo hemos intentado.

—Puede que haya otra manera —dijo Bertie.

Susan se lo quedó mirando.

—Sí —insistió el anciano, rascándose la cabeza—. A lo mejor funciona.

—¿Cuál?

—Gira en Woodside —dijo señalando al lado—. ¡Ahí!

Susan giró con brusquedad el volante y Bertie se apoyó en el hombro de ella, para después volver a sentarse bien en su asiento.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Susan.

—No podemos entrar, pero sí podemos echar un vistazo.

Susan siguió conduciendo hacia el norte. Hacia la izquierda estaba Wintry Wood. Espesos

bosquecillos de árboles vírgenes poblaban el terreno y sus hojas caídas se pegaban a la carretera húmeda formando una especie de alfombra. A la derecha se extendían prados en los que crecían las malas hierbas. No había ovejas. Ni cultivos. Sólo zarzas repletas de espinas. Más allá de los campos, una larga alambrada discurría paralela a las granjas abandonadas. «¿Es el aeródromo de North Weald?» Susan estiró el cuello para ver mejor, notó que los neumáticos rodaban sobre el arcén y corrigió rápidamente la posición del volante.

—Concéntrate, cariño —dijo Bertie—. Ya estamos cerca.

Unos cien metros más adelante, Susan siguió las instrucciones de Bertie y entraron en una granja. Aminoró la marcha cuando se acercaron a una casa de ladrillo. Las ramas marrones de las enredaderas cubrían la puerta delantera y sólo la llegada del invierno había detenido su ascenso hacia las ventanas del segundo piso. Susan se preguntó durante un segundo si toda la campiña inglesa quedaría desierta dentro de poco, por miedo a la inevitable invasión alemana.

—Los Jamison se fueron a Shrewsbury cuando empezó la guerra —dijo Bertie—. Hace varios años, el señor Jamison se puso enfermo durante la época de reproducción de las ovejas. Yo cuidé de sus animales mientras él se recuperaba. El granero da al aeródromo —dijo mientras señalaba hacia allí—. Ve por detrás.

Susan condujo hacia la parte posterior de la casa y aparcó delante del granero. Ayudó a Bertie a bajar de la camioneta. Tal y como ella esperaba, el anciano se negó a usar el bastón, pero aceptó apoyarse en el brazo de su nieta. Abrieron entre los dos la puerta del granero, cuyos goznes oxidados chirriaron. El interior, pese a estar vacío, seguía oliendo a estiércol y paja.

—Arriba —dijo Bertie, señalando la escalera que subía al pajar—. Yo te sigo.

—Las rodillas.

—No me va a pasar nada.

Susan subió la escalera. Los travesaños estaban desgastados tras décadas de botas sucias y manos sudorosas. La débil luz del sol de la tarde se filtraba a través de los resquicios entre las tablas de madera. Al llegar a lo alto, Susan oyó a Bertie resoplar mientras ascendía con dificultad por la escalera. Se arrodilló en el suelo del pajar, le cogió las manos al anciano y lo ayudó a subir. Mientras ella se sacudía la paja de la ropa, Bertie se puso en pie y abrió las puertas. La luz inundó de repente el pajar.

Bertie miró al exterior y parpadeó.

—Demasiado lejos para mí.

Susan se acercó a él. La altura a la que se encontraba el pajar les ofrecía una perspectiva lejana pero nítida del aeródromo de North Weald. A Susan se le aceleró el corazón.

—¿Qué ves? —preguntó el anciano.

Susan escudriñó el aeródromo en busca de la camioneta de su abuelo o de alguna señal de Ollie y las palomas. Pero el humo, que se elevaba en densas columnas negras, le impedía ver con claridad.

—Hay un hangar en llamas. Un equipo de bomberos está tratando de extinguir el fuego. Varios

hombres están rellenando los agujeros en una de las pistas. —Notó las piernas muy frágiles y se apoyó en la puerta para no caer—. No lo veo.

—¿Cuántos aviones hay?

Susan vislumbró lo que parecía el esqueleto carbonizado de dos aviones. Se mordió el labio, tratando de contener las lágrimas.

—Sólo veo un par de aviones quemados.

—¿Bombarderos o cazas?

Susan entornó los ojos.

—No lo sé.

Bertie alzó la barbilla.

—Ya se han marchado.

—¿Cómo lo sabes?

—Los aviones suelen estar alineados en las pistas, excepto durante las misiones de vuelo. Supongo que los han hecho despegar a toda prisa durante el ataque. —El anciano le apoyó una mano en el hombro—. Nuestras palomas, o por lo menos la mayoría de ellas, estarán muy probablemente de camino de Francia.

—¿Y ahora qué?

—Nos vamos a casa y esperamos a que Ollie y las palomas vuelvan.

Susan contempló una vez más el aeródromo arrasado, pero la distancia, el humo y la luz cada vez más débil del sol le impidieron descubrir algún rastro de Ollie. Unió las manos y rezó para que estuviera a salvo. Luego ayudó a Bertie a descender del pajar y volvieron a casa.

Cuando Susan aparcó la camioneta delante de su granja, una abrumadora sensación de impotencia hizo que el corazón le empezara a palpar. Esperaba encontrar la camioneta de Bertie aparcada enfrente, a *Duquesa* paseando por el alféizar de su ventana y a Ollie esperándola en el porche. Pero lo único que quedaba era la advenediza tienda militar, cuyas paredes de lona aleteaban en el viento.

—Seguro que están bien —dijo Bertie sin demasiado convencimiento.

Susan percibió un leve cambio en su tono de voz.

—Se está haciendo tarde. Entra en casa, yo iré a ocuparme de las palomas.

El anciano asintió y entró cojeando en la casa.

Susan rascó la lata de grano más ruidosamente que de costumbre, con la esperanza de que el alboroto animara a *Duquesa* a volver a casa. Contempló el camino que conducía a la granja, entre los palomares, y rezó para ver a Ollie regresando en la camioneta de Bertie. El sol ya se empezaba a ocultar y, sabiendo casi con toda seguridad que la Luftwaffe volvería aquella noche, Susan entró en casa.

Cogió las toallas frías y se las puso a Bertie en las rodillas para reducir la hinchazón. Pero el daño ya estaba hecho. Las rótulas estaban rojas y tan grandes como melones. El anciano hizo una mueca de dolor cuando las toallas le rozaron la piel.

Susan trató de hacer una llamada para obtener alguna información del ataque, pero las líneas de teléfono seguían sin funcionar. Probó con la radio, pero sólo encontró interferencias, lo cual era habitual durante el oscurecimiento. Tras encender una vela y cerrar las cortinas opacas, se sentó en el sofá y se fijó en una zona ligeramente hundida, justo donde Ollie se había acomodado a su lado la noche anterior. Pasó la mano por el cojín y le entraron ganas de llorar. Apenas lo conocía, pero entre ellos se había establecido una conexión inmediata. Confiaba en él. Nunca había sentido nada parecido por ningún otro hombre. Y creía —a pesar de la guerra y de haber nacido en continentes distintos— que podrían tener una vida juntos. Rezó para que estuviera sano y salvo. «¿Dónde estás, Ollie?»

—No pierdas la esperanza, cariño —dijo Bertie mientras se frotaba las rodillas—. Tenemos que pensar que Oliver está bien.

Susan asintió y luego bajó la cabeza.

—Y *Duquesa* también.

Susan ocultó la cara entre las manos.

—Nunca te lo he contado, Susan —dijo Bertie mientras se recolocaba una toalla en la pierna y se inclinaba hacia delante—. Cuando trataste de incubar aquel huevo de paloma en el cuenco de tu abuela, yo ya había abandonado toda esperanza. De hecho, incluso había comprado otra caja de tabaco para estar preparado cuando tuviéramos que enterrar el huevo.

Susan levantó la cabeza y lo miró. La temblorosa luz de la vela le iluminaba el bigote gris.

—Pero tú nunca te rendiste. Tú le diste calor a aquel huevo y lo giraste como si fuera la cuerda de un reloj durante semanas. Después de que *Duquesa* saliera del huevo, le diste leche de buche casera hasta que pudo comer con los otros pichones. —Le ofreció una débil sonrisa—. No fue un milagro. Tú creías que era posible. Y lo hiciste realidad.

Susan se puso en pie y se acercó al sillón de su abuelo.

—Ten fe —dijo él, y le cogió una mano y se la apretó.

Susan asintió y luego se dirigió a la nevera para buscar otra toalla fría. Agradecía las palabras de su abuelo y, más aún, sus continuos esfuerzos para llenar el vacío que habían dejado sus padres. Pero, en el fondo de su corazón, sabía que algo no iba bien.

Al caer la noche, Bertie se quedó dormido en su sillón, sin molestarse siquiera en tratar de subir la escalera con sus maltrechas rodillas. Movía despacio la cabeza, al ritmo de sus ronquidos.

Susan se puso su abrigo en silencio, salió de casa y se sentó en el porche. A lo lejos, el rojo resplandor de varios fuegos rodeaba Londres mientras decenas de focos reflectores inspeccionaban el cielo en busca de aviones de la Luftwaffe. Notó en el alma una mezcla de desesperación y sentimiento de culpa. «¿Por qué lo he dejado marchar? ¿Por qué he perdido de vista a *Duquesa*?» Se esforzó por convencerse a sí misma de que Ollie volvería. Una sensación de soledad le atenazó el corazón. Pasó la mano por el escalón del porche, justo donde Ollie se había sentado con ella la noche anterior, y tuvo miedo de haber perdido al amor de su vida. Se

secó las lágrimas y rezó para que Ollie regresara por aquel camino y para que *Duquesa* apareciera volando entre los abedules. Pero, por la mañana, ninguno de los dos había vuelto.

### *Epping, Inglaterra*

El gorjeo de los gorriones, que anunciaba el amanecer, obligó a Susan a levantar la cabeza del regazo. Se restregó los ojos y vio la camioneta de los McCreary aparcada delante de los palomares. Sintió una especie de sacudida en todo el cuerpo. «Ollie. *Duquesa*.» Se puso en pie, con las articulaciones doloridas a causa del frío, y se sopló aire caliente en los dedos. «¿Cuánto tiempo he dormido? ¿Unos minutos? ¿Una hora?»

En la granja reinaba una calma inquietante. En el cielo no se veían focos reflectores ni aviones de la Luftwaffe. Pero el eco de la guerra seguía grabado en su mente, como los surcos en un disco de gramófono. Un pinchazo en los tímpanos. Una vibración bajo los pies. Una inminente sensación de fatalidad. Se preguntó si se pasaría el resto de la vida, le quedara el tiempo que le quedara, reviviendo el recuerdo de las bombas.

El delicado zureo de las palomas se unió al alegre coro de pájaros que cantaban en el bosque. Fue a uno de los palomares y encontró muchas palomas, las afortunadas que aún no habían sido reclutadas para la misión. Estaban en el suelo de tierra. Movían la cabeza hacia delante y hacia atrás mientras daban vueltas en torno al comedero. Deseó ver a *Duquesa* posada en el barril de grano, pero lo único que vio fue la lata oxidada y la cuchara de madera. Cogió una paloma y le acarició las alas. El pájaro parpadeó y zureó. Tras dejarla de nuevo en el suelo, con suavidad, echó un poco de grano en el comedero. Las palomas descendieron al suelo y empezaron a picotear.

En los demás palomares ocurrió lo mismo. Ni rastro de *Duquesa*. La imagen de todos aquellos nidos vacíos hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. «Sé un huevo», pensó. Se ocupó de los polluelos, de los pichones y de las palomas que estaban criando, y luego entró en casa para ver cómo estaba Bertie.

El chirrido de la puerta despertó al anciano, que se incorporó y se restregó los ojos.

Susan se desabrochó el abrigo, con la esperanza de que su abuelo no se diera cuenta de que había pasado casi toda la noche en el porche.

—Te has levantado muy temprano —dijo él bostezando.

Ella colgó el abrigo en un perchero y se acercó al sillón.

—¿Cómo van las rodillas?

El anciano retiró las toallas y se tocó las rótulas.

—Estupendas.

—Siguen hinchadas —señaló Susan, al darse cuenta de que una rodilla parecía más grande que la otra—. Será mejor que hoy no camines.

—Estoy bien —dijo. Se puso en pie despacio, apoyando en el sillón casi todo el peso del cuerpo—. ¿Has dormido?

Susan negó con la cabeza.

—Voy a hacer un poco de té —indicó él mientras se dirigía cojeando a la cocina.

—Ya lo hago yo.

—Tengo que mover un poco estos huesos viejos.

Se alejó arrastrando los pies, pero antes de llegar a los fogones se detuvo al escuchar el ruido de un motor que se acercaba.

Susan se giró de golpe al reconocer el inconfundible motor de la camioneta de Bertie — marchas que no entraban, el golpeteo metálico de los pistones—, abrió la puerta de par en par y salió corriendo al exterior. Sintió renacer la esperanza cuando vio la camioneta, seguida de un vehículo militar, subiendo por el camino de entrada. La camioneta se detuvo delante de la casa. Susan bajó de un salto los escalones del porche y echó a correr hacia la puerta del conductor, pero el alma se le cayó a los pies cuando del vehículo descendió un soldado al que Susan no reconoció.

—¿Dónde está Ollie? —preguntó.

El soldado se quitó la gorra y la estrujó con ambas manos, como si estuviera escurriendo un paño.

—No lo sé, señorita.

Bertie salió en ese momento de la casa.

—Iba con los soldados que entregaron las palomas —dijo.

El joven contempló al anciano y se encogió de hombros.

El otro soldado, el que conducía el vehículo militar, llegó en ese momento. Miró a Susan, luego a Bertie.

—No sabemos dónde está —dijo al fin—. Nos han ordenado que devolvamos la camioneta. — Luego, señaló la tienda—. Y nos han destinado aquí mientras dure la misión.

Bertie bajó despacio del porche y se acercó cojeando, con las piernas arqueadas como si fueran las patas delanteras de un bulldog.

—Pero algo os habrán dicho —les recriminó aproximándose a los hombres.

—Sólo que la camioneta se había quedado en el aeródromo y que el conductor había huido presuntamente durante el ataque —dijo mientras le entregaba la llave a Bertie.

—¿Presuntamente? —repitió Susan—. Algo va mal. A casa no ha vuelto.

—Me temo que eso es todo lo que sabemos —dijo el soldado volviendo a ponerse la gorra—. Y ahora, si nos disculpan, tenemos que instalarnos y comprobar las alarmas.

Los soldados descargaron de su vehículo patates de color verde militar y se dirigieron a la tienda.

Bertie le pasó un brazo por los hombros a Susan y entraron juntos en casa.

Susan observó a su abuelo mientras comprobaba la línea telefónica, que seguía sin funcionar, pero en el fondo no le importaba. Sabía que no serviría de nada contactar con el aeródromo de North Weald. La RAF tenía mejores cosas que hacer que ponerse a buscar a un estadounidense desaparecido o a una paloma.

—Vamos —dijo Bertie, cogiendo su abrigo.

—¿Adónde vamos?

—A ver si está en el hospital.

Aquellas palabras se le quedaron clavadas. Fue a toda prisa a buscar el bastón de su abuelo y lo siguió hacia la puerta.

Tras devolver la camioneta de los McCreary, que simplemente dejaron en el camino con la llave bajo el asiento, se dirigieron al hospital St. Margaret's, en Epping. El aparcamiento del pequeño hospital de ladrillo estaba lleno, así que Susan tuvo que dejar el coche en la calle. Bajó de la camioneta, cogió el bastón de su abuelo, que estaba en la caja del vehículo, y se encontró al anciano ya de pie en la acera.

—Prefiero usar tu brazo, cariño —dijo Bertie.

Susan dejó de nuevo el bastón y sujetó a su abuelo del codo. Sabía perfectamente que el anciano no debería estar de pie o que por lo menos tendría que ayudarse con el bastón. Pero por egoísta que resultara, en cierto modo la consolaba ayudarlo. Y, por un momento, pensó que Bertie sentía lo mismo.

Cuando se acercaban a la entrada, se detuvo delante del edificio una ambulancia seguida de una camioneta particular en cuya caja iban tres hombres. Varios médicos corrieron a la parte trasera de la ambulancia, abrieron la puerta y bajaron una camilla. Aunque el cuerpo estaba tapado por completo, lo que dejó helada a Susan fue el vientre abultado que se adivinaba bajo la manta de lana gris. Se aferró con fuerza al brazo de su abuelo.

—¡Santo cielo! —dijo él.

Susan sintió deseos de volver la cabeza, pero por algún motivo siguió observando mientras los hombres saltaban de la caja de la camioneta y bajaban a otra mujer vestida con un camisón empapado. Tenía las delgadas piernas, que colgaban de la camilla, cubiertas de profundos cortes y arañazos. La mujer, visiblemente embarazada y ya de parto, se sujetaba el enorme vientre y gritaba:

—¡No! ¡Es demasiado pronto!

Enseguida se llevaron a las dos mujeres heridas al interior del hospital. Los vehículos se marcharon de nuevo a toda velocidad. La ambulancia abría el paso con su estridente sirena. Susan ansió con desesperación volver a casa, pero se obligó a dar un paso y luego otro, y otro más, hasta que llegaron a la puerta.

Ya en el interior, vieron médicos y enfermeras que atendían frenéticamente a las supervivientes de la maternidad de Sprigg's Oak. Oyeron decir que una mina aérea había impactado contra el ala

del edificio en la que se hallaban el personal y las mujeres embarazadas que no tenían refugio antiaéreo.

—¿Cuántas? —le preguntó Bertie a un celador que en ese momento recuperaba una camilla.

El celador se detuvo. Tenía la mirada apagada y los ojos hundidos por la falta de sueño.

—Una docena, por lo menos. Más, contando los bebés. —Resopló y se aclaró la garganta—. Aún las están sacando de entre los escombros.

Susan se tapó la boca con una mano.

—Dios mío —dijo Bertie.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Susan.

El celador se secó la cara.

—Rezar por ellas.

Bertie le apoyó una mano en el hombro al celador.

—¿Han traído aquí a alguien del aeródromo de North Weald?

El hombre negó con la cabeza.

—Los han llevado al hospital de la RAF en Ely.

Susan vio al celador coger la camilla y empujarla por el pasillo. El chirrido de las ruedas le provocó un escalofrío en la espalda.

Al salir del hospital St. Margaret's, Susan comprendió que la guerra había llegado a Epping. Mientras conducía en silencio hacia el hospital de la RAF en Ely, no podía dejar de pensar en las mujeres embarazadas que habían ido a Sprigg's Oak desde Londres, en busca de un lugar seguro para tener a sus bebés. Traían vida a un mundo en guerra. Y la Luftwaffe las había encontrado. Alguien había perdido una madre, una hija, una esposa, pero no sólo eso, también un bebé que aún no había nacido. Se volvió hacia Bertie para pedirle el pañuelo y vio que el anciano lo estaba usando para secarse los ojos.

Llegaron al hospital de la RAF en Ely poco antes del mediodía. Incluso en el área de espera, el olor a éter y antiséptico era tan intenso que Susan tuvo que contener el aliento. Hicieron una larga cola para hablar con la recepcionista, que respondía a las preguntas de familiares que buscaban desesperadamente noticias sobre un hijo o marido. A medida que avanzaban en la cola, Susan se iba sintiendo más y más débil al pensar que tal vez Ollie estuviera herido. Se le puso la piel de gallina. Notaba las piernas como si fueran ramitas a punto de quebrarse. Se aferró al brazo de Bertie para evitar que le temblaran las manos. Cuando llegaron al principio de la cola, la recepcionista consultó sus listas y dijo:

—Aquí no tenemos ningún civil, no me consta ningún estadounidense traído desde el aeródromo de North Weald.

—¿Está usted segura? —preguntó Susan—. Se llama Ollie Evans.

—Oliver —añadió Bertie.

La recepcionista consultó de nuevo las listas y negó con la cabeza.

—Me temo que no tenemos a nadie con ese nombre.

Una enfermera que había oído la conversación se acercó a la recepcionista.

—¿Y el paciente de las quemaduras? —dijo.

A Susan le palpitó el corazón.

—Creía que era un aviador —comentó la recepcionista.

—Lo han encontrado cerca de un avión, sin identificación alguna. —La enfermera se arregló los puños de su uniforme de manga larga y se aproximó a Bertie—. ¿Están buscando a un familiar?

—A mi nieto —repuso Bertie—. Ha venido desde Maine para ayudarnos con la granja. Estaba haciendo una entrega en el aeródromo cuando se ha producido el ataque.

Susan contempló a Bertie, que tenía la mirada clavada en la enfermera.

—¿Desean ustedes identificar al paciente? —preguntó la enfermera—. Tienen que saber que ha sufrido graves quemaduras, que está fuertemente sedado y que no puede hablar.

Susan se estremeció; apenas podía respirar.

Bertie tragó saliva y asintió.

—Sígueme —ordenó la enfermera.

Susan le cogió la mano a su abuelo.

—Voy contigo.

—No, cariño.

—Por favor.

El anciano negó con la cabeza.

Susan se sentó en una sala de espera mientras Bertie seguía a la enfermera. Cuando el ruido de sus pasos se alejó por el suelo de baldosas, Susan fue consciente de los quejidos y lamentos que llegaban desde los pasillos. Hombres jóvenes, con el cuerpo golpeado, fracturado, quemado, mutilado. Sus vidas segadas de repente o, en el mejor de los casos, cambiadas para siempre. Cerró los ojos, se tapó los oídos con los dedos y trató de rezar.

Bertie regresó varios minutos después, arrastrando despacio los pies por el suelo. Susan se fijó en que las arrugas de su rostro parecían más profundas, como si hubiera envejecido tras la visita al pabellón. Le empezaron a temblar las manos. Miró a los ojos cansados de su abuelo y habló, pero apenas le salió un susurro.

—¿Ollie?

*La Francia ocupada por los alemanes*

Ollie abrió los ojos y se encontró con un atardecer que pintaba las nubes de una hermosa tonalidad rosa. «¿Estoy muerto?» La posibilidad de que hubiera fallecido y estuviera ascendiendo —o descendiendo— hacia la otra vida quedó enseguida descartada por el acre olor a combustible de avión que se le coló por la nariz. Algo goteaba y luego siseaba, como gotitas de agua al caer en una sartén caliente. «Tengo que salir de aquí.»

Giró el cuello, rígido por el impacto, y se dio cuenta de que el techo del fuselaje estaba reventado y colgaba amenazadoramente sobre él en forma de irregulares dientes metálicos. Le palpitaba un pie. Tenía una pesada caja metálica que le presionaba un lado del cuerpo y le cortaba la circulación en el brazo hasta el punto de notar la mano entumecida. Apartó la caja con el otro brazo y varias cintas de munición cayeron al suelo.

Al recuperar el flujo sanguíneo en el brazo, tuvo la sensación de que le habían clavado un atizador al rojo vivo en la cavidad del hombro. La muñeca le sobresalía del puño de la chaqueta, como si el brazo le hubiera crecido. Se tocó el hombro hundido y se dio cuenta enseguida de que estaba dislocado, o algo peor. Se sentó, tratando de no mover el brazo, y se examinó el resto del cuerpo. Tenía un enorme chichón en la parte posterior de la cabeza. Le sangraba la nariz. Y el pie, atrapado en la torreta, se veía tremendamente hinchado. Pero estaba vivo. Lo cual era un milagro, teniendo en cuenta la velocidad a la que habían caído.

Echó un vistazo al avión o, mejor dicho, a lo que quedaba de él. La cola se había partido y se hallaba en parte separada del fuselaje. El cuerpo del artillero estaba enredado en la red de carga, como si fuera una mosca atrapada en una telaraña. Le vino a la mente la imagen de cuando había tratado de taponar con vendas el abdomen perforado de aquel hombre, y la impotencia de verlo desangrarse por mucho que le presionara la herida. El agujero era demasiado grande y las manos de Ollie demasiado pequeñas. Ahuyentó aquella imagen y se concentró de nuevo en el hombro.

Se sujetó la clavícula y trató de colocar el hombro en su sitio, pero sólo consiguió levantar el brazo unos centímetros antes de notar un desgarrador espasmo en el omóplato. Le ardía el brazo, como si alguien le hubiera pegado fuego a los nervios. Apretó los dientes. «No puedo dejar el hombro así.» Antes de tener tiempo de cambiar de idea, se enrolló la red de carga en la muñeca y se agarró con fuerza a la malla. El cuerpo del artillero muerto colgaba sobre él. El corazón le latía desbocado. Notaba en las sienes el flujo de la sangre. Se mordió el labio y se inclinó hacia atrás.

Estiró el brazo. Se le tensaron los tendones. Apoyó las piernas en el fuselaje y tiró con más fuerza. Notó un dolor atroz en el hombro..., y aun así el brazo no volvió a su sitio.

Dejó de hacer fuerza, se desenredó la muñeca y se desplomó hacia atrás. Boqueó hasta que el dolor empezó a remitir y se convirtió en una leve punzada. Tras secarse el sudor de la frente, echó un vistazo a la cabina. Las ramas de un enorme roble habían atravesado el cristal de la cabina y habían llegado hasta la torreta. Se le encogió el corazón. «Es imposible que hayan sobrevivido.» Pero entonces oyó un débil sonido, amortiguado por el silbido del viento entre los fragmentos de metal. Prestó atención. Gemidos.

Ollie se puso de rodillas y se arrastró hacia la cabina. El brazo dislocado le colgaba, inútil, a un lado del cuerpo. Notó otro espasmo de dolor en el hombro. Con una mano trató de abrirse paso entre las ramas y vástagos, pero enseguida se dio cuenta de que a ese ritmo tardaría demasiado en llegar hasta los pilotos. Por otro lado, el olor a combustible era cada vez más intenso. Así pues, Ollie se arrastró por la grieta del fuselaje y se dejó caer al suelo. Al ponerse en pie, notó un intenso dolor en el tobillo.

Se apoyó en una de las alas del avión, que estaba rota. El motor había salido despedido y se encontraba en mitad de un campo, como si fuera un meteorito. Un profundo surco, provocado por el Blenheim al deslizarse, cruzaba el campo de lado a lado. Los árboles del bosque que lindaba con el campo habían detenido abruptamente el avión. Ollie se dirigió cojeando al morro del aparato. Notaba el tobillo hinchado dentro de la bota.

El Blenheim había derribado un árbol, parte del cual había acabado dentro de la cabina. Ollie trepó al morro, tras varios intentos para encontrar un punto de apoyo, y apartó fragmentos de cristal. Introdujo la cabeza dentro de la cabina y de inmediato comprendió que ya no podía hacer nada por el copiloto. Una afilada rama le había atravesado el cuello con la fuerza de una jabalina. La medalla de san Cristóbal aún le colgaba sobre la chaqueta. Ollie se estremeció y se volvió hacia el piloto.

El teniente de vuelo Boar estaba caído hacia un lado. Tenía la cara y el cuello cubiertos de sangre debido a un profundo corte vertical que le cruzaba el ojo derecho. Parecía que no respiraba. De hecho, Ollie creyó que estaba muerto hasta que lo agarró por la chaqueta de aviador.

Boar gruñó y abrió el ojo bueno, si es que podía llamarse así, porque la cuenca estaba tumefacta y enrojecida y tenía el párpado tan hinchado que apenas podía abrirlo.

—¿Ralph?

—Muerto —dijo Ollie.

—Maldición.

Boar tosió y extendió una mano hacia su copiloto, pero la dejó inmóvil antes de tocarlo.

Ollie le desabrochó el arnés de seguridad al teniente y éste gimió de dolor.

—¿Puedes moverte? —le preguntó Ollie.

Boar trató de limpiarse la sangre de los ojos.

—Creo que no me queda otra opción, yanqui.

Al darse cuenta de que tendría que sacar al teniente por el parabrisas de la cabina, Ollie retiró el resto de los cristales con la manga de la chaqueta. Colocó una mano bajo el brazo de Boar y tiró de él. Boar se precipitó hacia delante y Ollie notó un intenso dolor en el hombro. Consiguió arrastrar al teniente hasta el morro del avión y luego bajarlo al suelo.

Boar cayó de espaldas. Trató de ponerse en pie, pero volvió a sentarse.

Ollie descendió desde la cabina y examinó a Boar, aunque no pudo ver gran cosa, porque el teniente tenía la cara cubierta de sangre. Se rasgó un faldón de la camisa y se lo colocó a Boar sobre el ojo.

—Presiona con esto.

Boar se aplicó la tela a la cara.

—¿Estás herido?

—El tobillo —dijo Ollie mientras se tocaba el hombro—. Y un brazo que se me ha salido de sitio.

—¿Está roto?

—No lo sé.

Ollie echó un vistazo. Hacia el oeste, el sol se ocultaba tras un inmenso campo salpicado de montículos de paja. Por detrás de una colina se elevaba una delgada columna de humo: quizá fuera la chimenea de alguna granja, u otro Blenheim derribado. Hacia el este, densos bosques. No tardaría en anochecer. Veinte minutos, treinta a lo sumo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Ollie.

Antes de que Boar pudiera responder, oyeron un grito lejano que resonaba en la colina.

—*Beeilung!*

Ollie notó cómo le subía la adrenalina.

—Francia —dijo Boar. Se bajó la cremallera de la chaqueta y rebuscó hasta desenfundar una pistola—. En alguna parte entre Amiens y Abbeville.

Ollie se puso en pie, apoyando la mayor parte del peso en una sola pierna.

—¿Adónde pretendes huir, yanqui?

—¿A quién pretendes disparar? —dijo Ollie mientras ayudaba a Boar a ponerse en pie—. Si ni siquiera ves.

Boar aferró la pistola, respirando con dificultad.

—¿Te funcionan las piernas?

Boar asintió.

Ollie buscó algún lugar hacia el que huir. Pero no había casas. Ni carreteras. Sólo una pista de tierra que iba desde el extremo más alejado del campo hacia la colina desde la cual les había llegado la voz. Y, en la dirección opuesta, sólo bosque.

—*Beeilung!*

Esta vez la voz sonó más fuerte. Más cerca.

Ollie notó el corazón desbocado tras las costillas. Su primer instinto fue huir hacia los árboles, el lugar más lógico para esconderse. Pero algo en su interior lo hizo detenerse durante un segundo. «¿Dónde buscarán primero? ¿Y después?» Escudriñó un campo arrasado de trigo, lo cual le hizo pensar que, o bien el granjero estaba escondido, o bien había huido tras la invasión alemana. La mayoría de los tallos habían sido arrancados, probablemente por franceses hambrientos que buscaban comida donde fuese, pero otros muchos seguían esparcidos por el suelo, pudriéndose. Sin pensárselo dos veces, Ollie arrastró a Boar tras él.

Lo condujo hacia el campo y amontonó toda la paja que pudo. Estaba oscureciendo, pero no lo suficiente. Era probable que los alemanes los descubrieran si se acercaban lo bastante, pero Ollie no tenía demasiadas opciones. Amontonó más tallos.

—¿Por qué nos hemos detenido? —preguntó Boar, aferrando su pistola.

Ollie cavó de prisa con las manos un surco en la tierra.

—Métete en este surco.

—Estás loco, yanqui. —Apuntó la pistola hacia la colina—. Conseguirás que nos maten.

Ollie amontonó más paja.

—Aquí no nos buscarán.

—No nos hemos alejado —dijo, secándose los ojos.

—Tú no ves y yo no puedo correr. —Ollie arrojó un montón de paja sobre los pies de Boar—. Tendrás que confiar en mí.

Boar vaciló, pero después guardó la pistola en la funda y, a ciegas, fue amontonando paja.

Se metieron en un surco de unos pocos centímetros de profundidad y se taparon lo mejor que pudieron. Mientras Ollie se cubría el pecho con un montón de paja, vio el avión destrozado y se quedó inmóvil. «*Duquesa*», pensó. Se había dejado llevar por el pánico a la hora de abandonar el avión y se había olvidado por completo de la paloma de Susan.

El silencio quedó interrumpido por el sonido de un motor que se acercaba.

Ollie miró hacia la colina a través de la paja. No percibió ningún movimiento. Notó la boca seca. Pensó en Susan y en su paloma, que seguía en algún rincón del Blenheim. «Maldita sea.»

Oyeron el chirrido de unos frenos. Voces guturales. El chasquido metálico de las armas al cargarlas. A través de los espacios entre la paja percibió movimiento: al principio le parecieron tortugas grises que coronaban la colina. Primero una tortuga. Luego, otra tortuga. Y otra. En cuestión de segundos, apareció en lo alto de la colina un pelotón de soldados alemanes equipados con cascos que parecían caparazones.

—*Dort Druben!* —dijo uno de los soldados al tiempo que señalaba el avión.

Los demás miembros del pelotón empuñaron sus armas.

Ollie se apretó el hombro y contó. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco.»

Otro soldado alemán coronó la colina, cargado con una ametralladora.

«Seis. Maldita sea.»

Ollie observó a los soldados desplegarse en dos flancos. Oyó un clic cuando Boar le quitó el

seguro a su pistola.

—Espera —le susurró Ollie.

Los soldados, empuñando sus armas, se dirigieron sigilosamente al avión y observaron con atención a través de las mirillas de sus rifles.

El crujido de las botas de los alemanes se fue acercando. A su paso, el pelotón los dejaría entre los dos flancos, por lo que Ollie se arrepintió de la decisión de esconderse allí. Todas las fibras del cuerpo le pedían que echara a correr.

El soldado que llevaba la ametralladora colgada del hombro con una correa de cuero, como si fuera una guitarra, pasó a pocos centímetros de su escondrijo y se detuvo.

Ollie contuvo el aliento. Tenía los pulmones como globos a punto de reventar.

El soldado, un hombre rubio de piel muy blanca, más o menos de la edad de Ollie, puso el dedo en el gatillo. Les hizo un gesto a sus camaradas y los soldados siguieron avanzando, con la mirada fija en el avión.

A Ollie no le había fallado el instinto. Los soldados pasaron de largo, concentrados en el avión humeante, y no prestaron la más mínima atención a los extraños bultos de paja entre las muchas pilas medio podridas que cubrían el campo.

Ollie expulsó el aire sin hacer ruido y luego volvió a respirar, ahora más despacio.

Cuando los dos flancos llegaron al avión, el soldado de la ametralladora disparó hacia el fuselaje, lo cual hizo saltar chispas en todas las direcciones, y después vació el resto del cargador en la cabina.

Ollie estrujó un montón de paja y se sintió impotente al ver el avión acribillado por las balas. «Lo siento, Susan.»

Tres de los soldados entraron arrastrándose en el Blenheim mientras los demás examinaban las alas, como cazadores que se aseguran de que su presa está muerta. Varios minutos más tarde, los soldados volvieron a salir del avión. El hombre que llevaba la ametralladora levantó un dedo y luego les indicó por señas que debían registrar el bosque.

Ollie siguió a los soldados con la mirada hasta que desaparecieron entre los árboles. Cuando dejó de oír el chasquido de las ramas al partirse bajo las botas de los alemanes, se puso en pie de un salto y se dirigió cojeando al avión.

—Enseguida vuelvo —dijo.

—No te muevas —le ordenó Boar.

Trató de sujetar a Ollie por una pierna, pero falló.

Ollie cojeó hasta el avión y entró arrastrándose en el fuselaje, entre el olor a combustible y sangre. El soporte en el que había colocado a *Duquesa* estaba vacío, retorcido como una bandeja de horno machacada a martillazos. Rebuscó entre los restos del avión. Ni rastro de *Duquesa*. En la cola, tras el cuerpo del artillero, vio un destello verde. Oyó el batir de unas alas. Lo invadió una oleada de alivio, pero enseguida desapareció. Los soldados no tardarían en volver, se le estaba acabando el tiempo. Avanzó hacia la cola del avión, haciendo todo lo posible por no tocar

al artillero, pero no le quedó más remedio que apartar las piernas del hombre, frías y rígidas, para poder llegar al fondo. Extendiendo el brazo al máximo, consiguió coger la caja y salió a toda prisa del avión, sin detenerse a ver cómo estaba *Duquesa*.

Mientras cojeaba por el campo, notó el sudor que le caía por la espalda. El hombro le palpitaba. *Duquesa* batía las alas. El alambre de la jaula se le clavaba en los dedos. Echó a correr y notó punzadas de dolor en el tobillo. Cuando llegó al escondrijo, Boar surgió de entre los montículos de paja.

—Espero que hayas traído un arma —susurró el teniente de vuelo.

*Duquesa* zureó.

—Chist —le dijo Ollie a la paloma, tapando la jaula con los brazos.

—¡Estás chiflado! —exclamó Boar.

Ollie creyó que el siguiente sonido sería el de la pistola de Boar al dispararle en el pecho, pero lo que oyó fue un murmullo de vehículos que se acercaban. Sin decir nada, empezaron a alejarse de allí mientras Ollie cojeaba con la jaula de *Duquesa* en las manos y el teniente de vuelo Boar apuntaba a ciegas con su pistola.

Ollie y el teniente cruzaron el campo y subieron la colina. Evitaron la carretera y decidieron seguir el curso de un arroyo que se alejaba de los campos. El borboteo de la corriente entre las piedras disimulaba el chapoteo de sus botas al avanzar. El agua helada les llegaba hasta la pantorrilla y, mientras caminaban, a Ollie se le fue entumeciendo el tobillo, lo cual hizo que le resultara más fácil seguir andando. Se bajó la cremallera de la chaqueta para improvisar una especie de cabestrillo, colocó el brazo lesionado en la abertura y aceleró el paso.

Siguieron aquella marcha acuática hasta bien entrada la noche, guiándose por el resplandor de la luna. Sin hablar. Sin detenerse. Sin dejar el arroyo en ningún momento, se fueron adentrando en la campiña francesa.

Lo que finalmente los hizo detenerse fue el zumbido de los aviones de la Luftwaffe por encima de sus cabezas. Los nazis, sin duda, se disponían a bombardear Londres. Otra vez. El ruido de los motores se fue acercando. Sonó más agresivo, como el rugido de un león de hierro. Tal vez era la ausencia de baterías antiaéreas lo que hacía que la Luftwaffe pareciera aún más poderosa, o tal vez era la soledad de la campiña francesa bajo la ocupación alemana. Fuera una cosa o la otra, Ollie tuvo la sensación de que Hitler era imparable.

Contempló la jaula que llevaba en la mano. Las plumas de color verde fosforescente de *Duquesa* brillaban en la oscuridad. La paloma ladeó la cabeza, contempló el cielo y parpadeó. Ollie se pegó la jaula a un costado del cuerpo y continuó avanzando por el agua.

Siguieron el curso del arroyo durante otras dos horas, entre rocas erosionadas y agujeros embarrados, hasta que llegaron a un estanque poco profundo. Ollie tenía los pies fríos y entumecidos; le dolía el hombro. Vadearon el estanque hasta llegar a la orilla y empezaron a subir una colina: con las botas cubiertas de barro y cieno, se abrieron paso entre unas matas de cardos.

Al salir de entre las plantas, con las manos arañadas y ensangrentadas, llegaron a una granja. A lo lejos vieron la silueta de una aldea y un campanario que se alzaba hacia las estrellas.

El teniente presionó el vendaje que llevaba sobre el ojo herido y luego se esforzó por distinguir algo con el otro ojo, que seguía hinchado.

—¿Qué ves? —le preguntó a Ollie.

—Una granja. Un pueblo a unos cuantos kilómetros. —Ollie echó un vistazo a su alrededor—. Y un granero en el que podemos escondernos.

Boar asintió.

Se arrastraron por un hueco entre el suelo y la pared de madera del granero, para no tener que arriesgarse a que la puerta chirriara al abrirla y alertara de su presencia a los dueños de la granja. Ya en el interior, Boar rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y encendió una cerilla. El resplandor del fósforo despertó a un puerco que dormía. Se puso en pie sobre sus gruesas pezuñas y gruñó. Boar cogió la pistola.

Ollie le sujetó el brazo.

—Sólo es un cerdo.

Boar bajó la mano.

Por fortuna, el cerdo no empezó a chillar. Se limitó a gruñir un par de veces, luego se dejó caer de costado y siguió durmiendo. Mientras la cerilla de Boar se iba apagando, encontraron un establo vacío y se desplomaron los dos al suelo. No había paja, únicamente trozos de lo que parecían manzanas podridas, pero Ollie reconoció de inmediato aquel olor almizcleño. Patatas mohosas. La comida del cerdo.

Cuando Ollie empezó a notar los pies algo más calientes, le volvió el dolor palpitante en el tobillo. Quería quitarse la bota, pero tenía miedo de que la hinchazón le impidiera volver a ponérsela. Las punzadas en el hombro se intensificaron y se sincronizaron con los latidos de su corazón. Para no pensar en el dolor, colocó junto a él la jaula de *Duquesa* e introdujo un dedo a través del alambre. La paloma lo picoteó suavemente. Pensó en Susan y deseó que ella y Bertie estuvieran bien y que el ataque de la Luftwaffe al aeródromo de North Weald no hubiera llegado también hasta Epping. Lo más probable era que jamás consiguiera salir con vida de Francia. Pero *Duquesa* sí. Por la mañana la dejaría en libertad. Ése era su único consuelo, saber que uno de los dos lograría volver a casa. Apoyó la cabeza hacia atrás. Exhausto, se quedó dormido.

*Airaines, Francia*

Ollie se despertó al oír el gruñido del cerdo. Una escopeta le apuntaba a la cara.

«Se acabó», pensó.

Levantó despacio una mano. Recorrió con la mirada el cañón de hierro. Esperaba ver, al otro lado, a uno de aquellos soldados alemanes con cabeza de tortuga o tal vez a un nazi ario de mandíbula cuadrada. Pero en lugar de eso vio a una mujer delgada como un palillo, vestida con un suéter verde demasiado grande que le tapaba la mano con la que apretaba el gatillo. Llevaba un raído sombrero de paja bajo el que asomaba una melena negra salpicada de canas.

Ollie miró al teniente de vuelo Boar, que dormía en un rincón, y luego notó la fría boca del arma apoyada en la mejilla.

—*Qui êtes-vous?*

Boar se sentó de un salto y empuñó su pistola.

El cerdo chilló. La mujer apuntó a Boar con la escopeta.

—¡Espera! —gritó Ollie.

Boar se esforzó por ver algo a través de la rendija en que se había convertido el ojo hinchado; el otro seguía tapado con el ensangrentado faldón de la camisa.

—Británicos —dijo Ollie.

Intentó añadir algo en francés, pero sonó a galimatías.

—Tu francés es pésimo —dijo la mujer en inglés—. Y tu acento no es británico.

—Soy estadounidense.

La mujer arqueó una ceja. El cerdo gruñó y luego movió las orejas en forma de triángulo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Boar, apuntando aún con su pistola.

—En mi granja. —La mujer no bajó la escopeta—. ¿Quiénes sois?

—Teniente de vuelo Boar, de la RAF.

—¿Derribados?

Boar asintió.

La mujer miró entonces a Ollie y luego se volvió de nuevo hacia Boar.

—Éste no parece un piloto.

—Y no lo es —confirmó Boar.

Ollie se puso en pie despacio, se sujetó el hombro dislocado y se interpuso entre Boar y la mujer.

—Los enemigos son los nazis, no nosotros.

La mujer lo miró y bajó la escopeta.

—Guarda el arma —le pidió Ollie a Boar.

El teniente vaciló, pero finalmente guardó la pistola en la funda.

—Me llamo Ollie —dijo, tendiéndole una mano a la mujer.

Ella siguió con las manos apoyadas en la escopeta.

—Madeleine.

Ollie bajó la mano y luego cambió el peso de lado. Tenía el tobillo rígido e hinchado.

—Madeleine, necesitamos material médico. Alcohol, vendas, lo que puedas darnos.

La mujer miró al teniente, que tenía el rostro cubierto de sangre reseca.

—Y también necesitamos un lugar donde escondernos —añadió Ollie—. Si no puedes ayudarnos, nos marcharemos y no te pondremos en peligro.

Madeleine se agachó y le rascó el áspero pelaje marrón al cerdo, como si fuera un perro. El cerdo gruñó y meneó la cola rizada.

—Esperad aquí.

Dio media vuelta, salió del granero y el cerdo la siguió al trote.

—¿Adónde va? —preguntó Boar.

Ollie echó un vistazo al exterior y vio a la mujer entrar en la casa y salir un momento después, pero sin la escopeta. Se alejó por un camino de tierra. El cerdo caminaba junto a ella.

—Se dirige al pueblo.

—Deberíamos marcharnos —propuso Boar.

—¿Y adónde vamos? —preguntó Ollie.

Intentó caminar, pero a cada paso notaba un intenso dolor en la pierna, como si tuviera el tobillo relleno de trozos de cristal. El hombro le empezó a palpar. Soltó el aire y se apoyó en la puerta del granero.

—El sol ya ha salido —dijo—. Todo esto no tardará en llenarse de alemanes en busca de un piloto desaparecido.

—Puede que esa mujer colabore con los nazis, o que ahora mismo se disponga a alertarlos —opinó Boar mientras se colocaba bien el vendaje del ojo.

—No lo creo. Ya habría acudido a ellos en lugar de venir a despertarnos.

Boar se aclaró la garganta y escupió al suelo.

—Vamos a dejar clara una cosa, yanqui. No acepto órdenes tuyas. Las órdenes las doy yo.

Ollie miró al maltrecho sargento.

—Tienes razón.

Boar volvió la cabeza, como si el accidente también le hubiera provocado daños en los oídos.

—Soy estadounidense. Se supone que somos neutrales. —Dio un paso hacia el teniente—. Quizá lo mejor sería que me marchara y te dejara a ti luchar tu condenada guerra.

El teniente se echó a reír.

—Te encontrarían.

—Siempre puedo decir que estaba viajando por Francia cuando me sorprendió la invasión alemana.

—Aun así, te dispararían.

—Es posible —respondió Ollie—. Pero no soy yo el que lleva el uniforme de aviador de la RAF.

Boar apretó la mandíbula.

—La cuestión —dijo Ollie— es que tú me necesitas a mí más que yo a ti. Si quieres marcharte, adelante. Yo me quedo aquí esperando a Madeleine.

Boar le dio un golpecito a su pistola.

—Si vuelve con los alemanes, la primera bala que dispare será para ti.

*Duquesa* revoloteó en su jaula.

Ollie se acercó cojeando hasta la paloma. Se dio cuenta de que parecía impaciente: arañaba el suelo de la jaula y no paraba de moverse en aquel reducido espacio. Ollie abrió la jaula, metió una mano y acarició a *Duquesa*. La paloma no intentó escaparse, parecía satisfecha con recibir un poco de atención. Tras acariciarle las alas con el pulgar, Ollie cogió el papel y el pequeño lápiz guardados dentro de la jaula. Se apoyó el papel en el regazo y empezó a escribir.

Los arañazos de la mina del lápiz hicieron que Boar volviera la cabeza.

—¿Qué haces?

—Voy a enviar de vuelta a casa a *Duquesa*, la paloma de Susan —dijo Ollie mientras escribía—. Con una nota para decirles dónde estamos.

—Muy listo, yanqui. Y si los nazis le disparan al pájaro, tendrán un mapa para encontrarnos.

—Es una paloma.

—Es lo mismo. No me puedo creer que hayamos desperdiciado vidas de aviadores por la condenada misión de los pájaros.

Las palabras de Boar obligaron a Ollie a dejar de escribir. Recordó su última mañana con Susan y pasó la mano por el bulto del bolsillo interior de la chaqueta. «No podré dormir mientras dure la misión —le había dicho Susan cuando los soldados cargaban las jaulas en los camiones—. ¿Te quedarás despierto conmigo también esta noche?» Él la había mirado a los ojos y le había dicho: «No querría estar en ningún otro lugar». Y ahora se hallaba tras las líneas enemigas. «Probablemente cree que he muerto.» Un dolor desgarrador arraigó en su pecho, tan intenso que casi se olvidó del hombro.

—Resévala para más tarde, yanqui —dijo Boar—. Necesitaremos al pájaro ese para enviar información, siempre y cuando descubramos algo que valga la pena comunicar.

Ollie guardó el lápiz y el papel y luego sacó a *Duquesa* de la jaula. La dejó junto a sus pies. La paloma no intentó volar, se limitó a desplegar las alas y a caminar en círculos. Mientras Ollie esperaba el regreso de Madeleine o de los nazis, se dedicó a observar a *Duquesa*, que le picoteaba los cordones de las botas.

Cuando aún no había transcurrido una hora, Madeleine regresó con su cerdo y con un anciano que llevaba un maletín de cuero negro. Era calvo, pero lucía un bigote y unas pobladas cejas blancas que parecían dos orugas albinas arrastrándose por su frente.

—*Médecin* —dijo Madeleine, al llegar al granero.

El hombre —Ollie dedujo que debía de ser médico— le echó un vistazo al teniente herido. Luego se fijó en el hombro hundido de Ollie, se retorció con gesto nervioso el bigote y le dijo a Madeleine algo en francés.

—Vamos dentro —propuso Madeleine.

Los condujo a la vivienda, una casita de paredes de estuco y techo de paja. El médico ayudó al teniente llevándolo del brazo mientras Ollie cojeaba. Al llegar a la puerta, Madeleine le dio una palmadita al cerdo en la cabeza y le dijo:

—*Reste, Louis. Nous travaillons bientôt.*

El cerdo gruñó y después se acurrucó en un rincón de tierra allanada, junto a unos arbustos.

Una vez dentro, el médico sentó a Boar en un taburete de madera y le indicó a Ollie que se quitara la chaqueta.

Ollie se la quitó con cuidado e hizo un gesto de dolor cuando le bajó por el hombro.

El médico pasó las manos por la espalda y el omóplato de Ollie y luego le subió lentamente el brazo.

Ollie gimió de dolor. Tuvo la sensación de que le estaban estirando el brazo en un potro de tortura, de que los tendones y ligamentos se le iban a romper en cualquier momento.

El médico volvió a bajarle el brazo.

—*Disloqué* —murmuró.

Luego se dio la vuelta para hablar con Madeleine, y la mujer miró a Ollie.

—Tienes el hombro dislocado. Está muy inflamado y el médico dice que él no tiene la fuerza suficiente para volver a ponértelo en su sitio.

Ollie tragó saliva y miró al frágil médico, cuyos brazos eran finos como escobillones.

—Entonces lo haré yo mismo.

Madeleine negó con la cabeza.

—Quiere que él lo ayude —dijo, señalando a Boar.

Ollie se lamentó. Miró al teniente y se fijó en la sonrisa de satisfacción que había aparecido en su hinchado rostro.

Ollie no tardó en verse en el suelo, escuchando las instrucciones que daba el médico y que Madeleine traducía. Lo último que deseaba era que alguien le tirara del brazo, y menos aún el teniente de vuelo Boar, pero... ¿qué otras opciones tenía? No podía dejar el brazo colgando de aquella manera.

—De acuerdo —dijo—. Terminemos de una vez.

Boar se sentó en el suelo, junto a Ollie. El médico le cogió las manos a Boar y se las colocó en la muñeca de Ollie. Luego lo ayudó a poner el pie en la axila del estadounidense.

Ollie notó las manos sudorosas de Boar. El hombro le palpitaba.

—A la de tres, yanqui —dijo Boar, aplicando presión.

«Me va a arrancar el brazo», pensó Ollie.

—Uno...

Un tirón brusco. Un dolor insoportable. Un sonoro plop, como el de una botella de champán al descorcharla.

Boar le soltó la muñeca.

—Maldito seas —se quejó Ollie, sujetándose el hombro.

Lo giró despacio para asegurarse de que aún funcionaba. Aunque apenas podía levantar el codo, todo parecía volver a estar en su sitio y, lo más importante, había notado un alivio inmediato del dolor.

—Gracias.

Boar se hizo crujir los nudillos.

—Ha sido un placer, yanqui.

El médico sacó de su maletín un rollo de gasa y le puso a Ollie el brazo en cabestrillo. Luego retiró despacio el vendaje de Boar, como si llevara retraso con una larga lista de pacientes que esperan para ser visitados. Examinó el ojo de Boar con la ayuda de una pequeña linterna, movió la cabeza de un lado a otro y le susurró algo a Madeleine.

La mujer abrió la ventana de la cocina y empezó a despejar una gran mesa.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el teniente de vuelo Boar.

—*Chirurgie*. —Dirigió la mirada hacia la puerta—. Tiene que operarte el ojo.

—No —dijo Boar—. Dile que me cosa y ya está.

Madeleine negó con la cabeza.

—Dice que perderás la vista si no intenta operarlo.

Boar se tapó el ojo con una mano.

—¿Puede salvarlo?

Madeleine habló de nuevo con el médico. El anciano miró a Boar y dijo algo en francés.

—Quizá —respondió Madeleine.

—Maldición —exclamó—. ¿Está preparado para practicar cirugía ocular?

—Es de confianza —aseguró Madeleine mientras apartaba las sillas de la mesa—. Está arriesgando su vida. Los nazis no tienen piedad con quienes ayudan al enemigo.

El teniente vaciló.

—De acuerdo —convino al fin.

El médico sacó de su maletín gasas y un pequeño bote marrón y lo dejó todo sobre la mesa. Luego empezó a colocar afilados instrumentos quirúrgicos, además de una aguja e hilo de sutura.

Ollie ayudó a Boar a subir a la mesa. El barro seco de las botas del teniente se desprendió y cayó al suelo de madera. El médico se volvió hacia Ollie y le dijo algo que no entendió, pero no

tardó en darse cuenta de lo que había querido decir el anciano cuando éste extrajo parte del contenido del bote con un cuentagotas y empapó una gasa con la solución.

—Quiere que lo ayudes a administrar la anestesia —dijo Madeleine mientras sacaba del bolsillo un cigarrillo liado a mano.

Encendió la punta con una cerilla y le dio una larga calada, cosa que acentuó las arrugas en torno a sus labios.

Boar olisqueó.

—¿Puedo fumar un cigarrillo?

Madeleine le ofreció el que tenía en la mano.

Boar dio una larga calada y la punta se iluminó. Retuvo el humo unos instantes y luego lo expulsó lentamente por la nariz.

—No me mates, yanqui —dijo mientras le devolvía el cigarrillo.

—Eso se lo dejo a los nazis —le respondió Ollie.

—Me parece justo —dijo Boar tendiéndose en la mesa.

El médico acercó la gasa empapada de anestesia a la nariz de Boar. El teniente aspiró. Tosió. Luego aspiró de nuevo. En cuestión de segundos, dejó caer la cabeza a un lado y las manos le quedaron inertes. El médico le pasó la gasa a Ollie.

Madeleine le dio una calada a su cigarrillo y se dirigió a la puerta.

—¿No nos vas a ayudar? —le preguntó Ollie.

Notó la gasa fría y húmeda en la mano. La mujer cogió una raída bolsa de cuero que colgaba de un gancho y se la echó al hombro.

—Es tu amigo.

Ollie miró al piloto inconsciente. «No es mi amigo», pensó.

La mujer abrió la puerta.

—*Louis*.

El cerdo se puso en pie y levantó el hocico, como si estuviera olisqueando el humo del cigarrillo de Madeleine. La mujer salió, cerró la puerta y su voz se fue perdiendo mientras se alejaba charlando con su cerdo.

Ollie no la culpaba por marcharse. Lo último que Ollie deseaba era ver a aquel médico practicando una operación, especialmente a alguien que lo había amenazado con dispararle. Pero no tenía elección. No podía correr, casi ni caminar. Sólo conocía unas cuantas palabras en francés. Y, en aquel momento, no tenía otro lugar en el que ocultarse. Además, era probable que la campaña francesa estuviera atestada de nazis buscando a un piloto de la RAF desaparecido. Así que apoyó el peso del cuerpo en la pierna sana y fingió que entendía las instrucciones del médico.

Primero, el médico usó alcohol y un trapo para limpiar las heridas faciales de Boar. Luego le aplicó una solución salina en los ojos para limpiar la sangre reseca y el flujo amarillento.

Ollie hizo una mueca y apartó la mirada.

Boar empezó a gemir.

—*Anesthésie* —dijo el médico.

Ollie colocó la gasa sobre el rostro del teniente hasta que éste se quedó otra vez en silencio.

—*Assez* —dijo el médico, apartándole la mano a Ollie.

A continuación, limpió con algodón el corte que tenía Boar encima del ojo.

Ollie bajó la gasa a un lado del cuerpo. El olor le parecía algo nauseabundo, como si fuera una col demasiado hervida, y lo aturdió un poco. Por suerte, las ventanas abiertas permitían que entrara una ligera brisa en la estancia; de no haber sido así, Ollie habría sucumbido a los vapores. El médico, en cambio, no parecía inmutarse, como si se hubiera vuelto inmune a la anestesia.

Durante las siguientes dos horas, el médico desinfectó, examinó, palpó, limpió y cosió. Cada pocos minutos, el teniente empezaba a moverse, cosa que hacía hablar al médico. Entonces, Ollie le aplicaba más anestesia. Pasado un rato, Ollie ya sabía cuándo debía acercar la gasa a la nariz de Boar, de modo que el médico pudo concentrarse en reparar los daños. A Ollie no le parecía que el ojo izquierdo estuviera tan mal, sólo muy hinchado y amoratado. Pero el ojo derecho ya era otro asunto. El corte vertical iba desde la frente, atravesaba el párpado y llegaba hasta el pómulo. El médico dedicó la mayor parte del tiempo al ojo en sí y utilizó unas pinzas para manipular con delicadeza la córnea. Ollie se sintió mareado y, de repente, se olvidó del hombro dislocado y del tobillo.

Justo cuando el médico terminaba de darle el último punto, oyeron acercarse a Madeleine. El sonido de las pezuñas del cerdo retumbaba en el suelo. La mujer entró y colgó su bolsa, pero se mantuvo alejada de la mesa: era evidente que no deseaba ver qué estaba ocurriendo allí.

El médico improvisó un parche con algodón y una gasa y le tapó ambos ojos al teniente.

—Pregúntale cómo ha ido —le pidió Ollie a Madeleine.

La mujer habló con el médico. Éste le respondió y luego recogió apresuradamente su instrumental médico y lo metió en el maletín.

—El tiempo lo dirá. —Madeleine contempló el cuerpo tendido sobre la mesa de su cocina y encendió un cigarrillo—. Tiene que llevar el vendaje durante diez días.

Dio una larga calada y expulsó el humo hacia el techo de la estancia.

Ollie ayudó al médico a bajar al teniente al suelo, aunque en realidad fue Ollie quien cargó casi todo el peso, apoyándose el torso de Boar en el brazo. Se preguntó por un momento si lo habría matado con una sobredosis de anestesia, hasta que vio que el pecho del teniente subía y bajaba.

El médico le dio un golpecito a Ollie en la bota.

Al comprender que el médico quería examinarle el tobillo, Ollie se aflojó los cordones y se quitó la bota con cuidado.

El médico le palpó el tobillo hinchado a Ollie como si fuera una pieza de fruta y quisiera comprobar si estaba madura. Le movió el pie hacia detrás y hacia delante y luego lo hizo girar en círculos.

Ollie apretó los puños e hizo una mueca de dolor.

El médico le apoyó el pie en el suelo; luego se incorporó y le dijo algo a Madeleine.

Antes de que Ollie pudiera preguntarle qué había dicho, la mujer habló.

—Cree que no está roto.

Le dio otra calada a su cigarrillo, luego sacó algo de la bolsa y se lo entregó al médico. Ollie lo vio examinar algo que parecía una especie de hongo negro cubierto de tierra.

—*Merci* —dijo Madeleine.

El doctor olisqueó el hongo, se lo guardó en el bolsillo del abrigo y se marchó. Madeleine miró a Ollie.

—Cuando se despierte, podéis esconderos en el granero.

Ollie asintió y luego se ató la bota. Se acercó cojeando a la mujer.

—Gracias —le dijo.

Madeleine asintió. La ceniza del cigarrillo cayó al suelo.

Mientras Ollie esperaba a que el teniente se despertara, fue a buscar a *Duquesa* al granero y la llevó a la cocina. Le preguntó a Madeleine por los movimientos de las tropas, su localización, efectivos y equipamiento. Madeleine, sin embargo, no pudo proporcionarle inteligencia militar de importancia, aparte de que la Luftwaffe estaba utilizando un aeródromo cercano.

—La Wehrmacht está en todas partes —dijo Madeleine, liando otro cigarrillo—. Se han apropiado de la mayoría de las casas del pueblo. Saquean nuestros hogares en busca de comida y nos obligan a formar una cola para recibir poco más que migajas. —Enrolló los extremos del papel y se acercó el cigarrillo a los labios—. Nuestros hombres no han regresado del frente. O los han matado o los han enviado a campos de prisioneros. Aquí sólo hay mujeres, niños y ancianos.

Ollie asintió. Sacó del bolsillo el libro de códigos que el padre de Susan había usado en la Gran Guerra. La cubierta estaba arrugada y combada, pero las páginas se hallaban en bastante buen estado para haber estado oculto tanto tiempo en un palomar. Ollie fue pasando las páginas y poco a poco comprendió las secuencias y los códigos. Escribió rápidamente un mensaje y lo introdujo en el cilindro que *Duquesa* llevaba sujeto a la pata.

La paloma zureó.

—Buena chica, *Duquesa* —dijo Ollie.

—¿Tu paloma tiene nombre? —le preguntó Madeleine.

Ollie asintió.

La mujer le dio una calada a su cigarrillo.

—Igual que mi *Louis*.

Ollie miró a la mujer.

—*Louis* es un buen nombre para un cerdo.

Madeleine sonrió discretamente.

—Un cerdo trufero.

Ollie asintió para fingir que entendía el significado de trufero y luego salió cojeando, con la paloma bajo el brazo. El teniente se iba a enfadar, puede que incluso le pegara un tiro, pero le

daba igual. Lo único que quería era devolverle a Susan su paloma. Y a cada momento que desperdiciaba, tenía la sensación de estar dejando escapar una oportunidad.

—Te vas a casa —dijo Ollie.

*Duquesa* ladeó la cabeza. Ollie le acarició el lomo.

—Vuela muy alto y aléjate de las balas.

La paloma parpadeó.

Ollie la lanzó hacia lo alto. *Duquesa* batió las alas y planeó por encima del granero. Rodeó dos veces el perímetro para orientarse, igual que habían hecho las demás palomas durante el viaje a Clacton-on-Sea, y luego se dirigió hacia el oeste. Justo cuando empezaba a perderla de vista, oyó al teniente toser y tener arcadas. Se le había pasado el efecto de la anestesia.

*Epping, Inglaterra*

Bertie se acercó arrastrando los pies por el suelo desinfectado del hospital de la RAF en Ely. Despacio, dio un paso hacia Susan y se aclaró la garganta.

—No —dijo—. No es Oliver.

Susan soltó el aire.

—¿Estás seguro?

El anciano asintió, sacó un pañuelo del bolsillo y se secó los ojos.

—Llevaba una alianza.

Susan tragó saliva y luego intentó encontrar las palabras adecuadas.

—¿Se pondrá bien?

Bertie negó con la cabeza.

Susan sintió una repentina oleada de vergüenza. Había rezado, le había pedido al cielo en silencio que aquella desgracia le hubiera ocurrido a otro, a cualquiera menos a Ollie. Y se le había concedido el deseo. Pero ahora un esposo, puede que también padre, sufría graves quemaduras. Iba a morir. Se dijo a sí misma que el destino ya había jugado sus cartas, que sus oraciones poco tenían que ver con la identidad del hombre que yacía en aquella cama de hospital. Pero aun así sentía ganas de llorar. Y, antes de hacerlo, cogió a Bertie del brazo y se marcharon juntos del hospital.

Al llegar a la camioneta, Bertie abrió la puerta del pasajero y dijo:

—Cariño, ¿te molestaría muchísimo si conduzco yo?

Susan se fijó en su mirada cansada. En condiciones normales insistiría en conducir ella, porque las piernas de su abuelo no necesitaban aquel esfuerzo extra. Pero no discutió, ya que tenía la sensación de que el anciano buscaba algo que lo ayudara a no pensar en lo que había visto en el hospital de la RAF. Así que subió al asiento del pasajero, se ajustó la falda bajo las piernas y cerró la puerta. A través del parabrisas, vio a su abuelo rodear trabajosamente la camioneta y subir al asiento del conductor.

A Bertie le tembló la mano cuando intentó introducir la llave en el contacto. La punta arañaba la ranura, pero sin terminar de entrar.

—Creo que la llave está hinchada —dijo Bertie—. Como mi rodilla.

Susan le sujetó la mano.

Bertie introdujo la llave en el contacto y arrancó el motor.

—Gracias, cariño.

Susan echó un último vistazo al hospital de la RAF en Ely y deseó no haberlo hecho. Dos celadores salían en ese momento de una puerta lateral del edificio transportando un cuerpo envuelto en lo que parecía una funda de colchón empapada. Una mujer chilló y a Susan se le erizó el vello de la nuca. Pero fue entonces cuando se fijó en la hilera de coches fúnebres. Los familiares, congregados sobre el césped, observaban con mirada sombría a los celadores mientras éstos introducían el cuerpo en un coche mortuario. Susan tuvo la sensación de que toda el ala izquierda del hospital se usaba como depósito de cadáveres. Le temblaron las manos. Un hospital era, supuestamente, un lugar de esperanza. Un lugar donde la gente se curaba. Pero no ese día. Ni al día siguiente. No mientras las bombas siguieran cayendo. Cuando empezaron a alejarse con la camioneta, Susan cerró los ojos y deseó no volver a ver nunca ningún hospital.

Guardó silencio durante casi todo el trayecto de vuelta a casa. Se distrajo observando a Bertie cambiar de marchas y esquivar con la camioneta los hoyos de la carretera. Los trabajadores encargados del mantenimiento se habían alistado y ahora estaban disparando balas en lugar de rellenando baches. Y, mientras, las carreteras se iban deteriorando.

Se fijó en un vehículo abandonado en el arcén, con las puertas abiertas, y pensó en Ollie.

—¿Dónde puede estar? —preguntó mientras bajaba la ventanilla.

El habitáculo se llenó de aire frío.

Bertie suspiró.

—Tal vez haya vuelto a casa. —Susan se volvió a mirarlo—. No es su guerra —añadió el anciano.

—¿De verdad lo crees?

Bertie se rascó los pelos de la barbilla.

—Algo ha pasado —dijo Susan—. Jamás nos abandonaría.

Bertie asintió y aferró el volante con más fuerza.

Susan se preguntó dónde podía estar Ollie. Como civil o, mejor dicho, como civil extranjero, no se le habría permitido quedarse en el aeródromo del North Weald. Y tampoco le habría resultado fácil pasar desapercibido con aquel acento estadounidense. Era como si se hubiera esfumado, como una pluma en el viento.

En parte, Susan deseaba que Bertie tuviera razón. Si los había abandonado y había regresado a su país, por lo menos estaría a salvo, lejos del racionamiento, de las bombas y de la muerte. Pero la parte más egoísta de ella quería tenerlo cerca. Sus palomas habían ido a la guerra. La Luftwaffe estaba arrasando Londres. Era inevitable que los alemanes invadieran Gran Bretaña. Lo que más anhelaba Susan era tener cerca a Ollie. Necesitaba su apoyo y su cariño. Él le había dado esperanzas. Y en el día más oscuro de su vida, Ollie había despertado su corazón.

Mientras atravesaban Epping, Susan cerró los ojos, pues no quería ver el hospital St. Margaret's. No se veía capaz de soportar la imagen de otra mujer embarazada, desenterrada de entre los escombros de la maternidad de Sprigg's Oak.

Los neumáticos rodaban sobre enormes surcos. Susan apoyó la mejilla en el cristal y miró hacia el cielo. Las nubes eran densas, salpicadas de franjas azul marino..., una señal de que se acercaba el invierno. En lo alto, vio una motita. Se esforzó por ver mejor. Un pájaro. La forma inconfundible de mover las alas hizo que diera un respingo en el asiento. Bajó de inmediato la ventanilla.

—¿Qué pasa? —preguntó Bertie.

Susan señaló hacia el cielo.

—Una paloma.

Bertie se inclinó hacia delante para mirar por el parabrisas.

—¿*Duquesa*?

Susan asomó la cabeza por la ventanilla. El viento frío le azotó la cara. La paloma volaba demasiado alto como para que se vieran bien sus colores, pero Susan conocía perfectamente el vuelo grácil y cómodo de *Duquesa*, y aquella paloma batía las alas demasiado rápido.

—No —dijo, apartándose el pelo de los ojos.

—¿Es de las nuestras? —preguntó el anciano, entornando los ojos.

Susan se asomó más a la ventanilla. La paloma viró hacia el oeste y a Susan se le aceleró el corazón.

—Creo que sí.

Bertie obligó a Susan a inclinarse en el asiento y pisó a fondo el acelerador.

—¡Allí! —exclamó la joven—. ¡Va hacia la granja!

Bertie redujo marchas para tomar una curva. Los neumáticos lisos chirriaron y la camioneta fue cobrando velocidad. El motor gruñía. Los pistones golpeaban contra sus tubos. Bertie conducía como un joven piloto británico tratando de clasificarse para un gran premio.

Las ráfagas de viento le deshicieron el moño a Susan. Se apartó de la cara varios mechones sueltos y se esforzó por ver dónde estaba la paloma.

Sin molestarse siquiera en reducir la marcha, Bertie giró en el camino de tierra. Los dos dieron un salto al coger un bache y a punto estuvieron de golpearse la cabeza contra el techo de la cabina. Sólo entonces decidió Bertie usar el freno. Los neumáticos pisaron charcos y salpicaron de barro el parabrisas. Bertie accionó los limpiaparabrisas, pero las escobillas estaban tan gastadas que lo único que hicieron fue esparcir las gotas marrones. Era como mirar a través de una pecera llena de masa para pastel. Así pues, tuvieron que conducir el resto del trayecto con la cabeza asomada a la ventanilla.

Uno de los soldados destinados a la granja durante la misión salió de la tienda. Justo cuando se abrochaba la cremallera de la chaqueta, la paloma pasó rápidamente por encima de un carpe.

Bertie frenó en seco y gruñó por el dolor de las rodillas. La camioneta se detuvo y Susan abrió la puerta.

Otro soldado salió de la tienda y, justo en ese momento, la paloma revoloteó hacia un palomar. Se paró un instante en la plancha de aterrizaje, como si quisiera recuperar el aliento, y luego entró,

haciendo saltar la alarma que los soldados habían instalado.

Sonó un timbre. Los soldados dieron un respingo y miraron hacia la tienda.

Susan corrió hacia el palomar.

Un soldado asomó la cabeza a la tienda. La alarma volvió a sonar.

—¡Palomar uno!

Susan fue la primera en llegar al palomar, pues les llevaba bastante ventaja a los soldados. Abrió la puerta y allí, en lo alto de la plancha de aterrizaje, vio una paloma. Movía la cabeza hacia delante y hacia atrás, observando los nidos vacíos. La paloma parpadeó y luego revoloteó hasta posarse en el suelo.

Susan la cogió y la acunó entre los brazos. Notó el latido de su corazoncito en las manos. La paloma zureó y a Susan se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo has conseguido.

Se abrió la puerta y un soldado se acercó a Susan.

—Tiene usted que apartarse, señorita —dijo extendiendo ambas manos.

Susan se fijó en el cilindro de baquelita sujeto a una de las patas de la paloma. Besó al pájaro en la cabeza y luego, a regañadientes, se lo entregó al soldado.

El segundo soldado apareció en la puerta seguido de Bertie, que estaba sin aliento y se apoyaba las manos en las rodillas.

Susan observó al soldado mientras éste dejaba al pájaro en el suelo y luego retiraba con cuidado el cilindro sujeto a la pata. Al levantarlo hacia la luz, vieron en el interior la silueta de una nota. En lugar de desenroscar el tapón, sin embargo, el soldado se apresuró a entregarle el cilindro a su compañero.

—Tiene usted que salir, señorita —dijo el soldado.

Susan miró a la paloma, que seguía en el suelo.

—Necesita agua y comida.

—Termine con eso y luego manténgase alejada de los palomares —dijo el soldado.

Susan asintió y, a continuación, echó pienso en el comedero y llenó el bebedero. El palomar estaba desierto. En lugar de una bandada de palomas correteando a sus pies, un pájaro solitario, que había realizado un largo viaje desde Francia, picoteaba el comedero. Susan seguía de pie junto al barril de grano cuando sonó otro timbre en la tienda. Miró hacia la plancha de aterrizaje y vio otra paloma que atravesaba la cortina metálica.

—Santo cielo —dijo el soldado.

Susan se volvió hacia Bertie.

El anciano sonrió y se le formaron patas de gallo en torno a los ojos.

Susan se sentó en el porche con su abuelo. Dedicaron el resto de la tarde a presenciar el regreso de sus palomas. Durante la primera hora llegaron un total de siete. Durante la segunda, doce. Y durante la siguiente, dieciséis. Cada vez que aparecía una paloma en el horizonte, Bertie se ponía en pie sobre sus temblorosas rodillas, señalaba con un endeble brazo y gritaba:

—¡Ahí llega otra!

Momentos después, la paloma se posaba en un palomar y entraba, haciendo sonar la alarma. La tienda zumbaba como una colmena.

—Menudo jaleo arman esas campanas —dijo Bertie.

Susan asintió y vio aparecer otra paloma en el horizonte.

Una hilera de vehículos militares, que actuaban como correos, llegaron a la granja. Los soldados allí destinados entregaron los cilindros a los correos y éstos los guardaron en cajas metálicas. Luego, los correos llevaron las cajas a sus vehículos y se marcharon a toda velocidad. Podrían haber esperado para recoger más mensajes, pero a Susan le pareció obvio que los correos tenían órdenes de trasladar la inteligencia militar en cuanto llegase. Dedujo que los mensajes no iban al aeródromo de North Weald, sino probablemente a Londres, al corazón del mando militar británico.

Al atardecer, habían regresado un total de cuarenta y ocho palomas. Cuatrocientas cincuenta y dos se habían perdido. Antes de entrar en casa a prepararse para el oscurecimiento, Susan observó el sol anaranjado que se ocultaba tras los abedules. Imaginó que los aviones de la Luftwaffe ya habían despegado, que el vientre de sus bombarderos estaba lleno de toneladas de explosivos, que estaban listos para destruir lo poco que quedaba de Londres. Y luego empezaría la invasión terrestre. Rezó para que alguna de las palomas que habían regresado pudiera aportar información valiosa, algo que le ofreciera a Gran Bretaña una oportunidad de resistir.

—Cuando vengáis lo sabremos, malditos nazis —dijo Bertie, agitando un puño en el aire—. Y os estaremos esperando.

Un soldado, que en ese momento le estaba entregando un cilindro a un correo, oyó el comentario de Bertie.

—Ha hecho un gran trabajo, señor —le dijo.

Bertie señaló a Susan.

—Dale las gracias a mi nieta. Ella es el cerebro que se oculta tras esta misión.

El soldado se tocó la gorra.

—Felicidades, señorita.

Susan se obligó a sonreír. En parte, el retorno de las palomas le producía cierto alivio. Pero en realidad sólo había regresado una pequeña parte de la bandada. Y Ollie y *Duquesa* seguían sin aparecer. Las sirenas no tardarían en empezar a aullar. Caerían las bombas. Susan temió no volver a verlos nunca más.

*Epping, Inglaterra*

El ataque a Londres empezó poco después de que oscureciera. Los correos ya se habían marchado cuando se detuvo el flujo de palomas que regresaban. Los dos soldados, sin embargo, se quedaron en la granja, agazapados en su tienda y probablemente listos para dirigirse al improvisado refugio antiaéreo de Bertie si se producía otro bombardeo sobre Epping.

Susan preparó una cena a base de pan rancio. Lo tostó, lo cortó en trozos, incluso le untó la poca mermelada de grosellas que les quedaba, pero aun así seguía teniendo un sabor raro, como si hubieran sustituido la harina por serrín. Como de costumbre, a Bertie no le importó, incluso la felicitó por el insípido té, hervido tantas veces que ya apenas teñía el agua. Se pasó las primeras horas de la noche hablando con él sobre las palomas que habían regresado: era como un breve rayo de luz en lo que parecía una época de infinita desesperanza. Y, durante todo ese tiempo, tanto su mente como su corazón estaban con Ollie.

Mientras el temblor de las detonaciones de las bombas iba aumentando, Susan lavó los platos y luego ayudó a Bertie a sentarse en su sillón. El anciano se quedó dormido con las hinchadas rodillas apoyadas en un taburete. Susan lo tapó con una colcha, apagó la vela y se fue a la cama, tratando de ahuyentar la idea de que tal vez jamás volviera a verlo subir la escalera.

Susan se cubrió la cabeza con varios almohadones, incluso se tapó los oídos con el algodón del bote de aspirinas de Bertie, pero no consiguió silenciar el ruido sordo de las explosiones. El bombardeo era incesante. La Luftwaffe parecía haber incrementado su arsenal, pues el inquietante silencio entre explosión y explosión era cada vez más breve. Se rumoreaba que en una sola noche se habían lanzado más de treinta mil bombas sobre Londres. Propaganda nazi. Si era cierto, las fábricas alemanas estaban produciendo cantidades asombrosas de armamento. Sin duda, debían de disponer de kilométricas cadenas de montaje para llenar de explosivos los proyectiles, por no hablar de la implacable manipulación de los pilotos de la Luftwaffe. Al fin y al cabo, ¿qué ser humano, a menos que le hubiesen lavado el cerebro, lanzaría intencionadamente bombas sobre mujeres y niños? Susan deseó que los británicos no recurrieran nunca a tales atrocidades, por muy mal que se pusieran las cosas.

Mientras daba vueltas en la cama, uno de los tapones se le cayó del oído. Metió la mano bajo los almohadones, en busca del algodón extraviado, y entonces lo oyó.

Pec.

Se sentó de golpe, se quitó el tapón del otro oído y miró hacia la ventana. La cortina opaca

había convertido su habitación en un vacío de oscuridad, como si se hubiera precipitado al interior de un tintero. Le temblaban las manos. Esperó. Nada. Sólo el eco de las bombas. «Debo de estar volviéndome loca», pensó mientras dejaba caer de nuevo la cabeza sobre la almohada.

Pec.

El corazón le dio un vuelco.

Pec..., pec.

Susan apartó las mantas y se dirigió rauda hacia la ventana.

Pec..., pec..., pec.

Corrió la cortina hacia un lado y echó un vistazo al exterior. El fognazo de una bomba iluminó el cielo y reveló el plumaje fosforescente de una inconfundible paloma.

—*Duquesa!*

La paloma ladeó la cabeza y luego golpeó de nuevo el cristal con el pico. Pec..., pec.

Susan se peleó con el cierre de la ventana, se astilló dos uñas y, por fin, consiguió abrir la ventana. Otro fognazo iluminó el cielo. Y allí estaba. *Duquesa*. Posada en el alféizar con la cabeza ladeada, como si le sorprendiera que Susan hubiera tardado en abrir la ventana.

Susan cogió a la paloma del alféizar y se la acercó al pecho.

—*Duquesa!* ¿Dónde te habías metido?

La paloma zureó.

—Susan—la llamó su abuelo—. ¿Estás bien, cariño?

Ella salió corriendo de su habitación. Se golpeó un hombro contra la pared y buscó la barandilla de la escalera.

—¡Es *Duquesa!* ¡Ha vuelto a casa!

—¡Santo cielo!

Susan bajó apresuradamente la escalera. Mientras sujetaba a la paloma con ambas manos, se fijó en el cilindro de baquelita que el ave llevaba sujeto a una pata y a punto estuvo de tropezar. Se colocó la paloma bajo un brazo y descendió el resto de los escalones sujetándose a la barandilla. Entró en el salón, completamente a oscuras, y oyó el crujido de las articulaciones de Bertie cuando el anciano se levantó de su sillón.

Bertie encendió una cerilla, prendió una vela y se acercó cojeando hacia Susan. Un débil resplandor iluminó la estancia.

*Duquesa* parpadeó.

—Por san Jorge—dijo Bertie, restregándose los ojos—. Es *Duquesa*.

Susan besó a su paloma en la cabeza.

—¿Dónde has estado?—preguntó Bertie al tiempo que acariciaba a *Duquesa* con un dedo.

Susan levantó al pájaro para mostrar el cilindro rojo.

—Santo cielo.—El anciano miró a Susan—. ¿Trae un mensaje?

—No lo he comprobado.

Bertie le sujetó la pata a la paloma con delicadeza. Usó la uña del pulgar para abrir la banda

metálica. Se acercó el tubo a una oreja y lo agitó.

—¿Hay algo? —preguntó Susan mientras acariciaba a *Duquesa*.

Bertie asintió y empezó desenroscar el tapón.

—No debemos —dijo Susan al tiempo que le tocaba la mano al anciano—. No nos está permitido.

Bertie la miró.

—Esta paloma es tuya. Y no formaba parte de la misión. Y como parece que el ejército se la llevó sin permiso, creo que eso nos autoriza a echar un vistazo. —Señaló la mesa que estaba junto a su sillón—. Querida, ¿podrías traerme mis gafas?

Susan vaciló y luego fue a buscar las gafas.

Bertie se las puso, desenroscó el tapón del cilindro y dejó caer una nota en la palma de la mano. Desenrolló con cuidado el papel con sus dedos artríticos y, mientras observaba la inscripción, abrió los ojos como platos.

—¿Qué dice?

El anciano respiró hondo, soltó el aire y le entregó el papel.

Susan dejó a *Duquesa* sobre la mesa y sostuvo en alto la nota. Esperaba encontrar algo escrito en francés, o quizá en un intento de inglés. Pero no era ni una cosa ni la otra.

ALKFQ NPTMI HLCXP QNMVX PUTXJ GQZKE  
HIQAN SYAEF AMVXQ PLWTR OSJWL IWLNF  
QLKDF SLIEF SOEVC PLEFV AMEFL YELFP  
JSPFD SKEAF RHBVC WYGH I OPAEF HUVQA  
URPXY QOSDM OPZQR TWNVI BZITE OPNCT  
IGBVM WPORL QBVXI OLKSE JGBMV PIXSW  
TZCOP VQWEM KWLKV YSLEK OPAVE CXPTY  
FJGLE KPQCX MBKSQ PEOJS TYAWM ZYRTP

Susan trató de recuperar el aliento. Las piernas le temblaban. Al levantar la mirada, vio a su abuelo acercarse cojeando a la librería.

Bertie rebuscó entre los estantes. Fue arrojando al suelo un libro tras otro. La pila empezó a aumentar. Se detuvo cuando llegó a un ejemplar de *Rob Roy*, de sir Walter Scott. Justo detrás, apretujado al fondo del estante, se hallaba un librito encuadernado en piel. El anciano regresó hasta donde estaba Susan.

La muchacha cogió el libro y limpió la capa de polvo: era una copia exacta del código de artillería de su padre. Le echó un vistazo a la nota. Códigos garabateados. Se sintió como si tuviera otra vez ocho años y se dispusiera a descifrar uno de los divertidos mensajes en clave de Bertie, para después corretear por toda la casa en busca de un caramelo. Pero aquello no era un juego. Y ella ya no era una niña. Aparte de ella y de su abuelo, sólo había una persona que hubiera visto el libro de códigos de su padre. En el fondo de su corazón, Susan supo que aquel mensaje hablaba de algo espantoso.

Se sentaron a la mesa de la cocina. *Duquesa* picoteó una corteza pan y luego metió el pico en una taza de té llena de agua. Susan se estremeció al abrir el libro de códigos.

Bertie se inclinó sobre su hombro.

—No pasa nada, cariño.

Susan fue pasando las páginas y garabateó en un papel. Cuando apenas había terminado la frase, se detuvo y releyó las palabras. El corazón le empezó a latir más rápido. Se le cayó el lápiz.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bertie.

—Es de él.

—¿De quién?

—De Ollie.

Bertie se agarró a la mesa.

—¡Dios bendito!

Susan cogió de nuevo el lápiz y lo acercó al papel. La punta se rompió, pero siguió escribiendo con la mina rota en lugar de perder tiempo afilándola. Mientras seguía descifrando el código, la breve sensación de alivio que había experimentado se transformó en desesperación. Le temblaron las manos cuando leyó el mensaje.

—No puede ser —dijo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bertie.

Susan cerró el libro de códigos. Se concedió un momento para reunir fuerzas y luego le leyó el mensaje a su abuelo:

*Susan:*

*Se llevaron a Duquesa.*

Susan levantó la mirada y vio a su paloma caminar por la mesa. Notó que su abuelo le apoyaba una mano en el hombro. Se secó los ojos y siguió leyendo.

*Intenté recuperarla, pero nos atacaron. El avión despegó mientras Duquesa y yo seguíamos a bordo. Misión completada. Avión abatido en Francia.*

Le temblaron las manos. Tragó saliva y se preparó para seguir leyendo.

*Artillero y copiloto muertos. Teniente de vuelo Boar y yo estamos ocultos. La Wehrmacht está por todas partes. La Luftwaffe usa aeródromo cercano. Intentaré enviar más inteligencia militar si encuentro otra paloma.*

*OLLIE*

*P. S.: Tus palomas son muy valientes. Ojalá pudiera estar contigo para verlas regresar.*

Una lágrima cálida le resbaló por la mejilla a Susan, pero no se molestó en secarla.

—Está vivo, cariño.

*Duquesa* se acercó caminando a Susan.

—¿Conseguirá volver? —preguntó mientras acariciaba a la paloma y reprimía las lágrimas.

—Si el muy condenado ha podido llegar a Francia, también podrá volver. —Bertie se puso en pie y apartó un poco las cortinas opacas para echar un vistazo—. La Luftwaffe se ha marchado. Ve a los palomares y trae un poco de papel de las jaulas de lanzamiento.

Susan se lo quedó mirando.

—Rápido, antes de que los soldados se despierten.

Susan se puso su abrigo de invierno, que le cubría todo el cuerpo excepto los bajos del camión, y se calzó un par de botas de agua. Se dirigió sigilosamente a uno de los palomares y recuperó un trozo de papel de una jaula que no se había utilizado. Al volver a casa, vio a Bertie buscando un sacapuntas en un armario.

Le entregó el papel.

Bertie lo colocó sobre la mesa e introdujo el lápiz en el sacapuntas. La mesa pronto quedó cubierta de virutas de madera.

—¿Qué te propones hacer?

—Reescribir el mensaje.

Sopló la punta del lápiz y lo acercó al papel.

—Tenemos que entregárselo a la RAF —dijo Susan.

Bertie se detuvo.

—La condenada RAF. ¡Y un jamón! ¡¿Cómo vamos a ganar la guerra con tanto incompetente?! Si no hubieran metido a *Duquesa* en un avión, Ollie estaría con nosotros ahora mismo.

Las palabras de Bertie impresionaron a Susan, y no tardó en sentir una oleada de culpabilidad.

—No tendría que haber perdido de vista a *Duquesa*.

—No ha sido culpa tuya. —El anciano se acercó y le cogió una mano—. Nuestro ejército tendrá su inteligencia militar. Lo único que no verán es lo que va dirigido a ti.

Susan observó a Bertie mientras éste reescribía un nuevo mensaje, mucho más corto que el que ella acababa de descifrar, y finalmente lo firmaba: «Teniente de vuelo Clyde Boar, RAF».

—¡Abuelo!

Bertie dejó el lápiz sobre la mesa.

—Nuestro Oliver de Maine ya ha tenido bastantes problemas con la RAF. Que lo consideren un polizón le puede causar aún más problemas cuando vuelva. —El anciano le cogió las manos—. Y puedes estar segura de que volverá, cariño.

Susan le apretó los dedos.

—Confía en mí —dijo Bertie.

—De acuerdo.

Bertie enrolló la nota, la introdujo en el cilindro y enroscó el tapón.

—Vamos a despertar a los soldados.

Susan siguió a Bertie al exterior y casi chocó con él cuando el anciano se detuvo de golpe.

—Que Dios nos asista —dijo.

Aquellas palabras le provocaron un escalofrío a Susan. Miró hacia la silueta de Londres, en el horizonte. En la neblina grisácea del amanecer, el resplandor de los incendios parecía un monstruoso sol que se elevaba sobre la ciudad.

Susan bajó la cabeza, lamentó haber contemplado el cielo, y ayudó a Bertie a descender los escalones del porche. Aquél era el peor momento del día. Después de las oleadas de sirenas, silbidos y explosiones, el repentino silencio resultaba inquietante. Incluso los pájaros, aturdidos por los bombardeos, empezaban a gorjear más tarde. Susan le apretó el brazo a su abuelo y siguieron avanzando.

Justo cuando se acercaban a la tienda, salió un soldado y se subió la cremallera de la chaqueta.

—Tenemos algo para vosotros —le dijo Bertie.

El soldado se echó el aliento en las manos y luego se las frotó.

Bertie le entregó el cilindro.

—Una paloma ha vuelto a casa.

El soldado dirigió la mirada hacia los incendios de Londres y luego se concentró de nuevo en Bertie.

—¿Por qué no ha ido a los palomares?

Bertie se encogió de hombros.

—¿Dónde está la paloma? —preguntó el soldado.

Susan dio un paso al frente y le mostró a *Duquesa*. La paloma ocultó la cabeza bajo el ala.

—Si regresa otro pájaro a la casa, deben traérselo directamente —dijo el soldado—. ¿Queda claro?

Bertie y Susan asintieron.

El soldado se guardó el cilindro en la chaqueta y entró de nuevo en la tienda. Susan acunó a *Duquesa* y se dirigió con Bertie hacia los palomares.

—¿Estás seguro de que hemos hecho lo correcto?

—Absolutamente, cariño. —Bertie le acarició la cabeza a la paloma con un dedo—. Debe de estar hambrienta. ¿Qué te parece si vas a dar de comer a las palomas? Seguro que las otras se alegran de verla.

Susan asintió y abrió la puerta del palomar. El chirrido de los goznes asustó a las palomas, que revolotearon desde sus nidos. Susan lanzó suavemente a *Duquesa* hacia su rincón favorito, una viga que estaba justo encima del barril de grano.

*Duquesa* batió las alas, pero en lugar de posarse en la viga, dio una vuelta por el palomar. Susan notó en la cara la brisa provocada por las alas de la paloma. Cuando la puerta de muelle del palomar estaba a punto de cerrarse, *Duquesa* salió disparada. La puerta se cerró de golpe.

Susan abrió de nuevo la puerta y salió corriendo. Al levantar la mirada, vio al ave planear por encima de un carpe.

—¡*Duquesa!* —la llamó.

Bertie, que estaba a punto de llegar a la casa, se volvió. Los soldados salieron corriendo de la tienda.

Susan observó a *Duquesa* dar vueltas sobre el bosque de Epping. Cuando la paloma recorrió el perímetro por segunda vez, a Susan le dio un vuelco el corazón. «Se está orientando, como si se preparara para volver a casa. ¡Pero ya está en casa!»

El pájaro completó la circunferencia y se alejó volando en dirección este.

—¡No! —Susan cruzó el patio corriendo. Tropezó, cayó y volvió a ponerse en pie—. ¡*Duquesa!*

La paloma siguió volando.

Susan se dejó caer de rodillas. Notó los músculos débiles. Impotente, observó a *Duquesa* alejarse hacia el canal de la Mancha y se quedó allí hasta que la perdió de vista.

*Airaines, Francia*

Ollie entró en la casa y vio al teniente de vuelo Boar sentado en el suelo, palpándose la gasa que llevaba sobre los ojos. Madeleine, de pie junto a Boar, apartó a su cerdo trufero, que se empeñaba en olisquearle las botas al teniente.

Cuando Boar oyó crujir el suelo de madera bajo el peso de Ollie, levantó la cabeza.

—¿El médico me ha operado los ojos?

Ollie recordó el mareante olor de la anestesia y las manos del médico mientras manipulaba la córnea seccionada con unas pinzas. Los vendajes del teniente estaban ahora teñidos de un color amarillo oscuro.

—Sí —le respondió Ollie.

Boar exhaló el aire y tiró del esparadrapo que sujetaba el vendaje.

Madeleine le apartó la mano.

—No. Diez días.

Boar dejó caer la mano y se humedeció los labios, acartonados debido a la saliva reseca.

Madeleine sacó al cerdo de casa; luego cogió una jarra de cerámica y sirvió un vaso de agua.

—Bebe —dijo mientras le acercaba el vaso a los labios al teniente.

Boar bebió con ansia, derramando la mitad del agua sobre su chaqueta de aviador.

—Llévalo al granero y luego vuelve —le dijo Madeleine—. Tenemos trabajo que hacer.

Ollie ayudó al teniente a ponerse en pie y lo condujo al granero. Boar aún tenía las piernas débiles a causa de la anestesia, por lo que Ollie tuvo que cargar con casi todo el peso de su cuerpo. A Ollie se le sacudía el brazo que llevaba en cabestrillo, por mucho que intentara dejarlo quieto, cosa que le provocaba punzadas de dolor en el hombro. El esfuerzo adicional para cargar con el peso de Boar, además, hizo que le empezara a palpar el tobillo. Ansiaba desesperadamente descansar, pero temía que en cualquier momento apareciera un pelotón de la Wehrmacht y los descubriera allí fuera. Así que trató de olvidar el dolor y siguió andando.

Al llegar al granero, dejó a Boar en el suelo y despejó una zona de patatas mohosas para el cerdo. El granero apestaba a estiércol y verduras podridas. La noche anterior no se había fijado mucho en el olor, aturdido por el abrumador dolor del hombro, dislocado como un ala de pollo partida por el carnicero. Se dio cuenta de que a Boar, aturdido aún, tampoco parecía importarle el hedor. El teniente apoyó la mano en la pistola enfundada, se tendió y se quedó dormido al instante.

Cuando Ollie volvió a la casa, vio a *Louis* acurrucado junto a un arbusto, con la cabeza

apoyada en las pezuñas delanteras. Ollie echó un vistazo a la granja para asegurarse de que no se aproximaba ningún vehículo, luego se agachó y le dio una palmadita al animal en la cabeza. *Louis* sacudió la cola y gruñó.

—Ya puedes entrar —dijo Madeleine, desde la puerta.

Ollie creyó que la mujer le estaba hablando a él, hasta que el cerdo se puso en pie y entró trotando en la casa. Sus pezuñas resonaron sobre el suelo de madera.

—Es muy listo —señaló Ollie al tiempo que entraba en la casa—. Nunca había visto un cerdo trufero.

Madeleine se echó a reír y sacó un cigarrillo del bolsillo.

—Trufero.

—¿Trufero?

—No sabes qué son las trufas, ¿verdad?

Ollie notó cierta aspereza en la garganta de la mujer, como si fumar tantos años le hubiera bajado una octava el tono de voz.

—No —admitió.

Madeleine le dio una calada a su cigarrillo y su piel arrugada se alisó un poco sobre los huesudos pómulos.

—Ya te enseñaré qué son las trufas —dijo, expulsando el humo—, pero antes tenemos trabajo que hacer.

La mujer cogió una caja de herramientas de un armario sin puertas, oculto tras unas cortinas hechas con un saco de arpillera. Dejó la caja sobre la encimera de la cocina y buscó un martillo y una pequeña palanca.

—Aparta la mesa.

Ollie desplazó la mesa hacia un lado de la estancia. El hombro se resintió.

—Quítalas —dijo Madeleine, dando un golpecito con el pie en las tablas del suelo—. Pero no dejes marcas en la madera.

Ollie la miró y, de repente, comprendió lo que se disponían a hacer.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Madeleine le dio una larga calada a su cigarrillo y luego expulsó el humo.

—La Wehrmacht suele pasar por aquí. A uno de sus oficiales le gusta mucho requisar mis trufas. —Rascó al cerdo detrás de las orejas—. Si registran el granero, os encontrarán.

Ollie cogió el martillo y la palanca, pero vaciló.

—Si nos quedamos en el granero y nos atrapan, puedes fingir que no sabías que estábamos allí.

—Daría igual. Me dispararían de todas maneras. Cuando se produjo la invasión alemana, hubo soldados británicos que no consiguieron salir de Dunkerque. Muchos se escondieron en sótanos, desvanes o graneros. A muchos otros los capturaron. Y los alemanes mataron a los franceses que vivían en aquellas casas, con independencia de si sabían o no que los soldados estaban allí

escondidos. —Le cayó la ceniza del cigarrillo—. Los nazis no tienen piedad con quienes ayudan al enemigo.

En la mente de Ollie se fueron abriendo paso los remordimientos. No soportaba la idea de poner en peligro la vida de aquella mujer. Pero teniendo en cuenta sus condiciones físicas, tampoco tenía mucha elección.

Madeleine lo miró. Tenía bolsas oscuras bajo los ojos.

—Los nazis han saqueado nuestro país. Han matado a la mayoría de nuestros soldados, y los que han tenido la suerte de que sólo los capturaran han acabado en campos de prisioneros. Nos estamos muriendo de hambre, tenemos que hacer larguísimas colas para que nos den unas migajas de pan mientras ellos se comen nuestra carne y se beben nuestro vino. Hasta nuestros policías se han convertido en unos cobardes que prefieren colaborar en lugar de luchar. —Apagó el cigarrillo en un cenicero de barro y cogió otro del bolsillo—. Las banderas nazis ondean en nuestras calles, incluso en los colegios.

Ollie se colocó bien el cabestrillo en torno al cuello. La atmósfera se había vuelto densa. No podía imaginar lo mucho que había sufrido Madeleine, convertida en una prisionera en su propio país.

Madeleine se subió las mangas del jersey, dejando al descubierto las huesudas muñecas, y encendió otro cigarrillo.

—Me recuerdas a mis gemelos, Marius y Marcel.

—¿Ah, sí? —dijo Ollie.

—Comprometidos en la defensa de sus creencias, pese al alto precio que pagaron por ello. —El humo de su cigarrillo ascendió y se extendió por el techo—. Eran buenos chicos.

Ollie dejó a un lado las herramientas y se sentó junto a Madeleine.

—A Marius le gustaba leer y quería ser profesor. Ahí están sus libros —dijo, señalando una librería.

Ollie contempló los estantes de libros, que parecían extrañamente fuera de lugar en aquella casa rústica, como platos de porcelana en un pícnic.

—No te sorprendas tanto —dijo Madeleine.

—No estoy sorprendido.

La mujer le dio una palmadita en la mano.

—Sí que lo estás.

—Bueno, puede que un poco.

La mujer sonrió.

—Vengo de una familia culta —explicó—, pero nosotros elegimos una vida más sencilla. —Se puso en pie y cogió una fotografía de la librería—. Marcel quería ser buscador de trufas, como Guillaume, su padre. Éstos eran mis hijos —añadió mientras le tendía la fotografía a Ollie.

Él contempló la imagen de dos niños que llevaban uniformes escolares almidonados. Eran gemelos idénticos, cada uno parecía el reflejo exacto del otro. Junto a los niños, vio a un hombre y

una mujer.

—¿Ésta eres tú, Madeleine?

—Sí —contestó ella colocándose un mechón gris tras la oreja—. En mis buenos tiempos fui guapa.

—Sigues siendo preciosa —le dijo Ollie.

—Eres un encanto —respondió ella, contemplando la foto—. Ojalá pudiera enseñarte más fotos de ellos. Eran guapos, fuertes y, sobre todo, auténticos caballeros. —Madeleine cerró los ojos—. Marius y Marcel murieron en el campo de batalla.

—Lo siento mucho —la consoló Ollie compungido.

La mujer asintió y devolvió la fotografía al lugar que ocupaba en el estante. Luego se sentó de nuevo.

—Mis chicos nacieron el mismo día y murieron el mismo día. Juntos. —Le dio una calada a su cigarrillo y se contempló las uñas, marrones debido a la nicotina—. Nos costó mucho seguir adelante, especialmente a Guillaume. Pese a que ya era demasiado viejo para combatir, se habría marchado a la guerra si yo se lo hubiera permitido.

Ollie se fijó en un sombrero de hombre, colgado en un perchero junto a la puerta de entrada.

—Es de Guillaume —dijo Madeleine.

—¿Dónde está? —le preguntó Ollie.

Madeleine respiró hondo y expulsó el aire.

—Guillaume estaba entregando trufas en Arras cuando se produjo la invasión alemana. No ha vuelto a casa.

Ollie percibió un brillo en los ojos de la mujer y tuvo la sensación de que se le habían acentuado las arrugas de la cara.

—En el fondo de mi corazón, sigo pensando que Guillaume cruzará algún día esa puerta, pero mi mente no piensa lo mismo. —Tosió y luego se secó los ojos con el dorso de la mano—. Corre el rumor de que en Arras ejecutaron a cientos de miembros de la resistencia francesa. Pese a que ya era viejo, me temo que mi marido intentó luchar.

*Louis* se puso en pie y se acercó a Madeleine. Le acarició la pierna con el hocico y ella le rascó la parte posterior de las orejas.

—Pero hasta que Guillaume vuelva a casa, seguiremos buscando trufas, ¿verdad, *Louis*?

El cerdo gruñó.

La mujer resopló, se secó la nariz con la manga y cambió de tema.

—Bueno, Ollie, ¿y qué hacía un estadounidense en un avión de la RAF? ¿Estados Unidos también ha entrado en guerra?

—Por lo que yo sé, Estados Unidos planea mantenerse neutral —dijo.

—Entonces ¿cómo has terminado aquí?

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo —dijo Madeleine dando un golpecito en el suelo con el zapato—. Me la

puedes contar mientras quitas esas tablas.

Ollie se arrodilló y empezó a trabajar en las tablas de madera, pero no tardó en darse cuenta de que le iba a resultar difícil arrancar los clavos con un solo brazo. De hecho, resultaba casi imposible introducir los dientes de la palanca bajo la cabeza de los clavos. Si rebajaba un poco la madera dejaría al descubierto la cabeza de los clavos, pero dañar las tablas no era una opción. Así que Madeleine lo ayudó sujetando la palanca mientras él le daba golpecitos con el martillo. Funcionó. Aunque fue una labor larga y tediosa, finalmente consiguieron introducir los dientes de la palanca bajo la cabeza del clavo. Ollie aplicó presión y la tabla de madera crujió. Intentó mantener un lado del cuerpo inmóvil, pero no sirvió de nada, pues seguía notando un intenso dolor en la articulación del hombro. Logró aflojar dos clavos antes de tener que tomarse un descanso.

—¿Duele? —le preguntó Madeleine.

Ollie asintió y se apoyó en la pared. Estaba sudando, pese a que en la casa la temperatura era lo bastante baja como para conservar carne.

El sonido de un motor hizo que Madeleine se acercara a echar un vistazo por la ventana. Sujetó con fuerza la palanca. El murmullo del motor se fue apagando a medida que el vehículo se alejaba.

—Será mejor que terminemos pronto —dijo Ollie, cogiendo de nuevo el martillo.

Dedicaron el resto de la tarde a retirar las tablas de madera del suelo. Para distraerse de los calambres de dolor que le atenazaban el hombro, Ollie le habló a Madeleine de su familia. De su viaje a Inglaterra. Y de su sueño de convertirse en piloto de la RAF, sólo para acabar trabajando en una misión del Servicio Colombófilo Nacional. Pero, sobre todo, le habló de Susan y, por primera vez desde que había caído en picado en la Francia ocupada por los nazis, se olvidó del dolor.

—Las palomas son muy listas, como *Louis* —dijo Ollie mientras dejaba una tabla a un lado—. Y Susan es una adiestradora extraordinaria. Ella nos ayudará a ganar la guerra.

Madeleine sonrió y se colocó bien el cigarrillo entre los labios.

Ollie retiró la última tabla, dejando así una abertura de aproximadamente un metro, lo bastante grande como para poder meterse por ella. Introdujo la cabeza por el agujero. Suelo de tierra. Telarañas. Olor a tierra y aire viciado. La casa, o por lo menos la zona que se hallaba bajo la cocina, se había construido sin sótano. Sólo tenía unos sencillos cimientos de adoquines. Entre la tierra y las tablas de madera apenas quedaba un espacio de tres palmos.

Madeleine fue al cobertizo a buscar trozos de lona y Ollie los usó para forrar el suelo de aquel reducido espacio. Volvió a colocar las tablas de madera, como si fueran las piezas de un rompecabezas, y se fijó en los visibles agujeros que habían quedado al retirar los clavos. Para disimularlos, cortó las cabezas de los clavos con unas grandes tijeras de podar y luego las pegó a los agujeros usando una pasta que previamente habían preparado con agua y harina. Habían tardado todo el día, pero a excepción de unos pocos arañazos, prácticamente no se notaba que algunas de las tablas del suelo estaban sueltas.

Mientras Ollie admiraba su trabajo, oyó una especie de siseo y le llegó el aroma de las

cebollas salteadas. Se le hizo la boca agua. Se acercó a Madeleine, que estaba encorvada sobre una cocina de leña, mezclando con una cuchara de madera el contenido de una sartén de hierro.

Madeleine añadió un puñado de zanahorias blandas, incluidas las hojas marchitas de la parte superior.

—¿Tienes hambre?

—Sí —respondió Ollie.

El olor de la cebolla caramelizada se le antojó embriagador. Ni siquiera recordaba cuándo había comido por última vez.

—Ve a buscar a tu amigo —dijo ella, señalando hacia fuera con la cuchara.

Ollie encontró al teniente tal y como lo había dejado: durmiendo. Tuvo que llamarlo varias veces para despertarlo y, finalmente, recurrió a darle pataditas en las botas.

Boar se sentó despacio y se frotó la barba, que le empezaba a poblar la barbilla.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Todo el día —le contó Ollie.

—Me has dado demasiada anestesia, yanqui —dijo, respirando hondo varias veces.

Ollie le concedió al teniente unos momentos para ponerse en pie y luego lo condujo hasta la casa. Madeleine estaba sirviendo las verduras salteadas en los platos. Ollie ayudó a Boar a sentarse en una silla mientras Madeleine preparaba la mesa. El aroma a mantequilla de las humeantes verduras se le coló por la nariz y el estómago le empezó a protestar.

Madeleine le puso al teniente un tenedor en la mano. Boar empezó a pinchar a ciegas: los dientes de metal tintineaban en el plato de cerámica. Tras ensartar un trozo de zanahoria, el teniente se lo llevó a la boca, masticó y se atragantó. Escupió la comida en la mano y luego la dejó a un lado del plato.

—Llévame otra vez al granero, yanqui —ordenó Boar, apoyando la cabeza en la mesa—. Necesito descansar.

—Dormiremos aquí dentro —dijo Ollie al tiempo que se levantaba de la mesa.

Ollie retiró las tablas de madera y ayudó a Boar a descender al agujero. El teniente se acurrucó en el reducido espacio, como un oso que entra en su cueva para hibernar.

Cuando Ollie volvió a la mesa, Madeleine se inclinó sobre su plato y frotó algo con un rallador. Una especie de nieve negra cayó sobre la comida.

—Creo que le falta algo —dijo Madeleine.

—¿Trufas?

La mujer asintió.

Ollie no supo si era por las trufas o porque llevaba dos días sin comer, pero aquel plato sencillo a base de cebollas y zanahorias marchitas le pareció extraordinario. La trufa, aunque era fea y parecía una patata encogida, le daba a la comida un ligero sabor a ajo y bosque. Fue una de las mejores comidas que Ollie recordaba. La última vez que había probado algo tan delicioso había sido cuando había comido la sopa de Susan, aunque después el marisco lo hubiera mandado

corriendo al retrete. Notó una especie de tirón en las comisuras de los labios y se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—¿Te gusta? —le preguntó Madeleine.

—Sí —respondió Ollie. Terminó la comida y luego bebió un vaso de agua fría. Se giró a mirar al cerdo, que dormía en un rincón de la estancia—. Buen trabajo, *Louis*.

El cerdo movió las orejas, pero siguió durmiendo.

Madeleine sonrió y continuó comiendo.

Ollie se quedó con Madeleine hasta que la mujer terminó de comer y sólo entonces se dio cuenta de que había sido muy grosero por su parte devorar la cena de aquella manera. La ayudó a recoger la mesa y luego llevó a *Louis* al granero para dormir. Le sorprendió que el cerdo lo obedeciera, pero obviamente el animal sabía que era la hora de cenar. Siguiendo las instrucciones de Madeleine, le puso unas cuantas patatas en el comedero. Las patatas, si es que podían llamarse así, se hallaban en condiciones lamentables: cubiertas de moho, de brotes peludos y de larvas. Dicho de otra forma, estaban podridas: eran incomibles. Pero Ollie no tardó en darse cuenta de que *Louis* no era muy sibarita en lo que a tubérculos se refería. El cerdo se comió las patatas, larvas incluidas, y luego se dejó caer de costado para descansar. Ollie contempló el comedero vacío y se preguntó cómo sobrevivirían los franceses al invierno que se acercaba. «¿Se morirán de hambre? ¿O recurrirán a comer patatas podridas? ¿Larvas? ¿O cosas peores?» Ahuyentó aquella idea de su mente y salió del granero.

Cuando volvió a la casa, Madeleine encendió una vela y cerró las cortinas. Dejó dos raídas mantas de lana en el escondrijo. Ollie descendió al agujero del suelo, con cuidado de no pisar al teniente. Se tendió y dio las gracias por tener un trozo de lona bajo el cuerpo. Luego observó a Madeleine volver a colocar las tablas de madera en su sitio, justo encima de ellos. Una tabla tras otra, el agujero se fue volviendo más pequeño.

Ollie miró por una rendija del suelo.

—Madeleine —dijo.

—*Oui?*

—Gracias.

La mujer asintió. Colocó la última tabla y el agujero quedó sellado.

Todo se volvió oscuro. Ollie escuchó un chirrido cuando Madeleine volvió a poner la mesa encima de ellos. Sus pasos se fueron alejando. Y, entonces, silencio. De no ser por los ronquidos del teniente de la RAF, Ollie habría pensado que estaba encerrado en un ataúd.

Enrolló la manta y la usó para mantener el brazo un poco elevado. Intentó dormir, pero no conseguía descansar pese a estar agotado. No era por el dolor constante en el hombro, ni por el tobillo que le palpitaba cada vez que movía los dedos del pie. Era por los remordimientos. Su mente era un hervidero de errores y oportunidades desaprovechadas. «¿Por qué me fui de Epping? ¿Cómo pude quedarme atrapado en un Blenheim? ¿Volveré a ver a Susan algún día? ¿Por qué no le dije lo que siento?»

Pensó en Susan. En la maravillosa resonancia de su voz. En la forma en que la melena rubia le caía grácilmente sobre los hombros. En el delicado olor a lavanda de su perfume. En el cosquilleo que Ollie había notado cuando ella se había inclinado por encima de él para servirle el té. En la sombra de sus suaves manos, proyectada por la luz de la vela mientras le tejía un suéter a Bertie. En su pasión por salvar a Gran Bretaña y en su creencia de que las palomas podían ayudar a ganar la guerra. La adoraba. La echaba de menos. «Dios, ojalá las cosas hubieran ido de otra manera», pensó.

Se le estaba acabando el tiempo. Un día, una semana tal vez. No podía vivir eternamente bajo las tablas del suelo. Tendrían que marcharse y, cuando lo hicieran, los nazis los encontrarían tarde o temprano. No había futuro. Sólo le quedaba el pasado y el presente. Así que dedicó la noche a revivir sus pocos momentos con Susan, una y otra vez, hasta que ya no pudo seguir manteniendo los ojos abiertos.

*Airaines, Francia*

Ollie se despertó al notar un cosquilleo en el cuello. Respiró hondo y percibió el olor a tierra húmeda y madera vieja. Abrió los ojos, pero todo estaba a oscuras. «¿Es de noche? ¿De día?»

Algo le rozó la clavícula. Aturdido, acercó una mano para rascarse en un lado del cuello y tocó algo. Largo. Delgado. Peludo. Notó una descarga de adrenalina en el cuerpo. Intentó coger aquella cosa, pero fuera lo que fuera se le escurrió rápidamente bajo la camisa. Se retorció y se golpeó la cabeza contra una vigueta del suelo.

—¡Santo cielo, yanqui! —exclamó Boar al despertarse—. ¿Se puede saber qué narices estás haciendo?

—Un bicho —dijo Ollie, metiéndose la mano bajo la camisa.

Boar le dio una patada a Ollie en la pierna.

—Duérmete de una vez.

El bicho se le escurrió hacia la axila y Ollie notó un escalofrío en la espalda. Cientos, quizá miles de patitas peludas le reptaban por la piel. ¿Un ciempiés? ¿Un milpiés? Introdujo una mano bajo el brazo lesionado, se mordió el labio para soportar el dolor que ahora le atenazaba la articulación del hombro y cogió al intruso peludo. Se retorció en su mano, como un gusano a punto de ser ensartado en un anzuelo de pesca. Los bichos, en especial si no los veía, le ponían los pelos de punta. Lo lanzó, pero de inmediato se dio cuenta de que lo había arrojado hacia donde no debía, pues el teniente empezó a jadear como si le estuviera dando un ataque.

—¡Imbécil! —dijo Boar al tiempo que se comenzaba a sacudir la chaqueta de aviador, como si estuviera cubierta de abejas.

Ollie lo oyó arrancar algo de la ropa y luego escuchó el débil sonido del bicho al aterrizar en algún rincón del escondrijo.

Boar le dio a Ollie una patada en la espinilla.

—Tendría que haberte pegado un tiro en aquel campo.

Ollie le dio un codazo al teniente en las costillas.

—Sólo me tienes a mí.

—Eso es lo que me temía.

Ollie esperaba que el teniente sacara la pistola o, al menos, que le atizara otro golpe. Al fin y al cabo, ya se le habían pasado los efectos de la anestesia. Excepto por los ojos, el teniente estaba en mejores condiciones físicas que él. Ollie, en realidad, estaba hecho un desastre. En las

reducidas dimensiones de aquel escondrijo, el teniente, de haber querido, podría haberle dado una paliza. Lo único que se lo impedía, pensó Ollie, era que no veía nada. Y, tal vez, que el teniente necesitaba a Ollie, aunque sólo fuera temporalmente. Por desgracia, y teniendo en cuenta la falta de entrenamiento militar de Ollie y su desconocimiento en cuanto a posibles rutas de escape, él también necesitaba al teniente. A medida que iba remitiendo el dolor en la espinilla, Ollie pensó que tal vez Boar no fuera el intrépido piloto de la RAF que él creía. Al fin y al cabo, los bichos le daban más miedo que a él. Esa idea lo hizo reír.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso? —le preguntó Boar.

—Tú —dijo Ollie, echándose a reír de nuevo.

—Estás como una puñetera cabra, yanqui.

La risa de Ollie se fue apagando y, de repente, se dio cuenta de que, de no haber sido por sus decisiones —o, mejor dicho, por sus incontables errores de cálculo—, ahora podría estar despertándose en un país neutral. Pero, en lugar de eso, estaba atrapado en un agujero de la Francia ocupada por los alemanes con un teniente bastante gruñón.

—Puede que tengas razón —dijo el estadounidense.

En ese momento, Ollie oyó arañazos en la madera cuando alguien desplazó lentamente la mesa. Un segundo más tarde, Madeleine retiró las tablas y la luz del sol inundó el agujero. Ollie parpadeó y se protegió los ojos.

—Hacéis demasiado ruido —les dijo Madeleine—. ¿Queréis que os descubra la Wehrmacht?

Cuando a Ollie se le acostumbraron los ojos a la luz, vio el hocico rosa de *Louis*. Las aletas de la nariz se le movieron al olisquear el agujero. Ollie acercó una mano y le rascó la papada.

El cerdo gruñó.

—¿Qué hora es? —preguntó Ollie.

—Ya es de día —respondió Madeleine.

Rascó una cerilla y se encendió un cigarrillo.

Ollie salió del agujero y luego, con cuidado, se colocó bien el cabestrillo que le sujetaba el brazo. Luego se frotó los dedos, fríos debido a la falta de flujo sanguíneo.

Boar se puso en pie y se sentó en el suelo de madera con las piernas colgando en el interior del escondrijo. Se palpó los vendajes de los ojos y olisqueó.

—¿Tienes otro cigarrillo?

Madeleine expulsó el humo por la nariz y luego le pasó el cigarrillo a Boar.

Ollie se quedó pacientemente sentado mientras Madeleine y Boar fumaban, pasándose el cigarrillo del uno al otro hasta que una fina neblina llenó la casa. Dedicó el rato a rascar a *Louis* detrás de las orejas.

Madeleine apagó el cigarrillo en el cenicero de barro, repleto de restos carbonizados de papel de liar. Se acercó a la cocina y empezó a preparar el desayuno: pan de color grisáceo y café amarillento.

Tras sentarse a la mesa, Ollie mordió el pan endurecido y a punto estuvo de partirse un diente.

Miró a Boar, que roía su mendrugo como si fuera un perro que mordisquea cuero sin curtir.

—*Tremper* —dijo Madeleine.

Sacudió la cabeza y luego mojó el pan en el café.

Ollie la imitó enseguida y mojó su pan en aquel brebaje amarillo. Dedujo que se trataba de café de cebada tostada. El pan se ablandó, pero seguía sabiendo a paja molida. Ollie se lo tragó, incluidas las cosas grises que flotaban en el café. Pese al sabor y la textura del pan, le sentó bien notar algo caliente en el estómago. Dormir en el suelo había hecho que le bajara la temperatura del cuerpo y se sentía como un reptil que necesita desesperadamente el sol.

—Bueno —dijo Madeleine mientras encendía otro cigarrillo—. ¿Qué vamos a hacer con vosotros?

—Nos marcharemos en cuanto pueda ver —aseguró Boar. Se bebió de un trago su café y dejó la taza sobre la mesa—. Mientras, haremos llegar un mensaje a la RAF para indicarles dónde estamos, siempre que ese maldito pájaro pueda cruzar el canal volando.

Ollie levantó la mirada de su taza vacía y se dio cuenta de que Madeleine lo estaba observando. Pensó a toda velocidad. «¿Habrá conseguido *Duquesa* volver junto a Susan? ¿Me disparará Boar por haber dejado a la paloma en libertad?»

Ollie se agarró a la mesa.

—En cuanto a la paloma... —empezó a decir.

—¿Más café, teniente de vuelo? —lo interrumpió Madeleine.

Boar asintió.

Ollie agradeció el intento de Madeleine por retrasar su confesión de que había dejado a *Duquesa* en libertad, pero tarde o temprano tendría que decírselo al teniente. Y cuando eso sucediera, lo iba a pagar muy caro.

—¿Adónde iréis? —preguntó Madeleine mientras volvía a llenarle la taza al teniente.

Dejó la cafetera, que aún echaba humo, en el centro de la mesa.

—Ya lo pensaré —respondió el hombre, y bebió un sorbo de café.

Ollie contempló al teniente. Cuando estaba en el aire, Boar era sin duda un intrépido as de la aviación. Pero ahora estaba en tierra firme, sin un escuadrón al que conducir a la batalla y, de momento, ciego. Curiosamente, el maltrecho piloto parecía formidable e inofensivo a la vez, como una cobra real a la que le han cortado los colmillos.

—La única parte no ocupada es la *zone libre*, muy al sur —contó Madeleine—. A menos que planeéis robar un avión o cruzar el canal a nado.

—Pues iremos a la *zone libre* —dijo Ollie.

Boar pasó el pulgar por el borde de su taza.

—¿Y quién nos va a ayudar a llegar hasta allí, el ejército francés? —preguntó Boar mirando a Ollie—. Por si no te habías enterado, está prácticamente aniquilado.

Ollie miró de reojo a Madeleine y la vio dejar caer los hombros. Su mirada se volvió vidriosa. Ollie se enfureció y, antes de pensar en lo que estaba haciendo, se inclinó por encima de la mesa y

agarró al teniente por la chaqueta.

Boar se retorció, pero Ollie lo sujetó con fuerza.

—Madeleine ha perdido a sus hijos en esta guerra —dijo Ollie. Soltó al teniente y luego bajó la mano—. Y su marido está desaparecido desde la invasión.

Boar se colocó bien la chaqueta y miró a Madeleine.

—De haberlo sabido, Madeleine, no habría hecho ese comentario. —Se llevó una mano a la funda de la pistola—. Tú vuelve a tocarme, yanqui, y desearás haber caído en manos de los nazis.

—Ya basta —pidió Madeleine. Le dio una calada a su cigarrillo y expulsó el humo hacia la mesa, creando así una barrera de vapor que separaba a Ollie y al teniente—. Tenemos muchas cosas que planificar, si es que queréis tener la oportunidad de volver a casa.

—Con el debido respeto, Madeleine —dijo Boar—, tenemos muy pocas posibilidades de regresar a Gran Bretaña. En cuanto se me hayan curado los ojos, mi intención es usar las balas que me quedan contra la Wehrmacht, eso si no las gasto antes con este yanqui.

—Serás más útil como piloto para luchar contra la Luftwaffe, ¿no?

—Puede. —Boar apuró su taza de café y miró a Madeleine—. Mi más sincero pésame.

—*Merci* —respondió ella.

Las palabras de Boar sorprendieron a Ollie. Creía que el piloto era un malnacido insensible y se preguntó si el hecho de haberlo zarandeado había sacado a la luz, ni que fuera temporalmente, un rastro de conciencia humana escondida bajo capas y más capas de piel curtida por la guerra.

Madeleine se aclaró la garganta y luego le puso el cigarrillo en la mano a Boar.

Mientras Madeleine y el teniente compartían otro cigarrillo, *Louis* echó a correr hacia la puerta. Olisqueó y rascó el suelo con las pezuñas. Madeleine empezó a ponerse en pie, pero se detuvo cuando Ollie le apoyó una mano en el hombro.

—Ya le abro yo —dijo el joven—. Gracias por el desayuno.

Madeleine sonrió.

Ollie deseaba estar unos momentos al aire libre. Al fin y al cabo, y según parecía, se iba a pasar varios días respirando el aire viciado del escondrijo y el humo del tabaco, al menos hasta que su cuerpo se recuperara lo suficiente. Justo al abrir la puerta, un pájaro le pasó volando por encima de la cabeza. Ollie se agachó. El cerdo chilló. El teniente se puso en pie de un salto y cogió su pistola.

Ollie miró hacia arriba y vio al pájaro posarse en la encimera de la cocina.

—¿Qué narices ha sido eso? —soltó Boar empuñando la pistola.

—Paloma —le explicó Madeleine al tiempo que le apoyaba una mano en el brazo.

Boar soltó ruidosamente el aire y luego guardó de nuevo la pistola en la funda.

—Más te vale que metas a ese maldito pájaro en su jaula, yanqui.

Al principio, Ollie pensó que los ojos lo habían engañado. «No puede ser *Duquesa* —pensó—. La envié a casa. Se marchó volando.»

El pájaro ladeó la cabeza y luego sacudió sus plumas fosforescentes.

Ollie cogió a *Duquesa* de la encimera.

La paloma zureó.

Lo primero que percibió Ollie fue que tenía las plumas heladas. Y lo segundo, que ya no llevaba el cilindro sujeto a la pata.

*Epping, Inglaterra*

Susan inspeccionó el palomar. Nidos vacíos. De las quinientas palomas lanzadas sobre Francia, sólo habían regresado ciento cuatro, apenas una de cada cinco. Y aquella mañana únicamente habían regresado dos, ninguna de las cuales era *Duquesa*. «¿Por qué se había marchado? ¿Asustada por las bombas?» En el fondo de su corazón, Susan deseó poder marcharse volando también ella. Ir a algún lugar seguro. Un país en el que la comida fuera abundante y no hubiera que comprarla con cartillas de racionamiento. Un lugar en el que no hubiera sirenas ni bombas. Pero no podía abandonar a Bertie, ni a sus palomas, ni tampoco renunciar a su convencimiento de que Ollie volvería a casa tarde o temprano.

Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó la nota. La había leído infinidad de veces y siempre que la contemplaba notaba en el pecho una punzada de culpabilidad. Y ahora Ollie se había convertido en una baja más de la misión Fuente Columba: lo habían lanzado en mitad de la guerra como si fuera una paloma más.

Se guardó de nuevo la nota en el bolsillo, se ocupó del resto de los palomares y entró en casa. Vio a Bertie, con la cara muy pálida, colgando el teléfono.

—¿Qué ocurre?

—Te he preparado té —dijo el anciano, eludiendo la pregunta.

Bertie se sentó a la mesa de la cocina y le dio una palmadita a la silla de al lado. La joven se sentó, con una angustiada sensación de calor.

—¿Quién era?

Su abuelo le acercó una taza de té.

—Era del Servicio Colombófilo Nacional. Quieren otras quinientas palomas.

—¿Para cuándo?

—Dentro de una semana.

Susan movió la cabeza de un lado a otro.

—Sólo tenemos trescientas que estén preparadas.

—Pues tendremos que preparar a las demás —suspiró Bertie—. Y, si hace falta, utilizaremos a las que acaban de volver.

—No tenemos bastante tiempo.

—Lo que no tenemos es elección, cariño.

—Diles que llamen a otra granja.

—Susan —dijo Bertie—, el ejército ha especificado que quiere nuestras palomas.

Susan aferró con fuerza su taza de té y parte del líquido caliente se le derramó sobre los dedos.

—¿Por qué?

—Deben de haber regresado con algo importante: de lo contrario, se habrían limitado a pedir las palomas a la siguiente granja de la lista —sonrió Bertie—. Lo están consiguiendo, cariño. Nuestras palomas están trayendo inteligencia francesa. Y están informando a nuestro ejército acerca de dónde está trasladando Hitler a sus tropas.

Susan trató de sonreír, pero ya había perdido demasiadas cosas. Aquello era lo que había deseado, el éxito de Fuente Columba, pero no a expensas de Ollie. Se puso en pie.

—¿Adónde vas? —le preguntó Bertie.

Susan cogió su abrigo.

—Tengo que preparar quinientas palomas.

—Te ayudo.

Bertie se levantó, se acercó cojeando a la puerta y cogió su chaqueta del perchero. El crujido de las articulaciones del anciano hizo que Susan se detuviera.

—Deberías descansar.

—Ya haré vacaciones cuando derrotemos a ese bárbaro del Führer —dijo Bertie—. Hasta entonces, voy a ser más implacable que su Luftwaffe.

Susan tomó del brazo a su abuelo y lo ayudó a llegar a los palomares. Empezaron a meter las palomas en sus cestas para preparar un vuelo de entrenamiento. Mientras Susan cargaba las canastas en la caja de la camioneta, se fijó en que su abuelo se acercaba cojeando a uno de los soldados, que estaba de pie delante de la tienda fumando un cigarrillo.

—¿Podríaís ayudarnos? —le preguntó Bertie.

—Nosotros tenemos nuestras órdenes, señor. Y ustedes las suyas.

El soldado arrojó el cigarrillo y entró de nuevo en la tienda.

—Idiota —dijo Bertie mientras regresaba de nuevo junto a Susan—. Invaden nuestra granja, se comen nuestra comida y no son capaces de levantar un dedo para ayudarnos.

Susan advirtió que a Bertie se le habían puesto rojas las mejillas.

—Órdenes, y un pimiento —prosiguió Bertie—. Lo único que hacen es estar todo el día sentados en esa tienda, esperando a que suenen las condenadas campanitas. Fíjate bien en lo que te voy a decir, cariño: en la Gran Guerra, nuestros soldados no eran unos canallas haraganes como esos dos.

Susan vio a Bertie agarrar una de las cestas y dirigirse cojeando a la camioneta. El hecho de que los soldados estuvieran sentados en la tienda, seguramente jugando a las cartas o durmiendo, la puso furiosa. Un anciano, que encima apenas podía caminar, estaba trabajando a destajo justo delante de sus narices. Y ellos ni se movían. Así que antes de tener tiempo de pensárselo dos veces, fue a la tienda y abrió de golpe la puerta de lona.

Uno de los soldados, que estaba leyendo una revista, la cerró de golpe. Su camarada estaba

tendido en el catre y se puso en pie de un salto.

—¡Empezad a mover las posaderas! —les gritó. Notaba el pulso en los oídos.

Los soldados se ruborizaron, como si una mujer acabara de entrar en las duchas de los hombres.

—¡Fuera los dos, a ayudar! —dijo, señalando al exterior—. Si no, llamaré a vuestro superior y le diré que os dedicáis a dormir en lugar de hacer vuestro trabajo.

Uno de los soldados, el que estaba leyendo la revista, dijo:

—No puede hacer eso.

—Oh, claro que puedo —repuso Susan, apoyando las manos en las caderas—. ¿O preferís que llame al vicemariscal del aire Keith Park?

Los soldados se quedaron boquiabiertos. Se miraron el uno al otro y luego salieron de la tienda a toda prisa.

Bertie, que en ese momento llevaba una cesta de palomas, se detuvo y sonrió. Observó a los soldados mientras empezaban a coger cestas y a llevarlas hacia la camioneta.

—Bien dicho —dijo, acercándose a su nieta.

—No me puedo creer lo que he hecho.

Susan tenía el corazón desbocado y cogió una bocanada de aire para calmarse.

—Dejar caer el nombre ha sido un buen detalle, tendría que haberlo hecho yo, pero creo que ha sido ese palabro que has usado lo que los ha obligado a moverse.

Susan relajó los hombros.

—Se lo oí decir a la abuela una o dos veces.

—Conmigo siempre le funcionaba. —Le sonrió a Susan y siguió trabajando—. Posaderas —dijo, riéndose para sus adentros.

Durante el resto de la mañana, Susan y Bertie se dedicaron a meter palomas en las cestas mientras los soldados, murmurando de vez en cuando alguna que otra ordinariez, las cargaban en la camioneta. El trabajo en cadena funcionaba a la perfección y Susan empezó a pensar que la menor de sus preocupaciones eran los vuelos de entrenamiento. El verdadero problema era la cuota de quinientas palomas más. Seleccionó en los palomares todas las aves que creía lo bastante mayores o lo bastante fuertes para cruzar volando el canal, aunque la mayoría de ellas tenía un entrenamiento limitado. Así pues, para asegurarse de que no se perdieran durante el vuelo de entrenamiento, añadió también unas treinta palomas veteranas, cansadas aún tras su regreso desde Francia. Cuando terminó, en los palomares sólo quedaban polluelos y madres que estaban incubando.

Insistió en que Bertie se quedara en casa para esperar el regreso de las palomas. El anciano protestó, pero finalmente cedió cuando Susan le dijo que los soldados, de nuevo metidos en su tienda, estaban de bastante mal humor y alguien debía quedarse en casa para comprobar que todo salía bien. Antes de que Susan se marchara, Bertie le preparó algo de comer: un trozo de pan, tostado para disimular que estaba rancio, y un poco de queso. Mientras se alejaba en la camioneta,

Susan vio a su abuelo sentado en el porche, a la espera de que en el horizonte apareciera alguna paloma más.

El trayecto por Essex resultó tranquilo: vio pocos coches en la carretera y aún menos personas fuera de las casas. Tuvo la sensación de que toda Inglaterra estaba metida en casa, preparándose para un largo invierno o para un nuevo bombardeo. Pero en Clacton-on-Sea todo cambió: a un lado de la carretera vio a tres miembros de la Guardia del Interior, voluntarios demasiado viejos o con algún problema físico que les impedía ir a la guerra, arrancando un poste indicador. Los tres llevaban abrigos que ocultaban casi por completo el uniforme, pero resultaba fácil reconocerlos por la gorra de color verde militar. Sus armas —distintos tipos de viejas escopetas de caza— estaban apoyadas en un abedul como si fueran troncos para encender el fuego. Susan detuvo la camioneta y bajó la ventanilla.

—¿Qué hacen? —les preguntó.

Un hombre de bigote gris y carrillos hinchados, como si fuera una ardilla que esconde bellotas, dejó caer la pala y se acercó a la camioneta.

—Prepararnos para la invasión.

Susan sujetó el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

El hombre se colocó bien la gorra y apoyó las manos, sucias de tierra, en la puerta.

—¿Para quién trabajas?

—Servicio Colombófilo Nacional.

Susan vaciló y luego buscó su insignia del Servicio Colombófilo Nacional, un broche metálico que prefería guardar en el monedero en lugar de llevarlo prendido en la solapa, y se lo entregó.

El hombre contempló la insignia y luego echó un vistazo a las palomas, en la caja de la camioneta.

Susan se dio cuenta de que el hombre había suavizado la mirada.

—A mi hijo, Andrew, le encantaba dar de comer a las palomas en el parque cuando era un crío. —Se aclaró la garganta y le devolvió la insignia—. Le gustaba darles la corteza de los sándwiches.

Susan sonrió y volvió a guardarse la insignia en el monedero.

El hombre suspiró y su aliento se convirtió en una neblina en contacto con el aire frío.

—Andrew no ha vuelto de Calais.

Aquellas palabras sorprendieron a Susan, pero sabía —por lo que ella y Bertie habían leído en los periódicos— que unos pocos miles de soldados británicos habían opuesto resistencia a la invasión alemana. Habían luchado hasta el final y gracias a ellos se había podido evacuar a las tropas británicas de Francia. En total, más de trescientos mil soldados habían abandonado el puerto de Dunkerque en una flota de buques militares y endebles pesqueros. Había sido el milagro de Dunkerque. Pero los hombres de Calais no habían vuelto. En opinión de Bertie, se habían convertido en los chivos expiatorios.

—Estaría orgulloso de ver a su padre esforzándose tanto por defender su patria. —Miró al

hombre a los ojos—. Añadiré a Andrew a nuestras plegarias.

—Gracias. —El hombre resopló y luego irguió la espalda—. Te aconsejo que termines cuanto antes tu trabajo y vuelvas a casa. Hace unas cuantas noches que llegan temprano.

Susan asintió y se alejó de allí, avergonzada por el hecho de que ver una paloma hubiera despertado en aquel hombre recuerdos tan queridos. Y triste por las muertes de tantos hombres jóvenes, y por las muchas que seguirían.

Durante el trayecto vio a otros miembros de la Guardia del Interior y pronto comprendió que estaban tapando todos los indicadores de carretera de la península. Algunos de los postes que señalizaban las direcciones resultaban demasiado grandes para arrancarlos, de modo que se limitaban a pintarlos de negro. La costa de Essex era un laberinto de carreteras sinuosas y, según parecía, el ejército —o por lo menos la Guardia del Interior— no quería dar facilidades a los alemanes para que se orientaran. «¿De verdad unos pocos errores en el camino van a detener al ejército alemán?»

Llegó a la costa por la tarde. Había cambiado mucho desde su última visita o, mejor dicho, se había convertido en un puesto militar. En lugar de descargar la camioneta o descansar unos minutos para comerse el pan y el queso que Bertie le había empaquetado, se dejó llevar por la curiosidad de ver lo que había hecho el ejército, de modo que aparcó la camioneta a un lado de la carretera y bajó.

La cresta que descendía hacia la orilla estaba repleta de fortines, estructuras de cemento reforzado con pequeñas ventanas en forma de rendijas rectangulares. La playa, en otros tiempos impoluta, estaba ahora cubierta por lo que parecían kilómetros y kilómetros de rollos de alambre de púas, afiladas como cuchillas. Se habían montado enormes ametralladoras, con el cañón apuntando hacia el cielo, en los acantilados que se alzaban junto a la orilla. Decenas de soldados, apostados ante los fortines, montaban guardia sobre el canal.

La realidad de que la invasión era inminente hizo que le temblaran las piernas. Gran Bretaña se estaba preparando para luchar en la guerra en sus propias costas. Y en algún lugar, al otro lado de aquellas aguas grises como la pizarra, estaba Ollie. Unió las manos y rezó para que consiguiera volver a casa. Pero... ¿qué encontraría? ¿Una Gran Bretaña ocupada por los nazis?

Susan esperaba ver mandos del ejército gritando órdenes, soldados trasladando proyectiles y cajas de munición, pero en la península reinaba un silencio inquietante. «La calma antes de la tormenta nazi», pensó. Sólo vio gaviotas que chillaban, suspendidas como cometas sobre las olas que rompían en la orilla. Al fijarse en uno de los fortines se dio cuenta de que el soldado que lo custodiaba no se había movido. Se mostraba disciplinado, estoico. Cumpliendo con su deber. Pero apenas unos segundos más tarde, una gaviota que al parecer estaba cansada de dejarse llevar por el viento se acercó volando y se posó en el casco del hombre.

Susan esperaba que el hombre espantara al pájaro, pero siguió en posición de firmes con la mirada fija en el mar. Se le erizó el vello de la nuca.

—Hola —lo llamó, pero al parecer las olas amortiguaron su voz.

El soldado siguió inmóvil. Susan lo llamó de nuevo, pero ni aquel soldado ni los demás parecieron reparar en su presencia.

Susan se armó de valor y se dirigió con sigilo hacia el fortín. Cuando se aproximó, la gaviota emprendió el vuelo y desplazó el casco del soldado, que quedó extrañamente ladeado. Pero el hombre, impertérrito, continuó vigilando el canal. Susan avanzó unos cuantos pasos más y sólo entonces se dio cuenta de que el soldado —si es que se lo podía llamar así— no era más que un maniquí vestido con un uniforme militar. El casco estaba salpicado de excrementos de ave. Susan se estremeció. Al fijarse mejor, descubrió que no sólo el soldado era un maniquí, sino que el fortín era falso: lo habían construido con unos cuantos ladrillos sueltos que luego habían pintado de color gris. Las ametralladoras instaladas para proteger la costa eran en realidad tubos de desagüe y sus cañones no servían más que para recoger agua de lluvia. La supuesta playa fortificada era un engaño. Fortines, ametralladoras, soldados..., todo falso. Lo único real, al parecer, era el alambre de púas. «Que Dios nos ayude», pensó Susan.

¿Dónde estaba el ejército británico? Los alemanes no necesitaban más que unas tenazas baratas para entrar tranquilamente en Essex. Los miembros de la Guardia del Interior, armados con escopetas de caza, varas de madera con un cuchillo sujeto en la punta a modo de bayoneta y unos pocos cócteles molotov, no podrían detener a los alemanes. Llegarían hasta Epping y luego tomarían Londres. A Susan le entraron ganas de llorar. De rendirse. Pero en lugar de eso, se obligó a regresar a la camioneta.

Atemorizada por aquella falsa fortificación, tardó más de una hora en descargar las palomas. Cuando dejó la última cesta en la hierba, las palomas, que ya intuían el inicio de su viaje, empezaron a ponerse nerviosas. Susan fue abriendo las puertas de las cestas, una a una, y las palomas se elevaron hacia el cielo. Mientras las aves trazaban el perímetro, Susan sucumbió a una oleada de tristeza y dejó caer los hombros al darse cuenta de que aquél iba a ser su último vuelo de entrenamiento. Y teniendo en cuenta el índice de supervivencia de la misión, también iba a ser la última vez que las vería volar juntas.

Susan recogió las cestas vacías y emprendió la marcha. Tras haber recorrido unos pocos kilómetros, cogió el camino equivocado, ya fuera porque había desaparecido el indicador o porque ella estaba distraída pensando en que el ejército británico había reclutado maniquís. Fuera lo que fuera, se encontró en el extremo más alejado de la península antes de comprender que se había equivocado.

El sol empezaba a ocultarse tras los árboles. Se había retrasado mucho y tendría suerte si conseguía llegar a casa antes de que anocheciera. Dio media vuelta. El sándwich que Bertie le había preparado cayó al suelo. Susan pisó a fondo el acelerador y el motor rugió. El viento aullaba entre las jaulas vacías. Con la intención de ahorrar tiempo, tomó lo que ella creía que era un atajo y se perdió de nuevo. Había estado en Clacton-on-Sea decenas de veces, pero sin las señales de tráfico en la carretera todo le parecía distinto e igual al mismo tiempo; se sentía como si la hubieran abandonado en un laberinto. No conseguía encontrar una salida. Por desgracia, ya

había oscurecido cuando finalmente encontró la carretera principal y pudo salir de Clacton-on-Sea.

Puesto que debía respetar el oscurecimiento, Susan no encendió los faros. La carretera, apenas visible, le exigía conducir muy despacio. La campiña estaba desierta. Al parecer, pensó Susan, todo el mundo se había ocultado ya en los refugios. Las sirenas empezaron a sonar justo antes de llegar a Epping. Decenas de reflectores escudriñaron el cielo cerca del aeródromo de North Weald en forma de haces de luz blanca que zigzagueaban entre las nubes. Se aferró con fuerza al volante. Apenas unos segundos después, oyó los disparos de las baterías antiaéreas. Brutales estallidos que le retumbaban en los oídos. Los fogonazos de las explosiones aéreas iluminaban el cielo. Condujo más rápido, tratando de que la camioneta no se saliera de la carretera.

Llegó a casa justo cuando las primeras bombas caían sobre Londres. Vio, a través del parabrisas, los destellos blancos que iluminaban el horizonte segundos antes de que se escucharan las explosiones. Detonaciones ensordecedoras. El suelo, la camioneta y hasta sus propios huesos parecían vibrar. Bajó del vehículo, sin molestarse en quitar la llave del contacto, y corrió hacia la casa. El olor a pólvora detonada le llenó los pulmones. Abrió la puerta de par en par.

—¡Abuelo! —exclamó.

Bertie se levantó de una silla de la cocina, situada junto a una de las ventanas delanteras, y la estrechó entre sus brazos. Susan se dejó abrazar.

—Lo siento.

Bertie la miró.

—¿Estás bien, cariño?

Susan asintió.

—Les he pedido a los soldados que me ayudaran a buscarte, pero se han negado a abandonar su condenado puesto. Cobardes.

—¿Han vuelto las palomas? —preguntó.

—Todas.

—¿Y alguna de Fuente Columba?

El anciano negó con la cabeza y luego apoyó el peso del cuerpo en una silla.

—¿Qué ha pasado?

Susan escuchó una fuerte explosión y vaciló.

—Han ocultado todas las señales de tráfico.

Bertie arqueó las cejas.

—¿Por qué?

Susan tragó saliva.

—Se preparan para la invasión.

No tuvo valor para contarle que quienes protegían la costa eran simples maniqués de escaparate.

*Epping, Inglaterra*

Susan contempló su cuenco de gachas. Pese a los retortijones de hambre, y el hecho de que se le empezaban a marcar las costillas como si fuera un perro callejero, no se sentía capaz de levantar la cuchara. No había dormido. El bombardeo había sido extraordinariamente intenso. Tan brutal que Susan estaba convencida de que en Londres ya no quedaba nada, excepto un agujero que conducía al centro mismo de la Tierra.

Las sirenas habían sonado durante casi toda la noche. Las ametralladoras disparaban, la tierra temblaba. Susan se había acurrucado bajo su manta, como si estuviera dentro de un capullo, y había rezado hasta que le habían empezado a doler los nudillos: había rezado para que los londinenses estuvieran a salvo, para que Gran Bretaña sobreviviera, para que Ollie volviera a casa. Y esa mañana, al despertarse, había descubierto que sólo una paloma más había regresado de Francia. Una de casi cuatrocientas que seguían desaparecidas. No era *Duquesa*.

—Tienes que comer algo —le dijo Bertie.

—No puedo.

—Inténtalo —insistió—. Tenemos que conservar las fuerzas para ganar la guerra.

Susan pensó en Clacton-on-Sea. En los fortines falsos. En los maniqués disfrazados de soldados. Por primera vez, sus esperanzas de ganar la guerra no sólo se habían diluido, sino que se habían esfumado directamente. En el mejor de los casos, los británicos tendrían que aprender a vivir bajo las leyes de Hitler.

Bertie le dio un golpecito al cuenco de Susan.

—Sé un huevo, cariño.

A Susan se le humedecieron los ojos. Se secó las mejillas y cogió su cuchara: poco a poco, se comió todas las gachas, insípidas al no llevar leche, especias ni azúcar. Finalmente dejó caer la cuchara en el cuenco y pensó que la misión Fuente Columba iba a tener que encontrar un milagro o, lo que es lo mismo, descubrir el punto débil de la armadura de los nazis para que Gran Bretaña pudiera sobrevivir.

Dedicaron la mañana a ocuparse de las palomas. Mientras limpiaba los palomares, Susan contemplaba el cielo con la esperanza de ver a *Duquesa* sobrevolando los abedules. Pero los árboles estaban vacíos, a excepción de unas cuantas ardillas descaradas que correteaban en busca de frutos secos para el invierno. Susan arrojó los excrementos a la basura y, justo entonces, oyó el

rugido de un vehículo militar que se acercaba. Los soldados, alertados por el sonido del motor, salieron de la tienda. Bertie también salió de la casa y se subió la cremallera de la chaqueta.

Susan no tardó en descubrir que los militares habían acudido para dejar las jaulas equipadas con paracaídas que se utilizarían en el próximo envío de palomas. Esta vez, sin embargo, las jaulas no se parecían en absoluto a las que se habían empleado en la misión anterior. No eran jaulas, en realidad, ni tampoco cestas. Eran simples tubos. Hechos de cartón, similares a los que se utilizaban para enviar mapas por correo, con la diferencia de que llevaban un pequeño paracaídas incorporado. Sin ventilación, excepto unos pocos agujeros practicados en los extremos para que entrara el aire. Es decir, que las palomas viajarían encerradas en una especie de sarcófago de forma cilíndrica.

—¡Es inhumano! —dijo Bertie mientras inspeccionaba uno de los tubos.

El soldado encargado de entregarlos, un hombre de mandíbula cuadrada, piel pecosa y pelo del color de una cabina telefónica, dio un paso hacia Bertie.

—Es el nuevo diseño —dijo.

—¿Nuevo diseño? ¡Y un pimiento! —exclamó Bertie—. Esto es un tubo para enviar correo.

—No podrán moverse —añadió Susan—. Ni ver nada.

—Las jaulas ocupaban demasiado espacio en el Blenheim. —El soldado se sopló los dedos para calentárselos y luego se metió las manos bajo la chaqueta—. Con esos tubos, necesitaremos menos aviones y arriesgaremos la vida de menos pilotos.

Susan no se imaginaba a sus palomas como si fueran simples planos metidos dentro de un tubo. No eran hojas de papel que hubiera que proteger para que no se arrugaran. Eran palomas. Sus palomas, tan hermosas como inteligentes y leales. Aquellos devotos animales se habían convertido probablemente en la única forma que tenía Gran Bretaña de saber qué estaba haciendo el enemigo al otro lado del canal y, sin embargo, los trataban como correo de segunda clase. A Susan le entraron ganas de pisotear los tubos, hacerlos pedazos y quemarlos en la chimenea de su abuelo.

Mientras contemplaba la pila de tubos, pensó a toda velocidad. «¿Había recibido aquel soldado toda la información? ¿Habían funcionado las jaulas? ¿Algunos de los paracaídas no habían llegado a abrirse?», meditó Susan con un estremecimiento. Deseó que Ollie estuviera allí y recordó el día en que él le había asegurado que los paracaídas depositarían a las palomas sanas y salvas en el suelo.

Observó a los soldados mientras descargaban el último tubo y se alejaban en su vehículo. Los neumáticos dejaron profundos surcos en el suelo. Se volvió hacia Bertie y se dio cuenta de que tenía la cara roja y los puños apretados.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—El ejército se está cargando la misión —dijo, cojeando desde el patio.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—A estirar las piernas.

—Llévate el bastón.

El anciano dijo que no con la cabeza y se alejó arrastrando los pies hacia el campo.

Susan dedujo que se dirigía al granero. Bertie adoraba a sus ovejas, que usaba únicamente para esquilar la lana. El balido de las ovejas, aunque no resultara tan relajante como el arrullo de las palomas, siempre lo reconfortaba. Y ahora que los palomares estaban llenos de tubos de cartón y paracaídas, cosa que seguramente le haría subir la presión, pasar tiempo con sus ovejas era una buena forma de olvidarse de la misión Fuente Columba, aunque fuera sólo durante un rato.

Susan se ocupó de sus tareas y cuidó a las palomas durante el resto de la mañana. Les puso pienso. Rellenó los bebederos. Examinó a los polluelos. Incluso reparó las tablas sueltas que separaban los nidos. Lo que fuera para mantener la mente ocupada.

Cuando terminó de barrer, entró en casa y preparó la comida, pese a que únicamente les quedaban restos de avena con trozos de nabos marchitos. Cuando puso la comida en la mesa, se dio cuenta de que ya eran casi las dos, bastante tarde para comer teniendo en cuenta que el sol se pondría al cabo de unas horas. Así pues, fue a buscar a Bertie con la esperanza de que hubiera disfrutado de aquel rato de paz. Cuando cruzaba el campo, empezaron a dispersarse unas cuantas ovejas que se habían apiñado en una de las pocas zonas en las que aún quedaba hierba. Y lo que vio Susan le cortó la respiración.

Un zapato. Una pantorrilla. Un grito pugnó por escapar de su garganta. Echó a correr, tropezó, cayó... Intentó ponerse en pie, se pisó la falda y cayó de nuevo de rodillas. Las ovejas se dispersaron. Y allí estaba su abuelo, boca abajo entre los tréboles, rodeado de ovejas que balaban.

*Airaines, Francia*

—Al teniente de vuelo no le caes bien —dijo Madeleine mientras se dirigía con Ollie al granero. *Louis* iba tras ellos.

Ollie dirigió la mirada hacia la casa y Madeleine le frotó el hocico a *Louis*, cosa que hizo gruñir al cerdo.

—¿Está enfadado contigo porque te quedaste atrapado en su avión?

Ollie abrió la puerta del granero.

—Digamos que los estadounidenses no le gustan mucho.

Ollie cogió con cuidado a *Duquesa*, acurrucada en su cabestrillo, y luego la metió en su jaula, que había escondido bajo un montículo de paja. La paloma cerró los ojos, como si tuviera sueño, y luego metió la cabeza bajo el ala. Ollie permaneció de pie, con el tobillo rígido y dolorido, y miró a Madeleine.

—Especialmente los que pegan a los oficiales.

Madeleine se echó a reír. Una especie de carraspeo le resonó en el pecho.

—¿Por una mujer?

Ollie asintió.

—¿Susan?

—Se te daría bien leer la mano, Madeleine.

Ollie introdujo un dedo en la jaula y le examinó la pata a *Duquesa* mientras se preguntaba cómo era posible que no le hubiera sujetado correctamente el cilindro. «¿Qué puedo usar ahora para sujetarle otro mensaje? ¿Cordel? ¿Alambre? ¿Cinta?»

—Supongo que no sabrías decirme dónde puedo encontrar otro cilindro para enviar un mensaje, ¿verdad?

Madeleine guardó silencio y luego miró al exterior.

—*Oui*.

Ollie cambió el peso de pierna. Notaba el tobillo hinchado dentro de la bota.

—¿Dónde?

—A una hora de aquí, en el bosque —respondió Madeleine—. *Louis* y yo volvíamos de recoger trufas cuando vuestros paracaídas cayeron del cielo.

—¿Cómo puedo llegar hasta allí?

—Demasiado peligroso —advirtió Madeleine—. La Wehrmacht tiene patrullas. Y la Luftwaffe

un aeródromo allí cerca. Te descubrirán.

—Me camuflaré —dijo Ollie, señalando su ropa.

—Tu inglés te pegará un tiro.

Ollie tragó saliva.

—Tengo que intentarlo. Necesitamos otro cilindro. Y si hay más palomas, podríamos usarlas para enviar información a Gran Bretaña.

Madeleine vaciló.

—Sería mejor ir allí de noche —dijo al fin.

Ollie negó con la cabeza.

—Las posibilidades de encontrar una jaula en la oscuridad, sobre todo si no puedo usar una linterna, son casi inexistentes. Además, si no han descubierto aún a las palomas, éstas no durarán mucho. Hace frío y no tienen agua.

Madeleine tiró de un hilo suelto de su jersey.

—Dile a Boar que has intentado impedírmelo —dijo Ollie—, pero que yo he insistido en ir a echar un vistazo.

La mujer cruzó los brazos y bajó la cabeza.

Ollie le apoyó una mano en el hombro.

—No tengo intención de dejarme atrapar. Pero si me capturan, jamás diré que me has ayudado.

—Sigue el arroyo —dijo la mujer a regañadientes. Tras darle los detalles necesarios sobre el lugar en el que se hallaban los paracaídas, dejó escapar un entrecortado suspiro—. Ten cuidado.

Ollie asintió y se subió la cremallera de la chaqueta.

De haber sabido Ollie lo mucho que le iba a doler el tobillo, no habría ido. Le empezó a doler cuando apenas había caminado quince minutos por el bosque. Y, como si se tratara de una hilera de fichas de dominó que van cayendo, el dolor le empezó a subir por la pierna y le provocó un espasmo en el hombro. Poco después, el pie le comenzó a palpitar, por lo que tuvo que desperdiciar un tiempo muy valioso buscando una rama en forma de espoleta de pollo para usarla como muleta. Ollie siguió avanzando trabajosamente, cojeando entre el sotobosque. Saltó troncos cubiertos de musgo y vadeó arroyos poco profundos, guiándose por lo que recordaba de las indicaciones de Madeleine.

Menos de una hora después llegó a un campo ondulado, parecido al que Madeleine le había descrito. Se sentó a descansar, se apretó el cabestrillo para evitar que se le moviera la articulación del hombro y luego se aflojó los cordones de la bota. La presión disminuyó de inmediato. Se subió la pernera de los pantalones y echó un vistazo dentro de la bota. El tobillo, que prácticamente había duplicado su tamaño, estaba de color berenjena. Hizo una mueca de dolor. Tal vez no estuviera roto, como había dicho el médico francés, pero Ollie se sentía como si le hubieran extendido los tendones con una máquina de estirar caramelo.

Se le ocurrió ponerse un poco de barro frío para reducir la hinchazón y echó un vistazo a los terrenos que lo rodeaban. El campo estaba pelado. Lo que creciera allí, ya había sido cosechado.

Del suelo asomaban brotes secos, como si hubieran cortado el campo al rape. Un discreto movimiento le llamó la atención al fondo del terreno: una mancha de color crema, como si alguien hubiera lanzado una almohada. Entornó los ojos. El viento silbaba. Y el paracaídas de seda se hinchó, dejando a la vista una jaula de madera. Ollie se puso en pie y echó a andar.

Cuando apenas había dado unos pasos por el campo, oyó algo que parecía el motor de un cortacésped. Se quedó inmóvil. Contuvo el aliento. El ruido del motor se acercó. Ollie dio media vuelta y echó a correr, notando un intenso dolor en el tobillo. La muleta se le clavaba en la axila y le provocaba dolorosas punzadas en el hombro. Se alejó saltando a la pata coja. El motor chirrió. Ollie se ocultó entre el sotobosque justo cuando tres soldados de la Wehrmacht, dos en una motocicleta y el tercero en un sidecar que llevaba una ametralladora incorporada, aparecían en lo alto de una loma. A Ollie le empezó a palpar el pecho y rezó para que no lo hubieran visto.

El soldado que iba en el sidecar señaló algo y la motocicleta se detuvo con un chirrido de frenos. Los soldados descendieron, se colgaron las armas al hombro y se adentraron en el campo.

«Maldita sea.» Ollie quiso cubrirse con tierra y hojas secas, pero temía que el más leve movimiento pudiera alertar a los soldados.

Cuando el primero de los hombres llegó hasta la jaula, subió el paracaídas con el cañón de su rifle.

—*Taube* —dijo.

Los demás se acercaron.

El soldado que conducía la motocicleta, un hombre alto y desgarbado, levantó su rifle y golpeó la jaula con la culata. El crujido resonó en todo el campo. Una bandada de estorninos emprendió el vuelo de entre los árboles, cosa que hizo volverse a los soldados y mirar hacia donde se encontraba Ollie.

Ollie bajó la cabeza y pegó la barbilla al suelo.

Los soldados se concentraron de nuevo en la jaula. Y el soldado más alto metió la mano y arrancó el cilindro con un seco chasquido, como el de un lápiz al partirse en dos.

Ollie apretó los puños.

El soldado desenroscó el tapón y echó un vistazo al interior. Del cierre colgaba una pata cortada.

—*Nichts* —dijo, arrojando de nuevo el cilindro a la jaula.

Aplastó los restos de la jaula con la bota, como si estuviera apagando un cigarrillo. Los soldados, tras haber comprobado satisfechos que no había más jaulas por allí cerca, regresaron a su vehículo. El conductor arrancó la moto con el pie y le dio gas. Del tubo de escape salió una nube de humo. Mientras se alejaban, Ollie creyó escuchar entre el rugido del motor algo que sonaba a carcajadas.

Cuando estuvo convencido de que no iban a volver, se puso en pie y se dirigió cojeando al campo. La punta de la muleta se clavaba en el terreno a cada paso que daba. Tenía hojas secas

pegadas a la chaqueta, pero no se molestó en quitárselas. En el aire flotaba el olor acre del humo de la moto. Siguió andando hasta llegar a los restos de la jaula.

La paloma tenía el pecho aplastado y las alas arrugadas como abanicos de papel. Cuando Ollie metió la mano en la jaula para coger el cilindro, rozó el cuerpo del pobre animal y se dio cuenta de que aún estaba caliente. El pájaro tenía la cabeza torcida y la jaula estaba llena de plumas ensangrentadas. Retiró con cuidado la pata que colgaba del cierre del cilindro. Mientras se lo guardaba en el bolsillo, pensó en Susan y lamentó no haber llegado antes.

El camino de vuelta se hizo más largo, pues Ollie tuvo que detenerse varias veces a descansar y colocar la pierna en alto para reducir un poco el flujo de sangre hacia el tobillo. Cuando se topó con unas vías de tren creyó haberse perdido, hasta que a lo lejos vio el campanario de la iglesia de Airaines, el pueblo de Madeleine. Al dar media vuelta para seguir la dirección correcta, le llamó la atención el sonido del motor de un avión. Se ocultó bajo un pino. El zumbido aumentó de intensidad. Momentos más tarde, un escuadrón de aviones Messerschmitt sobrevoló el bosque. En lugar de ganar altitud, los cazas formaron una línea. Bajaron el tren de aterrizaje y desaparecieron tras los árboles al otro lado de las vías del tren.

A Ollie se le ocurrieron distintas opciones. Podía regresar a casa de Madeleine. Al fin y al cabo, ya tenía el cilindro que necesitaba. Y el tobillo, por no hablar ya del hombro, le dolía un horror. Pero ¿cómo iba a dejar pasar la oportunidad de obtener información útil? De momento, lo único que podía enviarle a Susan —y, de paso, a la RAF— era que él y Boar estaban escondidos como ratas bajo unas tablas de madera. Antes de tener tiempo de pensárselo dos veces, cruzó las vías y siguió avanzando entre los pinos.

Las agujas caídas formaban una mullida alfombra bajo sus pies. Avanzó sigilosamente. En cuestión de minutos llegó a los límites de un aeródromo. Oculto bajo una bóveda de ramas, se tendió en el suelo y avanzó reptando. El pulso se le aceleró. Los alemanes habían construido cuatro pistas después de haber requisado varias granjas y haber allanado los terrenos con las excavadoras que en aquel momento estaban aparcadas junto a una alambrada. La tierra antes dedicada a los cultivos se había convertido ahora en una base para la flota de aviones de la Luftwaffe.

Pegados al lado de un campo había decenas de cazas Messerschmitt: el morro, negro y liso, y el cuerpo gris les daban un aire temible, incluso estando en tierra. Ollie contó más de cuarenta bombarderos Heinkel, tan grandes que cada uno de ellos podía cargar suficientes explosivos para arrasar una manzana entera de casas. También vio muchos Stukas, feos mosquitos mecánicos célebres por su precisión en el bombardeo en picado, y otros aviones que no supo reconocer. En la biblioteca de Buxton había leído acerca de la creciente superioridad aérea de los alemanes. Había visto sus aviones sobrevolar Epping y el canal de la Mancha, pero no estaba preparado para aquella inquietante imagen de la Luftwaffe en reposo, y tuvo la sensación de haberse metido en una madriguera de leones dormidos.

Vio a varios soldados junto a un hangar que cargaban bombas y cajas de munición en un

camión, probablemente preparando ya un nuevo ataque nocturno. Junto a una de las pistas, descubrió cientos de bidones de combustible.

Ollie avanzó unos pocos centímetros más y se detuvo. En el extremo más alejado del aeródromo vio un centinela que recorría el perímetro de las instalaciones. Llevaba una metralleta colgada al hombro. Y un pastor alemán sujeto con una correa.

«Oh, no.»

Echó un vistazo a su alrededor. En la esquina del campo, el terreno subía abruptamente hacia un grupo de pinos de ramas caídas. Si conseguía llegar hasta allí, vería las pistas desde lo alto, lo cual le permitiría hacer un inventario más preciso de los aviones. Pero estaría pegado a la valla y era probable que el centinela lo viera al doblar la esquina. Más probable aún era que el perro lo oliera. Al fin y al cabo, apestaba a sudor. Por suerte, el viento soplaba a su favor, porque de no haber sido así ya lo habría detectado.

Cuando se disponía a arrastrarse de nuevo hacia el bosque, oyó un grito. El centinela adoptó la postura de firmes y saludó extendiendo el brazo. Otro militar, probablemente un oficial por la forma curva de su gorra, se acercó al centinela. El perro se sentó sobre los cuartos traseros y se quedó inmóvil como una estatua de jardín.

Ollie vaciló. El oficial charló con el centinela. Transcurrió un minuto. Dirigió la mirada hacia el punto que estaba en la esquina del campo. Se hallaba a unos veinte o quizá treinta metros de distancia. En lugar de perder otro segundo, Ollie se arrastró hacia allí. Trató de ignorar el dolor del hombro y del tobillo y, finalmente, llegó a su destino. Cuando levantó la mirada, vio que el oficial se había marchado y que el centinela proseguía su ronda junto a la valla.

Contó con rapidez los aviones de la primera pista. Luego los de la segunda.

El centinela siguió avanzando. El perro olisqueó el suelo y los huesos del lomo se le marcaron bajo el grueso pelaje marrón.

Contó el resto de los aviones y esperó haber realizado un inventario preciso del aeródromo. Y justo cuando se arrastraba hacia el bosque, el perro ladró.

«Mierda.» Tropezó y se sujetó con la muleta. Notó un tremendo dolor en el tobillo.

Otro ladrido.

Ollie imaginó que el centinela soltaba al perro, que el animal corría ya hacia él mostrando los afilados caninos. Imaginó que de un momento a otro se le echaría encima. Que le mordería los brazos y le destrozaría la cara. Respiró más deprisa y siguió cojeando, con una presión insoportable en la pierna.

Justo entonces se oyó el carraspeo del motor de un avión. El zumbido de las hélices silenció el crujido de las agujas de pino bajo sus pies. Cuando llegó a las vías del tren, se dio cuenta de que el perro había dejado de ladrar. Deseó que sólo hubiera ladrado molesto por el ruido del avión que se preparaba para despegar, pero no pensaba quedarse para averiguarlo. Se abrió paso por el bosque, decidido a enviarle toda la inteligencia militar a Susan.

*Airaines, Francia*

—¿Dónde te habías metido, yanqui? —preguntó Boar en cuanto Ollie entró en casa.

Ollie dejó a *Duquesa*, que estaba hecha un ovillo dentro de su jaula, sobre la mesa. Se desplomó en una silla y se secó el sudor de la frente.

Madeleine, que estaban mezclando la col que hervía en una olla, dejó la cuchara de madera y la substituyó por un cigarrillo.

—No te he dado permiso para salir —dijo Boar, colocándose bien el vendaje de los ojos.

Ollie se aflojó los cordones de las botas y apoyó el pie dolorido en una silla.

—No formo parte de la RAF.

—Me da igual, yanqui —respondió Boar, tocando la funda de la pistola—. No voy a permitir que nos pongas en peligro.

Ollie miró a Boar. Supuso que el teniente, pese a no ver nada, estaba lo bastante cerca como para poder dispararle sin errar el tiro. Pero después de haber estado tan cerca de la Wehrmacht y de la Luftwaffe, Boar le parecía en comparación bastante inofensivo. Sacó el cilindro del bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

Al escuchar el ruido, Boar giró bruscamente la cabeza.

—¿Qué ha sido eso?

—Tengo inteligencia militar que enviar a casa —dijo Ollie.

Madeleine le dio una calada a su cigarrillo. La punta brilló y chisporroteó. Miró a *Louis*, que estaba descansando en el suelo.

Boar se volvió hacia donde estaba Ollie.

—¿Qué has visto?

Ollie les habló entonces de la patrulla de la Wehrmacht y de cómo había encontrado por casualidad el aeródromo de la Luftwaffe. Describió dónde se encontraba exactamente, la cantidad y el tipo de aviones que había y, por último, fue a buscar el papel y el lápiz guardados en la jaula de *Duquesa*. Justo cuando empezaba a documentar sus descubrimientos, el sonido de un motor le heló la sangre.

Boar apretó los puños.

—¿Te han seguido?

Ollie se acordó del centinela. «¿El perro habrá seguido mi rastro?»

—Deprisa —dijo Madeleine al tiempo que arrojaba el cigarrillo al fregadero.

El motor rugió. *Louis* gruñó. Apartaron la mesa y retiraron rápidamente las tablas.

Se oyó el chirrido de unos frenos. El motor carraspeó y luego se detuvo.

Boar se dejó caer en el agujero y Ollie lo siguió. Madeleine cogió una tabla.

—Espera —pidió Ollie—. *Duquesa*.

Se oyó el ruido de la puerta de un coche al cerrarse.

Madeleine cogió la jaula, que todavía estaba sobre la mesa, y *Duquesa* batió las alas. Bajó a la paloma al escondrijo. Colocó las tablas en su sitio. Justo cuando desplazaba la mesa por el suelo, llamaron bruscamente a la puerta. *Louis* gruñó. Madeleine le rascó la cabeza y luego se dirigió a la puerta.

—Herr Dietrich —dijo tras abrir.

A través de una rendija del suelo, Ollie vio a un hombre que, supuso, debía de ser un oficial nazi de las SS. El hombre vestía un uniforme gris con una cruz gamada bordada en la manga izquierda. En la gorra de visera lucía insignias doradas que representaban una calavera y un águila. Y sus botas altas relucían como si estuvieran hechas de cristal volcánico. A Ollie se le aceleró el pulso.

El nazi tenía la piel muy pálida y unos párpados rosados que parecían casi transparentes. Pero lo que más llamaba la atención era que le faltaba una parte de la oreja izquierda, como si fuera el ala de una polilla partida en dos. La ausencia de cartílago hacía que la gorra le quedara torcida.

El oficial miró a *Louis* y arrugó la nariz.

—*Schweinestall*.

Madeleine cogió su bolsa de cuero y le dio un puñado de trufas. El nazi las sopesó con la mano y negó con la cabeza. Luego le arrebató la bolsa a Madeleine.

*Louis* gruñó.

Ollie notó a *Duquesa* moverse en la jaula. Se preparó, dispuesto a salir de un salto del escondrijo.

El nazi vació la bolsa de Madeleine. Las trufas rebotaron sobre la mesa. Y una trufa pequeña, del tamaño de una mora, cayó al suelo, rodó y se detuvo junto a la rendija por la que Ollie observaba.

Ollie contempló la trufa, que le tapaba parcialmente la visión. Se preparó para saltar cuando el nazi recogiera el hongo caído al suelo y descubriera la grieta y las tablas sueltas. Quizá Boar tuviera tiempo de disparar un tiro, pero teniendo en cuenta que no veía, sería una suerte que el disparo resultara letal. Y entonces el nazi vaciaría el cargador de su pistola. Ollie imaginó las balas atravesando las tablas de madera, su cuerpo acribillado de plomo. Aquel escondrijo se iba a convertir en su tumba. Se le formó un nudo de impotencia en el estómago y tuvo que hacer un esfuerzo por controlar la respiración.

El nazi recogió las trufas de la mesa y las metió en su gorra, que utilizaba a modo de cesto. Se acercó uno de los hongos a la nariz y lo olisqueó.

Ollie vio la mano de Madeleine pasar junto a la rendija. La trufa desapareció. Entornó los ojos

y vio a Madeleine quitarle el polvo a la trufa y depositarla en la gorra del nazi.

—*Sie finden mehr* —dijo el nazi, admirando su tesoro de trufas.

Madeleine bajó la cabeza.

El nazi dio media vuelta para marcharse y descubrió que *Louis* le bloqueaba el paso. Echó una pierna hacia atrás y le clavó la bota en las costillas al cerdo.

*Louis* chilló, echó a correr por la estancia y derribó una silla.

Ollie notó que le ardía la piel. Le entraron ganas de pegarle un tiro al nazi. Mientras contemplaba la posibilidad de arrebatarse la pistola a Boar, oyó que se abría la puerta y el oficial alemán se marchó.

Pronto retumbaron el sonido de un motor y el crujido de unas ruedas sobre la grava. Y el coche se alejó. Instantes después, la mesa se deslizó de nuevo sobre el suelo y Madeleine retiró las tablas.

Ollie salió arrastrándose del agujero.

—¿Estás bien? —preguntó.

Madeleine asintió.

—¿Y *Louis*? —preguntó Ollie.

Madeleine le frotó las costillas al cerdo, que meneó la cola.

—*Oui*.

—Maldito nazi —dijo Boar al tiempo que se sentaba en el suelo.

*Duquesa* batió las alas. Ollie cogió la jaula, que seguía en el escondrijo, y la dejó sobre la mesa.

Boar se apoyó las manos en el vendaje de los ojos.

—¿Crees que tu pájaro podrá llevar un mensaje a la RAF?

—Sé que puede hacerlo —dijo Ollie.

Ollie terminó de escribir el mensaje y luego sacó a *Duquesa* de la jaula. Le sujetó el cilindro a la pata, introdujo la nota y la llevó fuera.

—Vamos a intentarlo de nuevo —le susurró Ollie a la paloma—. Esta vez te he sujetado mejor el cilindro.

*Duquesa* zureó.

Ollie la lanzó al aire. Mientras la paloma trazaba el perímetro, Ollie pensó en Susan y en el viaje que habían hecho a Clacton-on-Sea. Recordó la imagen de su melena rubia ondeando al viento que soplaba desde el mar del Norte. Sus ojos, azules como los zafiros, contemplando el cielo mientras las palomas se alejaban volando. Las pilas de jaulas vacías. Y su creciente inquietud cuando Susan le había contado que la mayoría de las palomas no regresarían de Francia.

Ollie observó a *Duquesa* desaparecer sobre los árboles. Entró de nuevo en casa, con la esperanza de que dentro de unas horas Susan leyera su mensaje.

*Epping, Inglaterra*

Susan corrió hacia Bertie, tendido boca abajo en el suelo. Tenía las piernas y los brazos separados, como si fuera un espantapájaros caído. Las ovejas se dispersaron, intensificando sus temblorosos balidos. Susan le tocó el hombro a su abuelo. No se movía. Se le aceleró la respiración y expulsó minúsculas nubecillas en el aire frío. Le dio la vuelta y vio que tenía los ojos cerrados, las mejillas cubiertas de barro y sangre reseca en la frente.

Susan se estremeció. Sin demora, le apoyó una oreja en el pecho. Escuchó un latido, luego otro. El pecho le subió ligeramente y luego volvió a bajar.

—¡Abuelo!

El anciano gimió. Le temblaron los párpados, pero no abrió los ojos.

A Susan se le llenaron los ojos de lágrimas.

Bertie tragó saliva.

—Susan —susurró.

—Estoy aquí —dijo ella, acariciándole la cara.

—Me he caído.

El anciano levantó una mano y la apoyó de nuevo en el suelo.

Susan intentó levantarlo, pero su cuerpo inerte pesaba demasiado.

—Tengo que ir a buscar ayuda —dijo mirando hacia el otro lado del campo.

La casa no era más que un punto en la distancia. Puesto que no le quedaba otra opción, se quitó de prisa el abrigo, haciendo saltar dos botones, y lo colocó sobre el pecho de su abuelo.

Bertie abrió despacio los ojos.

—Dame un segundo, cariño.

—Vuelvo enseguida —advirtió ella apretándole la mano.

Antes de que el anciano pudiera protestar, Susan se puso en pie y echó a correr a toda velocidad por el terreno de pasto de las ovejas. El pulso le latía en las sienes. El aire frío le cortaba la piel. Las botas se le hundían en la tierra húmeda y una se le salió del pie. Susan se detuvo a recogerla, se la puso y siguió corriendo hacia su casa.

Cuando ya estaba cerca de la granja, dejó escapar un largo y estridente alarido que le rasgó las cuerdas vocales. Volvió a gritar, más alto aún. Y los soldados salieron de la tienda.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de los soldados frotándose los ojos, como si acabara de despertarse de una siesta.

—Mi abue... —respondió mientras trataba de recuperar el aliento y señalaba—. Mi abuelo se ha caído. Necesito ayuda.

El soldado guardó silencio y luego avisó:

—No podemos abandonar nuestro puesto. Pediré una ambulancia.

—¡No hay tiempo!

El soldado irguió la espalda y miró a su compañero. Susan lo agarró de la manga.

—¡Ahora!

Tal vez fueran sus gritos o su último incidente con los soldados lo que había fomentado la idea equivocada de que Susan tenía cierta autoridad, pero en el fondo le daba igual. Necesitaba ayuda, de quien fuera. Finalmente, y tras tirar con fuerza del brazo de uno de los hombres, los soldados desobedecieron las órdenes de no abandonar sus puestos y acudieron en ayuda de Susan.

Cuando llegaron junto a Bertie, el anciano estaba en el suelo frotándose el enorme chichón de la frente. Intentó ponerse en pie y volvió a caerse. Sentía las piernas débiles, como palillos que soportan el peso de un piano. Susan les pidió a los soldados que lo llevaran a cuestas, pese a la negativa del anciano a dejarse ayudar.

—Bajadme —dijo.

Los soldados lo ignoraron y siguieron caminando por el campo embarrado.

—He dicho que me bajéis —repitió Bertie.

Los soldados siguieron cargando con él: con los brazos unidos bajo las piernas y tras la espalda del anciano, parecían formar una especie de litera humana. Cuando al final llegaron a casa, lo depositaron en el sofá y Susan llamó al médico. Los soldados cruzaron una mirada y salieron, quizá porque Bertie los estaba regañando después de haberlo llevado a cuestas sin su consentimiento o, más probablemente, porque lo vieron recuperar las fuerzas suficientes para coger su bastón y tratar de golpearlos con él. Cuando llegó el doctor Collins, Bertie insistía en que tenía que volver al trabajo, pese a que ni siquiera se tenía en pie.

El doctor Collins, un hombre rollizo de gruesas gafas y manos pequeñas como las de un niño, desinfectó con un poco de algodón y alcohol el corte que Bertie se había hecho en la frente. Sacó un estetoscopio de su maletín y le auscultó el pecho al anciano.

—El golpe me lo he dado aquí —dijo Bertie, señalándose el chichón de la frente.

El doctor Collins siguió auscultándole el pecho y la espalda, y luego se quitó el estetoscopio de los oídos.

—Es posible que tengas una conmoción. —Enrolló el estetoscopio y miró a Bertie—. Y parece que tienes el corazón dilatado.

Susan respiró hondo.

—Tonterías —dijo Bertie—. Lo único que ha pasado es que me he caído y me he dado un golpe en el coco.

Susan miró a Bertie, que seguía pálido y tenía la ropa tesa por el barro reseco.

—¿Te notabas mareado antes de caer? —le preguntó el médico.

—No —contestó.

—¿Te daba vueltas la cabeza?

Bertie le dijo que no.

—Quiero que descanses —le indicó el médico.

—Tengo mucho trabajo —respondió Bertie.

Susan se acercó a su abuelo. Miró al médico, el mismo hombre que la había traído al mundo. Cuando era niña, el doctor Collins la había ayudado a recuperarse de un caso agudo de tos ferina.

—¿No deberíamos llevarlo al hospital?

El doctor Collins suspiró.

—Me temo que ingresarlo en St. Margaret's no es una opción. No hay camas. Cada día llegan más y más heridos de Londres.

—A mí no me hace falta ir al condenado hospital.

El médico cogió un bote de su maletín y lo dejó en una mesita, junto al sofá.

—Quiero que te pongas una de estas píldoras debajo de la lengua si notas dolor en el pecho.

—Mi corazón está perfectamente. —Bertie le dio una palmadita al maletín del médico—. Pero si llevas algo ahí para las rodillas doloridas, te lo acepto.

El médico lo miró.

—Espero que nuestros muchachos demuestren en la batalla la misma tenacidad que tú, Bertie.

Susan le echó un vistazo al botecito marrón con tapón de corcho. Contenía minúsculos comprimidos blancos, como aspirinas divididas en cuartos.

—Nitroglicerina —dijo el doctor Collins—. Para la angina de pecho.

Susan asintió.

—Yo no tengo angina de pecho —respondió Bertie—. Ni el corazón dilatado. He tropezado con una condenada madriguera de conejo, por el amor de Dios. Como mucho, tengo las piernas torcidas y un puñetero dolor de cabeza porque ese dictador psicópata no deja de lanzar bombas.

El doctor Collins le apoyó una mano en el hombro a Bertie.

—Descansa.

—Descansaré cuando ganemos la guerra —afirmó Bertie respirando hondo e irguiendo la espalda.

El doctor Collins miró a Susan mientras se ponía el abrigo.

—Mañana te llamo para ver cómo está —dijo.

Se tocó la gorra a modo de saludo y salió. Susan lo siguió hasta su coche. Bajó la mirada hasta sus botas de agua, cubiertas de barro.

—¿Se pondrá bien?

El doctor lanzó el maletín al asiento del pasajero.

—Bertie ha trabajado demasiado.

Susan cruzó los brazos y se mordió los labios. «¿Qué ha escuchado a través de ese estetoscopio?»

El médico vaciló y luego miró de reojo la tienda del ejército plantada en el patio.

—Se rumorea en Epping que vuestras palomas han ido a la guerra.

Susan ignoró el comentario. Se metió la mano en el bolsillo y aferró la nota de Ollie.

—Tendrás que encargarte tú de las tareas de Bertie —le informó el médico cuando se sentaba tras el volante—. Hasta que se recupere —añadió.

Susan observó al médico mientras se alejaba. Los bajos del coche rascaban los profundos surcos que habían dejado los camiones militares. Luego regresó junto a Bertie, que ya se había quedado dormido en el sofá. Parecía agotado. Tenía restos de barro en la cara y en la ropa. «Ya lo lavaré más tarde», decidió Susan. Fue a buscar la raída colcha de *patchwork* que había tejido su abuela con retales de distintas telas y lo tapó con cuidado. Las otras mantas eran más gruesas, más suaves y, sin duda, más calentitas. Pero aquella colcha gastada era la preferida de Bertie.

El anciano abrió los ojos y se obligó a sonreír.

—Descanso sólo un ratito, cariño, y luego me pongo a trabajar.

Susan le subió la colcha hasta los hombros. Contempló el bote de pastillas y se preguntó si se quedarían allí acumulando polvo, igual que el bastón. En el fondo de su corazón, ya sabía la respuesta.

*Epping, Inglaterra*

Bertie durmió durante casi todo el día. Susan iba a verlo cada hora, sólo para descubrir que no se había movido. Se quedaba allí quieta, esperando hasta que lo veía subir y bajar el pecho, y entonces salía en silencio. Por mucho que Susan supiera que necesitaba el descanso, le resultaba perturbador ver a su abuelo, siempre un hombre tan diligente, durmiendo por la tarde.

Cuando Bertie finalmente se despertó, Susan le limpió el barro de la cara y luego fue a buscarle una muda limpia. La joven corrió la cortina de la puerta de la cocina para concederle un poco de intimidad y el anciano se cambió en la salita. Mientras, Susan hirvió una col para prepararle un poco de caldo. Vertió el líquido en un cuenco y se preguntó si el anciano le había contado toda la verdad. «¿Se había mareado? ¿Le dolía el pecho? Y si fuera así, ¿me lo hubiera dicho? No, claro que no.»

Cogió una cuchara y le llevó el cuenco a Bertie. Cuando entró en la salita, vio que su abuelo había conseguido sentarse en su sillón. La ropa sucia formaba una pila a sus pies. Parecía agotado. Tenía la barbilla hundida, los ojos cerrados. Susan contempló el cuenco de caldo. Los pocos nutrientes que podía aportar una col marchita no bastaban para aplacar el hambre, menos aún para lograr que un anciano recuperara la salud. Cuando dejó el cuenco en la mesita que estaba junto al sillón, el anciano se movió.

—Gracias, Susan —dijo Bertie—, pero insisto en sentarme a la mesa.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó ella.

El anciano asintió y trató de ponerse en pie, pero cayó de nuevo al sillón. Gruñó y luego le tendió una mano a su nieta.

Susan lo ayudó a ponerse en pie. El crujido de las articulaciones reverberó en los huesos del anciano y las manos de ella. Lo ayudó a caminar muy despacio hacia la mesa.

—No quiero que te preocupes por mí —dijo Bertie al sentarse.

—Come y luego descansa.

Susan fue a buscar el caldo y lo dejó delante de su abuelo. Se fijó en que las arrugas que tenía en torno a los ojos parecían más profundas.

El anciano le dio una palmadita en la mano.

—Sólo me he caído, cariño, mañana estaré mejor. —Cogió la cuchara y probó el caldo—. Exquisito. Jamás hubiera dicho que una sopa pudiera estar tan rica.

Susan lo observó mientras comía el caldo. La mano le temblaba cada vez que se acercaba la

cuchara a los labios.

—¿Qué te parece si tú te dedicas a vigilar si regresan las palomas —le dijo Susan cuando el anciano terminó de comer— mientras yo me ocupo de los palomares?

Bertie bajó la cuchara.

—Puedo sacarte el sillón al porche —dijo.

El anciano asintió.

Susan esperaba las protestas de su abuelo, pero al ver que no decía nada se le hizo aún más grande el nudo del estómago.

—Sólo esta tarde —añadió la joven, pero enseguida se dio cuenta de que únicamente lo había dicho para tranquilizarse a sí misma.

—Quizá sea buena idea que uno de los dos monte guardia —dijo Bertie—. Esos soldados son un par de bobos inútiles.

Susan lavó los platos y luego llevó el sillón de Bertie al porche. Le costó un poco pasar el enorme sillón tapizado por el marco de la puerta: tuvo que colocarlo de lado y arrastrarlo. Cuando el anciano por fin se sentó, Susan se dio cuenta de que la tela se había rasgado.

—Lo siento —se disculpó volviendo a meter el relleno bajo la tela rota—. Ya lo coseré.

—Le da carácter, cariño —dijo Bertie al tiempo que le daba una palmadita en el brazo.

Susan tapó a su abuelo con varias mantas y dejó junto a él el bastón y el bote de comprimidos, aunque sabía perfectamente que Bertie jamás tocaría ni una cosa ni la otra. Luego se fue a trabajar.

Durante el resto de la tarde, se obligó a seguir adelante con sus tareas. Le daba miedo dejar solo a su abuelo, pero no le quedaba otra opción. Tenía que preparar otras quinientas palomas para la misión: faltaba menos de una semana y, en opinión de Susan, no estaban listas. Ni de lejos. Necesitaban varios vuelos de entrenamiento, pero sólo tenía tiempo para uno, dos como mucho. En condiciones normales, habría seleccionado únicamente a las palomas más resistentes, pero si quería respetar la fecha de entrega debía confiar en toda paloma capaz de realizar un vuelo de tres horas. Después tendría que fijarles los cilindros a la pata, tarea que le llevaría casi un día entero. Lo peor, sin embargo, sería introducir a las palomas en aquellos espantosos tubos. Estaba decidida a no permitir que Bertie viera a sus palomas metidas en tubos, como si fueran correo ordinario. De esa tarea se encargaría ella.

Tenía que cumplir un cupo. La supervivencia de Gran Bretaña dependía de las alas de aquellas aves, creía ella. Sin embargo, tuvo que obligarse a concentrarse, porque la imagen de su abuelo tumbado boca abajo en el campo se le aparecía en la mente una y otra vez. Para distraerse, se dedicó a rascar los excrementos con una pala, pese a que el suelo estaba bastante limpio. Siguió rascando con la pala hasta que empezaron a saltar astillas del suelo de madera contrachapada y se le formaron ampollas en las manos. Entonces se sentó en un rincón del palomar, se abrazó las rodillas y lloró.

«Es culpa mía. Seguro que hay algo que yo podría haber hecho.» En la intimidad que le ofrecía el palomar, sólo las palomas eran testigos de su vulnerabilidad. Y Susan sabía muy bien que en

cuanto saliera del palomar, mudaría aquella piel débil. No le quedaba más remedio, pensó, que ser fuerte. Resistir. Se secó las lágrimas y echó un vistazo por la puerta entreabierta, como si quisiera prepararse para lo que la esperaba en el porche. Sin embargo, sintió alivio al ver a Bertie atento, con la mirada fija en el cielo. El bastón y el bote de pastillas, al menos desde la distancia, parecían estar un poco más lejos de su sillón que antes.

Susan se puso manos a la obra y empezó a examinar y a contar las palomas. Unos minutos más tarde, cuando estaba sacando un pichón de su nido, oyó a Bertie gritar.

—¡Susan!

El corazón le empezó a palpar. Se le pasó por la mente la imagen de su abuelo desplomado en el porche. Dejó el pichón en su nido y salió corriendo. Encontró a su abuelo inclinado hacia delante en el sillón y respiró aliviada al ver que no le había ocurrido nada.

Bertie se obligó a ponerse en pie, usando la barandilla del porche como muleta, y señaló al cielo.

Cuando su corazón empezó a recuperar un ritmo más normal, Susan miró hacia arriba. Vio una paloma que sobrevolaba el bosque. El movimiento delicado e inconfundible de las alas hizo que el corazón se le desbocara de nuevo. «¡*Duquesa!*!»

—¡Allí! —gritó Bertie.

Susan observó a *Duquesa* planear hacia el palomar. Y, justo en ese instante, salieron los soldados de la tienda, alarmados por los gritos de Bertie.

*Duquesa* descendió hacia la plancha de aterrizaje instalada en lo alto del palomar, pero en lugar de cruzar la cortina de alarma para entrar en el palomar, ladeó la cabeza y observó a los soldados mientras éstos se acercaban.

Cuando Susan se aproximaba a la plancha de aterrizaje, se dio cuenta de que *Duquesa* llevaba un cilindro rojo sujeto a la pata y se detuvo.

—¿Por qué no entra? —le preguntó un soldado a Susan al llegar junto a ella.

La joven vaciló, creyendo que debía de tratarse de un error. «No puede ser *Duquesa*. No llevaba ningún cilindro cuando se marchó.» Pero al fijarse mejor, se dio cuenta de que las plumas de aquella paloma resplandecían como flores de jardín y supo que tenía que ser ella.

El soldado, que al parecer se estaba impacientando, se acercó a la plancha de aterrizaje.

—No la toques —le dijo Susan—. Ya entrará ella sola.

El soldado le dio la espalda a Susan y se puso de puntillas. Extendió un brazo y rozó el ala de la paloma con unos dedos que parecían garras.

*Duquesa* ladeó la cabeza y le dio un fuerte picotazo.

—¡Ay! —dijo el soldado, apartando la mano—. El condenado pájaro me ha picado.

—¡Déjala en paz! —le gritó Susan.

El segundo soldado se dirigió al lado opuesto de la plancha de aterrizaje. Entre los dos la rodearon. *Duquesa* desplegó las plumas.

Susan no sabía qué hacer. Quiso ir a buscar el bastón de Bertie para obligar a los soldados a

alejarse, pero en lugar de eso se plantó tras ellos y agitó los brazos.

—¡Vete!

*Duquesa* sacudió las plumas. Parpadeó. Y justo cuando uno de los soldados acercaba una mano para agarrarla por las patas, la paloma desplegó las alas y echó a volar.

—¡Mierda! —exclamó el soldado.

*Duquesa* salió disparada. Planeó hacia la izquierda, luego hacia la derecha y desapareció tras la casa.

—Mirad lo que habéis hecho —dijo Susan, apoyándose las manos en la cintura—. La habéis asustado.

Los soldados cruzaron una mirada y echaron a correr hacia la casa.

Bertie sacudió la cabeza cuando los soldados pasaron junto al porche.

Los dos hombres doblaron la esquina de la casa, cerca de unos rosales. Segundos más tarde, *Duquesa* pasó volando sobre el tejado, giró bruscamente y aterrizó en la barandilla del porche.

Bertie intentó arrastrarse hacia la paloma, pero las rodillas no aguantaron el peso de su cuerpo y se le doblaron. El anciano se aferró a la barandilla como si fuera un salvavidas.

Susan echó a correr. Sólo estaba a veinte metros de la casa, pero ya oía a los soldados acercarse. Habían atajado por el jardín y se dirigían a toda velocidad a la parte delantera de la casa. Llegarían hasta *Duquesa* antes que ella. La idea de que tocaran a su paloma la hizo estallar de rabia. Bajó la cabeza y obligó a sus piernas a moverse más rápido al tiempo que deseaba que los soldados tropezaran.

Llegó al porche exactamente en el mismo instante que los soldados. Pero daba igual, porque *Duquesa* ya no estaba. Y Bertie, cansado de estar de pie, se había dejado caer de nuevo en el sillón.

—¿Adónde ha ido? —preguntó uno de los soldados mientras se secaba el sudor de la frente.

—Tararí y Tarará —murmuró Bertie.

—¿Perdón? —dijo el soldado quitándose la gorra.

—He dicho que estará por aquí o por allá. —Bertie se inclinó hacia delante y se colocó bien la manta sobre las rodillas—. La habéis asustado y ha huido al bosque. Pueden pasar horas hasta que vuelva.

—Puñetero pájaro —protestó el soldado—. ¿Por qué no ha entrado en el palomar y ya está?

Susan se puso roja de rabia.

—¡Sólo estaba descansando! ¿Cómo te sentirías tú después de pasarte horas agitando los brazos?

El soldado se aclaró la garganta y luego escupió al suelo.

—Creo que es mejor que os quedéis en vuestra tienda hasta que suene la alarma.

El soldado hinchó el pecho.

—¿Tengo que recordarle quién está al mando aquí?

—No —respondió Bertie—, pero si os seguís comportando como críos que persiguen

mariposas, la paloma jamás volverá a casa.

Los soldados cruzaron una mirada; luego se dirigieron a su tienda y se quedaron dentro.

—Está claro que el ejército ha asignado nuestra misión a sus dos soldados más incompetentes —dijo Bertie.

Susan echó un vistazo al bosque.

—¿Adónde ha ido?

—Aquí.

Se volvió.

Bertie levantó la manta que tenía sobre el regazo y allí estaba *Duquesa*, acurrucada en su estómago.

Susan se tapó la boca con una mano.

El anciano envolvió a *Duquesa* con la manta.

—Vamos dentro, ¿quieres?

Susan lo ayudó a entrar y corrió rápidamente las cortinas opacas mientras trataba de imaginar cómo había conseguido su abuelo atrapar a *Duquesa*. Apartó la manta bajo la cual seguía oculta su paloma.

—Ha volado hacia mí cuando se acercaban los soldados —dijo el anciano. Tosió y se aclaró la garganta—. Yo sólo la he tapado con la manta.

Susan cogió a *Duquesa* y le acarició las alas.

La paloma zureó.

Bertie señaló la pata.

—¿De dónde ha salido ese cilindro?

Susan desenganchó el cilindro y dejó suavemente a *Duquesa* sobre la mesa.

Esta vez no hizo ninguna falta que su abuelo la animara a ver qué era lo que había dentro. Desenroscó el tapón y sacó un papel.

ALKFQ NPTMI HLCXP QNMVX PUTXJ GQZKE  
HIQAN SYAEF AMVXQ PLWTR OSJWL IWLNF  
QLKDF SLIEF SOEVC PLEFV AMEFL YELFP  
JSPFD SKEAF RHBVC WYGHI OPAEF HUVQA  
URPXY QOSDM OPZQR TWNVI BZITE OPNCT  
IGBVM WPORL QBVXI OLKSE JGBMV PIXSW  
TZCOP VQWEM KWLKV YSLEK OPAVE CXPTY  
FJGLE KPQCX MBKSQ PEOJS TYAWM ZYRTP

Susan fue a buscar el libro de códigos y empezó a descifrar el mensaje. Mientras escribía, tuvo una sensación de *déjà vu* y le temblaron las piernas. Terminó y le entregó el papel a Bertie.

—No tengo aquí las gafas de leer.

Susan esperó un segundo y luego leyó la nota.

*Susan:*

*Se llevaron a Duquesa. Intenté recuperarla, pero nos atacaron. El avión despegó mientras Duquesa y yo seguíamos a bordo. Misión completada. Avión abatido en Francia. Artillero y copiloto muertos. Teniente de vuelo Boar y yo estamos ocultos.*

—Es el mismo mensaje —dijo Bertie.

Susan negó con la cabeza.

—Hay más.

*La Wehrmacht está por todas partes. La Luftwaffe usa aeródromo cercano, a tres kilómetros al sur de Airaines. 46 bombarderos Heinkel, 60 cazas Messerschmitt, 23 Stukas, 16 aviones desconocidos, muchos barriles de combustible, 3 hangares de bombas.*

OLLIE

*P. S.: Tus palomas son muy valientes. Ojalá pudiera estar contigo para verlas regresar.*

Susan metió la mano en el bolsillo y sacó la nota anterior, suave como el algodón después de haberla leído tantas veces.

Dejó las dos notas sobre la mesa.

—Santo cielo —dijo Bertie frotándose el chichón de la cabeza—. Ha regresado a Francia.

—Pero es una paloma mensajera de un solo trayecto —aclaró Susan—. No está entrenada para vuelos de ida y vuelta.

—Y se supone que las palomas no salen del huevo en un cuenco de desayuno —añadió Bertie, acariciando a *Duquesa* con un dedo—, pero ésta lo hizo.

Susan leyó de nuevo la nota para asegurarse de que no la engañaba la vista.

—Ollie debió de pensar que el primer mensaje no nos había llegado.

Bertie guardó silencio y se rascó el bigote.

—Es probable que nuestro Oliver pensara que el primer cilindro se había caído y que *Duquesa* sencillamente había regresado junto a él. Y sin duda ha vuelto a intentarlo, usando el cilindro de otra paloma.

La idea de Ollie tratando con desesperación de enviar un mensaje hizo que le palpitara la cabeza. Pasó la mano por las alas de la paloma.

—¿Crees posible que *Duquesa* consiga llevarle un mensaje?

—Ya ha demostrado que puede hacerlo, cariño.

—Pero correrá peligro.

—Sí —admitió Bertie—, pero de todas formas puede regresar. Al fin y al cabo, ha vuelto ella sola junto a Oliver.

Susan recordó el momento en que *Duquesa* se había marchado, ignorando sus súplicas para que se quedara. Ahuyentó aquella idea y se dirigió a la cocina, llenó una taza de agua y la dejó delante de *Duquesa*.

La paloma sumergió el pico en el agua y varias gotitas salpicaron la mesa.

En lugar de arriesgarse a alertar a los soldados si entraba en uno de los palomares para coger un poco de grano, Susan rescató unas cuantas migas reseca del fondo de un soporte para tartas que no se usaba desde hacía casi un año. Dejó caer las migajas sobre la mesa. Mientras *Duquesa* picoteaba su comida, Susan fue a buscar papel y lápiz y empezó a escribir.

—¿Vas a intentar enviarla de vuelta? —le preguntó Bertie.

Susan negó con la cabeza.

—No soporto la idea de obligarla a marcharse. Pero si emprende el vuelo, al menos llevará un mensaje.

Tardó varios minutos en codificar una nota. A mitad de la tarea, levantó la cabeza y vio a Bertie trasladando a otro papel el mensaje de Ollie, igual que había hecho la otra vez. «Nuestro Oliver de Maine ya ha tenido bastantes problemas con la RAF. Que lo consideren un polizón le puede causar aún más problemas cuando vuelva... Y puedes estar segura de que volverá, cariño.» Necesitaba tanto escuchar de nuevo aquellas palabras... El ejército obtendría su inteligencia, pero Ollie quedaría al margen. Y, tal y como había hecho la otra vez, Bertie firmó el mensaje manipulado como «Teniente de vuelo Clyde Boar, RAF».

Susan terminó la nota codificada y la introdujo en el cilindro. Cuando *Duquesa* acabó de picotear las migas, le sujetó el cilindro a la pata.

La paloma sacudió las plumas de la cola y empezó a caminar, como si estuviera comprobando el peso del paquete.

Bertie le dio una palmadita a *Duquesa* y luego se hundió en su silla.

Susan cogió al ave y la llevó a la ventana. Entreabrió las cortinas para asegurarse de que los soldados seguían dentro de la tienda. Miró a Bertie, que estaba demasiado débil para ponerse en pie.

—Si vuela hacia el palomar, la alcanzaré antes que los soldados. Y sustituiré mi nota por tu mensaje.

—Siempre has sido muy rápida —señaló Bertie mientras deslizaba su nota hacia el borde de la mesa.

Susan se obligó a sonreír y se acercó a *Duquesa* a la mejilla. Notó en la piel la caricia de las plumas.

—No te obligaré a marcharte —le susurró.

*Duquesa* parpadeó, y ella le besó la cabeza.

Antes de que pudiera arrepentirse, descorrió las cortinas y abrió despacio la ventana. *Duquesa* se retorció y le arañó las palmas de las manos con las patas. Susan la lanzó al aire.

La paloma batió las alas. Revoloteó y empezó a ganar altitud. Susan se aferró al alféizar.

*Duquesa* rodeó los abedules, pero en lugar de descender hacia el palomar, voló hacia el este. Hacia el canal de la Mancha.

Susan, incapaz de ver cómo se alejaba su paloma, bajó la cabeza. *Duquesa* tenía pocas

posibilidades de conseguirlo. Los nidos vacíos eran la única estadística que Susan necesitaba: lo tenía difícil para llegar hasta Francia, por no hablar ya de volver. Mientras cerraba la ventana, una oleada de culpabilidad se adueñó de ella.

*Airaines, Francia*

Ollie, Madeleine y Boar se sentaron a cenar un poco de pan rancio y unos cuantos nabos fritos con tocino. Una jarra de cristal cubierta de polvo, con aspecto de haber sido una vinagrera, ocupaba el centro de la mesa. El fondo de la jarra estaba cubierto por una gruesa capa de hongos muertos.

Con cuidado de que no se moviera el poso, Madeleine sirvió un poco de aquel líquido de color marrón tostado en dos tazas que luego acercó a Ollie y a Boar.

—He hecho tres horas de cola en la carnicería para una tira minúscula de tocino. —Suspiró y se sirvió un trago—. Y he cambiado mi última trufa por esta barra de pan que no hay quien se coma y el contenido de esta botella. Creo que es una especie de brandy de manzana.

Ollie olisqueó el contenido de su vaso y percibió un aroma leñoso. Cogió un trozo de nabo y lo engulló con un sorbito de aquel líquido. No sabía a manzana ni a ninguna otra fruta. Llevaba tanto alcohol que le abrasó la garganta y le quemó el estómago, como si se hubiera tragado un ascua.

Boar se rascó el vendaje que llevaba sobre los ojos y luego tanteó la mesa con las manos hasta encontrar su taza. Se bebió el brandy de un trago.

Madeleine volvió a llenarle la taza al teniente y luego se agachó para darle una palmadita a *Louis* en la cabeza.

—Mañana iremos a buscar más trufas. Y conseguiremos comida más decente.

El cerdo gruñó.

Mientras Ollie masticaba el pan rancio, observó al teniente beberse la segunda taza de brandy como si fuera agua de manantial. No hizo ni una mueca, no se aclaró la garganta. Boar, pensó Ollie, estaba obsesionado contando los días que faltaban hasta que pudiera quitarse los vendajes y su irritabilidad crecía a cada momento que pasaba. Aún tendría que transcurrir una semana hasta que le quitaran la protección. Y para entonces, supuso Ollie, vivir con el teniente sería como vivir con un demonio. O con el mismísimo diablo.

Aunque Boar era educado con Madeleine, e incluso le daba un poco de conversación cuando compartían un cigarrillo, no podía decirse que mostrara la misma actitud hacia Ollie. Por las noches, cuando estaba acurrucado bajo las tablas de madera junto a Ollie, Boar se ponía de un humor agrio. Tal vez Madeleine hubiera percibido la creciente irritabilidad del teniente y hubiera comprado el brandy con la intención de apaciguarlo un poco. O de fomentar la tolerancia de Ollie. Sin embargo, Ollie descubrió los verdaderos motivos de la excursión de Madeleine al pueblo cuando la mujer se ausentó un momento y regresó a la mesa con un gastado mapa.

—He organizado vuestra huida —dijo Madeleine cuando volvió a sentarse.

Ollie la miró.

—Maldita sea —protestó Boar al tiempo que dejaba caer el tenedor.

Un trozo de nabo fue a parar al suelo y *Louis* se lo zampó.

Madeleine ignoró el comentario del teniente y empujó el mapa hacia el centro de la mesa.

—He hablado con...

—Tenías que mantener la boca cerrada —dijo Boar, sujetando su taza con fuerza.

Madeleine, sin perder la calma, volvió a llenar de brandy la taza del teniente.

—¿Tú hablas francés?

—Eso no importa —respondió Boar.

—Sí importa.

Boar se frotó la mandíbula.

—Tendrías que haberme consultado antes. Nos vas a fastidiar la huida.

—Da lo mismo —contestó Ollie—. Ya está hecho.

El teniente volvió la cabeza hacia el lugar de donde había procedido la voz de Ollie y luego bebió otro trago de brandy.

Madeleine encendió un cigarrillo. Le dio una larga calada y luego expulsó el humo por la nariz.

—Os llevarán hacia el sur —explicó, deslizando un dedo por el mapa—. Hacia España.

—¿Quién nos llevará? —preguntó Boar.

Madeleine esperó un segundo y respiró hondo.

—Un amigo de mi esposo.

—Guillaume —dijo Ollie.

La mujer asintió, contenta al escuchar el nombre de su marido.

—¿De la resistencia francesa? —preguntó Boar.

—No —dijo ella.

—Fantástico —se burló Boar—. ¿Y cómo sabemos que no nos va a conducir hacia los nazis?

Madeleine le dio una calada a su cigarrillo y se lo pasó a Boar, como si fuera una oferta de paz.

—Confía en mí. No se lo dirá a nadie.

Boar se acercó el cigarrillo a los labios. Las volutas de humo ascendieron por delante del vendaje de los ojos.

Ollie le echó un vistazo al mapa. Se concentró en lo que separaba Francia de España: los Pirineos. Incluso sobre el papel, las líneas irregulares que representaban la cordillera montañosa parecían imponentes, mucho más escarpadas que la sierra de los Apalaches que cruzaba el monte Katahdin, en Maine. Se preguntó si estaba físicamente preparado para soportar un trayecto de ochocientos kilómetros por Francia, teniendo además que esquivar al enemigo, y luego subir montañas con una pierna inútil.

—Os marcháis dentro de una semana —dijo Madeleine—. Cuando al teniente le quiten los

vendajes y a ti se te haya curado el tobillo.

Ollie estiró el pie y notó una punzada de dolor en los tendones.

«Puede que con una semana no sea suficiente», pensó.

Mientras Ollie se frotaba el tobillo, Boar interrogó a Madeleine. El teniente intentó obtener más detalles acerca del guía y de la ruta, pero Madeleine se mantuvo firme y se negó a romper la confidencialidad, como si fuera un sacerdote que guarda el secreto de confesión.

—No voy a consentir que el amigo de mi esposo corra aún más riesgos —dijo mientras le quitaba el cigarrillo a Boar—. Si los nazis os encuentran antes de que os vayáis, os torturarán. Da igual lo fuertes que creáis ser, acabaréis hablando. Y luego os matarán —dijo sacudiendo la ceniza del cigarrillo—. No hace falta que muera nadie más.

Ollie notó la boca reseca. Sabía que si Boar o él caían en manos de los alemanes durante el intento de huida y revelaban el nombre de Madeleine, los nazis la ejecutarían. Se pasó los dedos por el pelo y se prometió a sí mismo que si lo capturaban se llevaría el nombre de Madeleine a la tumba.

—Muy bien.

Boar deslizó la mano por encima de la mesa y encontró la botella. Se llenó la taza, utilizando un dedo para saber hasta dónde subía el líquido.

Ollie se comió el resto de los nabos, pese a haber perdido el apetito, y luego le dijo a Madeleine:

—Yo llevaré a *Louis* al granero y le daré de comer.

Madeleine asintió.

Ollie se puso en pie y se acercó a la ventana. Echó un vistazo entre las cortinas para asegurarse de que estaba todo despejado. Sólo algunas hojas que la brisa mecía. Estaba atardeciendo y el cielo se teñía de tonos anaranjados y azules. Abrió la puerta y se quedó paralizado. En el escalón de entrada, mirándolo, estaba *Duquesa*.

—No —dijo Ollie.

La paloma parpadeó.

—¿Qué pasa? —preguntó Boar desde la mesa.

—*Duquesa* —respondió Ollie.

La cogió y se dio cuenta de que aún llevaba el cilindro sujeto a la pata. «Por lo menos, esta vez no has perdido el mensaje.»

La paloma zureó.

—Vete a casa —le pidió Ollie, como si se dirigiera a un perro perdido.

*Duquesa* ladeó la cabeza.

Ollie salió al exterior y lanzó la paloma al aire. *Duquesa* revoloteó hacia el granero, pero luego voló de nuevo hacia la casa y aterrizó a sus pies.

Boar se puso en pie. Avanzó a tientas, con los brazos extendidos, hasta que encontró la puerta.

Ollie cogió a *Duquesa* y volvió a lanzarla al aire.

—A casa.

La paloma planeó hacia el suelo. Caminando como un pato, se acercó de nuevo a Ollie.

—Tu paloma no sirve para nada —dijo Boar.

—Es la mascota de Susan —repuso Ollie—. Y no formaba parte de la misión.

Madeleine también salió. Miró a la paloma y dijo:

—¿Ha vuelto?

Ollie negó con la cabeza.

—En realidad, no llegó a marcharse.

Madeleine señaló el cilindro.

—¿Lo has comprobado?

Ollie vaciló, pero después desenganchó el cilindro de la pata de *Duquesa*. La paloma agachó la cabeza mientras caminaba trazando una figura en forma de ocho. Ollie desenroscó el tapón, esperando encontrar su nota. Pero lo que encontró fue un trozo de papel de carta amarillo, muy distinto del papel oficial del ejército que iba en las jaulas. Abrió mucho los ojos y miró a Madeleine.

—Vamos dentro.

Ollie colocó a *Duquesa* en la mesa y se sentó. Madeleine se sentó junto a él mientras Boar permanecía de pie.

—¿Qué dice? —le preguntó Boar mientras Ollie desenrollaba el papel.

Ollie escudriñó el mensaje, una serie de combinaciones de cinco letras. El corazón se le aceleró.

—Está en clave.

Cogió el libro que llevaba en el bolsillo y empezó a descifrar el mensaje.

Madeleine se inclinó sobre el hombro de Ollie.

—Date prisa, yanqui —dijo Boar.

Transcurridos unos pocos minutos, Ollie terminó de descifrar el mensaje. Respiró hondo y luego lo leyó en voz alta.

*Ollie:*

*Información transmitida a la RAF. No sé si Duquesa llegará hasta ti. No le des de comer. Sólo agua. Aumenta las posibilidades de que vuelva a casa.*

Ollie contempló a *Duquesa*, que estaba picoteando un trozo de pan gris.

—Lo siento —dijo mientras le quitaba el mendrugo.

La paloma ladeó la cabeza y luego se sentó, como si fuera una gallina incubando un huevo.

—¿Y ya está? —preguntó Boar.

—Hay más —dijo Ollie antes de seguir leyendo.

*Preparando la segunda remesa de Fuente Columba. Bertie enfermo. La guerra le está*

*pasando factura.*

*Pienso mucho en ti y rezo para que vuelvas.*

SUSAN

—¿Y qué dice de la RAF?

—Nada.

Ollie dobló el mensaje y se lo guardó en el bolsillo.

—Maldita sea —se quejó Boar. Tanteó la mesa con la mano hasta encontrar su taza y luego bebió un trago de brandy—. El mensaje debería haberlo enviado la RAF, no ella.

Ollie creyó detectar celos en el tono de voz de Boar.

—*Duquesa* no es una paloma militar.

—Y una mierda —dijo Boar—. Ve a buscar un poco de papel. Yo te diré lo que tienes que escribir.

Durante los siguientes minutos, Boar le dictó una nota destinada a la RAF. Ollie garabateó, pero ignoró las órdenes del teniente y se dedicó a codificar su propio mensaje. Cuando Boar finalmente terminó, el teniente ya empezaba a arrastrar las palabras. Por suerte para Ollie, él no había bebido brandy y fue capaz de repetir el mensaje de memoria.

El teniente, aparentemente satisfecho, se hundió en su silla.

Ollie introdujo la nota en el cilindro. Contempló al teniente, borracho y con los ojos vendados, y le preguntó algo en lo que no había dejado de pensar desde el día en que Boar le había dado una paliza en el Invernadero.

—¿Por qué odias a los estadounidenses?

Boar dejó la taza.

—Porque sois todos unos puñeteros cobardes.

—No sabes nada de nosotros —dijo Ollie apretando el tapón del cilindro.

—Sé mucho más de lo que crees, yanqui —contestó mirando hacia Ollie—. Os presentáis a última hora en la fiesta, os folláis a nuestras mujeres y luego os volvéis a casita.

Madeleine cruzó los brazos.

Ollie dejó el cilindro sobre la mesa.

—¿De qué estás hablando?

Boar se puso en pie y trastabilló.

—Mi padre era estadounidense.

Ollie se quedó mirando al teniente.

—El fabricante de bastardos estaba destinado cerca de Epping —explicó Boar mientras se agarraba a la mesa para mantener el equilibrio—. Como todos los malditos estadounidenses, llegó cuando ya hacía tres años que había empezado la Gran Guerra. El muy cobarde nunca entró en combate, así que tuvo tiempo para conseguir lo que quería de mi madre. La dejó embarazada y, cuando su regimiento regresó a casa, prometió volver a buscarla algún día. Pero mi madre jamás

tuvo noticias tuyas. Ni un telegrama, ni una carta. —Se quedó quieto, intentando que no se le balanceara el cuerpo—. La pobre mujer me puso el nombre de mi padre, así se acordaba de aquel hijo de perra cada vez que me miraba.

—Lo que hizo fue espantoso —dijo Ollie—, pero no todos somos como tu padre.

Boar se echó hacia atrás, como si quisiera golpearlo, pero perdió el equilibrio. Se derrumbó sobre la mesa y un plato se hizo añicos contra el suelo.

Madeleine cogió a Boar por el brazo y lo ayudó a llegar al sofá. El teniente apoyó la cabeza y murmuró algo que ni Madeleine ni Ollie consiguieron entender. Segundos más tarde, empezó a roncar.

—Caramba —dijo Ollie—, no me extraña que me odie.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Madeleine.

—Dejarlo dormir la mona. Ya lo bajaré más tarde al escondrijo.

—¿Y ella? —dijo la mujer, señalando a *Duquesa*.

—La soltaré por la mañana.

Ollie la cogió y le aseguró el cilindro a la pata. La paloma se retorció y revoloteó hacia la puerta.

—Quiere marcharse —dijo Madeleine.

*Duquesa* picoteó la puerta.

—Creo que las palomas no pueden volar de noche.

—¿Cómo lo sabes?

—Sólo lo intuyo. —Se arrodilló junto a la paloma y le acarició el lomo—. Necesitas descansar.

*Duquesa* parpadeó y picoteó la puerta.

—De acuerdo.

Ollie apartó la cortina para echar un vistazo y luego abrió la puerta.

*Duquesa* cruzó caminando el umbral, desplegó las alas y se perdió en la noche.

*Airaines, Francia*

Ollie estaba sentado en el granero, con los mensajes descifrados sobre el regazo. Se sopló los dedos, entumecidos por el frío, y leyó las palabras otra vez. Y otra.

Durante los últimos cinco días había mantenido correspondencia con Susan. *Duquesa* descendía todas las tardes desde el cielo y aterrizaba grácilmente en el umbral de la puerta de Madeleine. Y teniendo en cuenta que los viajes de regreso de *Duquesa* resultaban cada vez más puntuales, como las llegadas en una terminal de trenes, Ollie solía esperarla observando tras las cortinas, listo para hacerla entrar en casa cuanto antes.

Tras retirar el cilindro de *Duquesa*, Ollie le acariciaba las alas y le daba agua fresca. El pulso se le aceleraba por el entusiasmo. Luego abría el cilindro y sacaba la nota. Y allí, en un pequeño trozo de papel amarillo enrollado, estaban las palabras de Susan, ocultas tras una plétora de códigos.

Los mensajes de Susan, que el teniente de vuelo Boar exigía que se leyeran en voz alta, confirmaban que la información sobre el aeródromo estaba siendo transmitida a la RAF. Pero nunca había ningún mensaje directo de la RAF, cosa que exasperaba a Boar. Para Ollie, sin embargo, no era ninguna sorpresa que la RAF no se estuviera comunicando con ellos. Al fin y al cabo, *Duquesa* era la mascota de Susan. Por otro lado, los militares británicos habían huido recientemente de Francia y estaban muy ocupados con los bombardeos de la Luftwaffe, por no hablar ya de los preparativos para la inminente invasión de Gran Bretaña por parte de los alemanes. Además, los militares tampoco podían hacer nada por ellos: estaban tras las líneas enemigas, abandonados a su suerte.

En su mayor parte, las notas de Susan contenían algunas noticias y palabras de esperanza dirigidas en exclusiva a Ollie, que éste obviaba de forma deliberada cuando le leía las notas a Boar. No porque temiera al teniente, aunque era justo admitir que Boar le resultaba intimidante incluso con los ojos tapados. El motivo era, sencillamente, que algunas partes de los mensajes no eran asunto de Boar.

Se apoyó en uno de los establos del granero y leyó los mensajes descifrados, concentrándose en las palabras de despedida de Susan. En lo más profundo de su ser, Ollie oía al leerlas el dulce susurro de la voz de Susan.

*Te echo de menos. Ojalá estuvieras aquí, sentado a mi lado.*

Ollie acarició el papel y luego cogió otro mensaje.

*Espero que la guerra termine pronto y podamos estar juntos.*

«Ojalá pudiera estar contigo. Abrazarte. Y no dejarte marchar nunca.» Pero no podía decir eso. Ni nada parecido. Después de todo, las posibilidades que tenía de salir de Francia eran, cuando menos, escasas. No se imaginaba la idea de causarle aún más dolor a Susan, que ya había perdido tanto. Y ahora, además, la salud de Bertie iba decayendo. Aunque eran muchas las cosas que Ollie quería decir, lo máximo que podía hacer era anotar sus sentimientos, que guardaba en el interior del libro de códigos.

Leyó una segunda vez los mensajes de Susan y luego cogió un trozo de papel y empezó a escribir. Con suerte, *Duquesa* habría conseguido llegar a Epping. Ya tenía otro mensaje preparado sobre el reciente avistamiento de una docena de tanques Panzer, y lo enviaría en cuanto la paloma regresara. Mientras escribía, pensó en si debía hablarle o no a Susan sobre las palomas.

Al volver a casa después de haberse pasado más de cuatro horas en la cola del pan, Madeleine le había contado que algunos franceses habían recurrido a comerse las palomas de la misión Fuente Columba para no morir de hambre. Lanzadas sobre los campos saqueados, algunas de las palomas eran vistas como paquetes de comida, en función del tiempo que llevara sin comer la persona que las encontraba. En lugar de enviar a Gran Bretaña un mensaje que sin duda les parecía inútil con una paloma que podía convertirse en la salvación de un niño desnutrido, los franceses se llevaban las palomas a escondidas y las devoraban en sus hogares. Ollie deseó que las historias que Madeleine le había contado no fueran más que casos excepcionales en los que se imponía el instinto de supervivencia, pero teniendo en cuenta las migajas racionadas que los franceses encontraban en el mercado, temió que la situación se volviera aún peor. Mucho peor.

Para complicar todavía más las cosas, la Wehrmacht había empezado a usar halcones. Durante una de sus últimas misiones de reconocimiento en el aeródromo, Ollie había visto a un soldado alemán en el extremo más alejado del campo con un ave rapaz posada en el brazo. Ollie quería contar los aviones, que al parecer se multiplicaban como ratones en un silo de maíz, pero mientras observaba desde el sotobosque había desviado la mirada de las hileras de cazas Messerschmitt para fijarse mejor en aquel soldado.

El soldado había bajado los binoculares, había levantado el brazo y le había quitado al halcón la capucha de cuero que le tapaba los ojos. El ave rapaz se había despertado, había extendido las largas alas y había volado hacia lo alto. Ollie había visto su objetivo: un pájaro que volaba por encima de una hilera de pinos, a unos cien metros de distancia. Y por el poco tiempo que había pasado en compañía de Susan, supo que era una paloma. El halcón se había acercado. La paloma, ajena a la presencia del depredador, había proseguido su vuelo hacia el oeste, en dirección al canal de la Mancha. En cuestión de segundos, el halcón había extendido las garras y había atrapado a la paloma en pleno vuelo. Después había descendido hacia el suelo sin soltar su presa.

Mientras el halcón le desgarraba la carne con el pico, Ollie deseó que *Duquesa* no pasara volando cerca del aeródromo. Por muy rápida y ágil que fuera, no era rival para un halcón.

Ollie apoyó el lápiz en el papel. En el interior del granero la atmósfera estaba cargada y olía a estiércol. Se debatió entre la verdad y la fe, entre incluir detalles sobre el destino de algunas de las palomas o creer que la misión, pese a las bajas, alcanzaría a la larga el éxito. Al final, decidió omitir las noticias acerca de las palomas muertas.

Terminó la nota, se la metió en el bolsillo y luego se frotó el tobillo dolorido. Su estado había mejorado los últimos días: la hinchazón del tobillo había bajado y si bien aún le costaba levantar el brazo, podía quitarse el cabestrillo y caminar con el brazo pegado al costado del cuerpo. Se sentía mejor, quizá lo suficiente como para intentar la fuga, pero no podía decir lo mismo del teniente.

Boar aún llevaba los ojos vendados. Faltaban todavía dos días para que el doctor volviera para examinarlo. A lo largo de la última semana, Boar y Ollie habían mantenido las distancias, al menos todo lo que podían mantenerlas dos hombres que dormían en las reducidas dimensiones de un escondrijo. Era evidente, al menos para Ollie, que Boar no pensaba cambiar de opinión respecto a él, un estadounidense que se escribía con una inglesa. Y los mensajes diarios de Susan no hacían más que exacerbar la envidia de Boar.

Cuando Ollie se disponía a salir del granero, oyó un motor. El golpeteo de los pistones fue en aumento. Se quedó inmóvil. Se agazapó. El motor se paró. Echó un vistazo a través de una rendija del revestimiento. Un oficial nazi bajó del vehículo y se ajustó la gorra sobre una oreja mutilada. Tenía la piel tan pálida que parecía resplandecer en contraste con su uniforme.

«Dietrich —se dijo Ollie, paralizado. Pensó a toda velocidad—. ¿Tendrá Madeleine tiempo de esconder a Boar?»

La gravilla crujió bajo las botas del nazi. Se acercó a la puerta y llamó. Ollie notó un escalofrío en la espalda.

Dietrich se quitó los guantes de piel y llamó con más fuerza.

Ollie buscó un lugar en el que esconderse. Una minúscula pila de heno. Una montaña de patatas podridas.

La puerta de la casa se abrió.

—Herr Dietrich —dijo Madeleine.

El nazi la apartó de un empujón. Entró en la casa y cerró la puerta.

Ollie sopesó diferentes opciones. «¿Quedarse? ¿Esconderse? ¿Huir?» Trató de aclararse las ideas. Pese a que el instinto le decía que huyera, se quedó. Esperó. Fueron pasando los minutos. La piel se le quedó helada. Mientras reconsideraba su decisión de no esconderse en el bosque, oyó un ruido, como si una silla hubiera caído al suelo. Chillidos. Gritos. Se le erizó el vello de la nuca.

Echó un vistazo por la grieta. Esperó escuchar disparos, pero en lugar de eso la puerta de la casa se abrió de golpe y apareció Dietrich, que sujetaba al cerdo por una de las patas posteriores

y lo sacaba a rastras. Ollie notó una descarga de adrenalina en las venas.

*Louis* chillaba y se retorció, tratando desesperadamente de clavar las pezuñas delanteras en la tierra. Pero el pequeño cerdo trufero, no mucho mayor que un bulldog enano, no era rival para el nazi.

—*Arrêtez!*—gritó Madeleine al tiempo que salía corriendo de la casa.

Dietrich arrastró al cerdo hasta el patio y desabrochó la correa de la pistola.

*Louis*, que trataba desesperadamente de escapar, se retorció y arqueaba el lomo para dirigirse hacia Madeleine.

Ollie apretó los puños.

En un único movimiento, Dietrich sacó la pistola de la funda y apuntó al cerdo, que no paraba de retorcerse.

Madeleine llegó hasta Dietrich y golpeó al nazi en el pecho con los puños.

Dietrich gruñó. Cogió impulso y golpeó a Madeleine con la pistola. La mujer echó la cabeza hacia atrás y cayó al suelo.

Ollie rebuscó en el granero. Un rastrillo. Una pila de patatas mohosas. Tablas de madera rotas. Y, encima de él, colgada de un gancho de hierro, una guadaña rota a la que le faltaba el mango. Tenía el filo mellado y oxidado, pero Ollie la cogió de todas formas.

Madeleine levantó despacio la cabeza. Se le habían pegado hojas secas al pelo y del labio inferior le colgaba un hilillo de saliva. El pecho le subía y le bajaba muy rápido mientras intentaba coger aire. Consiguió ponerse en pie, se tambaleó como si estuviera a punto de caer al suelo y luego se acercó a Dietrich.

El nazi sacudió la cabeza y el cerdo, aún atrapado, siguió retorciéndose.

Madeleine, con el pelo apelmazado por la sangre, se acercó al alemán.

—*S'il vous plaît. Libérez-le.*

Dietrich dirigió la pistola hacia la cara de la mujer y Madeleine cerró los ojos. Las manos le temblaban, pero no se movió.

De no haber sido por los chillidos del cerdo y porque Dietrich le daba la espalda, Ollie no habría podido acercarse a él sin que lo detectara. En ese momento, sin embargo, el nazi dedicaba toda su atención a un cerdo que no paraba de retorcerse y a una audaz mujer francesa. Por lo menos, hasta que apretara el gatillo. Y, entonces, todo acabaría: los chillidos de *Louis* y los gritos de Madeleine. Ollie avanzó más rápido, cojeando. El pulso le latía en los oídos. Diez metros. Cinco metros. La grava crujió bajo sus botas.

Dietrich se volvió de inmediato. Abrió mucho los ojos, frunció el ceño y giró el arma.

Ollie se inclinó hacia atrás. Luego se lanzó hacia delante y descargó un golpe en la mano del hombre con el filo oxidado de la guadaña. Esperaba que el alemán disparara y se preparó para que una bala le atravesara la caja torácica, pero en lugar de eso oyó un brusco chasquido, como si alguien hubiera golpeado la base de un árbol con una vara de nogal.

Dietrich gritó y dejó caer la pistola al suelo.

Ollie contempló la mano del nazi: el pulgar estaba inclinado en un ángulo obtuso, como si de repente le hubiera crecido otra articulación. Esperaba que Dietrich echara a correr. Que se batiera en retirada. Como mínimo, que levantara las manos en señal de rendición. Porque, o al menos eso creía Ollie, era lo que haría cualquier ser humano. Pero enseguida se dio cuenta de que el nazi no era un hombre cualquiera cuando se abalanzó sobre él como si fuera un luchador grecorromano. Con las manos extendidas. Del pulgar le sobresalía un hueso, como si fuera una tiza ensangrentada.

«Muy bien, o tú o yo.» Ollie lo atacó de nuevo. Mientras la guadaña hendía el aire, Ollie notó en las entrañas una angustiada sensación. Había subestimado la rapidez de Dietrich. Y había apuntado demasiado alto.

Dietrich se agachó, se lanzó hacia delante y golpeó con el hombro la pierna de Ollie.

A Ollie se le dobló la rodilla. El tobillo cedió y Ollie cayó al suelo. Dietrich lo golpeó en el pecho. Se le tensaron los ligamentos y tuvo la sensación de que se le iba a dislocar de nuevo el hombro. Trató de usar de nuevo la guadaña, pero Dietrich, como si fuera un perro rabioso, le mordió la manga del abrigo y le clavó los incisivos en la carne. Ollie sintió un intenso dolor en el brazo y dejó caer el filo.

Ollie notó desplazarse la mandíbula cuando Dietrich, con el brazo bueno, le atizó un puñetazo. Aturdido, tanteó en busca de la guadaña.

Madeleine gritó y empezó a darle puñetazos a Dietrich en la espalda.

El nazi lanzó un codo hacia atrás y golpeó en el abdomen a la mujer, cuyos gritos agudos se interrumpieron de golpe al quedarse sin aire en los pulmones. Se desplomó al suelo, sujetándose el estómago.

Dietrich se apartó del pecho de Ollie. Al principio, creyó que el nazi había encontrado la guadaña y se preparaba para clavársela en el cráneo. Sin embargo, vio a Dietrich retroceder como si fuera un cangrejo. Unos palmos más allá estaba la pistola.

Ollie se lanzó a por ella. Sujetó a Dietrich por una pierna.

El nazi extendió un brazo y acercó los dedos a la pistola.

Ollie recibió una patada en la mejilla y, un instante después, todo se volvió negro. Se esforzó por dispersar la niebla que le aturdía el cerebro y de repente se dio cuenta de que el alemán ya estaba fuera de su alcance. «Se acabó», pensó. El nazi sólo necesitaba unos pocos segundos. Esperó oír disparos, pero en lugar de eso escuchó un agudo chillido. Al levantar la cabeza, vio un rastro de gasas en el patio. Y a Dietrich con la guadaña clavada en la espalda. De pie junto a él estaba el teniente de vuelo Boar.

Dietrich agitó los brazos. Se retorció. Se volvió. Pero no consiguió alcanzar la guadaña, clavada entre sus omóplatos como si fuera un arpón.

Boar cogió a Dietrich y lo lanzó al suelo de espaldas, cosa que le hundió la hoja aún más en el cuerpo. El nazi vociferó.

Boar lo agarró del cuello y tensó los músculos del antebrazo para impedirle respirar.

Dietrich pataleó. Fue dejando de mover las piernas y, tras un último espasmo en uno de los pies, se quedó inmóvil.

Ollie se arrastró hacia Madeleine.

—¿Estás bien?

La mujer asintió con la cara sucia de sangre y tierra. *Louis* le dio un golpecito con el hocico.

Boar aflojó la presión en el cuello de Dietrich y luego se quedó de pie junto al cadáver.

—Estúpidos —dijo, dándole la espalda a Ollie—. Habéis puesto en peligro nuestras vidas por un maldito cerdo.

—Iba a dispararle —se defendió Ollie.

El teniente se giró.

Lo primero que vio Ollie fue que Boar ya no llevaba los vendajes. Lo segundo que vio fueron sus ojos. Uno despierto y atento. El otro muerto, como alabastro deslucido.

*Epping, Inglaterra*

Susan sujetó el cilindro a la pata de la paloma, le acarició las alas y la introdujo suavemente en el tubo de cartón. Notó el peso de la paloma al descender hasta el fondo. Colocó la tapa, agujereada para permitir el paso del aire, y luego dejó el tubo con los otros que ya había colocado en un rincón del palomar. Los había ido apilando en forma de pirámide con cuidado de no darles la vuelta, a sabiendas de que dentro de unas pocas horas los meterían en aviones como si fueran simple correo.

Cogió un paracaídas y frotó con los dedos la tela de seda. El paracaídas le pareció increíblemente pequeño, más adecuado para arrojar un juguete infantil desde un segundo piso que para lanzar una paloma desde un avión. Por otro lado, los tubos de cartón parecían muy endebles en comparación con las jaulas que había usado antes la RAF. Comprendía las razones por las que el ejército había realizado aquellos cambios. «Paquetes más pequeños significan menos aviones y eso significa menos pilotos muertos.» Pero, de todas formas, los detestaba. Los tubos eran demasiado oscuros y estrechos, por no decir que parecían ataúdes. No era forma de tratar a una paloma, menos aún a una paloma que se estaba jugando la vida por salvar a Gran Bretaña. Dejó caer el paracaídas y siguió cargando. Y cada vez que sacaba una paloma de su nido, aumentaba la ansiedad que le atenazaba el pecho.

Susan se despertó mucho más temprano que Bertie y empezó a preparar las últimas palomas de la misión antes del amanecer. Apenas había dormido aquella noche —o, mejor dicho, apenas había dormido los últimos días—, pues los ataques de tos del anciano la habían desvelado. Los únicos momentos en que no lo había oído respirar con dificultad o sonarse la nariz habían sido los mismos en que las baterías antiaéreas retumbaban.

«Bertie tenía razón», pensó. No le pasaba nada raro en el corazón, sólo tenía unas rodillas cansadas y un resfriado común que, a juzgar por el estertor del pecho, se estaba transformando en una neumonía. Aun así, el doctor Collins había insistido en que Bertie siguiera tomando nitroglicerina y en que empezara a tomar pastillas de sulfamida. Pero ni la medicación ni las horas que el anciano había pasado inclinado sobre un cazo de agua caliente, con la cabeza bajo una toalla, habían conseguido acabar con la congestión.

«No hay sitio en St. Margaret's. Todas las camas están ocupadas por los heridos de Londres —había dicho el doctor Collins—. Estará mejor atendido en casa.»

Pero la infección seguía avanzando en su pecho. Susan no podía ofrecerle nada más que las

píldoras de sulfamida, escasas raciones de comida, té aguado y un viejo aceite de eucalipto que ya había perdido toda su fragancia. Se preguntó si esos cuidados iban a servir de algo.

Metió la última paloma en un tubo, le colocó la tapa y lo dejó en la pila con los otros. Pensó a toda velocidad. Las dudas le atenazaban el cuerpo. Para tranquilizarse, aunque sólo fuera un instante, metió la mano en el abrigo y cogió el último mensaje de Ollie, ya descifrado.

*Susan:*

*Agradezco mucho tus mensajes. Una vez me dijiste que tu misión iba a ganar la guerra. Y ahora, más que nunca, creo en ti.*

Contempló la pila de tubos que dentro de poco serían lanzados desde los aires. El palomar, en otros tiempos repleto de pichones que zureaban, estaba ahora vacío. Sólo se oían los arañazos de las patas dentro de los tubos, amortiguados por el cartón.

*Le deseo a Bertie una pronta recuperación. Contigo a su lado está en muy buenas manos.*

*Tus cartas me dan fuerzas. Oigo tu voz cuando leo tus palabras.*

*Huiré. Te prometo que volveré a Epping.*

*OLLIE*

Susan dobló la nota y la guardó en el bolsillo del abrigo. Se armó de valor y salió del palomar.

Durante las últimas noches, las batallas aéreas en los cielos nocturnos habían sido feroces. Las baterías antiaéreas atronaban. La tierra temblaba. Las piezas de porcelana caían de los estantes. Y, ahora, los prados en los que pastaban las ovejas estaban salpicados de metralla, que caía como una fea lluvia de granizo negro. Mientras cruzaba el patio, Susan se fijó en un brillo apagado entre los fragmentos de metralla. Se detuvo y encontró el casquillo de latón de un proyectil, más o menos del tamaño de una tira de goma de mascar. Dedujo que aquel casquillo debía de haber caído de algún caza de la RAF o de algún bombardero de la Luftwaffe. Lo recogió. El frío metal hizo que se le erizara el vello. En lugar de buscar marcas, lo lanzó hacia el bosque: aterrizó a pocos metros de una de las hayas de la linde del bosque.

—¡Odio la guerra! —gritó.

Oyó un ruido en la tienda de la RAF que se alzaba en el patio de la granja y uno de los soldados asomó la cabeza. Susan lo fulminó con la mirada.

—Ya me has oído.

El soldado, como si fuera un roedor asustado, no tardó en esconderse de nuevo en el interior.

Mientras se acercaba a la puerta de la casa, Susan oyó una especie de jadeo, un carraspeo, unos tos con flema. Dirigió la mirada hacia la ventana de su habitación, parcialmente abierta por si regresaba *Duquesa*. Una ráfaga de viento helado meció la cortina opaca.

*«I had a little bird, its name was Enza. I opened the window and in flew Enza.»*

Se estremeció. Tras arrebujarse en su abrigo, entró en casa.

*Epping, Inglaterra*

Susan entró en la casa al son de un intenso ataque de tos áspera. La atmósfera era húmeda debido a los cazos de agua que hervían en los fogones para aliviar la congestión de Bertie. Las ventanas estaban empañadas. La tapicería de los muebles estaba húmeda. La primera planta de la casa se había convertido, al parecer, en una especie de baño de vapor. Susan colgó el abrigo y se acercó a Bertie, derrumbado en su sillón bajo varias mantas de lana.

—Te has levantado pronto —dijo Bertie, abriendo los ojos.

Susan asintió, pero no se le pasó por alto la voz ronca del anciano.

—El camión militar llegará dentro de una hora.

Su abuelo tosió y escupió en un raído trozo de tela.

—Me temo que ya he ensuciado todos nuestros pañuelos.

Susan le rozó el brazo.

—Para eso están.

Bertie dobló el pañuelo y se reclinó en el sillón.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó la joven.

Bertie hizo un esfuerzo por desalojar las flemas de la garganta.

Susan cogió una taza de la mesilla auxiliar, aún medio llena de té tibio, y se la acercó a su abuelo a los labios.

El anciano bebió, hizo una mueca y tragó.

Susan dejó de nuevo la taza.

—¿Quieres comer algo?

Bertie negó con la cabeza.

—¿Aceite de eucalipto?

El anciano se acercó el pañuelo a la boca para controlar un ataque de tos y luego bajó la mano.

—Tenemos que hablar.

—Tienes que descansar.

Bertie se sentó trabajosamente y las mantas le cayeron sobre el regazo.

—¿Las palomas están listas?

—Sí.

Susan observó a su abuelo. Sin fuerzas para afeitarse, se había dejado crecer el bigote y la barba. Tenía profundas bolsas bajo los ojos y el aliento agrio por la infección de los pulmones.

Extendió una mano y le acarició suavemente los dedos.

Susan se obligó a sonreír.

Bertie le soltó la mano y luego se colocó bien las mantas.

—Estás cambiando las cosas en esta guerra, Susan. Pese a las pérdidas, nuestras palomas están obteniendo información sobre el ejército de Hitler.

Susan pensó en los nidos vacíos, en los centenares de palomas que no habían regresado.

—Necesitamos más palomas para entrenarlas.

—No nos llegarán más —dijo el anciano. Se sonó la nariz, pero no le salió más que un ruidoso burbujeo.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya he hablado con Jonathan Wallace, del Servicio Colombófilo Nacional.

—Eso no es justo —dijo Susan—. Que tú no te encuentres bien no significa que no podamos seguir adelante con Fuente Columba. Ya hablaré yo con el señor Wallace y le diré que soy perfectamente capaz de asumir más trabajo hasta que tú te recuperes —concluyó Susan al tiempo que daba un paso hacia el teléfono.

—No es por mi enfermedad, cariño —dijo respirando con dificultad—. Es por nuestra ubicación.

Susan se detuvo y se volvió a mirarlo.

—Nuestra granja está cerca de un aeródromo de la RAF, un objetivo de la Luftwaffe. —Tosió y luego cogió su taza y bebió—. Y también estamos justo en el condenado camino que siguen para bombardear Londres. No es seguro.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Susan.

—El Servicio Colombófilo Nacional está montando granjas de entrenamiento en Northampton, lejos de los bombardeos —respondió. Se aclaró la garganta—. Jonathan te guarda un puesto.

—No pienso irme.

—Gran Bretaña te necesita. —Hizo una pausa y luego metió el pañuelo sucio bajo la manta, como si quisiera esconder el empeoramiento de su salud—. Dentro de poco ya no nos quedarán palomas. A menos que vayas a Northampton, dejarás de formar parte de Fuente Columba.

Susan se acercó al sillón de su abuelo.

—No pienso dejarte.

—Yo me reuniré más adelante contigo, cariño. —Le echó un vistazo al bote de píldoras de sulfamida que descansaba sobre la mesita auxiliar—. Los McCreary pueden venir a verme de vez en cuando hasta que me recupere.

—Tonterías —dijo Susan, cruzando los brazos.

La señora McCreary era una mujer encantadora que sin duda haría todo lo que estuviera en su mano para cuidar de Bertie, pero su esposo, un tipo dócil que se pasaba la mayor parte del tiempo escondido en el sótano, no ayudaría mucho, por no decir que no haría nada en absoluto. Por otro

lado, ella no pensaba abandonar a Bertie. Nunca. En lugar de discutir, se inclinó sobre él para recoger la taza.

—Ya hablaremos del tema más tarde.

En la cocina, Susan preparó té. Mientras dejaba las hojas en infusión, oyó toser a su abuelo en un intento de expulsar mucosidad de los pulmones. De repente, la invadió una sensación de impotencia. Quería llorar. Rendirse. Pero lo que hizo fue morderse la lengua y tragarse las lágrimas. «Sé un huevo.»

Mientras le llevaba el té a la salita, oyó un batir de alas en el piso de arriba. Dejó la taza en la mesilla auxiliar de Bertie y sin querer derramó al suelo parte del líquido. Al volverse, vio a *Duquesa* planear por la escalera y posarse en el sofá.

Susan corrió hacia *Duquesa* y la cogió en brazos. Notó en la piel las plumas frías.

—Dejar abierta la ventana de tu habitación es una idea espléndida para eludir a los soldados —dijo Bertie.

Susan besó a *Duquesa* en la cabeza. Mientras le quitaba el cilindro de la pata, vio caer una pluma de la cola al suelo. Se quedó inmóvil y se dio cuenta de que el plumaje antes reluciente y fosforescente de *Duquesa* ahora parecía más apagado, como si el sol lo hubiera desteñido. El corazón le latía muy rápido y la paloma no zureaba. Le sopló aire caliente sobre las plumas heladas y, minutos más tarde, *Duquesa* empezó a arrullar suavemente. Susan suspiró. Fue a buscar una jarra de grano que había guardado en la cocina y vertió un poco de pienso sobre la mesa. Luego, con delicadeza, dejó a la paloma delante de la comida.

*Duquesa* picoteó un poco, después se sentó y cerró los ojos.

Susan empujó más grano hacia ella.

La paloma no hizo ningún esfuerzo por comer.

—No puede seguir el ritmo —le dijo Susan a Bertie—. Es demasiado para ella.

*Duquesa* metió la cabeza bajo el ala.

Bertie se inclinó hacia delante, tratando de verla mejor desde su sillón.

—Está haciendo lo que cree que es su deber.

Susan vaciló un instante, luego abrió el cilindro y sacó la nota.

—No es necesario que me lo leas todo —dijo el anciano—. Dame sólo la información importante y yo lo escribiré en un papel para los soldados.

Susan asintió.

Bertie cogió una pastilla de sulfamida del bote que tenía sobre la mesa y se la tragó con un sorbo de té. Luego miró a Susan.

—Volverás a verlo, cariño.

Susan se puso en pie, se dirigió hacia él y lo abrazó.

—No te acerques tanto. No quiero que te pongas enferma.

—No me importa.

Susan lo estrechó con fuerza y se dio cuenta de que su abuelo había perdido peso. Los huesos

se le marcaban bajo el pijama.

*Duquesa* levantó la cabeza, extendió las alas y revoloteó hasta posarse en el sillón de Bertie. El anciano le acarició las plumas con el dedo.

Susan cogió la nota que ya había escrito para Ollie. Empezó a meterla en el cilindro, pero vaciló. Cogió un lápiz y el libro de códigos y añadió algo más.

*Puede que tenga que irme a Northampton.*

*Ven a buscarme. Te estaré esperando.*

Enrolló el papel, lo metió en el cilindro y fijó el tubo a la pata de *Duquesa*. La paloma voló hasta la ventana y dio un picotazo al cristal.

—No —le dijo Susan—. Tienes que descansar.

La paloma ladeó la cabeza y sacudió las plumas. Picoteó de nuevo el cristal.

Susan la cogió y le acarició el lomo.

*Duquesa* se retorció y se escurrió de entre sus manos. Volvió a la ventana y picoteó de nuevo el cristal, ahora con más fuerza.

Bertie tosió.

—Quiere marcharse.

—Es demasiado pronto.

Durante varios minutos, *Duquesa* picoteó el cristal sin descanso. Cada vez que Susan intentaba tocarla, la paloma se apartaba volando y luego caminaba junto al zócalo. Tras el sexto intento de Susan por calmarla, el ave empezó a revolotear por la salita.

Susan notó una brisa en la cara y vio a *Duquesa* posarse en la repisa de la chimenea.

—Por favor —le dijo.

Se acercó muy despacio a la chimenea y le acarició las suaves plumas de la cabeza.

—Descansa un poco.

*Duquesa* echó a andar, arañando la madera con las patas. Susan se volvió hacia Bertie y vio al anciano señalar hacia arriba.

Se estremeció. «La ventana de mi habitación», pensó. Miró hacia arriba y Bertie asintió.

Cuando Susan se volvía para ir a su habitación, *Duquesa* emprendió el vuelo y se dirigió hacia la escalera. A Susan se le aceleró el corazón y, mientras subía los escalones, tuvo la sensación de que sus botas de agua eran aletas para nadar en el mar. Al llegar a su habitación vio a *Duquesa* posada en el alféizar.

—¡Espera!

Pero la paloma echó a volar desde la repisa.

Susan se asomó a la ventana y notó en las mejillas el aire gélido. Vio a *Duquesa* batir las alas haciendo un esfuerzo superior al habitual, como si el cilindro estuviera lleno de arena. Mientras su cansada paloma iba ganando altitud, Susan se estremeció. «En el canal de la Mancha no hay ningún sitio donde descansar.»

*Airaines, Francia*

—Entiéralo en el bosque —dijo Boar, de pie junto al cuerpo—. Y esconde el coche en el granero.

Ollie miró a Dietrich, que tenía la boca abierta. Aún le salía sangre de la mano destrozada.

—No.

—Hazlo —gruñó Boar.

Ollie miró a Madeleine, que estaba sentada junto a él en el suelo, con una mano apoyada en el corte de la cabeza.

—No podemos dejar ningún rastro. Los nazis sin duda conocen su rutina. Registrarán la casa y culparán a Madeleine.

Boar dio un paso hacia ellos.

Madeleine levantó la mirada y contuvo un grito.

—¡El ojo! —exclamó.

Boar se tocó la cara, como si esperara encontrar uno de los ojos aún vendado. Pero, en lugar de eso, encontró una córnea reseca. Palideció.

Madeleine extendió una mano hacia el teniente.

Boar dio media vuelta y entró hecho una furia en la casa, sin molestarse en cerrar la puerta.

—Deja que te vea —dijo Ollie.

Se arrodilló junto a Madeleine y le examinó la cabeza. Tenía un corte de medio centímetro de profundidad cerca de la sien. Y un chichón del tamaño de un canto rodado pequeño. Ollie le quitó una hoja seca del pelo, luego cogió el pañuelo que llevaba en el bolsillo y presionó con cuidado la herida.

—*Merci* —agradeció Madeleine.

—¿Qué ha ocurrido?

—Herr Dietrich ha venido a buscar sus trufas. No tenía que venir hasta dentro de unos días —respondió la mujer mientras le acariciaba la cara a *Louis*.

El cerdo gruñó.

—Cuando le he dicho que no tenía trufas, se ha enfadado y ha dicho que le iba a pegar un tiro a mi *schwein*.

—Santo cielo —dijo Ollie—. ¿Así sin más?

—Los nazis no tiene piedad. —Le cogió el pañuelo a Ollie y contempló la tela ensangrentada

—. Ni siquiera con una mujer que no ha podido ir a buscar trufas.

Ollie ayudó a Madeleine a ponerse en pie.

—Has estado ocupada ayudándonos. Lamento mucho que te hayamos metido en este lío.

Ollie contempló el coche del nazi: tuvo la sensación de que la parrilla delantera y los focos, redondos como los ojos de un insecto, le devolvían la mirada. Pensó un instante y luego se quitó la chaqueta.

—¿Qué haces? —le preguntó Madeleine.

—Ocuparme de esto —respondió él al tiempo que se quitaba también la camisa.

—Pero el teniente de vuelo...

—Ya sé lo que ha dicho Boar, pero no pienso dejar este coche ni tampoco al nazi en tu granja para que lo encuentren los alemanes.

La camiseta interior apenas lo protegía del viento gélido y se le puso la piel de gallina en los brazos. Le dio la ropa a Madeleine y luego, tras acercarse a Dietrich, empezó a desabrocharle la guerrera.

—No —dijo Madeleine.

Ollie terminó de desabrochar la guerrera de Dietrich y se dio cuenta de que la temperatura del cuerpo ya estaba empezando a bajar. Sacó los brazos del alemán de las mangas, pero cuando intentó tirar de la guerrera, la tela se quedó pegada a la espalda de Dietrich. Tragó saliva, le dio la vuelta al cadáver y retiró la prenda pasándola por encima de la guadaña que sobresalía de la columna vertebral del alemán. Contuvo una arcada, se puso la guerrera y luego cogió la gorra y la pistola del nazi.

Madeleine lo aferró por un brazo.

—No debes hacerlo.

Ollie se soltó, abrió el maletero del coche y se dio cuenta de que apenas había espacio para una maleta pequeña, era imposible meter allí el cadáver. Puesto que no le quedaba otra opción, cogió a Dietrich por las botas militares y lo arrastró hasta el coche. Tras cargar con ese peso como pudo, con el hombro aún lesionado, dejó caer al alemán en el suelo del vehículo, entre el asiento delantero y el trasero. Lo tapó con el abrigo negro de piel que el nazi había dejado cuidadosamente doblado en el asiento delantero.

Ollie miró a Madeleine mientras se abrochaba el botón superior de la guerrera. El cuello de la prenda le apretaba.

—Quiero que confíes en mí.

Madeleine estrujó el pañuelo y *Louis* se pegó a la pierna de la mujer.

—Asegúrate de que Boar no cometa ninguna estupidez. —Le apoyó una mano en el hombro—. A ti te hará caso.

Madeleine asintió a regañadientes.

—Busca al amigo de Guillaume y dile que salimos mañana. Si al amanecer no he vuelto, que se vayan sin mí.

Y, antes de que Madeleine pudiera responder, Ollie subió al coche y cerró la puerta. Al acercar la mano al contacto, se dio cuenta de que la llave no estaba. La encontró después de inclinarse hacia el asiento de atrás y rebuscar en los bolsillos de los pantalones de Dietrich. Cuando introdujo la llave en el contacto, le temblaba la mano.

*Airaines, Francia*

El teniente de vuelo Boar utilizó una cuchara para ver su reflejo, pero el peltre estaba demasiado deslustrado. Arrojó de nuevo el cubierto al fregadero y se dirigió a la habitación de Madeleine. Aunque Boar no acostumbraba a salir de la cocina, excepto para dormir bajo tierra, sabía dónde estaba el dormitorio de Madeleine porque había escuchado sus pasos muchas veces. Encontró lo que estaba buscando justo sobre un lavabo: un espejo agrietado con el marco dorado. Se acercó a su reflejo... y vio a un monstruo.

El ojo izquierdo trabajaba correctamente, aunque tenía la ceja hinchada y la esclerótica inyectada en sangre. Pero el ojo derecho era un espanto. El párpado, desfigurado, estaba cosido. Ya no tenía pestañas. Y la córnea estaba hundida y borrosa, como el ojo de un pez muerto. Se tocó el ojo, reseco y partido. Dentro de la cuenca se veía lo que parecía un pedazo de cartílago.

Boar le dio un puñetazo al espejo y saltaron esquirlas de cristal al suelo. Se cubrió el rostro con las manos. «Jamás volveré a volar.» Se le aceleró la respiración. Cambió de lado el peso del cuerpo. Entre el crujido de los trozos de cristal, bajo las botas, oyó una especie de carraspeo mecánico. Un motor que aumentaba de revoluciones. Sacó la pistola de la funda y se dirigió a la puerta. Ya en el porche, vio alejarse el coche del nazi. Ollie iba al volante. Le empezó a hervir la sangre. «Tú tienes la culpa», pensó, al tiempo que empuñaba la pistola.

—*Arrêtez!* —le gritó Madeleine desde el patio.

Boar apuntó a la luna trasera. El único motivo por el que no había utilizado la pistola para matar al nazi era el temor de que los disparos alertaran a la Wehrmacht. Pero ahora ya le daba igual. Introdujo el dedo en el gatillo.

Madeleine cruzó el patio corriendo. El cerdo empezó a chillar. Madeleine agitó los brazos.

—¡Por favor..., no!

Boar apuntó. La percepción de profundidad, con un solo ojo, había desaparecido. Mientras trataba de enfocar la silueta sentada al volante, Madeleine lo agarró del brazo y perdió de vista el blanco.

—¡Sólo intenta ayudar! —dijo Madeleine.

—Imbécil.

El teniente de vuelo bajó la pistola y se quedó mirando el coche hasta que desapareció.

*Louis* se restregó contra la pierna de Madeleine. La mujer le dio una palmadita en la cabeza y el animal, después de gruñir, se acurrucó bajo un arbusto.

Madeleine guardó silencio un instante para recuperar el aliento. Luego cogió la camisa y la chaqueta de Ollie y entró en casa.

Boar se fijó entonces en que la mujer tenía el pelo ensangrentado y guardó la pistola en la funda. La siguió al interior de la casa y la ayudó a sentarse. Le cogió el pañuelo, sumergió la punta en una jarra de agua y le limpió la herida con delicadeza.

—*Merci* —dijo ella mirándolo.

Boar se aclaró la garganta.

—Estoy ciego del ojo derecho.

—Llamaré al *docteur*.

Boar negó con la cabeza.

—Ya no hay nada que hacer.

—Lo siento.

El teniente siguió examinándole la herida.

—He roto tu espejo, lo siento.

Madeleine suspiró.

—Mejor. Ya hace mucho tiempo que no tengo motivos para mirarme.

Boar siguió presionando el corte hasta que dejó de sangrar. Le limpió el pelo, pero las raíces grises quedaron teñidas de rojo.

Madeleine le cogió el pañuelo a Boar y lo dejó sobre la mesa. Hurgó en el cenicero y encontró la colilla de un cigarrillo. La limpió un poco con el dedo, la encendió y se la ofreció a Boar.

El teniente dio una calada que le supo a ceniza. Una pequeña cantidad de tabaco quemado le llenó los pulmones.

Madeleine se puso en pie y tomó su abrigo.

—Tendrías que descansar —dijo Boar mientras dejaba caer la colilla aún humeante en el cenicero.

Madeleine lo ignoró y cogió el sombrero que colgaba de un gancho, junto a la bolsa de las trufas, y se cubrió la cabeza. Se ajustó el ala de forma que le tapara el chichón de la sien.

—Los nazis se darán cuenta de que ha desaparecido un oficial —dijo mientras se abrochaba el abrigo y abría la puerta—. Investigarán todos los movimientos de Dietrich, incluidas sus visitas a mi casa para requisar trufas.

Boar notó en la cara una ráfaga de aire helado.

—¿Adónde vas?

—A hablar con mi amigo —dijo Madeleine mirándolo fijamente—. Os vais mañana.

Salió al exterior y cerró la puerta.

Boar pensó en detenerla, pero le dio igual. En el fondo, ya todo le daba igual. Aunque el corazón le latía, el aire le llegaba a los pulmones, y las piernas y los brazos le funcionaban, se sentía inservible. Inútil. Todas las fibras de su cuerpo querían entrar en combate, pero ahora, por mucho que consiguiera regresar a Gran Bretaña, ya nunca lideraría un escuadrón. Ni siquiera le

permitirían volar estando ciego de un ojo. Como mucho, le asignarían alguna tarea de despacho. «Maldición», pensó. Sacó la pistola y contó las balas que le quedaban, incluidas las que llevaba en un cargador sujeto al cinturón. Consumido por el rencor, decidió que mataría a todos los nazis que pudiera y que reservaría una bala para sí mismo. Y tal vez otra para el yanqui.

Una hora más tarde, mientras estaba sentado en una silla esperando el regreso de Madeleine o de Ollie, oyó una especie de arañazo en el porche y empuñó la pistola. Aguzó el oído y luego se acercó sigilosamente a la ventana. Apartó unos milímetros la cortina y echó un vistazo al exterior. Nada.

Pec. Pec.

Tras reconocer el sonido, suspiró aliviado y abrió la puerta. En el porche vio a una paloma que, a juzgar por el reluciente plumaje, debía de ser la del yanqui.

—Pareces un puñetero pavo real —le dijo sacudiendo la cabeza—. Me sorprende que no te hayan pegado un tiro.

*Duquesa* lo miró y sacudió las plumas.

Boar dio un paso en dirección al pájaro.

La paloma se alejó caminando. Extendió las alas, dispuesta a emprender el vuelo.

Boar se detuvo y, muy despacio, enfundó el arma.

La paloma revoloteó por el patio. Boar apretó los dientes y luego, volviéndose hacia la casa, dijo:

—Yanqui, tu pájaro ha vuelto. Ven a cogerlo antes de que eche a volar otra vez.

Entró en casa y dejó la puerta abierta. Apoyó la espalda en la pared, en un lugar donde la paloma no pudiera verlo, y esperó. Transcurrieron varios minutos. Cuando ya estaba a punto de rendirse, oyó un aleteo y unos arañazos. Un instante más tarde, el pájaro entró andando.

Boar cerró de golpe y el portazo resonó por toda la casa. *Duquesa* dio un salto y extendió las alas.

Boar observó a la paloma del yanqui mientras ésta revoloteaba por toda la casa. Chocó contra una cortina y volcó una taza que estaba sobre la mesa. Tras comprender que le resultaría muy difícil atrapar al pájaro con las manos, incluso en una habitación tan pequeña como aquélla, cogió una de las mantas que guardaban en el escondrijo, bajo las tablas de madera. Después la lanzó al aire como si fuera una red.

*Duquesa* echó a volar. La manta le rozó la cola y cayó de nuevo al suelo. La paloma se dirigió a la librería.

Boar recogió la manta, la sujetó como si fuera el capote de un torero y se fue acercando al pájaro.

*Duquesa*, con el cuerpo ladeado, se aferró con las garras al estante.

Boar lanzó la manta. La paloma y varios libros cayeron al suelo. Vio bajo la tela un pequeño bulto que se movía. Introdujo la mano bajo la manta, sujetó al animal por las alas y lo sacó.

*Duquesa* empezó a picotear y a doblar las patitas.

Boar la sujetó con fuerza y se fijó en el cilindro de baquelita. Le dio la vuelta a la paloma y soltó el cierre del tubo. Después envolvió a la paloma con la manta y ató las puntas para que no pudiera escapar.

Desenroscó el tapón, sacó la nota y se quedó mirando aquel galimatías de letras.

—Mierda —murmuró.

Justo cuando se disponía a volver a introducir la nota en el cilindro, se fijó en que la chaqueta del yanqui colgaba del perchero. Rebuscó en el interior y encontró el libro de códigos oculto en el bolsillo del pecho. Al abrirlo, cayeron varias notas al suelo. Las recogió. Cuando leyó los mensajes, una versión que nada tenía que ver con la que el yanqui le había leído, le empezó a hervir la sangre.

*Duquesa* se retorció y la manta se movió.

Boar se acercó a la manta y levantó la bota por encima del pequeño bulto. Empezó a bajar el pie, pero luego se detuvo.

Aunque sentía la imperiosa necesidad de aplastar a la paloma del yanqui, se sentó a la mesa y descifró el mensaje. Notaba tras el esternón la acidez de la bilis. Arrugó el papel, lo arrojó a la chimenea y lo contempló mientras ardía. Luego cogió papel y lápiz. Y, usando el libro de códigos, empezó a escribir.

*Airaines, Francia*

A Ollie le latía el corazón desbocado cuando tomó la carretera que se alejaba del pueblo. El habitáculo del coche, aunque estaba vacío, olía a queso y a fiambres, como si Dietrich hubiera dedicado su tiempo a requisar comida a los hambrientos aldeanos. Madeleine, pensó Ollie, no era la única persona extorsionada en Airaines.

Se entretuvo con las marchas, tratando de comprender cómo funcionaba aquel cambio extranjero. «¿Adónde voy? ¿Hasta dónde puedo llegar?» Temiendo que la Wehrmacht tuviera las carreteras controladas, cuando salía a recabar información sobre el aeródromo siempre caminaba por el bosque. Apenas había recorrido cinco kilómetros por la carretera cuando comprendió que no se había equivocado.

Al doblar una curva vio a un soldado de la Wehrmacht que bloqueaba la carretera con lo que parecía un caballete de madera. El soldado empuñó su rifle.

El miedo atenazó a Ollie de tal manera que levantó el pie del acelerador. El pulso se le desbocó a medida que el coche iba perdiendo velocidad. Cogió la pistola que estaba en el asiento del pasajero y se la metió bajo la pernera.

El soldado, con el arma apoyada en el hombro, se puso en el centro de la carretera.

Ollie pensó a toda velocidad. «¿Doy media vuelta? ¿Atravieso el control?» Se colocó bien la gorra y luego se aferró al volante. Justo cuando estaba a punto de pisar el acelerador, el soldado cogió el caballete. Ollie vaciló y se fijó en las banderitas nazis colocadas en los guardabarros curvados del coche: rectángulos de tela roja con una cruz gamada negra que ondeaban al viento.

El soldado apartó la barrera y adoptó la postura de firmes. Alzó un brazo y lo dejó rígido y extendido para realizar el saludo nazi.

Ollie miró al frente, evitando el contacto visual. Cuando se acercó, levantó el brazo imitando al soldado y se dio cuenta de que tenía el puño de la guerrera manchado de sangre. Retuvo el aire en los pulmones y bajó rápidamente el brazo al pasar el control. Después cambió de marcha y aceleró. Miró por el retrovisor, creyendo que vería al soldado empuñar el rifle, pero el hombre se limitó a colocar de nuevo el caballete en la carretera.

Durante dos o tal vez tres minutos, el camino estuvo despejado, pero pronto se acercó en dirección contraria un convoy de camiones de la Wehrmacht. Los soldados, apelotonados en la caja de los camiones, lo miraron cuando se cruzaron.

Ollie se bajó un poco la gorra, con la esperanza de que los soldados no descubrieran a un

pobre granjero de Maine disfrazado de oficial nazi ni vieran el curioso bulto en la parte trasera del vehículo. El viento de los camiones zarandeó el coche. Sujetó con fuerza el volante y se dio cuenta de que le caían gotas de sudor por la espalda, pero enseguida comprendió que era la sangre de la guerrera de Dietrich, que se le colaba por debajo de la camiseta interior. Cuando dejó atrás el último camión, bajó la ventanilla para que entrara aire.

Unos cuantos kilómetros más adelante, se desvió hacia un campo yermo. El coche avanzó dando tumbos entre los surcos. El cuerpo de Dietrich rebotó contra el respaldo de su asiento.

Condujo hasta la linde del bosque y dirigió el vehículo hacia una hilera de pinos. Pisó a fondo el acelerador y fue avanzando bajo los árboles hasta que los neumáticos se hundieron en el barro. Paró el motor y bajó. Echó un vistazo a su alrededor y vio, a unos cincuenta metros, los restos de una granja quemada. El tejado había desaparecido, las ventanas estaban rotas y las paredes, tiznadas de negro. Sacó del asiento trasero el cuerpo de Dietrich, que estaba empezando a quedarse rígido por el rígor mortis. Puesto que no pudo volver a estirarle las piernas al nazi, que tenía las rodillas pegadas al pecho, colocó el cadáver sobre el largo abrigo y lo usó para arrastrarlo por el suelo.

Cuando se acercaba a la granja vio un pozo de piedra rodeado de alta vegetación. Tiró con más fuerza. El hombro le palpitaba. Al llegar al pozo, oyó el motor de un vehículo que se aproximaba y se dejó caer al suelo. Cerró los ojos y escuchó el ruido del motor, que primero se acercó más y luego empezó a alejarse.

Respiró agitadamente para recobrar las fuerzas y después apoyó a Dietrich en el pozo. Puesto que no quería verle la cara, lo tapó con el abrigo. Notó un tirón en la espalda cuando levantaba el cuerpo. Tras un último empujón, arrojó a Dietrich al pozo, abrigo incluido. Esperaba oír una salpicadura de agua, pero en lugar de eso resonó un aterrador golpe sordo.

Tiró al pozo la gorra de Dietrich y la guerrera. El aire gélido se le clavó en la piel desnuda y se arrepintió de no haber cogido su chaqueta. Regresó al coche y arrancó unas cuantas ramas de pino para cubrirlo. Tarde o temprano, alguien descubriría el coche y el cadáver de Dietrich, pero con un poco de suerte parecería obra de la resistencia francesa, no de una agradable mujer que recogía trufas. Recuperó la pistola del coche y se la metió en la parte trasera de los pantalones. Se fue abriendo paso por el bosque a medida que empezaba a oscurecer, con la esperanza de estar dirigiéndose hacia el lugar correcto.

Regresar a Airaines le resultó más difícil que cualquiera de las excursiones nocturnas que había realizado previamente. Poco después de que Ollie se hubiera deshecho del cuerpo de Dietrich, se puso a llover. Lo que había empezado como una fina llovizna no tardó en convertirse en granizo. Sin abrigo, Ollie apenas podía impedir que le castañetearan los dientes. Los negros nubarrones ocultaban la luna y las estrellas. Puesto que no disponía de señales para orientarse, se vio obligado a avanzar pegado a la carretera. Cada vez que veía unos faros, se tendía boca abajo entre

la vegetación. Las bolitas de granizo se le clavaban en la nuca. Cuando el vehículo ya había pasado, se ponía en pie y seguía avanzando, a sabiendas de que al cabo de unos minutos tendría que volver a tenderse boca abajo.

La carretera estaba abarrotada de tráfico militar. O los nazis estaban buscando a su oficial desaparecido, o la Wehrmacht —pese al mal tiempo— estaba ansiosa por mantener el estricto toque de queda. Y por encima de las nubes de tormenta se oía el zumbido de los bombarderos de la Luftwaffe en sus empeños nocturnos por pulverizar Gran Bretaña.

El trayecto que debería haberle llevado un par de horas le llevó en realidad cuatro. Ya era muy tarde cuando Ollie llegó a la casa de Madeleine. Estaba temblando y la ropa, empapada, se le había pegado a la piel. Llamó, pero tenía los nudillos tan fríos que ni siquiera notó los golpes. Un momento después, alguien apartó una de las cortinas opacas y Ollie percibió el resplandor de una vela.

La puerta se abrió. Madeleine lo ayudó a entrar y le echó una manta sobre los hombros.

—¿Te han visto? —preguntó Boar, que estaba sentado a la mesa.

Ollie negó con la cabeza. Se arropó con la manta y miró a Madeleine, que aún tenía algo de sangre reseca en el pelo.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

La mujer se encogió de hombros y le sirvió un poco de agua caliente de un hervidor.

Ollie cogió la taza y dejó que el calor le deshelara las manos. Bebió un sorbito y luego se fijó en que Madeleine tenía la cabeza baja y contemplaba el suelo.

—¿Qué ocurre?

A Madeleine le temblaron los labios.

—Tu pájaro ha vuelto mientras estabas fuera —dijo Boar.

Ollie dejó la taza sobre la mesa. La manta se le cayó de los hombros.

—¿Dónde está?

Boar cogió una colilla del cenicero.

—La he enviado de vuelta con un mensaje para informar a la RAF sobre nuestra huida.

Ollie notó un calambre en el estómago.

—¿Ha traído algún mensaje?

Madeleine respiró pesadamente. Cogió un trozo de papel de la encimera de la cocina y se lo entregó a Ollie.

Lo primero que él vio fue que el mensaje estaba escrito en papel de la misión Fuente Columba, pero que no estaba en clave. Y tampoco era la letra de Susan. Mientras lo leía, se le encogió el corazón. Miró a Boar. La cuenca del ojo malo parecía llena de humo.

—Has sido tú.

Boar frunció el ceño.

—Vete a la mierda, yanqui.

Ollie sucumbió a la rabia. Dejó caer el mensaje, se puso en pie y agarró al teniente por el

cuello.

Boar se levantó y volcó la silla.

—¡No! —gritó Madeleine.

Ollie impulsó un brazo hacia atrás y entonces oyó un clic y notó algo duro que se le clavaba en el pecho. Bajó la mirada y vio la pistola del teniente.

—El pájaro no me dejaba acercarme —dijo, clavando aún más la pistola en el pecho de Ollie—. Madeleine lo cogió.

Ollie bajó el brazo y se llevó la mano a la espalda para coger la pistola del nazi, que llevaba oculta bajo el cinturón.

—¡Ya basta!

Madeleine se interpuso entre los dos hombres, como si fuera un árbitro que intenta detener una pelea.

Boar bajó la pistola.

Madeleine, con los ojos empañados en lágrimas, miró a Ollie.

—He vuelto del pueblo y me he encontrado al teniente tratando de atrapar a *Duquesa*. La paloma no quería acercarse a él. —Apoyó suavemente las manos en los hombros de Ollie—. Ha venido hacia mí.

Ollie notó el cuerpo entumecido. Cogió el mensaje. Incapaz de volver a leerlo, se lo guardó en el bolsillo. Envuelto en una neblina de incredulidad, salió de la casa y echó a andar bajo la gélida lluvia.

*Epping, Inglaterra*

La tierra tembló y arrojó al suelo una de las pipas de fumar de Bertie, que descansaban sobre la repisa de la chimenea. Susan, insensible ya a los bombardeos nocturnos, recogió la pipa, le quitó el polvo restregándola contra su falda y la volvió a dejar en su sitio. Luego se arrodilló junto a Bertie, derrumbado en su sillón. Cogió una toalla de un pequeño lavamanos de cerámica y le secó la cara.

Bertie abrió los cansados ojos.

—Tienes que beber algo —le dijo.

—Más tarde —respondió el anciano.

Mientras Susan humedecía la toalla de nuevo en el lavamanos, una brutal explosión sacudió la casa. Del techo cayeron fragmentos de yeso.

Bertie tosió para expulsar flemas de los pulmones.

—Quiero que duermas en el refugio antiaéreo.

Susan percibió el estertor en el pecho del anciano. Pese a las píldoras de sulfamida, el aceite de eucalipto y las visitas diarias del doctor Collins, más las horas que había pasado inclinado sobre un cuenco de agua hirviendo con una toalla sobre la cabeza, la salud de Bertie había empeorado. A medida que pasaban los días y se agravaba la congestión, Susan ocultó sus miedos tras una fachada de optimismo y deseó que el anciano no percibiera el temblor en su voz.

—No —dijo ella mientras le colocaba la toalla sobre la frente—. Acordamos que jamás volveríamos allí.

—La cosa está cada vez peor —dijo Bertie.

Susan pensó en los bombardeos. Ya hacía más de un mes que la Luftwaffe bombardeaba Londres todas las noches, aunque en realidad ya había perdido la cuenta. La capital estaba en ruinas. La gente moría. Y el enemigo no parecía dispuesto a ceder. De hecho, los ataques sólo habían aumentado, tanto en frecuencia como en intensidad, como si la Luftwaffe dispusiera de una cantidad infinita de aviones y explosivos. Seguían volviendo. Noche tras noche. Con bombas cada vez más potentes. La destrucción era cada vez mayor. Susan ya había dejado de leer los periódicos, pues le daba miedo conocer el número de bajas, la mayoría de ellas entre la población civil. También se había propuesto salir de casa cuando Bertie escuchaba los boletines diarios en la radio. Las noticias sobre la batalla aérea le resultaban deprimentes, ya que sólo hablaban de atrocidades y le recordaban que Ollie estaba atrapado en algún lugar ocupado por los nazis. Era

probable que Hitler ya hubiera conseguido la rendición de Gran Bretaña cuando llegara la primavera. Y la vida, tal y como la conocía Susan, cambiaría para siempre.

—No permitiré que nos obliguen a dormir en un agujero.

Bertie se quitó la toalla que tenía sobre la frente y la dejó en el lavamanos.

—Quiero que te marches a Northampton —le dijo a Susan cogiéndole la mano.

Susan lo notó tan débil que se le formó un nudo en la garganta.

—Siempre he estado muy orgulloso de ti —dijo—. No podría haber tenido una nieta mejor.

A la joven se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Fuente Columba te necesita, cariño. A Gran Bretaña le serás de más ayuda entrenando palomas que cuidando a un anciano resfriado.

—No pienso dejarte aquí.

—No te lo estoy pidiendo, Susan —le dijo, con los párpados hinchados a causa de la fiebre—. Te lo estoy ordenando.

Susan lo notó relajar los dedos. Contempló aquella mano débil, cubierta de venas oscuras y abultadas, y vio a su abuelo dejarla caer al regazo.

El anciano tosió y se subió la manta hasta el pecho.

—Me temo que esa terquedad la has heredado de mí.

Susan se secó discretamente los ojos. En los últimos dos días, el anciano le había repetido más de una vez que debía marcharse a Northampton. Y conociendo a Bertie, era de esperar que siguiera insistiendo para mantenerla a salvo. Pero ¿cómo iba a dejarlo allí? ¿Quién lo iba a cuidar? Aunque enviara un mensaje a través de *Duquesa* para informar a Ollie de que se marchaba a Northampton, no estaba lista para irse. Aquél era su hogar. Su abuelo. Sus palomas. En el fondo de su corazón, sabía que tendría que marcharse. Pero no en ese momento, ni tampoco mañana. Lo máximo que podía hacer, por ahora, era retrasar lo inevitable.

Susan cogió de nuevo la toalla, la escurrió para eliminar el exceso de agua y la colocó de nuevo sobre la frente de Bertie, que estaba ardiendo.

—De acuerdo —dijo—. Iré a Northampton cuando te hayas curado.

Esperaba protestas por parte de su abuelo, pero el anciano se limitó a reclinarsse en el sillón.

—¿Te he contado alguna vez la historia de cómo se conocieron tus padres? —le preguntó.

Susan sonrió.

—Sí —respondió—, pero me encanta cómo la cuentas.

Entre toses, estornudos y el perfume apenas perceptible del eucalipto, Susan escuchó una versión mucho más breve de la historia de Bertie. Probablemente había escuchado aquel relato un centenar de veces, pero esa noche le pareció distinto. Pensó que debería atesorar aquellas palabras, porque las ocasiones en las que volvería a escuchar aquellas maravillosas historias estaban contadas.

*Epping, Inglaterra*

Susan miró a Bertie, que seguía dormido en su sillón. Una vela, casi consumida por completo, iluminaba la habitación con un débil resplandor ambarino. El pecho del anciano subió y luego volvió a bajar despacio. Susan respiró aliviada. Dado que no quería dejarlo solo, había pasado la noche en el sofá en lugar de irse a la cama. Después de haberlo visto toser durante casi toda la noche, Susan se alegró de que el anciano por fin pudiera descansar. Y deseó, también, que hubiera pasado ya la peor parte de los bombardeos de aquella noche.

Mientras Susan intentaba dormir, escuchó un ruido débil en el desván, como si se hubiera colado una ardilla, y se incorporó. El cojín que había utilizado como almohada cayó al suelo.

Bertie abrió los ojos y se aclaró la garganta.

—¿Va todo bien, cariño?

Susan asintió, encendió otra vela y prestó atención: el rumor de las explosiones lejanas, una ráfaga de viento que hacía crujir la casa. Segundos más tarde, un aleteo. Y *Duquesa* descendió la escalera volando.

Susan se levantó de un salto, deseosa de coger a su paloma, acariciarle las alas, calentarle las plumas... Pero no quería cometer el mismo error de dejar abierta la ventana de su habitación, de modo que subió rápidamente y la cerró para evitar que *Duquesa* se marchara antes de tiempo. Mientras corría por el pasillo, pensó esperanzada en el mensaje de Ollie. El corazón se le desbocó. Bajó corriendo la escalera y se quedó helada.

Encontró a *Duquesa* sentada sobre el regazo de Bertie. Su plumaje antes exquisito, plagado de relucientes tonos verdes y violetas, ahora se veía apagado, deslustrado como la plata vieja. Pese a ser una paloma joven, *Duquesa* parecía demacrada. Susan pensó que tal vez fuera debido a la luz de la vela. O tal vez el aspecto demacrado de su paloma sólo fuera un reflejo del estado de Bertie: sin afeitar, pelo grasiento, clavículas que se le marcaban bajo el pijama...

—Está exhausta —afirmó Bertie mientras contemplaba a *Duquesa*.

Tosió tapándose la boca con el pañuelo.

La paloma parpadeó.

—Yo tampoco me encuentro muy bien —le explicó Bertie al pájaro.

Susan cogió a *Duquesa* con delicadeza y le desenredó la uña que se le había enganchado en la manta de Bertie. Besó a la paloma en la cabeza y le acarició las alas.

*Duquesa* cerró los ojos.

—Está helada —dijo Susan.

Le sopló aire caliente en las plumas y, después de pasar unos minutos calentándola, se dio cuenta de que se había quedado dormida. En lugar de perturbar su descanso retirando el cilindro que llevaba sujeto a la pata, Susan sacó con cuidado el mensaje y volvió a poner el tapón. Luego, muy despacio, colocó a *Duquesa* sobre el regazo de Bertie.

—Es demasiado para ella —dijo Susan.

Bertie pasó un dedo por el lomo de *Duquesa*. Susan contempló a la agotada paloma y a su débil abuelo. Decidida a conseguir que los dos recuperaran la salud, empezaría reteniendo a *Duquesa* durante varios días antes de permitirle volar de nuevo. En cuanto a Bertie, debía seguir con las píldoras de sulfamida y los vahos hasta que desapareciera la infección en los pulmones.

Estrujó el trozo de papel enrollado. Necesitaba a Ollie más que nunca. Ansiaba sus palabras, porque le daban esperanza y la ayudaban a pensar que todo saldría bien. Cuando desenrolló el papel, sin embargo, se encontró con una caligrafía desconocida. Fue a buscar rápidamente el libro de códigos y descifró el mensaje.

*Susan:*

*Lamento escribir esto. Nos topamos con el enemigo. Ollie huyó y no ha regresado.*

—¡No! —gritó Susan.

—¿Qué ocurre? —tosió Bertie.

Susan sacudió la cabeza y siguió descifrando. Hizo un esfuerzo por concentrarse mientras conseguía traducir el mensaje.

*Supongo que lo han capturado. Encontré libro de códigos entre sus pertenencias. No escribas más. Informa a la RAF de que mañana intentaré huir.*

*TENIENTE DE VUELO CLYDE BOAR, RAF*

—No puede ser... —dijo casi sin aliento. Las piernas se le doblaron.

Bertie se puso las gafas.

Susan le pasó el papel; luego cogió a *Duquesa* y se la acercó al pecho. Mientras Bertie leía el mensaje, Susan rezó para que su cerebro, sacudido como una bola de nieve por la onda expansiva de las explosiones, hubiera malinterpretado aquellas palabras. Pero sabía lo que había leído. Y lo que significaba. Era innegable que lo que había ocurrido en Francia, fuera lo que fuera, había tenido trágicas consecuencias.

«¡No! ¡Ollie no!» El miedo le formó un nudo en la garganta y sintió la necesidad de vomitar. «Está vivo», quiso convencerse a sí misma. «Conseguirá volver a casa.» Pero la revelación de aquel pedazo de papel era muy clara. Y le había hecho perder la esperanza de que Ollie volviera a Epping. Había desaparecido. La soledad le atenazó el corazón. Con el cuerpo y la mente desgarrados por el dolor, empezó a llorar.

Bertie bajó el papel, se quitó las gafas y extendió los brazos.

Susan dejó a *Duquesa* y enterró la cabeza en el pecho de su abuelo.

—Debemos tener fe y pensar que está bien.

La paloma empezó a caminar en círculos por el suelo.

Susan notó a su abuelo hinchar el pecho para contener un ataque de tos.

—¿Qué vamos a hacer?

—Primero, entregar el mensaje a la RAF.

La joven se sentó y se secó los ojos.

—¿Y luego?

—Esperar.

—Pero tenemos que hacer algo.

—En estos momentos, lo único que sabemos es que nuestro Oliver de Maine ha desaparecido.

Al escuchar la palabra «desaparecido», Susan bajó la cabeza y la ocultó entre las manos.

*Duquesa* le golpeó suavemente la cabeza con el pico. Luego caminó por el suelo y le dio otro suave picotazo en el tobillo.

Susan contempló a su paloma, que arañaba el suelo. Se inclinó para cogerla, pero *Duquesa* voló hasta la ventana y picoteó la cortina opaca.

—Quiere marcharse —dijo Bertie.

«Ollie no está allí para recibir el mensaje.» Se sujetó las manos para evitar que le siguieran temblando.

*Duquesa* extendió las alas y echó a volar. Trazó un círculo y luego subió volando la escalera.

Instantes más tarde, Susan la oyó picotear la ventana de la habitación. Levantó la mirada hacia el techo. Cuando cesó el ruido, creyó que *Duquesa* se había rendido, hasta que la vio descender de nuevo hacia la salita. Pero, en lugar de posarse, voló directa hacia la cortina opaca.

Susan contuvo la respiración.

*Duquesa* cayó al suelo.

—¡Santo cielo! —exclamó Bertie.

Susan se acercó a recoger a *Duquesa*, pero la paloma emprendió otra vez el vuelo. Se dirigió de nuevo hacia la ventana: el golpe de su cuerpecillo al estrellarse contra la cortina hizo gritar a Susan.

Aturdida, *Duquesa* extendió una de las alas y se impulsó hacia la pared.

Susan la cogió y la acunó. Le acarició el lomo, pero el hecho de que la tocara sólo empeoró las cosas. Retorcía las delgadas patitas. Le arañaba el antebrazo a Susan con las garras.

—¿Qué ocurre?

*Duquesa* movió la cabeza hacia delante y hacia atrás.

Durante la siguiente hora, Susan intentó calmar a la paloma. Le acarició las alas, la tentó con comida que la paloma se negó a probar y le sopló aire caliente entre las plumas. Y cada vez que creía que por fin se había calmado, la soltaba y *Duquesa* se lanzaba inmediatamente contra la cortina y caía al suelo, ahora cubierto con una manta para evitar que se hiciese daño. Incluso

intentó encerrarla en una cesta que había ido a buscar a uno de los palomares, pero el encierro sólo hizo que *Duquesa* se golpeará las alas contra los laterales de la jaula. Puesto que no le quedaban muchas más opciones, Susan recurrió a envolverla con una toalla.

Bertie se levantó trabajosamente del sillón. Tenía las rodillas tan débiles que le temblaban. Cogió su bastón, cubierto de polvo y apoyado en la chimenea, y se acercó cojeando a Susan.

La joven estaba sentada en el suelo, acunando a *Duquesa* envuelta en la toalla, y miró a su abuelo. La imagen de Bertie usando el bastón hizo que se le humedecieran los ojos.

—Se ha vuelto loca.

—Tenemos que soltarla.

—Pero se marchará. No le quedan fuerzas.

Bertie tosió y guardó silencio un instante para recuperar el aliento.

—Si se queda, se hará daño.

Susan notaba a *Duquesa* retorcerse. La misión, al parecer, había convertido a su mascota en un pájaro salvaje. Con los ojos bañados en lágrimas, miró a Bertie y supo que no les quedaba otra opción.

Bertie cruzó la salita y tuvo que pararse dos veces a descansar. Al llegar a la ventana, apartó la cortina y giró la manija. La ventana se abrió con un chirrido.

El aire frío pareció tranquilizar a *Duquesa*. Con mucho cuidado, Susan retiró la toalla y se dio cuenta de que a la paloma se le había caído una pluma de la cola.

*Duquesa* la miró: en sus ojos dorados se reflejaba la luz trémula de la vela.

—Por favor, no te vayas —dijo Susan acariciándola.

La paloma parpadeó. Dio un salto, batió las alas y se perdió en la noche.

*Airaines, Francia*

El golpeteo rítmico de la lluvia en el tejado del granero fue reduciéndose hasta cesar. La respiración de Ollie se convertía, en contacto con el aire frío, en nubecillas de vapor. El sol de la mañana se filtraba por las grietas entre las tablas de madera.

Había pasado la noche a solas en el granero; sólo Madeleine había ido a verlo en una ocasión. Sin decir ni una palabra, le había puesto la chaqueta sobre los hombros, había dejado una manta a sus pies y había vuelto a entrar en casa. Ollie había pasado las siguientes horas reflexionando sobre el mensaje. «Lo ha escrito Boar», se repetía una y otra vez. Pero, en su mente, una vocecilla le recordaba con insistencia que había sido Madeleine, y no Boar, la primera en coger a *Duquesa*.

Ollie se estremeció de angustia. Ahuyentó las imágenes de la nota y pensó en Susan: en su cuerpo alto y esbelto, en la exquisita curva de sus pómulos... Le vino a la mente el recuerdo de su viaje a Clacton-on-Sea y todo lo que ella le había contado acerca de la historia de las palomas en la guerra. En aquel momento se había dado cuenta de lo poco que sabían los pilotos, sobre todo los pilotos fumigadores, acerca de volar. Recordó la forma en que se habían rozado ligeramente las rodillas cuando estaban sentados en el sofá, lo que le había provocado un cosquilleo y le había hecho olvidar, al menos durante unos segundos, que acababa de perder a su familia. Admiraba la valentía de Susan mientras las bombas caían sobre Londres, su fe inquebrantable en que aquella misión permitiría a Gran Bretaña ganar la guerra. Y su tenacidad para seguir adelante, por muy complicadas que se volvieran las cosas.

Ollie se esforzó por no perder la fe. Justo cuando se metía la mano en la chaqueta para volver a leer el mensaje, oyó ruido de cascos en el exterior. Se acercó a la puerta del granero y echó un vistazo: vio un carro grande tirado por un par de mulas de hirsuto pelaje, que expulsaban vaho por los ollares. Un cura llevaba las riendas, o eso pensó Ollie a juzgar por el hábito de color marrón oscuro que vestía el hombre, cuya cabeza permanecía oculta bajo una capucha.

La puerta de la casa se abrió.

—Teniente —saludó Madeleine.

El cura tiró de las riendas. Las mulas rebuznaron y el carro se detuvo.

Ollie comprendió que aquél debía de ser el guía que Madeleine les había buscado y salió del granero. Justo cuando se acercaba, el cura se bajó la capucha y Ollie aminoró el paso.

Una máscara le cubría la parte inferior del rostro, por debajo de los ojos. Parecía tratarse de una pieza de bronce pintada de un vivo color carne, uno o dos tonos más claro que la piel expuesta

de la frente. Llevaba unos cuantos mechones de pelo, del mismo color castaño oscuro que las patillas, pegados a la máscara para formar una especie de bigote.

Boar se asomó a la puerta y se detuvo. Contempló al cura y luego se volvió hacia Madeleine.

—¿Éste es nuestro hombre?

Madeleine asintió y se dirigió al carro.

—Lucien Belamy, el amigo de mi marido.

Boar se aclaró la garganta.

—No esperaba que fuera cura.

—Es monje, no cura —aclaró Madeleine.

Lucien dejó caer las riendas, bajó del carro y saludó a Madeleine apoyándole una mano en el hombro.

Ollie se acercó a Lucien.

—Ollie —dijo, tendiéndole la mano.

El monje vaciló, pero finalmente se la estrechó. Ollie se fijó en las gruesas cicatrices escamosas que tenía Lucien en el antebrazo.

—¿Luchaste en la Gran Guerra con Guillaume?

Lucien asintió.

—¿Cuál es tu plan? —le preguntó Boar, manteniendo las distancias.

El monje sacó una pequeña pizarra, del tamaño de una postal, que llevaba colgada al cuello con un cordel. Escribió algo con un trozo de tiza.

—Ha hecho voto de silencio —afirmó Madeleine.

—Fantástico —gruñó Boar.

Lucien giró la pizarra para que los demás pudieran leer lo que había escrito: «*Monastères*».

—Quiere ayudaros a huir a través de los monasterios —explicó Madeleine—. Hasta que lleguéis a la *zone libre* y después a España.

—¿Entiende el inglés? —preguntó Boar.

Madeleine asintió.

Boar se acercó a Lucien.

—¿Cómo planeas llevarnos hasta España?

Lucien señaló el carro.

Boar negó con la cabeza.

—Aunque lo llenemos de paja, la Wehrmacht lo registrará. —Miró al monje enmascarado y luego a Madeleine—. No quiero parecer irrespetuoso, pero tiene pinta de ir a un puñetero baile de máscaras. Lo único que va a conseguir es llamar la atención.

—Se llama Lucien —indicó Ollie—. Y está arriesgando su vida para ayudarnos.

—Conseguirá que nos peguen un tiro en el primer control.

Boar se frotó el ojo ciego, como si así pudiera recuperar la vista.

Lucien subió a la parte trasera del carro y se dirigió a la parte anterior de la caja. Cogió un

panel de madera y tiró de éste. Se abrió una falsa pared, que dejó a la vista un reducido espacio, de unos dos palmos de ancho, que recorría todo el carro a lo ancho bajo el pescante.

—Bien pensado —dijo Ollie.

Se acercó para examinar el compartimento oculto, dividido en dos gracias a un tablón horizontal. El espacio era bastante más reducido que el escondrijo situado bajo las tablas de madera de la casa de Madeleine, pero parecía lo bastante grande para dos hombres. Ollie subió al carro y se metió en la mitad inferior del compartimento, aunque tuvo que encoger las piernas para conseguirlo.

—Es absurdo —se quejó Boar.

Ollie salió del compartimento y descendió del carro.

—Funcionará.

Cogió la pistola oculta en la chaqueta y se la metió bajo el cinturón, asegurándose de que el teniente la viera. Después habló en voz muy baja, de modo que sólo Boar escuchara sus palabras.

—Si los alemanes nos encuentran aquí, matarán a Madeleine. Ya ha hecho bastante por nosotros.

Boar guardó silencio un instante y luego dijo:

—Siento mucho la noticia que has recibido, yanqui.

A Ollie le ardieron las mejillas de rabia. Se acercó más a Boar y observó fijamente el ojo herido, sin vida.

—Vete al granero con Lucien y llenad el carro de estiércol.

—Puto cabrón —dijo Boar entre dientes—. No acepto que me des órdenes.

—Yo tengo algo que hacer antes de irnos.

Y sin darle tiempo a Boar para responder, Ollie entró en la casa.

Una vez dentro, fue a buscar martillo y clavos y procedió a clavar de nuevo las tablas del suelo. El sonido de los pasos de Madeleine, acompañado del golpeteo de las pezuñas de *Louis*, le hizo levantar la mirada.

—Si aparecen los nazis, no quiero que encuentren el agujero —dijo mientras colocaba una tabla.

Madeleine asintió. Rascó al cerdo detrás de las orejas y éste sacudió la cola.

Ollie introdujo rápidamente los clavos. Tras asegurar la última tabla de madera, colocó la mesa en su sitio.

—*N'abandonnez jamais* —le dijo Madeleine.

Ollie se volvió hacia ella.

—Significa «no te rindas nunca» —añadió la mujer.

Ollie asintió y en ese momento se dio cuenta de lo mucho que Madeleine le recordaba a su madre.

—Podrías venir con nosotros, hacerte pasar por la intérprete de Lucien. Estarás más segura en la zona libre.

Madeleine negó con la cabeza.

—Por favor —insistió Ollie—. Ven con nosotros.

La mujer le rascó la cabeza a *Louis*.

—Tengo que esperar a mi Guillaume.

Por mucho que Ollie intentara convencerla, Madeleine se negó a acompañarlos. Él comprendió que estaba decidida a quedarse allí esperando a su esposo desaparecido, pese a que era muy probable que los nazis llegaran tarde o temprano a la granja siguiendo los pasos de Dietrich. Mientras Ollie la acompañaba a la puerta, supo que no conseguiría que cambiara de opinión. Deseó que sus esfuerzos por ocultar el cuerpo de Dietrich consiguieran mantener a los nazis alejados de Madeleine.

Al salir, Ollie se llevó una sorpresa: vio que Boar y Lucien habían llenado la caja del carro con estiércol y unas cuantas patatas podridas, demasiado putrefactas incluso para que *Louis* quisiera comérselas.

Boar se limpió las manos en los pantalones y dio un paso hacia Madeleine.

—Ha llegado el momento, me temo.

Madeleine se puso de puntillas y besó a Boar en ambas mejillas. Luego lo observó mientras subía a la caja del carro.

Cuando Ollie se disponía a despedirse, oyó un batir de alas y se quedó inmóvil. Se dio la vuelta y vio a *Duquesa* posarse a sus pies.

La paloma lo miró y parpadeó.

Boar la observó desde la caja del carro. Aplastó con la bota una patata podrida.

Ollie cogió a *Duquesa* y le acarició las alas. Y luego, como siempre hacía, abrió el cilindro que la paloma llevaba sujeto a la pata. Se le encogió el corazón.

—Está vacío.

Boar se cruzó de brazos.

—Creo que me debes una disculpa, yanqui.

Ollie ignoró al teniente. Acarició a *Duquesa* y se dio cuenta de que el animal había perdido peso. Las plumas, antes relucientes, ahora parecían deslustradas. Ollie pensó que él tenía la culpa de que se hallara en ese estado, que *Duquesa* había arriesgado generosamente su vida para llevar sus mensajes. Deseó poder metérsela bajo la chaqueta y sacarla de Francia para ponerla a salvo. Pero estaba convencido de que nunca llegaría a la zona libre, menos aún a Gran Bretaña. *Duquesa* tendría más posibilidades de sobrevivir si regresaba volando, como ya había hecho antes.

—No puedo llevarte conmigo —le dijo a la paloma.

A *Duquesa* le palpitó el pecho al respirar.

Mientras Ollie acariciaba al ave, pensó en Susan y lo invadieron los remordimientos. Metió la mano en la chaqueta y cogió el libro de códigos. Encontró un trozo de papel y codificó rápidamente el mensaje, luego lo introdujo en el cilindro y enroscó el tapón.

—Quiero que descanses aquí, con Madeleine. Luego vuelve a casa.

*Duquesa* bajó la cabeza.

Ollie se acercó a Madeleine.

—Está muy débil. Las palomas que hacen trayectos de ida y vuelta no deben comer ni beber en el segundo lugar, pero necesita tiempo para recuperarse.

—Vamos, yanqui —lo llamó Boar desde el carro.

—La cuidaré muy bien —aseguró Madeleine.

—Sé que lo harás.

Cuando Ollie se disponía a dejar a *Duquesa* entre las manos de Madeleine, la paloma dio un salto. Ollie intentó detenerla, pero ya era demasiado tarde. Le tocó apenas la cola con los dedos. Las alas le rozaron la cara. Impotente, la vio pasar volando por encima del carro.

*Duquesa* dio una vuelta sobre la casa y fue ganando altitud poco a poco.

—Es culpa mía —dijo Madeleine.

—No —respondió Ollie—. Si quiere volar, no podemos hacer nada para impedirselo.

—¿Volverá? —preguntó la mujer.

—No lo sé.

Observó a *Duquesa* desaparecer entre los árboles y luego se acercó a Madeleine. La abrazó y la besó en la mejilla.

—*Adieu* —dijo Madeleine, secándose las lágrimas.

—Jamás te olvidaré.

Ollie subió al carro y se metió en el compartimento secreto. Boar se acurrucó en la parte superior. Ollie observó a Lucien mientras éste volvía a colocar el panel y todo quedaba a oscuras, excepto por el pequeño rayo de luz que se filtraba por una rendija, junto a su rodilla. El carro se movió cuando Lucien ocupó su asiento. Se oyó el restallido de un látigo. Las mulas rebuznaron. Y el carro empezó a avanzar.

*Rouen, Francia*

Apenas había transcurrido una hora cuando el carro se detuvo. Sin un soplo de aire, el compartimento oculto empezó a apestar a estiércol y a patatas podridas. Ollie escuchó voces guturales que hablaban en alemán y se le erizó el vello de la nuca. «¿Control de carretera? ¿Wehrmacht?» El carro se movió cuando Lucien se desplazó sobre el asiento, justo encima de ellos.

Alguien —probablemente un soldado, dedujo Ollie— dijo algo que provocó las risas de sus compañeros. Ollie notó una mano que se aferraba al lateral del carro, apenas a unos centímetros de su cabeza. Contuvo la respiración. Estaba convencido de que los soldados de la Wehrmacht se darían cuenta en cualquier momento de que las dimensiones de la caja del carro no encajaban exactamente, lo cual los llevaría a examinar la zona justo debajo del asiento de Lucien. Pero el carro empezó a avanzar despacio, entre el ruido de cascos de las mulas. Y así prosiguieron su viaje.

Ollie notó una fuerte sacudida cuando el carro pisó un bache. Cerró los ojos y escuchó el pesado avance de los cascos sobre el terreno. Varios minutos más tarde, se sobresaltó cuando el teniente habló:

—«El ejército de mi padre tenía buena puntería» —tradujo.

Ollie se movió.

—¿Qué?

—Sé un poco de alemán —murmuró Boar—. Estate quieto, yanqui.

Ollie pensó en Lucien. Supuso que la máscara del monje, que sin duda ocultaba heridas de guerra, era lo que había motivado el comentario del soldado. Pero a lo largo de las siguientes horas, después de haber superado sin problemas otros dos controles de carretera, se preguntó si lo que los ayudaba a pasar era sólo la máscara o algo más. Cada vez que se detenían oía voces que hablaban en alemán. Un silencio. Y luego una sacudida cuando las mulas echaban a andar de nuevo. Únicamente en una ocasión oyó a un soldado inspeccionar la caja del carro. Tras escuchar en la madera el golpe de lo que parecía una vara metálica, Ollie dedujo que el soldado se había limitado a tantear con el rifle la parte exterior del carro, para no ensuciar de excrementos ni el arma ni las botas.

Después de haber viajado durante lo que a Ollie le pareció la mayor parte del día, se detuvieron. En lugar de órdenes en alemán, oyó a Lucien subir a la caja del carro. El falso panel

se abrió. Ollie se restregó los ojos, pese a que el sol ya se había ocultado, y salió del agujero. Aunque el hombro ya estaba casi recuperado, le seguía doliendo. Y dedujo que el tobillo le empezaría a doler otra vez en cuanto recuperara la circulación en las piernas.

Ollie bajó del carro y a punto estuvo de caer. Notaba las piernas débiles, como si se las hubieran adormecido con procaína. Se frotó los muslos, tratando de acelerar la circulación, y se fijó en un gran edificio de piedra de tres plantas. Dedujo que debía de ser un monasterio. En la parte posterior había un pequeño cementerio repleto de lápidas torcidas. Ollie, notando todavía un hormigueo en las extremidades, siguió a Lucien y a Boar hacia el monasterio.

Lucien se acercó a la entrada, una enorme puerta en forma de arco. Estaba hecha de tablas de madera unidas con tiras de hierro oxidado. El monje llamó y luego dirigió la mirada hacia la carretera.

Ollie se volvió. Junto a la carretera, una hilera de árboles de ramas desnudas se recortaban contra el cielo del crepúsculo. Ollie percibió movimiento. Una ráfaga de aire trajo el hedor inmundado de la putrefacción, mucho más nauseabundo que el del estiércol y las patatas podridas. Ollie aguzó la vista. Dos hombres y una mujer, cuyos cuerpos estaban hinchados y mutilados, colgaban de las ramas de un roble. Las sogas estaban tensas. Los cuellos, partidos.

—Oh, no —susurró Ollie.

Se levantó una brisa que meció los cuerpos e hizo crujir las ramas.

Boar se volvió hacia Lucien.

—¿La resistencia?

Lucien asintió. Cuando el monje se disponía a llamar de nuevo, se deslizó en el centro de la puerta una especie de tira de metal.

Un hombre que llevaba gafas se asomó a la mirilla. Ollie dedujo que el hombre había reconocido a Lucien, sin duda gracias a la máscara, porque la mirilla volvió a cerrarse bruscamente y, un segundo más tarde, el otro hombre descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

Un monje con una vestimenta similar a la de Lucien, aunque bastante más viejo a juzgar por el pelo gris y el rostro arrugado, los hizo pasar y corrió de nuevo el cerrojo. Sin decir ni una palabra, siguieron al monje y descendieron por una estrecha escalera de piedra en la que apenas había espacio para los anchos hombros de Boar. Ya en el sótano, el monje encendió un quinqué con la vela que llevaba. La estancia, que en otros tiempos debía de haber sido una especie de despensa, estaba vacía, a excepción de una pila de sacos vacíos de arpillera.

El monje le dirigió una mirada a Lucien y luego subió rápidamente los escalones.

Lucien cogió su pizarra e hizo un dibujo.

—¿Tienes que ocuparte de las mulas? —le preguntó Ollie.

Lucien asintió. Guardó la pizarra y se marchó.

Boar cogió el quinqué, escudriñó la sala y se dirigió hacia el extremo más alejado.

Apenas habían hablado en todo el día, pero Ollie no lo lamentaba. Y dado que Boar había elegido un sitio en el rincón opuesto del sótano, supuso que al teniente tampoco le apetecía estar

cerca de él. Así pues, Ollie apiló unos cuantos sacos de arpillera y se tendió a descansar.

Lucien regresó una hora más tarde con una barra de pan pequeña y una jarra de barro llena de agua.

Boar cogió la jarra y bebió un trago. Después la dejó en el suelo.

Ollie también bebió: el agua estaba fría y sabía a minerales. Al terminar, se dio cuenta de que Lucien habían dividido el pan en tres trozos.

—¿Dónde estamos? —inquirió Boar.

Lucien negó con la cabeza.

—¿Mejor que no lo sepamos? —preguntó Boar

Lucien asintió.

—Me parece justo —dijo Boar a la vez que le daba un bocado a su trozo de pan.

Mientras Ollie masticaba el pan, se dio cuenta de que Lucien no estaba comiendo. El monje se guardó la comida en un bolsillo y luego se preparó un lecho con los sacos de arpillera que habían sobrado. Ollie creía que Lucien dormiría arriba, pero tal vez la imagen de los cuerpos ahorcados, a tiro de piedra del monasterio, se había convertido en un recordatorio perenne del trato que reservaban los nazis a quienes luchaban en la resistencia. Para los habitantes de aquella abadía, pensó Ollie, probablemente era más seguro mantenerse alejados de Lucien o exigirle que no perdiera de vista a los fugitivos que ocultaba.

Boar terminó su pan, eligió un rincón en el suelo, se tendió y cerró los ojos.

Lucien apagó el quinqué y el sótano quedó a oscuras.

Ollie se acurrucó en el suelo y trató de dormir, pero al estar tendido de lado, el libro que contenía los mensajes de Susan se le clavaba en las costillas y resucitaba en él los pensamientos de lo que podía haber sido. Se pasó las siguientes horas reflexionando acerca de si podría haber hecho algo para cambiar el curso de los acontecimientos.

Ya más avanzada la noche, se despertó cuando alguien prendió una cerilla. Abrió los ojos y vio a Lucien encender el quinqué con la cerilla y bajar rápidamente la llama hasta convertirla en un débil resplandor. El monje cogió entonces su trozo de pan, lo empapó con el agua de la jarra y lo amasó en la palma de la mano. Ollie pensó que era bastante tarde para cenar, por no decir que Lucien tenía una forma curiosa de prepararse la comida. Cuando Ollie estaba a punto de darse la vuelta, Lucien se quitó la máscara y Ollie notó un escalofrío en todo el cuerpo.

No era que Lucien tuviera la parte inferior de la mandíbula desfigurada, sino que no tenía mandíbula. Se la habían arrancado por completo. Allí donde debería haber estado la boca sólo quedaba un agujero enorme. Sin lengua. Unos cuantos dientes inservibles le colgaban de la mandíbula superior.

Ollie observó a Lucien introducir un poco de pan en el agujero, coger la jarra de agua e inclinar la cabeza hacia atrás. El agua borboteó mientras le descendía por el esófago.

Por la máscara de cobre, Ollie había imaginado que Lucien ocultaba las heridas sufridas durante la Gran Guerra. Tal vez quemaduras. Un rostro desfigurado. Pero jamás habría imaginado

que alguien pudiera vivir con aquellas heridas tan horrendas. Y, de repente, comprendió que probablemente Lucien se quitaba la máscara en los controles de carretera y usaba su rostro desfigurado para distraer a los soldados. Recordó las palabras de uno de los alemanes en el control de carretera. «El ejército de mi padre tenía buena puntería.» Notó la rabia que le ardía en el estómago.

Lucien se introdujo en la boca más pasta de pan y el borboteo del agua resonó en el sótano.

Ollie se dio la vuelta despacio para ofrecerle a Lucien un poco de intimidad y entonces se dio cuenta de que Boar estaba despierto y observando a Lucien con el ceño fruncido en un gesto de incredulidad.

## *Epping, Inglaterra*

Susan le puso la mano en la frente a Bertie y le temblaron las piernas al comprobar el calor que desprendía la piel del anciano. «*I had a little bird, its name was Enza.*» Intentó abrir el bote de píldoras de sulfamida y varios comprimidos cayeron al suelo.

Bertie, tan débil que ya no podía ni taparse la boca, expulsó flemas. El pañuelo, como si fuera una servilleta empapada, estaba en la mesilla auxiliar.

«*I opened the window and...*» Susan se mordió la lengua e hizo un esfuerzo por silenciar en su mente aquel cántico incesante. Recogió las píldoras y le puso una en la boca a su abuelo. La manó le tembló al acercarle a los labios un vaso de agua.

Bertie tuvo una arcada y el agua le resbaló por la barbilla. Al segundo intento, consiguió tragarse la píldora.

Susan contempló a Bertie: estaba tan débil que ya no podía ni levantarse. Yacía en una improvisada cama en el sofá. Susan deseó poder hacer algo más por él. Una medicina milagrosa. Intervención divina. Algo más aparte de las visitas diarias del doctor Collins para auscultarle el pecho a Bertie. Cada vez que el médico guardaba el estetoscopio, decía que los hospitales estaban a reborar de heridos llegados desde Londres y que Bertie se encontraría mejor en casa, donde podía recibir los cuidados personalizados que necesitaba. Las intenciones del doctor eran buenas, pero al ver cómo iba decayendo la salud de Bertie, Susan se preguntaba si no estaría equivocado. Y se arrepentía de no haber hecho más por él.

—¿Soldados? —susurró Bertie.

Susan se dio cuenta de lo débil que sonaba la voz de su abuelo.

—Se han marchado esta tarde.

Cogió un paño y lo humedeció en el lavabo de cerámica. Mientras le mojaba la cara, pensó en los soldados, que aquella tarde habían recogido la tienda y el material y se habían ido. Les habían asignado otra misión. A Susan no le sorprendía. Al fin y al cabo, allí no tenían nada que hacer, teniendo en cuenta que los palomares estaban vacíos y que ya hacía más de una semana que ninguna paloma, *Duquesa* incluida, volvía desde Francia.

—*Duquesa* no va a volver, ¿verdad? —preguntó Susan, incapaz de ocultar sus pensamientos.

Bertie deslizó una mano bajo la manta y le apretó los dedos a Susan. Ya hacía nueve días que *Duquesa* se había marchado. Y Susan, después de tantos años criando palomas mensajeras con

Bertie, sabía que cuando una paloma no daba señales de vida durante uno o dos días, nunca regresaba.

—Northampton —susurró, con un hilo de voz apenas audible.

—No pienso dejarte —repuso Susan—. El Servicio Colombófilo Nacional puede esperar.

El anciano entrecerró los ojos, hinchados y enrojecidos.

—Estoy cada vez peor.

Susan notó un escalofrío.

—Prométeme que irás.

El anciano hizo una pausa para recuperar el aliento y luego se humedeció los labios, más arrugados y resecos que nunca.

—Primero tenemos que conseguir que te pongas bien.

Bertie tosió y sacudió débilmente la cabeza.

A Susan se le humedecieron los ojos. Le acarició un brazo, tan delgado y débil como la rama de un sauce.

Bertie respiró con dificultad.

—Sé un huevo, cariño.

*Epping, Inglaterra*

Susan cogió el teléfono y descubrió que la línea seguía sin funcionar, igual que durante los últimos tres días. Echó un vistazo entre las cortinas y vio que el sol ya se había ocultado y que el cielo se había teñido de añil. Un débil resplandor ambarino iluminaba el horizonte. El oscurecimiento había empezado. Era demasiado tarde para arriesgarse a salir, pero le daba igual. La salud de Bertie había empeorado y Susan había decidido hacer las cosas a su manera.

—Voy a preparar la camioneta —dijo mientras cogía el abrigo—. Nos vamos a St. Margaret's. Bertie entreabrió los ojos. Intentó hablar, pero sólo le salió un jadeo.

Mientras Susan se abrochaba el abrigo, comenzaron a sonar las sirenas. El espantoso aullido le provocó un escalofrío, pero corrió al exterior sin molestarse en cerrar la puerta. Llegó a la camioneta y bajó el portón trasero, pues sabía que Bertie estaba demasiado débil como para sentarse en la cabina.

Las sirenas aullaron de nuevo. Susan miró hacia el cielo y vio los haces de luz de los reflectores zigzagueando en el cielo, pero después se concentró de nuevo en la camioneta. Pensó a toda velocidad en cómo preparar una cama en la caja. «¿Mantas? ¿Cojines?» De repente, recordó los catres que estaban en el refugio antiaéreo. Justo cuando se volvía, empezaron a disparar las baterías antiaéreas. Se encogió y se tapó los oídos.

Las explosiones hicieron temblar el suelo. Susan miró hacia arriba. Los fogonazos iluminaban el cielo y vio aproximarse los bombarderos de la Luftwaffe. El chirrido metálico de los motores alemanes se intensificó. Tragó saliva y corrió hacia el refugio.

Estallaron varios proyectiles. Los tímpanos le palpitaban. Comenzó a correr más deprisa.

Al llegar al refugio antiaéreo, abrió la puerta y entró a toda prisa. En la oscuridad, tropezó con algo y cayó. Clavó los dedos en el suelo de tierra y tanteó hasta encontrar la pata de madera de uno de los catres. Ya habían transcurrido meses desde la última vez que lo habían usado, cuando la Luftwaffe había iniciado los bombardeos nocturnos. Arrastró el catre al exterior y se quedó helada.

A cuatro mil quinientos metros de altitud sobre Epping, un piloto de la Luftwaffe se esforzaba por estabilizar el volante de control de su bombardero Heinkel. Había completado su entrenamiento de vuelo seis meses atrás en la base aérea de Fürstenfeldbruck. Apenas seis minutos antes, había

ocupado el puesto de líder de escuadrón después de que el bombardero principal recibiera un impacto directo y estallara en mil pedazos justo cuando se aproximaban a la costa.

Las detonaciones zarandeaban su avión. La metralla perforaba las alas. El haz de luz de un reflector iluminó la cabina y el piloto notó la frente bañada en un sudor frío. Asustado y confundido, el piloto pensó que las baterías antiaéreas disparaban desde Londres, o bien estaba ansioso por soltar sus bombas y largarse cuanto antes. Fuera como fuera, dio la orden. Su avión empezó a arrojar bombas. Y el resto del escuadrón también soltó su carga. Veintidós toneladas de explosivos se precipitaron hacia la tierra.

Fue un sonido estridente, que se impuso al intimidante coro de las baterías antiaéreas, lo que obligó a Susan a detenerse. Cientos de escalofriantes silbidos. Ya los había escuchado antes, pero siempre de lejos. Esta vez, el sonido era distinto. Más fuerte. Más cercano. Le tembló el cuerpo entero. Impotente, soltó el catre y se dejó caer de rodillas al suelo. En aquel breve instante, le cruzaron por la mente imágenes de un futuro que nunca llegaría a ser. Unió las manos y se preparó para el impacto.

*Ascain, Francia*

Ollie se despertó. Respiró hondo, luego expulsó aire y echó un vistazo a la celda en la que estaba durmiendo. La luz plateada de la luna se colaba por un resquicio entre las cortinas e iluminaba las desnudas paredes de yeso. Los pies le sobresalían por el extremo inferior de la pequeña cama. El perfume de leña vieja y de la cera de vela impregnaba la estancia. En alguna otra de las celdas del dormitorio se hallaban Lucien y Boar, durmiendo. Ollie cerró los ojos y trató de descansar, pero lo invadió una extraña inquietud.

Ya hacía dos semanas y tres días que viajaban. Durante el día, él y Boar se ocultaban tras el falso panel del carro, encogidos como si fueran contorsionistas. Por las noches, cuando tenían el cuerpo entumecido y dolorido, Lucien los introducía a escondidas en algún monasterio, iglesia o abadía. Otras muchas noches dormían en graneros o sótanos. Esa noche, sin embargo, era una de las raras ocasiones en las que Ollie disponía del lujo de una cama y de un poco de intimidad. Pero, pese a tener un sitio cálido en el que dormir, se sentía inquieto. Tal vez fuera el murmullo de las patrullas alemanas que paseaban por el pueblo o la idea de que estaban a punto de emprender la última, y más peligrosa, etapa del viaje. En el fondo, sin embargo, sabía muy bien cuál era el motivo que le impedía dormir, así que se sentó, se puso las botas y salió a hurtadillas de su habitación.

Recorrió en silencio el pasillo a oscuras, cuidando de no molestar a los religiosos que dormían en sus celdas. Se detuvo cuando vio el destello del claustro que conectaba el dormitorio con la iglesia. Un arco medieval se alzaba muy por encima de su cabeza; una vidriera de cristal esmerilado dejaba pasar la luz. Ollie se sentó en el suelo de piedra y observó la vidriera, compuesta por cristales rojos, verdes, dorados y violetas. Representaba una escena del jardín del paraíso. Ollie supuso que las figuras angelicales y la exuberante vegetación eran una especie de recordatorio perenne para los monjes: la promesa de que el paraíso los esperaba al final de sus vidas terrenales.

—El mundo se está desmoronando —dijo Ollie, cuya voz resonó en la sala—. Y tú no haces nada.

Contempló a los ángeles, que tenían la mirada vuelta hacia otro lado como si quisieran ignorar a Ollie o se sintieran ofendidos por sus palabras. Apoyó la cabeza en las rodillas y se pasó las manos por el pelo grasiento. Permaneció sentado en el claustro durante más de una hora,

esperando una revelación. Pero no obtuvo nada. Al volver al dormitorio, encontró a Lucien y a Boar ya despiertos.

—Nos vamos, yanqui —dijo Boar, de pie delante de la puerta de su celda—. Será mejor que nos pongamos en marcha antes de que amanezca.

Ollie fue a buscar su abrigo a la celda y regresó al pasillo. Se acercó a Lucien, que tenía la pizarra en la mano para mostrarles un mapa dibujado con tiza. Una línea irregular representaba el límite montañoso entre Francia y España. En una franja sinuosa, que a Ollie le pareció un río, se leía Bidasoa. Ollie vio dos puntos marcados en el mapa: Ascain, el pueblo en el que se encontraban ese momento, y Ergoien, en España, lugar en el que presumiblemente Lucien había acordado esconderlos en otra iglesia hasta poder trasladarlos a escondidas al consulado británico o, en el caso de Ollie, a la embajada de Estados Unidos. Ollie asintió para hacer saber al monje que había comprendido el plan.

—Lo has hecho muy bien, Lucien —le dijo Boar.

Lucien parpadeó tras su máscara de cobre. Luego borró la pizarra con la manga y se la guardó bajo el hábito.

Mientras se marchaban, Ollie se dio cuenta de que en la iglesia reinaba un silencio absoluto. Cuando habían llegado la noche anterior, los monjes se habían mostrado dispuestos a ofrecerles cobijo, pero después se habían escabullido como ratones. Imaginó a los clérigos saliendo de sus celdas y retomando su rutina diaria en cuanto ellos se marcharan. «Mejor fingir que no han colaborado con el enemigo de Alemania.»

Ya en el exterior, el aire frío le cortó las mejillas. Se sopló las manos y se fijó en que el carro estaba desenganchado. Las mulas ya habían cumplido con su tarea y ahora se encontraban en el establo. A partir de allí, irían a pie. Ollie dirigió la mirada hacia el sur y vio la silueta de una cordillera montañosa que se recortaba contra el cielo salpicado de estrellas: los Pirineos.

Mientras se alejaban sigilosamente del pueblo, Ollie recordó el viaje. Lucien había hecho grandes esfuerzos para eludir los controles de carretera, motivo por el cual habían circulado por carreteras secundarias. Pero a medida que el camino los conducía hacia la costa, la presencia de tropas alemanas había ido aumentando. De vez en cuando, oían el estruendo de los tanques y el zumbido de los aviones. Se habían dirigido hacia el sur, ocultos en la red de iglesias católicas de Lucien, y habían cruzado Tours, Poitiers, Burdeos, Dax, Anglet y, más recientemente, la localidad de Ascain. Pero ahora ya no disponían de la protección que les ofrecía la Iglesia. Un agotador ascenso de diecisiete horas los separaba de la libertad, siempre y cuando pudieran evitar a las patrullas españolas, que, según Boar, no dudarían en enviarlos a la cárcel por cruzar ilegalmente la frontera.

Cuando llegaron a los pies de la montaña, la atmósfera estaba cargada de humedad. El cielo se había cubierto de gruesas nubes que impedían el paso de los rayos de luna. Empezaron el ascenso atravesando densas pinedas. El aroma que desprendían las agujas de pino al aplastarlas con los pies hizo pensar a Ollie en Maine y le aportó nuevas energías. Continuaron el ascenso en mitad de

una densa niebla. Lucien, que encabezaba la marcha, aparecía y desaparecía entre la niebla, como si fuera un fantasma.

Se puso a llover cuando llevaban dos horas de camino. Los pinos fueron desapareciendo, lo cual los dejó expuestos al viento. Las ráfagas húmedas le azotaban el rostro a Ollie. La lluvia le empapaba el abrigo. Empezó a temblar. Tenía las botas cubiertas de barro. A medida que el oxígeno empezaba a escasear, Ollie se esforzaba más por levantar los pies del suelo, por seguir el paso de Boar y Lucien. Pero las dos semanas encerrado en el reducido espacio del carro, por no hablar de un tobillo que aún no se había recuperado del todo, le estaban pasando factura.

—Date prisa, yanqui —dijo Boar, volviendo la vista hacia atrás.

Ollie se detuvo, cogió aire y prosiguió el ascenso.

La montaña se transformó en una escarpada pendiente en cuestión de minutos. El sendero, antes ancho, se volvió estrecho. El tobillo se le empezó a hinchar y notó que la bota le apretaba. El amanecer trajo consigo fuertes lluvias. Las gruesas gotas se le clavaban en la piel. Puesto que no había árboles bajo los que resguardarse, Lucien se detuvo bajo un saliente rocoso y dejó en el suelo la bolsa que llevaba a la espalda.

Boar se sentó y se secó la lluvia de la cara.

Ollie también se sentó y contempló el valle. Llevaban horas subiendo las escarpadas pendientes, pero apenas habían llegado a la mitad de la montaña. Se apretó el tobillo hinchado con la esperanza de ahuyentar su nerviosismo. «Aguantaré el dolor. Y si hace falta, me arrastraré. Sea como sea, conseguiré volver a casa.»

Lucien abrió la bolsa, cogió una cantimplora y se la pasó a Ollie.

Ollie bebió un trago de agua y se la pasó a Boar.

Lucien sacó de la bolsa un trozo de carne envuelta. La colocó sobre una piedra y la cortó en tres trozos con la ayuda de una pequeña navaja. Después le dio un trozo a Ollie y otro a Boar.

Ollie contempló lo que parecía un pedazo de borrego hervido, que todavía conservaba restos de lana. Dedujo que los monjes de Ascain, o quizá de Dax, habían preparado rápidamente la carne, en vista del aspecto deteriorado que presentaba y del color grisáceo. Pese al sabor nauseabundo, Ollie necesitaba comer para poder seguir caminando las siguientes doce horas. Justo cuando se disponía a engullir aquel pedazo de borrego lanoso, se dio cuenta de que Lucien se había escabullido para comer apartado, como solía hacer.

Boar suspiró, dejó su comida en el suelo y salió bajo la lluvia. Se acercó a Lucien, que estaba sentado en una roca con la capucha puesta, y le dijo:

—Come con nosotros.

Lucien lo miró.

—¿Me vas a obligar a comer otra vez a solas con el yanqui? —dijo Boar mientras la lluvia le azotaba la cara—. Tú eres mejor compañía.

De la máscara de cobre de Lucien caían gotas de agua.

—A mí no me molesta —dijo Boar, frotándose el ojo ciego.

Lucien vaciló, pero luego se puso en pie y siguió a Boar. Ollie levantó la vista y vio a Boar y a Lucien regresar al refugio.

—Le he pedido a Lucien que nos acompañe —dijo Boar.

Ollie asintió. Dos semanas atrás, el gesto de Boar lo habría sorprendido. Sin embargo, estaba convencido de que viajar con Lucien había ablandado a Boar en cierto modo y lo había ayudado a darse cuenta de que haber perdido un ojo, aunque significara el fin de su carrera como piloto, no era nada comparado con haber perdido la mandíbula. Y más importante aún: gracias a Lucien, Boar había aprendido —y, de hecho, también Ollie— que se podía participar en la guerra por graves que fueran las limitaciones físicas.

Boar arrancó un poco de lana de su carne y le dio un bocado.

Lucien se colocó de espaldas a ellos y se quitó la máscara. Con la ayuda de la navaja, cortó la carne en minúsculos trocitos; luego los fue colocando uno a uno en lo que quedaba de su boca y los engulló con agua. Mucho después de que Ollie y Boar hubieran terminado, Lucien seguía engullendo la comida en pequeños trozos, como un paciente que ingiere una a una las píldoras de un platillo.

Cuando terminó de comer la carne, Lucien volvió a ponerse la máscara.

—No hace falta que te la pongas —le dijo Ollie—. A menos que te dé calor.

Lucien echó un vistazo por encima del hombro.

—No hace falta —dijo Boar.

Lucien pensó un momento y luego guardó la máscara en la bolsa.

Recogieron los restos de la comida, incluido el pellejo mordisqueado del borrego, y lo arrojaron todo dentro de la bolsa de Lucien. Era evidente, para Ollie al menos, que Lucien no tenía intención de dejar rastro alguno de su paso por allí.

Siguieron ascendiendo durante una hora. A Ollie le parecía que la pendiente era cada vez más y más escarpada. Los músculos de las piernas le ardían. El pie le palpitaba. Pese al dolor, sin embargo, continuó ascendiendo. Se obligó a subir paso a paso. Cuando la lluvia amainó un poco y la niebla empezó a disiparse, Ollie descubrió que Lucien se había detenido a descansar antes de afrontar el tramo más empinado y sintió alivio.

Boar, justo delante de Ollie, se detuvo a recuperar el aliento.

Lucien contempló a Ollie y luego levantó una mano.

Ollie se frotó las piernas y alzó la mirada. Percibió algo en Lucien, tal vez una sensación de paz ante el hecho de no tener que seguir ocultando sus heridas de guerra. El monje entrecerró los ojos y Ollie creyó ver una especie de sonrisa victoriosa, pese a que el monje no tenía mandíbula. Ollie respiró hondo. Asintió y levantó el brazo en dirección a Lucien.

Se oyó una fuerte detonación.

Ollie se encogió.

Lucien se llevó las manos al pecho y le empezó a brotar sangre de entre los dedos.

Ollie subió hacia Lucien, pero un nuevo disparo lo obligó a lanzarse al suelo. La detonación

retumbó por todo el valle.

Boar, tendido de espaldas, se desabrochó el abrigo y sacó su pistola.

Lucien se desplomó.

Una bala rebotó junto a la cara de Ollie y le lanzó a la mejilla una lluvia de esquirlas de piedra caliza. Se arrastró hacia Lucien.

Boar disparó dos veces en dirección al valle.

Ollie arrastró por el terraplén el cuerpo inerte de Lucien. Lo ocultó tras una gran roca y justo entonces vio, a unos cien metros más abajo, a una patrulla de la Wehrmacht formada por seis o siete soldados. Cogió la pistola del nazi que llevaba en el bolsillo, se puso en pie y apretó el gatillo, pero descubrió que el seguro estaba puesto. Una bala le pasó silbando junto al oído. El pulso se le aceleró. Quitó el seguro, disparó y falló.

Boar descendió por el terraplén, desprendiendo fragmentos de piedras. Disparó una vez. Y otra. Una bala le atravesó la rótula. Aulló de dolor y se le dobló la pierna.

Un soldado alemán empezó a subir la pendiente, unos cuarenta metros más abajo. Ollie apuntó y disparó. El soldado arqueó la espalda y cayó. Varios cascos alemanes se volvieron al ver a su compañero caer dando tumbos por el terraplén.

Ollie echó a correr hacia Boar. Mientras trataba de arrastrarlo tirando del abrigo, otra bala le atravesó el muslo al teniente.

Boar volvió a bramar.

Cayeron tras la roca. Ollie disparó varias veces, lo cual obligó a la patrulla a ponerse a cubierto. Giró el cuerpo de Lucien, aunque ya sabía que no podía hacer nada por él. Tenía las pupilas dilatadas y un agujero del tamaño de una ciruela en el esternón.

—Malnacidos —gruñó Boar al tiempo que aferraba el hábito de Lucien.

Ollie se dio cuenta de que a Boar le sangraba la rodilla.

—¿Cuántos? —jadeó Boar.

Ollie se asomó un poco por un lado de la roca. Varios disparos impactaron al instante contra la piedra y Ollie se retiró.

—Seis o siete.

Boar, con los dedos ensangrentados, comprobó las balas que quedaban en su arma y cogió otro cargador del cinturón.

Ollie rasgó un trozo del forro del hábito de Lucien. Mientras lo enrollaba en torno a la pierna del teniente, vio en los pantalones de Boar fragmentos ensangrentados de hueso.

Boar cogió la tela e hizo una mueca de dolor al apretarse el torniquete.

Ollie reptó hacia un lado de la roca y oyó instrucciones en alemán. Miró hacia abajo y descubrió que otra patrulla estaba subiendo la montaña. Notó una descarga de adrenalina.

—Vienen más.

—¿Cuántos?

Boar se arrastró hacia el lado de la roca.

—Diez.

Ollie contempló su pistola y lamentó no haber buscado más munición en el coche de Dietrich.

Boar miró hacia abajo.

—Maldita sea.

Ollie miró hacia la cumbre nevada.

—La única forma de salir de aquí es seguir subiendo.

Boar consiguió sostenerse sobre una pierna y disparó dos veces.

Ollie oyó un grito. El fuego de una metralleta acribilló la roca tras la que se ocultaban.

Boar se dejó caer. Jadeó en busca de aire y señaló a Ollie con un dedo ensangrentado.

—Dame tu arma.

—No —dijo Ollie—. Sólo me quedan unas pocas balas y pienso utilizarlas.

Echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que los soldados de la Wehrmacht los estaban rodeando. Cada vez más cerca. Treinta metros como mucho.

—Creo que no lo entiendes, yanqui.

Boar respiraba superficialmente, como un perro que jadea.

Ollie se preparó para otro disparo.

—Ollie.

El hecho de que el teniente lo llamara por su nombre lo hizo vacilar. Miró a Boar, que tenía los pantalones bañados en sangre.

—Te estoy ofreciendo la posibilidad de salir de aquí —dijo Boar mientras apretaba el torniquete.

—Lucharé —dijo Ollie.

Se volvió y, justo cuando se preparaba para apuntar al enemigo, oyó un chasquido metálico.

—Dame tu arma —pidió Boar, apoyando el cañón de su pistola en la sien de Ollie.

Éste se quedó inmóvil. Los disparos de la metralleta acribillaron de nuevo la roca y lanzaron una lluvia de fragmentos de piedra sobre el pelo de Ollie.

—Los dos sabemos que yo no saldré con vida de aquí —dijo Boar—. Si eliges quedarte, apretaré el gatillo. De todas formas, morirás cuando la munición se nos acabe.

—¿Por qué lo haces?

Boar se inclinó hacia delante y le arrebató el arma a Ollie. Comprobó el cargador y volvió a introducirlo en la pistola.

—Tengo algo que solucionar.

Ollie oyó que unas piedras caían mientras los soldados de la Wehrmacht subían por la pendiente.

—¿De qué estás hablando?

Boar hizo una mueca mientras se apoyaba en la roca.

—Lo entenderás si consigues salir de aquí.

—Esto no está bien.

El teniente se quitó las placas identificativas, que llevaba colgadas al cuello con un cordel, y se las lanzó a Ollie.

—Lárgate antes de que cambie de opinión.

Perplejo, Ollie vio a Boar asomarse por un lado de la roca y disparar. Un soldado lanzó un grito de agonía. Al darse cuenta de que aquélla era su única oportunidad, Ollie se sacudió de encima la indecisión y empezó a subir por el terraplén. Notó un intenso dolor en el tobillo. Resbaló sobre la grava. Aunque las balas se estrellaban contra la piedra caliza, él siguió trepando, despellejándose las manos.

Boar disparó otra vez. Y entonces se oyó una lluvia de disparos a medida que la Wehrmacht se iba acercando.

Ollie se ocultó tras una gran roca, cogió aire y luego siguió subiendo a toda prisa. Cada vez que Boar disparaba, disponía de unos pocos segundos para ascender. Repitió la operación cuatro veces, hasta que llegó a un sendero muy escarpado que lo ocultaba de la Wehrmacht. Siguió subiendo, tropezó y cayó. Luchó por recobrar el aliento, pero el oxígeno era cada vez más escaso. Notaba los pulmones a punto de reventar. La temperatura empezó a descender. Sin rendirse, siguió subiendo hasta que la lluvia se convirtió en aguanieve y, finalmente, en nieve.

Al llegar a la cima, Ollie se derrumbó. Se arañó la cara con el hielo. Al darse la vuelta oyó un disparo, seguido de una larga ráfaga de fuego de metralleta, y luego silencio.

## *Los Pirineos*

El descenso le resultó bastante más complicado que el ascenso. Creyendo que la Wehrmacht proseguiría la persecución, Ollie no tomó demasiadas precauciones a la hora de bajar. Al pisar un saliente de piedra caliza, resbaló en el hielo y cayó. La ropa mojada, como si fuera un lubricante, lo lanzó por la pendiente cubierta de agua nieve. Pataleó, se dio la vuelta e intentó desesperadamente aferrarse a algo, pero el descenso se hizo más y más veloz. Las piedras sueltas se le escurrían entre las manos. Clavó los dedos de los pies y se le partieron los cordones de las botas. Al final, consiguió detenerse. Jadeó en busca de aire y se puso en pie, con piernas temblorosas, a pocos centímetros del borde de un precipicio. El pulso le latía en los tímpanos. Mientras miraba hacia el precipicio, se dio cuenta de que tenía dos dedos torcidos. Con las manos entumecidas, se los volvió a colocar en su sitio y notó una intensa punzada de dolor que le subió por el brazo.

Incapaz de encontrar un sendero, Ollie avanzó entre rocas y escarpadas pendientes. A medida que descendía, aumentaba la cantidad de oxígeno, cosa que le permitió respirar mejor. Pero estaba hecho un desastre: los músculos, atrofiados después de tantas semanas de confinamiento, le dolían. Se vio obligado a descansar y apoyó la espalda en una gran roca. Dirigió la mirada hacia la cima mientras cogía aire y detectó un leve movimiento. Entrecerró los ojos para ver mejor y descubrió a dos soldados de la Wehrmacht que descendían desde la cresta. Estaban a varios centenares de metros, demasiado lejos para lanzar un disparo certero. Pero avanzaban deprisa, iban casi el doble de rápido que él. Se agazapó, con la esperanza de que no lo hubieran visto. Segundos más tarde, un disparo resonó por todo el valle y Ollie se puso en pie.

Durante las dos horas siguientes, Ollie hizo todo lo que pudo por mantenerse fuera del alcance del enemigo. A medida que la Wehrmacht iba reduciendo la distancia, los disparos dejaron de ser ecos lejanos para convertirse en secas detonaciones. Las balas rebotaban en las rocas. Mientras corría sobre la grava, Ollie se torció el tobillo hinchado y se precipitó al suelo. Notó un intenso dolor en el pie. Se levantó y trató de echar a correr de nuevo, pero el cuerpo sólo le permitió avanzar cojeando. Y entonces comprendió que era cuestión de tiempo que los soldados lo alcanzaran.

En el terreno rocoso empezaron a aparecer algunos árboles y, poco a poco, la montaña fue convirtiéndose en un denso bosque, cosa que lo ocultó temporalmente de los soldados. La temperatura era más cálida y recuperó la sensibilidad en las manos. Le comenzaron a palpar los

dedos. Exhausto, se escondió en el hueco de un tronco podrido y rezó para que los soldados pasaran de largo. Hizo un esfuerzo por controlar la respiración, esperando oír en cualquier momento el sonido de las botas de los alemanes. Pero, en lugar de eso, oyó un borboteo de agua. «El río Bidasoa», se dijo mientras recordaba el mapa de Lucien. Pensó que debía de estar ya muy cerca de la frontera entre Francia y España y no supo qué hacer. Su mente le decía que siguiera oculto, pero el deseo profundamente arraigado de volver a casa se impuso y Ollie salió arrastrándose de su escondrijo.

Se oyó un disparo y la rama que Ollie tenía justo encima de la cabeza se partió. El corazón le empezó a latir desbocado. Se volvió. Los soldados de la Wehrmacht estaban a unos cincuenta metros: uno de ellos estaba arrodillado, apuntando con su rifle; el otro tenía una metralleta apoyada en la cadera. Ollie se escondió tras un árbol. El bosque se llenó de disparos.

Ollie intentó correr. El tobillo le palpitaba mientras avanzaba tambaleándose entre los árboles, y se oyeron más disparos. Notó un intenso dolor en un brazo y, enseguida, algo cálido y pegajoso le empapó la manga. Atravesó zarzales y las espinas le arañaron la cara. Siguió corriendo, impulsado por el sonido cada vez más cercano de la corriente. Los soldados se aproximaron. Ollie llegó al río y se detuvo.

La corriente bajaba con fuerza. Las aguas marrones arrastraban bastantes residuos. Las fuertes lluvias habían provocado que el río se desbordara. Inspeccionó rápidamente la zona: no había puentes, ni lugar alguno donde esconderse. Contempló aquel abismo fangoso. Le goteaba sangre de los dedos.

Se oyó el crujido de una rama.

—*Dort!*

Ollie vio a los soldados salir de entre los pinos. Bajaron la frente, fruncieron el ceño. Empuñaron sus armas. Y Ollie, que no tenía ninguna otra opción, saltó.

Le sorprendió que el agua estuviera tan fría. Salió a la superficie, boqueando en busca de aire, y se tragó un poco de agua cenagosa. Se atragantó. Oyó disparos. Las balas hendían el aire por encima de su cabeza. Se sumergió y empezó a mover las piernas. La fuerza de la corriente lo arrastraba. Luchó para nadar, pero el abrigo empapado era como una manta de plomo. Tenía el pecho a punto de reventar, pero aprovechó hasta la última gota de aire. Cuando no le quedó más remedio que salir a la superficie, oyó más disparos. Cogió una bocanada de aire y volvió a sumergirse.

Cuando emergió de nuevo, vio a uno de los soldados correr por la orilla empuñando su metralleta. Ollie se sumergió de nuevo. El alemán vació el cargador y las balas se estrellaron contra el agua.

Ollie pateó con fuerza para impulsarse, tratando de adentrarse más en el río. Cuando ya no pudo seguir conteniendo la respiración, salió y vio al alemán introducir otro cargador en su arma. Estaba demasiado cansado para volver a sumergirse y vio la orilla moverse a toda velocidad,

como si fuera una mancha borrosa de barro y maleza. El soldado aceleró el paso y empuñó el arma justo cuando la corriente conducía a Ollie hacia una curva del río.

Oyó al soldado gritar y, luego, disparar al aire. El agua borboteaba. Cuando la corriente por fin lo condujo fuera del alcance de la Wehrmacht, Ollie intentó nadar. Pero tenía el cuerpo entumecido por el cansancio y el frío, y se debilitaba más y más a cada brazada. Consiguió llegar al centro del Bidasoa y sujetarse con un brazo a un tronco que bajaba flotando.

Los dientes le castañeteaban de forma incontrolable. Las articulaciones, heladas, eran como pistones atascados. Hizo un esfuerzo por mantener la cabeza fuera del agua. Las posibilidades de cruzar el Bidasoa, y de volver a casa, se reducían cada vez que cogía aire. Antes de que la hipotermia le arrebatara el poco calor que le quedaba en el cuerpo, Ollie consiguió introducir una mano bajo el abrigo. Tanteó con los dedos rotos y entumecidos hasta encontrar el bolsillo. En mitad de tanto dolor y tristeza, una imagen resistía. «Susan.» Los párpados le pesaban cada vez más. Y la corriente lo arrastró.

*Epping, Inglaterra*

Susan veía borroso a causa del polvo. Tenía los conductos lagrimales llenos de tierra y notaba en el pecho el peso de los ladrillos. Hizo un esfuerzo por coger aire, pero sólo aspiró un montón de polvo mezclado con el olor acre de la cordita.

—Abuelo —dijo tosiendo.

Apenas oía su propia voz debido al agudo pitido que le resonaba en los oídos.

Trató de apartar los escombros que le cubrían el cuerpo y luego se puso de rodillas. Le dolían las costillas, como si la hubieran aporreado con un bastón. Tenía varios golpes en la cabeza. Por el sabor metálico que notaba en la boca, dedujo que le sangraba la lengua o que tenía la nariz rota. Usó el forro del abrigo para limpiarse el polvo de los ojos. Poco a poco, consiguió enfocar la visión. A medida que empezaba a comprender lo ocurrido, se dio cuenta de que la fuerza de la explosión la había lanzado al fondo del refugio antiaéreo. El techo, parcialmente caído, dejaba entrever las columnas de humo que se alzaban hacia el cielo nocturno. Al otro lado de la puerta del refugio, que colgaba de las bisagras retorcidas, vio un resplandor ambarino.

Se arrastró hacia la puerta. Lo primero que vio fue un cráter en llamas. Un agujero enorme, del tamaño de un estanque, había ocupado el lugar de lo que antes era un poblado matorral.

—¡No!

Se puso en pie como pudo aferrándose al pomo de la puerta y luego salió al exterior, aterrorizada ante la idea de lo que iba a encontrar.

Donde antes se alzaba la casa, ahora había un agujero humeante. En algunos puntos, el agujero estaba rodeado de llamas que ardían debido a una mezcla de restos de explosivos y vigas destrozadas. La chimenea se había venido abajo, como las piedras de un hito desmoronado.

—¡Abuelo!

Empezó a cojear, había perdido el zapato izquierdo. Se clavó en el pie una punta de acero que sobresalía de una tabla de madera y se cayó. Ignoró el dolor que le llegaba hasta la pantorrilla, apartó la tabla de una patada, se arrancó el clavo del pie y siguió arrastrándose sobre la hierba arrasada. Rezó, con las manos en el suelo aún caliente, para que la explosión no hubiera alcanzado a su abuelo.

Llegó al agujero, parecido a un enorme cono que se hundía en la tierra. Vio pilas de madera carbonizada en el fondo. La pata rota de una silla. Y lo que antes era el horno, con la puerta arrancada de cuajo.

—¡No! —gritó Susan.

Creyó que las cuerdas vocales se le iban a desgarrar. Se dejó caer al agujero y rebuscó entre los escombros. Las astillas de madera le rasgaban la piel de las manos. La tierra se le pegaba al talón ensangrentado. Fue apartando restos mientras llamaba a su abuelo una y otra vez.

Lo encontró bajo lo que antes era una cómoda. Empujó el mueble destrozado, se dejó caer de rodillas y le acarició las mejillas. Con mucho cuidado, le limpió la tierra de los párpados arrugados.

—Despierta —sollozó. Le desenterró las piernas, ocultas bajo una mezcla de piedra, yeso y madera rota—. ¡Despierta!

Se oyó el inconfundible sonido de una sirena de bomberos que se acercaba, pero pronto quedó amortiguado por el rugido de otra sirena de ataque aéreo. Susan apoyó la cabeza en el pecho de Bertie y lloró.

*Epping, Inglaterra*  
*21 de marzo de 1941*

La lluvia de primavera cayó sobre el suelo de tierra. Susan contempló la lona que cubría un gran agujero en el techo del refugio antiaéreo y se dio cuenta de que una esquina se había soltado. Cogió un carrete de cordel de debajo de su catre y cortó un trozo con un oxidado cuchillo de mondar que había rescatado de entre los escombros. Salió del refugio. El viento cargado de lluvia sacudió el cordel. Mientras Susan empezaba a asegurar la lona, contempló el lugar en el que antes se alzaba su hermoso hogar.

Los escombros ya no estaban y el agujero volvía a estar lleno de tierra en la que empezaba a crecer la hierba: una hierba fina, escasa, dos tonos más clara que la del resto del jardín. Aunque los parterres de flores habían desaparecido a causa de la explosión o habían sido pisoteados por los voluntarios del pueblo durante los apresurados trabajos de demolición, entre el césped se abrían paso unas cuantas flores de azafrán y narcisos que parecían haber resucitado. Junto al retrete se alzaba una pila de piedras y restos de madera que parecía una cicatriz.

Ya habían transcurrido algunos meses desde el funeral de Bertie y más de seis desde que la Luftwaffe había empezado los ataques aéreos, que se producían casi todas las noches. El paso del tiempo apenas había mitigado el dolor de Susan. Y la soledad, creía ella, sólo exacerbaba su pesar: el horror de aquella noche se le había clavado en el alma.

Tras negarse a abandonar Epping —y la granja de su familia—, Susan había decidido vivir temporalmente en el refugio antiaéreo. Sobrevivía a base de raciones frías: pan, huevos duros, nabos y coles. Recogía agua de lluvia en un barril, que usaba tanto para beber como para lavarse. Dormía en un catre oculto bajo una pila de mantas mohosas, que no resultaban demasiado útiles para mantener el frío a raya ni para amortiguar el ruido de la guerra nocturna que seguía librándose en los cielos. Se quedaba siempre en el refugio excepto en las noches demasiado frías: sólo entonces aceptaba una cama y un baño caliente en casa de los McCreary. Aunque la señora McCreary le había dicho a Susan que podía quedarse a vivir con ellos, la joven había declinado con amabilidad la oferta y les había dicho que era «algo temporal». Pero los días se habían transformado en semanas, y luego en meses. Y el invierno había dado paso a la primavera.

Susan terminó de atar la lona y luego contempló los prados vacíos. El Gobierno había requisado ovejas y corderos para vestir y dar de comer al ejército. Su abuelo adoraba a sus ovejas y sólo utilizaba su rebaño para obtener lana. La entristecía pensar que, por mucho que fuera

necesario para la supervivencia de Gran Bretaña, los adorados corderos de Bertie se habían convertido ahora en carne enlatada.

Se dirigió a uno de los palomares. La mayoría de ellos habían quedado destruidos, igual que la casa. Puesto que sólo quedaban unas cuantas palomas, Susan las había alojado en un mismo palomar. Cuando abrió la puerta, echó un vistazo al barril de grano, que en otros tiempos era el lugar en el que *Duquesa* solía posarse. Ya hacía meses que había perdido la esperanza de que su paloma regresara. Lo único que le quedaba de su mascota eran recuerdos. Y los mensajes en los que Ollie le contaba que había resistido con valentía en la Francia ocupada.

Susan leía los mensajes de Ollie todas las mañanas. Antes de las comidas y antes de acostarse, rezaba para que estuviera vivo. Pero a medida que iban pasando los meses, su fe en que algún día regresara se iba apagando poco a poco. Ya habían transcurrido varios meses desde el último mensaje de Ollie, y Susan se había resignado a la idea de no volver a verlo jamás. Y a la idea de que la guerra le hubiera arrebatado a todas las personas a las que amaba.

Echó un poco de grano en el comedero. Las palomas acudieron enseguida y empezaron a picotear. Le quedaban menos de cincuenta palomas, una pequeñísima parte de las casi mil que en otros tiempos llenaban los palomares. La mayoría eran palomas viejas o polluelos, no aptos para la misión. Pero a Susan le daba igual que aquellas palomas no le resultaran útiles al Servicio Colombófilo Nacional. Estaban vivas y, de momento, eso era lo único que le importaba.

Susan salió del palomar, cogió un puñado de narcisos y los colocó en la cesta de su bicicleta. Puesto que la camioneta no le servía de gran cosa, la había vendido y con el dinero había comprado una vieja cocina de leña y pienso para las palomas. Pedaleó hacia el pueblo y notó en el abrigo el golpeteo de las frías gotas de lluvia. Cuando giró para dirigirse al cementerio de Epping, los neumáticos de la bicicleta rebotaron sobre la gravilla, cosa que hizo que le temblaran los brazos. Frenó junto a una zona de tierra recientemente removida y apoyó la bicicleta en un aliso del que colgaban alargadas piñas marrones. Susan recogió el contenido de la cesta y se dirigió hacia una losa de pizarra grabada hacía poco. Se arrodilló y la lluvia le empapó la falda. Contempló la lápida de Bertie. En una lápida idéntica, a pocos centímetros de allí, podía leerse el nombre de su abuela, Agnes Shepherd. Sus padres, víctimas de la epidemia de gripe, estaban en el otro extremo del cementerio.

Susan dejó la mitad de las flores sobre las tumbas de sus abuelos y guardó la otra mitad para llevárselas a sus padres cuando terminara la ronda. Mientras contemplaba la lápida grabada, los sentimientos de culpa empezaron a crecer dentro de ella, como el oleaje en pleno temporal.

—Lo siento —dijo. El golpeteo de la lluvia amortiguó sus palabras—. Tendría que haber insistido en que nos quedáramos a dormir en el refugio. Preferiría haber vivido como un topo que seguir adelante sin ti. —Apoyó los dedos en la lápida—. Te echo mucho de menos.

Con cuidado, Susan colocó las flores entre ambas tumbas y se ocupó de que estuvieran equitativamente repartidas. Y luego, tras visitar las tumbas de sus padres, subió a su bicicleta, se secó de la cara una mezcla de lluvia y lágrimas y se alejó pedaleando.

Cuando llegó a la granja, la lluvia se había convertido en un aguacero y el camino era un barrizal. Puesto que no podía seguir pedaleando, decidió empujar la bicicleta entre los surcos embarrados hasta que llegó al refugio. Ya en el interior, introdujo restos de listones de madera — que en otros tiempos formaban parte de la estructura de la casa— en una oxidada cocina de leña para encender el fuego. Cuando empezó a percibir el olor de la madera quemada, sacó las notas del bolsillo y colgó el abrigo en una improvisada cuerda de tender, encima de la estufa. Se preguntó si la ropa siempre le apestaría a humo.

Mientras desdoblaba con cuidado los mensajes, se dio cuenta de que estaban húmedos y de que la letra había empezado a emborronarse. «Tonta de mí por llevarlos en el bolsillo.» Los dejó sobre el catre para que se secaran y decidió guardarlos en una lata vacía de té.

Negándose a sucumbir al pesimismo que siempre la invadía tras las visitas al cementerio, fue a buscar el costurero que le había pedido prestado a la señora McCreary y procedió a remendar sus raídas prendas de ropa. Cosió botones, zurció agujeros. Y justo cuando estaba arreglando una costura que se había abierto, oyó el chapoteo de unos pasos. Se detuvo y dejó la aguja. La lluvia seguía cayendo sobre el techo de lona. Vislumbró un abrigo oscuro a través de una rendija en la pared. Alguien llamó a la puerta.

Se le erizó el vello de la nuca. Susan vaciló, inquieta porque raramente recibía visitas.

Volvieron a llamar.

Contempló los mensajes. Se le aceleró el pulso. Se puso en pie, abrió la puerta y el alma se le cayó a los pies.

—Señor Wallace —dijo, tratando de ocultar su decepción.

—Hola, Susan —contestó Jonathan Wallace mientras se quitaba el sombrero. La lluvia le resbalaba hasta la barbilla—. ¿Puedo pasar?

Susan vaciló.

—No puedo ofrecerle muchas comodidades, me temo.

—No me sienta bien este tiempo —dijo el anciano, colocando una palma de la mano bajo la lluvia—. Yo me dedico a criar palomas, no patos.

Susan se ruborizó, avergonzada. No le gustaba que nadie la viera viviendo en aquellas condiciones, menos aún un respetado miembro del Servicio Colombófilo Nacional, especialmente si además se trataba de un querido amigo de Bertie. Pero tampoco podía dejar que se quedase allí, bajo la lluvia, de modo que se hizo a un lado para dejarlo pasar. Recogió de prisa el costurero y guardó las notas dentro de una lata de té. Luego le indicó al anciano que se sentase en el catre.

Jonathan echó un vistazo a su alrededor.

—¿Cómo estás, Susan?

—Estoy bien —mintió ella.

—No has contestado a mis cartas.

Susan miró de reojo la pila de correo sin abrir. No supo qué responder y sintió alivio cuando el hombre cambió de tema.

—Tu abuelo y yo éramos muy buenos amigos —dijo. Contempló a Susan y sonrió—. Aunque sus palomas de carreras siempre superaban a las mías.

Susan trató de sonreír, pero no encontró las fuerzas necesarias.

—Tengo entendido que eres una fantástica criadora de palomas y que estudiabas Zoología antes de la guerra.

—Lo segundo es cierto —dijo Susan.

—He venido a ofrecerte trabajo —expuso el hombre—. Estoy criando palomas en Northampton, lejos de las bombas. La granja es bastante grande, y entreno palomas para un solo trayecto y para vuelos de ida y vuelta. —Guardó silencio mientras secaba las gotas de lluvia del sombrero—. Me gustaría que me ayudaras.

Susan negó con la cabeza.

—No puedo irme.

Jonathan cogió aire y suspiró.

—¿Cuánto tiempo puedes vivir así?

La candidez del anciano le recordó a Susan que no tenía trabajo ni dinero. Aparte de pocas posibilidades de conservar la granja, por no hablar ya de reconstruirla. Tal vez sólo fuera su terquedad, o el síndrome de estrés postraumático o quizá incluso la locura lo que le permitía seguir viviendo bajo los bombardeos de la Luftwaffe. Pero en el fondo de su corazón, Susan sabía que era algo más lo que le impedía marcharse.

—Hasta que reconstruya la granja —dijo.

—No hay tiempo —señaló el hombre—. La invasión podría producirse en cualquier momento.

Susan recordó los inquietantes carteles pegados por todo el pueblo: en ellos aparecían dibujos de soldados y paracaidistas alemanes, supuestamente para que la población pudiera reconocer al enemigo. Ya hacía meses que se había prohibido el toque de campanas: sólo volverían a sonar en caso de que se produjera la invasión enemiga. Los miembros de la Guardia del Interior, ancianos pero voluntariosos, incluso había empezado a blindar sus coches con planchas metálicas.

—Jamás olvidaré cómo les plantaste cara a los militares el día de la reunión de Fuente Columba en Londres —dijo—. Cuando los miembros del Servicio Colombófilo Nacional, y me incluyo, no fuimos capaces de señalar los errores obvios de la misión, tú tuviste el valor de plantarles cara.

Susan recordó aquella reunión en Londres. Le vino a la mente la imagen de Ollie acudiendo en su ayuda en el tren.

Jonathan suspiró y luego miró a Susan.

—Bertie te adoraba.

A Susan se le llenaron los ojos de lágrimas al escuchar el nombre de su abuelo.

—Y querría que siguieras adelante con tu vida.

Susan reflexionó, indecisa: abandonar la granja significaba renunciar a las pocas esperanzas que aún le quedaban. Pero Jonathan le había tocado una fibra muy sensible. «No va a volver.»

—Ven conmigo —insistió Jonathan.

Susan se secó la cara.

—¿Y las palomas?

—Nos las llevaremos —respondió—. He traído cestas. Tengo la camioneta al final del camino, porque estaba tan embarrado que no he podido subir. Tendremos que llevarlas hasta allí.

Susan titubeó. Estaba exhausta, física y mentalmente, pero los remordimientos le atenazaban el corazón. Jamás en su vida se había rendido, al menos en las cosas que importaban. Pero ya no podía seguir así. Cansada, hambrienta y derrotada, cerró los ojos.

—De acuerdo —dijo.

Durante la tarde, bajo una llovizna persistente, cargaron las palomas en la camioneta de Jonathan. Susan recogió sus pocas pertenencias: unas cuantas prendas de ropa y la lata de té. Le pidió a Jonathan que la llevara a casa de la señora McCreary: le devolvió el costurero, se despidió con un beso y le dio las gracias por todo lo que había hecho por ella. Antes de marcharse, le dejó la dirección de Jonathan Wallace en Northampton y le dijo que allí podría encontrarla.

Cuando emprendieron el camino, a Susan le temblaban las manos. «Sé un huevo.» Enterró sus miedos y decidió que algún día volvería a Epping, siempre y cuando el ejército de Hitler no ocupara Gran Bretaña.

—Volveré después de la guerra —se dijo en un susurro.

*Epping, Inglaterra*  
*18 de julio de 1996*

—Diecisiete, dieciocho, diecinueve... —contó Susan.

—¡No vale mirar! —exclamó un niño.

—¡Sí, abuela, no vale mirar! —dijo una niña.

—Veintiuno, veintidós, veintitrés... —Susan siguió tapándose los ojos con las manos. Oyó el chirrido de la puerta de un armario al abrirse y luego cerrarse bruscamente. La puerta mosquitera golpeó el marco al cerrarse. Oyó pasos de piececitos que se alejaban—. Noventa y ocho, noventa y nueve, cien. Quien no se haya escondido tiempo ha tenido.

Susan bajó las manos. Entornó los ojos para acostumbrarse al sol que se colaba por la ventana de la cocina. Se levantó de su silla con la esperanza de que el dolor de las rodillas le permitiera aguantar lo bastante como para terminar el juego. La semana pasada, las maltrechas piernas sólo habían resistido dos rondas del juego del escondite, para decepción de sus nietos: Hugh, de cinco años, y Evie, de siete. Así que ese día había decidido utilizar el bastón, un feo artilugio de metal con cuatro patas minúsculas pero robustas. «Es para que tenga más estabilidad», le había dicho el médico. Pero Susan detestaba aquel bastón y raramente lo usaba, excepto cuando necesitaba más resistencia de la habitual, como los días en que su hija Clover le llevaba a los niños.

Susan avanzó cojeando por el suelo de madera. Una brisa cálida se coló por una ventana abierta junto a la chimenea, la única parte que quedaba de la estructura original, aunque ahora las piedras estaban colocadas en sitios distintos. Había reconstruido la casa hacía ya cinco años, para desesperación de su hija Clover.

—Quizá sería más conveniente pensar en una residencia de ancianos —había dicho Clover.

Pero, aunque Susan respetaba la opinión de Clover, al fin y al cabo era su vida. Y la mayor parte de esa vida, al menos hasta ese momento, había transcurrido en Londres.

Durante el resto de la guerra, Susan se había dedicado a entrenar palomas mensajeras en Northampton. Tras la guerra, había terminado sus estudios y se había convertido en profesora de ornitología en la Universidad de Londres. Se había casado a la ya madura edad de treinta y tres años. Había criado a una hija. Se había jubilado. Había enterrado a un marido, Duncan, tras una larga y ardua batalla contra el cáncer de colon. Su huella en este mundo, pensaba Susan, ya estaba casi completa.

—Vuelvo a Epping —le había dicho Susan a Clover mientras vaciaban el armario de Duncan.

Clover no lo entendió. ¿Cómo podía hacer algo así? Si bien Susan había conservado la propiedad de las tierras, sólo había llevado a Clover a la granja cuando ésta era muy pequeña, con motivo de algún que otro picnic familiar. Los prados estaban repletos de cardos. Las palomares, en ruinas. El refugio se había venido abajo. Y Clover, no demasiado amante del aire libre, siempre se negaba a hacer pis en el bosque, por no hablar ya de poner los pies en un retrete infestado de arañas. De modo que los picnics solían terminar pronto, cuando la vejiga de Clover ya no aguantaba más y les tocaba correr hasta la gasolinera más próxima.

Un año después de la muerte de Duncan, Susan empezó a reconstruir la casa. Basándose en sus recuerdos, trabajó con un contratista local para construir una réplica de la estructura. Se parecía bastante a la casa de antes de la guerra, pero con una diferencia fundamental: tenía una sola planta, en lugar de dos. «Tus rodillas, mamá», le había dicho Clover mientras revisaban los planos arquitectónicos. Pese a haber renunciado a la escalera ante la insistencia de su hija, la casa era magnífica. Susan había empezado pasando allí los fines de semana, pero al cabo de un año había vendido su piso de Londres y se había mudado a Epping. Había comprado ovejas y, a medida que éstas engordaban, el prado se volvía verde y fértil. Y aunque a Clover no le entusiasmaba la granja, a los niños les encantaba aquel retiro campestre.

—Os voy a encontrar —dijo Susan mientras cruzaba la salita.

Oyó un ruido al fondo del pasillo y sonrió mientras se dirigía a una de las habitaciones de invitados.

—Ji, ji —dijo una vocecilla.

Susan se dio la vuelta y vio la punta de un zapatito que sobresalía debajo de la cama.

—A ver dónde estarás...

Susan siguió avanzando con su bastón.

El piececillo se movió.

Susan se agachó, ignorando el dolor en las rodillas. Le quitó el zapato al niño y le hizo cosquillas en el pie.

—¡Aaaaah! —exclamó Hugh entre risas.

Susan agarró al niño por los regordetes tobillos y lo sacó de debajo de la cama.

El niño se abrazó a su abuela.

—¡Has hecho trampas!

—Pero qué dices —protestó Susan mientras lo ayudaba a volver a ponerse el zapato.

—¡Soy el mejor! —proclamó con orgullo el niño.

A Susan le maravillaba ver lo mucho que Hugh disfrutaba cuando lo descubrían. Y lo mucho que se parecía a Bertie. Era robusto, de pecho ancho y tenía las piernas ligeramente arqueadas, como las patas delanteras de un doguillo.

Hugh se dirigió corriendo al jardín y gritó:

—¡Ya puedes salir!

Susan regresó a la salita, miró por la ventana y vio a Evie, una niña delgadísima con el pelo

castaño y rizado, correteando entre las hileras de plantas de lavanda. Pisó los asteres, aplastando los tallos, y corrió hacia el porche. Susan sonrió. Lo que antes era un huerto de coles y tubérculos contenía ahora una gran variedad de flores. Después de la guerra, Susan había perdido todo interés por las verduras cultivadas en casa y disfrutaba yendo a comprar a la tienda sin tener que usar una cartilla de racionamiento.

Jugaron dos veces más al escondite. Luego, Susan preparó la comida: el guiso de lentejas que había sobrado del día anterior, galletas saladas y dos grandes vasos de naranjada Irn-Bru.

—Mamá no nos deja beber refrescos —dijo Evie mientras mojaba una galleta salada en la naranjada.

Hugh bebió un largo trago y luego eructó.

—Hugh —dijo su hermana dándole un codazo.

—Perdón —respondió el niño.

Susan bebió un trago de aquel refresco dulzón con sabor a naranja. Habría preferido un buen vaso de agua o una taza de té, pero se alegraba de haber comprado el refresco, aunque sólo fuera para crear un recuerdo.

Pasaron la tarde con las palomas, como solían hacer cuando los niños iban a visitarla. Aparte del retrete, el palomar era una de las pocas cosas de la finca que se habían conservado. Aunque la estructura había quedado reducida a poco más que unos cuantos tablones rotos y podridos, Susan había contratado a un manitas local para que lo restaurara. Excepto porque ahora el barril de grano era de plástico y sólo tenía una docena de palomas, el palomar se parecía mucho al de antes de la guerra.

A diferencia de Clover, que parecía tenerle un miedo innato, Hugh y Evie adoraban a las palomas. A veces, cuando los niños iban a visitarla, Susan les dejaba elegir una paloma a cada uno, le ataban a cada una de ellas una cinta de distinto color en la pata y luego las llevaban en coche hasta Clacton-on-Sea. Puesto que no disponían de jaulas, de vez en cuando los asientos se manchaban de excrementos o alguna paloma empezaba a revolotear dentro del habitáculo, cosa que los obligaba a subir las ventanillas. Tras llegar a Clacton-on-Sea, lanzaban a sus palomas al aire, subían al coche y volvían directos a casa. Pero nunca conseguían saber cuál había ganado, pues todas las palomas siempre llegaban antes que ellos. A los niños, sin embargo, no parecía importarles demasiado, porque Susan siempre paraba por el camino para comprarles un helado.

—Eres precioso, *Tímido* —le dijo Evie a una de las palomas mientras le acariciaba el lomo.

La paloma zureó.

Hugh sacó a una paloma bastante grande de su nido, se la colocó sobre la cabeza como si fuera una especie de trofeo y dijo:

—*Buzz Lightyear* es el más rápido.

Susan se echó a reír. Varias de las palomas debían su nombre a los siete enanitos y el resto habían sido bautizadas en honor de distintos personajes de las películas de dibujos animados. Susan pensó que su abuelo, Bertie, que solía poner a sus palomas los nombres de remotos parajes

escoces que nunca había visitado, se indignaría si escuchara aquellos apodos tan comerciales. Pero a Susan no le molestaban aquellos nombres ingenuos. Al fin y al cabo, ella había hecho lo mismo. «En otra vida.»

Pasaron la tarde en el palomar hasta que oyeron el claxon de un coche. Hugh y Evie devolvieron las palomas a sus nidos y salieron corriendo del palomar. Susan también salió, dejando a propósito el bastón dentro, y se acercó despacio al reluciente coche negro de Clover, aparcado en el camino de entrada.

Clover se retocó el carmín mirándose en el espejo retrovisor y luego bajó la ventanilla.

—Llegas pronto.

Susan se acercó al coche, que seguía con el motor en marcha.

—Tengo una reunión esta noche, ¿te acuerdas?

—Se me había olvidado —dijo Susan al fijarse en el traje azul marino de su hija, en sus pendientes de perlas y en la melena castaña perfectamente peinada.

Clover, abogada y madre divorciada que criaba a dos hijos, siempre parecía tener prisa por ir a algún sitio.

—Oh —exclamó Evie—. ¿Y no podemos quedarnos?

—Esta noche no —respondió Clover—. Ya he buscado canguro.

—Pueden quedarse conmigo —se ofreció Susan.

—Por favor —le suplicó Hugh.

—Otro día —propuso Clover—. Tenemos que irnos.

Susan abrazó a Hugh y a Evie, los ayudó a subir al coche y les abrochó el cinturón de seguridad. Luego se dirigió a la puerta del conductor.

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó Clover.

Susan asintió. Se agachó hacia el coche y abrazó a su hija con cuidado de no estropearle el maquillaje.

Clover se inclinó hacia el asiento trasero y cogió una pila de correo y periódicos.

—Todo esto estaba en el buzón.

Susan cogió la pila de papeles.

—He oído hablar a un colega del trabajo sobre no sé qué artículo sobre una paloma que ha salido en el periódico —le dijo—. He estado tan ocupada que no he podido leer la prensa, si no, te hubiera traído el recorte.

Susan cambió el peso de lado e hizo una mueca al notar una punzada de dolor en una pierna.

—¿Las rodillas? —le preguntó Clover.

—Están bien —dijo Susan mientras recordaba que Clover se había pasado casi dos años insistiéndole para que se sometiera a una artroplastia de rodilla. No estaba dispuesta a admitir que el largo paseo por el camino de acceso hasta el buzón era un suplicio para sus rodillas—. ¿Qué te parece si el fin de semana que viene te quedas aquí con los niños? —dijo para cambiar de tema.

—También podrías venir tú a Londres —propuso Clover.

Susan señaló el palomar con la barbilla.

—Las palomas.

—¡Tráelas! —exclamó Hugh desde el asiento trasero.

Clover lo miró por el retrovisor.

—No, la abuela no puede traer las palomas a casa.

—Podríamos construir un palomar —añadió Evie.

Clover suspiró y apoyó las manos en el volante.

—Consultaré la agenda —le dijo a Susan—. Mientras, ve buscando a alguien que te cuide las palomas.

Susan asintió y luego la observó alejarse. Hugh y Evie la saludaron con las manos. Susan adoraba a Clover. Y sabía que su hija se preocupaba por ella, pero en realidad eran personas muy distintas. Mientras volvía a la casa, pensó en las zapatillas deportivas de marca de Hugh y Evie, que seguramente su madre les había comprado en Harrods o Selfridges, salpicadas de excrementos de paloma. Sonrió.

Ya en casa, se preparó una taza de manzanilla y encendió la televisión para tratar de ahuyentar la soledad que siempre acompañaba el momento en que sus nietos se marchaban. Luego empezó a revisar sin demasiado entusiasmo la pila de correo no deseado —solicitudes de tarjetas de crédito, montañas de cupones— y lo arrojó todo a la basura. Al final, se instaló en el sillón de la salita con la pila de periódicos. Apoyó las piernas en una otomana tapizada, se puso las gafas de leer y hojeó la edición más vieja en busca del artículo que Clover había mencionado. Tras pasar varias páginas, se topó con un titular insólito y se detuvo.

### **Encuentran restos de un palomo mensajero de la segunda guerra mundial en una chimenea de Rochford**

Superó un peligroso viaje a través del canal de la Mancha y voló miles de kilómetros desde la Europa ocupada por los nazis. El frágil palomo de guerra, que transportaba un mensaje secreto en una cápsula sujeta a una de las patas, debió de posarse en una chimenea de Rochford, tal vez para descansar o para entrar un poco en calor. Probablemente aturdido por el humo, el palomo se precipitó al interior y murió. Su esqueleto ha permanecido oculto durante más de cincuenta años, hasta que Niles Googins compró la casa y empezó a reformarla.

Susan se irguió en su silla y se colocó mejor las gafas de leer.

«Estaba limpiando la chimenea: había un montón de basura y el regulador de tiro parecía atascado —dijo Googins el pasado lunes—. Al retirar toda la suciedad, vi unos huesecillos. Al principio pensé que debían de ser los restos de algún cuervo, hasta que me fijé en la cápsula roja sujeta a una de las patas.»

Googins, profesor de matemáticas jubilado, abrió la cápsula y descubrió un mensaje en clave escrito en un trozo de papel. El mensaje está ahora en manos de los conservadores de Bletchley Park, donde los trabajos para descifrar los códigos alemanes cambiaron el curso de la guerra. El Cuartel General de Comunicaciones del Gobierno (GCHQ) en Cheltenham también está trabajando para descifrar el mensaje.

—Pobrecilla —se dijo Susan en un susurro.

Se preguntó durante un segundo si esos restos podían corresponder a *Duquesa* o a alguna otra de sus palomas, ya fuera de la granja de Bertie o de Northampton. Pero teniendo en cuenta que el

ejército había usado más de doscientas cincuenta mil palomas mensajeras durante la guerra, existían pocas probabilidades. Dejó caer el periódico al suelo y revisó rápidamente las ediciones más recientes, con la esperanza de encontrar más novedades sobre aquella noticia. Encontró lo que estaba buscando en el periódico del día anterior.

### **Ni Bletchley Park ni el GCHQ consiguen descifrar el mensaje secreto**

El mensaje en clave que se halló a principios de esta semana en una chimenea de Rochford, junto a los restos de un palomo espía de la segunda guerra mundial, sigue fascinando a los expertos de Bletchley Park y del GCHQ. Dichos expertos creen que la cápsula roja, que encontró el profesor de matemáticas jubilado Niles Googins mientras reformaba su casa, es idéntica a las que se usaban durante las operaciones de inteligencia. Pero, hoy por hoy, siguen sin poder descifrar el mensaje.

Susan contuvo una exclamación y se le aceleró el pulso.

«La información que transportaba ese palomo debió de ser del más alto secreto —dice Alton Ross, exespecialista de inteligencia en el GCHQ—. Durante la guerra se usaron miles de palomas, pero los mensajes que se conservan en los archivos históricos utilizaban una escritura a mano normal, no un código. La cápsula roja indica que era del bando aliado, probablemente de 1940. El mensaje en clave nos tiene fascinados, y estoy convencido de que no tardaremos en descifrarlo.»

Susan se puso en pie y, al hacerlo, se dio cuenta de que el dolor de las rodillas se le había extendido también al estómago. Respiró hondo varias veces, pero no sirvió de mucho para mitigar sus miedos. Temía reabrir los recuerdos de la guerra, pero necesitaba saberlo. Se acercó despacio al teléfono y marcó el número de la operadora.

—¿Podría ponerme por favor con Niles Googins, en Rochford?

Instantes más tarde, le respondió la voz de un anciano.

—¿Señor Googins?

—Sí.

—Me llamo Susan Shepherd —se presentó—. He leído en la prensa que encontró usted los restos de una paloma.

—Ya he hablado con muchos periodistas —contestó el hombre—. No tengo nada más que contar.

—No soy periodista —expuso Susan, sorprendida de que Googins no hubiera intuido la edad en su voz—. Durante la guerra entrenaba palomas para el Servicio Colombófilo Nacional.

—Ah —dijo Googins—. Bueno, no he dejado de recibir llamadas desde que se publicó el primer artículo. Periodistas, reporteros, aficionados a la historia. Veteranos de guerra. Ha llamado todo el mundo. Hasta una supuesta vidente de Cambridge que aseguraba poder descifrar el mensaje a cambio de una módica compensación económica, claro.

—Parece que su descubrimiento ha causado bastante sensación —dijo Susan.

—Pues sí.

—¿Puedo hacerle un par de preguntas, señor Googins? —preguntó. Oyó suspirar al hombre—. Le prometo que seré breve.

—De acuerdo —respondió.

—El artículo habla de un palomo. ¿Cómo supo usted que era macho?

—¿No eran machos todos los pájaros de guerra?

«Palomas», quiso corregirlo Susan, pero se contuvo.

—No, utilizábamos machos y hembras. ¿Sabe si alguien ha comprobado el sexo?

—No, creo que no —contestó el hombre, que parecía un poco incómodo.

—¿Se fijó usted por casualidad en la forma de la cabeza? Los machos la tienen más bien redondeada, pero el cráneo de una hembra presenta una zona lisa en la parte superior.

—Un momento —pidió Googins.

Susan oyó un ruido cuando el hombre dejó caer el auricular. Hizo una mueca al pensar en una paloma de guerra guardada, muy probablemente, en una caja de zapatos o en un táper.

—Es una hembra —dijo Googins tras ponerse otra vez al teléfono—. Es usted la primera persona que pregunta sobre ese tema. A los demás sólo les interesaba el mensaje.

Susan guardó silencio un instante.

—Hablando del mensaje, ¿contenía una serie de combinaciones de cinco letras, sin números?

—Sí —respondió Googins—. ¿Lo ha visto? Se suponía que Bletchley Park y el GCHQ no lo iban a enviar a la prensa hasta después de haberlo descifrado.

—No —dijo Susan—. ¿Por casualidad hizo usted una copia?

—Hice algo mucho mejor —señaló Googins—. Tengo el original.

*Rochford, Inglaterra*

Al día siguiente, Susan condujo hasta Rochford, que estaba a poco más de una hora de distancia de Epping. En el asiento del pasajero llevaba una deslustrada lata de té que había conservado durante más de medio siglo. No habría servido de nada, pensaba, contarles a su esposo o a su hija que de joven había sentido afecto por otro hombre, de modo que había guardado la lata oculta en una caja de seguridad. Era y seguiría siendo su secreto, enterrado para siempre en aquella lata de té. Y en un rincón pequeñito, pero impenetrable, de su corazón.

Apenas había dormido. Su mente era un hervidero de temores acerca de lo que iba a encontrar. Los peores recuerdos de la guerra habían regresado: sirenas, explosiones, el nauseabundo olor de la pólvora detonada. Las piernas inermes de Bertie que sobresalían de entre los escombros. En un intento de ahuyentar todas aquellas imágenes, había puesto un disco: *La alondra ascendiendo*, de Vaughan Williams, en su antiguo tocadiscos estéreo. Lo había escuchado una y otra vez. Una moneda sujeta con celo al brazo del tocadiscos impedía que la aguja se levantase. Pero aquella música angelical no había conseguido aliviar las heridas del pasado. Ni mitigar su nerviosismo ante lo que podía descubrir al día siguiente.

Siguiendo las indicaciones que el señor Googins le había dado, Susan llegó a una casa pareada de ladrillo, con ventanas pequeñas y una antena torcida de televisión en el tejado. Aparcó el coche en la calle y bajó. Con la lata en la mano, se dirigió a la puerta. El dolor de las piernas no tardó en recordarle que había olvidado el bastón en casa. Las articulaciones le crujieron mientras subía los escalones del porche. Llamó. El pulso se le aceleró. Se oyó el chasquido de un cerrojo al descorrerse y la puerta se abrió.

—¿Eres Susan? —Un hombre de pelo cano, con pantalones chinos y camisa de cuadros le tendió la mano—. Niles Googins.

Susan se la estrechó.

Niles se volvió hacia la mujer que estaba junto a él. La anciana llevaba grandes gafas redondas y un jersey azul. Se había maquillado las arrugadas mejillas con un poco de colorete rosa.

—Mi esposa, Lydia.

—Encantada de conocerte —dijo Lydia.

Susan entró en la casa y se fijó en las pilas de molduras del suelo. La atmósfera aún olía a pintura fresca.

—Disculpa este desastre —dijo el señor Googins—. Estamos reformando la casa. —

Acompañó a Susan al salón y señaló la chimenea—. Ahí es donde la encontré.

Susan contempló una antigua chimenea de carbón, pero le llamaron la atención los objetos depositados sobre una mesita de café. Una pequeña urna de plástico transparente. Y dentro, colocados sobre una fina capa de espuma, los restos de una paloma. El cráneo, partes de un ala y los huesos de las dos patas, una de las cuales llevaba sujeto el cilindro rojo. A Susan le temblaron las manos y se acercó un poco más. Junto a la urna vio un trocito de papel. Con el paso del tiempo había adquirido un tono marrón, pero Susan reconoció al instante el código y la inconfundible caligrafía. Se le humedecieron los ojos.

—Oh, querida —dijo Lydia.

La mujer se marchó y regresó de inmediato con un pañuelo de papel.

—Gracias —contestó Susan cogiendo el pañuelo. Se secó los ojos y contempló los restos de la urna de plástico—. *Duquesa*.

—¿Quién? —preguntó el señor Googins.

—Mi paloma. En realidad, era una mascota.

—¿Una mascota? —dijo el hombre, arrugando la frente en un gesto de perplejidad—. ¿Ves la cápsula? Era una paloma de guerra.

Susan negó con la cabeza.

—La cargaron por error en un avión durante el otoño de 1940. Fue una de las primeras misiones para lanzar palomas mensajeras en la Francia ocupada por los nazis, con el objetivo de obtener inteligencia militar. El avión fue derribado con un estadounidense a bordo.

Susan contempló el mensaje en código y pensó en Ollie. De alguna forma debía de haber tenido tiempo de enviar otro mensaje antes de que lo capturaran. Respiró hondo, tratando de controlar el intenso dolor que le atenazaba el pecho.

—El mensaje es de él.

—Suenan todo muy raro —dijo Googins, cruzando los brazos—. Estados Unidos aún no había entrado en guerra en 1940.

—Ollie sí —repuso Susan.

—¿Ollie?

Susan asintió. «Oliver de Maine.» Se secó las lágrimas.

Cogió aire y suspiró.

—¿Cómo sabemos que es *Duquesa* y que el mensaje es de Ollie? —preguntó Googins.

—Niles —le reprendió Lydia con severidad.

—Sólo hago una pregunta, Lydia —declaró bajando la cabeza.

Susan cogió la lata. Quitó la tapa y vació el contenido —los mensajes en clave y los descifrados— sobre la mesita de café.

Lydia cogió uno de los mensajes de Susan y lo comparó con el que habían encontrado en la chimenea. Fue posando la mirada de un mensaje a otro.

—Es el mismo código, Niles. Y la misma letra.

Niles se tomó más tiempo que su mujer para comparar los mensajes, pero finalmente asintió.

Susan se fijó en que Lydia estaba observando los mensajes descifrados y tuvo la sensación de que la mujer había comprendido que la correspondencia entre ella y Ollie era algo más que un asunto de inteligencia militar. Obtuvo la confirmación cuando la mujer le tocó un brazo y le preguntó:

—¿Ollie era tu marido?

—No —dijo Susan. Le dolía el pecho, como si se lo estuvieran comprimiendo con un tornillo de banco—. No consiguió volver de Francia.

—Lo siento mucho —susurró Lydia.

Tras una larga pausa, Niles se volvió hacia Susan y dijo:

—¿Puedes descifrar el mensaje?

—No lo sé —dijo Susan—. Tenía el libro de códigos, pero quedó destruido durante el Blitz. —Respiró hondo y luego expulsó el aire—. Supongo que podría intentar descifrarlo basándome en los otros mensajes.

—Tenemos que informar al GCHQ —dijo Niles.

—No vamos a hacer tal cosa.

Lydia contempló los restos de la paloma sobre la mesa de café y luego empezó a guardar de nuevo los mensajes en la lata de Susan, incluido el que habían encontrado en su chimenea.

Niles abrió los ojos como platos.

—Lydia.

La mujer se volvió para observar a su marido.

—¿No entiendes que esa paloma era de Susan y que el mensaje iba dirigido a ella?

Niles vaciló.

—Sí —dijo al fin—, pero...

—Esto es tuyo, querida —indicó Lydia, interrumpiendo a su marido.

Le entregó a Susan la lata y la urna. Susan miró a Lydia.

—Gracias.

—Pero Lydia... —dijo Niles.

Ella se volvió hacia su esposo.

—¿Recuerdas las cartas que me escribías cuando estabas haciendo el servicio militar?

Niles se estremeció.

—¿Te gustaría que esas cartas se publicaran para que todo el mundo pudiera leerlas?

El hombre se ruborizó y le aparecieron manchas rojas en el cuello.

Lydia le dio una palmadita a su esposo en la pierna.

—Y como digas a alguien una sola palabra de todo esto, me aseguraré de que en tu club de golf reciban una copia de todas aquellas cartas tan bonitas que me escribías de jovencito.

### *Epping, Inglaterra*

Susan tuvo que parar dos veces durante el trayecto de vuelta a casa para secarse los ojos. Tras aparcar en el arcén de la carretera, contempló los huesos de *Duquesa*, en el asiento del pasajero. Dentro de la lata había un mensaje de Ollie. El corazón y la mente le empezaron a dar vueltas a causa del choque entre pasado y presente.

Llegó a casa decidida a ofrecerle a *Duquesa* el entierro que merecía, pero tras dirigirse al bosque con una pala de jardín y los restos de la paloma, no se sintió capaz de cavar. Lo mínimo que podía hacer antes de dejar descansar a su paloma bajo tierra era descifrar el mensaje. Y terminar la tarea por la que *Duquesa* había entregado su vida. Así pues, volvió a casa y se puso a trabajar.

Durante un mes, Susan trabajó sin descanso para descifrar el mensaje. Se pasaba los días y las noches analizando los códigos. Desesperada por traducir el mensaje de Ollie, apenas se preocupaba de comer y dormir. Empezó a quedarse dormida en la mesa de la cocina, exhausta, y finalmente recurrió a poner un temporizador para obligarse a tomar descansos. Pero o bien le empezaba a fallar la mente debido a la edad, o bien las palabras que había elegido Ollie eran muy distintas. Tras varias semanas devanándose los sesos con aquellos códigos, sólo había conseguido descifrar una palabra, «Susan», que aparecía en otros mensajes. Temía no ser capaz de descifrar nunca el mensaje de Ollie y que *Duquesa* se quedara para siempre en el purgatorio, encerrada en un sarcófago de plástico oculto en su cómoda.

Mientras reflexionaba sobre el mensaje, un dolor que llevaba muchos años en estado latente empezó a despertar. Su corazón roto, reparado por el paso del tiempo, había comenzado a resquebrajarse de nuevo. El dolor en el pecho llegó acompañado de una extraña sensación de indiscreción. Pensaba en Ollie, no en Duncan.

Había conocido a Duncan cinco años después de la guerra, tras haber terminado los estudios y haber aceptado un puesto como profesora de ornitología en la universidad. Duncan, profesor de ingeniería, la había cortejado pese a que ella no demostraba el menor interés por él. Pero se había mostrado insistente, educado y, según sus colegas, era un buen partido. Tras un año declinando sus ofertas de invitarla a cenar, Susan finalmente había aceptado. «Ollie se ha ido», se había dicho mientras estaba sentada delante de Duncan y lo observaba comer pollo asado con guisantes.

Le gustaba Duncan, pese a su aspecto banal y su naturaleza predecible. Por otro lado, ¿quién era ella para andar criticando a sus pretendientes? Al fin y al cabo, algunos de sus alumnos habían

empezado a referirse a ella como «la rarita de las palomas» después de descubrir que había entrenado palomas mensajeras durante la guerra. Tras un año de cortejo poco recíproco, Duncan le había propuesto matrimonio. Y ella había aceptado. Quizá porque no quería vivir su vida como una ermitaña. O porque el paso del tiempo había propiciado que terminara acatando las normas de las expectativas sociales: casarse, tener hijos, dejar huella en el mundo. Pero en el fondo de su corazón, Susan se había limitado a aceptar que en la vida sólo se podía tener un amor verdadero. Y que su Ollie se había ido.

Creía haber tenido una buena vida. Además, adoraba a Clover y a sus nietos, Evie y Hugh, un recordatorio perenne de que había tomado la decisión correcta. Con el tiempo, le había cogido mucho cariño a Duncan. Era generoso, amable, buen padre y siempre le llevaba fruta fresca. «Aportan mucho potasio», solía decir mientras le ofrecía un racimo de plátanos. Duncan había sido, en todos los sentidos, un hombre bueno y honrado. Pero ella nunca había vuelto a notar aquellas delicadas mariposas en el estómago. Habían emigrado durante el otoño de 1940 y no habían vuelto jamás.

En septiembre, Susan ya había aceptado que jamás leería el mensaje de Ollie. Era imposible descifrarlo sin el libro de códigos. Además, era muy probable que Bletchley Park y el GCHQ ya hubieran traducido el mensaje semanas atrás, pero no se atrevieran a publicar los resultados por vergüenza. Sin embargo, un nuevo artículo aparecido en la prensa le demostró que estaba equivocada. El artículo era similar a los anteriores: se limitaba a contar de nuevo el descubrimiento de Googins en su chimenea, pero añadía que los expertos de Bletchley Park y del GCHQ estaban perplejos. Justo debajo del artículo, aparecía el mensaje en clave de Ollie:

QUYTV SODLC SKDFN SKLFE ZIEPQ DJRNV  
SKWNF DOIWV JLDWP AWXPD MCJKW RSUEW  
WQXZX YMSQR PLNVX SQMCI QYDSX POLRT  
SKFRY XVCTR LKJHG SDFGH OIUYT QWEDR  
KNVDG WDCVG ZDTUO

—¡Santo cielo! —exclamó Susan, que estaba comiendo una tostada con mantequilla.

Leyó el artículo dos veces, incapaz de creer que hubieran publicado su mensaje para que el mundo entero lo viera. Ahora no sólo Bletchley Park y el GCHQ seguirían tratando de descifrarlo, sino que se les unirían cientos de aficionados a los códigos y entusiastas de la historia, que competirían entre ellos por ser los primeros en resolver el misterio.

Susan dobló el periódico, fue al teléfono y llamó a Clover.

—¿Podrías venir a Epping esta tarde? —dijo. Guardó silencio mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas—. Tengo que contarte algo importante.

Clover salió pronto del trabajo aquella tarde y se detuvo sólo a recoger a los niños en el colegio. Mientras Evie y Hugh jugaban en el palomar, Susan fue a buscar la lata y los recortes de periódico y se sentó junto a Clover a la mesa de la cocina.

—¿Estás bien? —le preguntó Clover mientras jugueteaba con su pendiente.

«Siempre que está preocupada se frota los lóbulos de las orejas.»

—Estoy bien —dijo Susan, tratando de tranquilizar a su hija—. No me estoy muriendo, ni tengo ninguna enfermedad degenerativa propia de la vejez.

—¿Y por qué no podíamos hablar sólo por teléfono?

Susan detectó preocupación en la voz de su hija.

—Quiero que lo sepas por mí y no por otras personas. Además, tengo algo que enseñarte.

Le mostró el recorte de periódico más reciente.

Clover leyó el artículo.

—¿Esto tiene algo que ver contigo?

Susan asintió.

—Sabía que habías criado palomas de guerra, pero nunca dijiste nada acerca de mensajes secretos. —Le echó un nuevo vistazo al artículo—. ¿Trabajaste en Bletchley? Yo pensaba que criabas palomas en Northampton, no tenía ni idea de que tuvieras algo que ver con la inteligencia militar...

Susan negó con la cabeza.

—Me temo que es una cuestión personal.

Susan abrió la lata y esparció el contenido sobre la mesa. Clover se quedó boquiabierta.

Susan miró a su hija.

—Antes de conocer a tu padre... —explicó mientras le entregaba un trozo de papel viejo.

Clover leyó el mensaje y luego miró a su madre.

Susan se fijó en ese momento en lo mucho que Clover se parecía a Duncan: pómulos altos, nariz pequeña, rizos en el flequillo... Al pensar en el parecido y en lo que se disponía a contarle, Susan notó un nudo en la garganta. Tragó saliva. Y durante la siguiente hora, se lo contó todo. Le habló de Fuente Columba. De *Duquesa*. De Bertie y de cómo, durante el Blitz, se había comunicado con un estadounidense atrapado en la Francia ocupada por los nazis.

—Dios mío, mamá —dijo Clover con un largo suspiro.

Susan esperaba que su hija se sintiera molesta. Confusa. Quizá incluso traicionada por que su madre hubiera sentido afecto por otro hombre. Pero Clover la sorprendió.

—Parecíaís muy unidos —dijo Clover mientras contemplaba los mensajes descifrados.

Susan asintió.

Clover se tocó de nuevo el pendiente, como si se le hubiera caído el cierre.

—¿Estabas enamorada de él?

Susan guardó silencio un segundo, sorprendida por la candidez de su hija, y luego asintió.

—¿Ollie no volvió nunca?

Al escuchar su nombre, Susan notó una punzada de dolor en el estómago. Después negó con la cabeza. Clover le cogió la mano a su madre.

A Susan se le humedecieron los ojos, conmovida por el gesto de su hija. Al fin y al cabo, Clover nunca había sido muy dada al contacto físico. Ni siquiera de niña le gustaba que la

cogieran en brazos, menos aún que la tocaran. Susan le apretó los dedos a su hija.

—Fue hace mucho tiempo, cariño.

—Pero ¿querías contármelo?

—Sí —contestó Susan—. Ya estoy cansada de guardar el secreto. Y quería que lo supieras por si acaso consiguen descifrar el código y relacionan el mensaje conmigo. Había muy pocas mujeres en el Servicio Colombófilo Nacional. Y probablemente soy la única que se llamaba Susan.

Clover contempló el recorte de periódico.

—Me sorprende que ni Bletchley ni el GCHQ hayan descifrado el código.

—El libro de códigos de mi padre era de la primera guerra mundial —expuso Susan—. Quizá se estén centrando en códigos de la guerra equivocada.

—Mamá, consiguieron descifrar el código secreto de los nazis, por el amor de Dios. Descifrarán el mensaje. —Clover le soltó la mano a su madre y sonrió—. Y se quedarán de piedra cuando lo lean.

Susan se echó a reír y luego se secó los ojos.

—¿No quieres saber qué dice? —le preguntó Clover—. Estos mensajes podrían ayudarlos a descifrar el código.

—Sí, pero no pienso entregarles mis mensajes —dijo Susan.

—¿Por qué?

Susan recordó la decisión que habían tomado Bertie y ella de no entregar a la RAF los mensajes de Ollie. Pese a que había transcurrido medio siglo, las palabras de su abuelo seguían resonando entre sus recuerdos. «Nuestro ejército tendrá su inteligencia militar. Lo único que no verán es lo que va dirigido a ti.»

—Ollie quería que este mensaje lo leyera yo, no el Gobierno —dijo Susan—. Deseo por encima de todas las cosas saber qué pone en ese trozo de papel, pero el corazón me dice que esto es algo que debo hacer a solas.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera? —le preguntó Clover.

—Siempre se te han dado muy bien los crucigramas —dijo Susan al tiempo que empujaba hacia su hija el mensaje en clave—. ¿Quieres ayudarme a resolver un rompecabezas?

*Epping, Inglaterra*

El fin de semana siguiente, Clover y los niños se quedaron en Epping con Susan. Durante el día, madre e hija jugaron con Evie y Hugh al escondite y fueron a Clacton-on-Sea para liberar palomas. Hugh, un niño muy persistente, incluso convenció a su madre —siempre muy maniática con los excrementos e irracionalmente temerosa de contraer la gripe aviar— para que cogiese una paloma.

Clover, con los brazos extendidos, chilló cuando el pájaro empezó a batir las alas.

—Pareces la reina cogiendo un montón de caca —dijo Susan.

Los niños se echaron a reír.

Por la noche, después de leer un cuento a los niños y meterlos en la cama, Susan y Clover se pusieron a trabajar en el mensaje, aunque en realidad dedicaron más tiempo a charlar. Susan pensó que Clover parecía sinceramente interesada, que quería saber más cosas sobre Ollie, Bertie y el papel que su madre había desempeñado en el Servicio Colombófilo Nacional. Las dos noches se quedaron despiertas hasta tarde, bebiendo té y comiendo galletas digestivas. El domingo por la noche no habían avanzado nada, pero por primera vez en varios años Susan había conectado de verdad con su hija. Pese a no hallarse más cerca de descifrar el mensaje en clave, Susan había disfrutado de aquellos momentos con Clover y con sus nietos.

—Madre, ¿qué te parece si contratamos a un criptoanalista? —le preguntó Clover mientras metía el equipaje en el maletero.

Susan se rascó la cabeza.

—Un descifrador. —Clover les abrochó el cinturón a sus hijos—. Con la ayuda de las otras notas, un experto podría descifrar el mensaje. —Dio un paso hacia su madre—. Por supuesto, tendría que firmarnos un acuerdo de confidencialidad.

—Lo pensaré —declaró Susan.

Clover asintió.

—Me ha gustado pasar tiempo contigo —dijo Susan.

Su hija sonrió.

—A mí también.

Se sentó al volante y puso el coche en marcha.

Mientras se alejaban, Susan lanzó besos a sus nietos y luego entró en casa. El silencio era abrumador. Sola de nuevo, notó una gran presión, como si acabara de entrar en una cámara

hiperbárica. Luego, exhausta, se quedó dormida en la silla.

*Epping, Inglaterra*

Susan se despertó con la espalda rígida, como si le hubieran sustituido la columna vertebral por una vara de acero. Se tomó tres aspirinas y estiró las vértebras para tratar de recuperar el movimiento en las maltrechas articulaciones. Apenas llegaba a tocarse las rodillas, mucho menos los dedos de los pies, y se prometió no volver a dormir nunca más en una silla.

Cuando el dolor se convirtió en una molestia soportable, se dirigió al palomar. Puesto que llegaba tarde a darles el desayuno, la mayoría de las palomas ya estaban dando vueltas en torno al comedero. Dejándose llevar por la fuerza de la costumbre, dio unos golpecitos en el barril de grano con una cuchara de madera y les echó pienso. Observó a las palomas mientras picoteaban y caminaban pavoneándose, arañando con las patas el suelo de madera contrachapada. El zureo de las aves y el olor a humedad del palomar le resultaban reconfortantes. Pero aquel consuelo temporal se esfumó rápidamente cuando pensó en el mensaje indescifrable que seguía dentro de la vieja lata de té: un fantasma del pasado, encerrado como un genio. «Puede que Clover tenga razón —pensó—. Quizá debería contratar a un descifrador.»

Mientras estaba llenando de nuevo el bebedero, oyó el motor de un coche. Las palomas revolotearon. El sonido del coche se fue acercando y luego se detuvo. Susan estiró la espalda e hizo una mueca. Oyó el chirrido de una portezuela al abrirse y volver a cerrarse. Al salir del palomar, vio un coche azul aparcado. Y a un hombre de pelo cano que contemplaba la casa.

La puerta de muelle se cerró de golpe tras ella.

—Hola —gritó Susan.

El hombre se volvió.

Susan entornó los ojos y lamentó haber dejado las gafas dentro de casa.

—¿Puedo ayudarle?

El hombre se aclaró la garganta.

—Susan.

Al escuchar aquella voz se estremeció. Se quedó inmóvil pensando que debía de estar empezando a fallarle la mente, igual que las rodillas.

El hombre se acercó.

Ella siguió sin moverse, como si de repente sus pies hubieran echado raíces. Cuando el hombre estuvo más cerca, pudo enfocarle mejor el rostro. Aunque le habían salido profundas arrugas en la

frente y en las mejillas, reconoció el hoyuelo de la barbilla. Los ojos de color caramelo, apagados por el paso del tiempo. Y el pelo, antes castaño y ondulado, ahora escaso y blanco.

—¿Ollie?

El hombre asintió.

—Oh, Dios mío.

Él la miró a los ojos.

A Susan le dio un vuelco el corazón. «¡Estás vivo!» Una parte de ella quería echarle los brazos al cuello. Abrazarlo. Estrecharlo con fuerza. Pero la sorpresa de verlo despertó una oleada de sentimientos encontrados. Susan pensó a toda velocidad. «¿Por qué no volviste? ¿Dónde has estado? ¿Qué ocurrió?»

Susan siguió mirándolo, incapaz de hablar.

Lentamente, él le tendió una mano.

Susan retrocedió. La incertidumbre le atenazaba el corazón. «¿De verdad eres tú?»

Ollie bajó la mano y guardó silencio.

«Sobreviviste y no te pusiste en contacto conmigo.» Susan dejó caer los hombros mientras su alegría se volvía amarga.

—¿Puedo pasar? —preguntó él.

Susan vaciló. «¿Tus promesas no eran más que un síntoma de la guerra? ¿Acaso no sentías lo mismo que yo?» Y se dio cuenta entonces de que los recuerdos que atesoraba, surgidos bajo la presión de las bombas de la Luftwaffe, quizá no fueran más que sueños distorsionados. Mentiras. De repente, su júbilo se vio arrollado por una avalancha de angustia. Quiso llorar. Pero por mucho dolor que le causara la verdad, necesitaba saber qué había ocurrido. «Sé un huevo», susurró para sus adentros. Respiró hondo, en un intento de recobrar las fuerzas, y luego lo guio hacia la casa.

Minutos más tarde, estaban los dos sentados en la cocina frente a una taza de té recién hecho. A Susan le temblaron las manos cuando removió la leche y el azúcar de su taza.

—Gracias —respondió Ollie. Bebió un sorbo y dejó de nuevo su taza en la mesa—. Estás igual que antes.

Susan, sentada al otro lado de la mesa, bajó la vista hacia su té: le devolvió la mirada el reflejo de una anciana.

—Pensaba que habías muerto —expuso.

La aspereza de sus palabras cortó el aire.

Ollie bajó la cabeza.

Incapaz de mirarlo, Susan se concentró en un profundo arañazo en el tablero de la mesa.

—Vi un artículo en la prensa —dijo él interrumpiendo el silencio—. Hablé con Lydia y Niles Googins. Ellos me dijeron dónde encontrarte.

Susan se obligó a beber un sorbo de té, demasiado caliente y amargo.

—Quizá deberías haber llamado antes.

Ollie se aclaró la garganta.

—Temía que no quisieras verme, supongo.

Susan añadió otro terrón de azúcar a su té. Lo removió. La cucharilla tintineó dentro de la taza.

Ollie echó un vistazo a su alrededor y luego señaló una fotografía enmarcada que colgaba de la pared.

—¿Es tu familia?

—Mi hija, Clover, y mis nietos, Evie y Hugh —dijo, sin levantar la mirada.

—Son muy guapos. —Luego se fijó en otra foto—. ¿Tu marido?

Susan asintió y notó un nudo en el estómago.

—Duncan en la fiesta de jubilación. —Guardó silencio y después añadió—: Murió hace cinco años.

—Lo siento —dijo él, sujetando con fuerza su taza de té—. ¿Has tenido una buena vida?

Susan lo contempló. Cruzó los brazos y asintió.

—Me alegro —dijo él.

Sin saber qué responder a eso, Susan le hizo una pregunta.

—¿Tienes hijos?

—No, por desgracia —respondió Ollie.

—¿Casado?

—Una vez. —Guardó silencio—. Anna murió de leucemia en 1952.

—Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo.

Susan tragó saliva.

—¿Nunca has vuelto a casarte?

Ollie negó con la cabeza.

—¿Dónde vives?

—En Portland —dijo, y bebió un sorbo de té—. Maine.

«Oliver de Maine», cacareó la voz de Bertie en su mente.

—Me fui a vivir allí al jubilarme. Trabajaba en Boston para una compañía aérea regional.

—¿Conseguiste ser piloto? —le preguntó Susan.

Ollie asintió.

La mente de Susan era un hervidero de preguntas. Jugeteó con la cuchara. Incapaz de seguir conteniendo sus emociones, se puso en pie y vertió su té en el fregadero. De espaldas a Ollie, fue capaz de decir lo que había querido preguntarle en cuanto lo había visto.

—¿Cómo pudiste dejarme creer que habías muerto? Durante los últimos cincuenta años, ¿no has tenido tiempo de llamar o escribirme una carta?

Ollie se dispuso a hablar, pero ella lo interrumpió.

—¿Qué ocurrió?

Se apoyó en la encimera para aliviar el dolor que empezaba a aumentar en las rodillas.

Ollie respiró hondo.

—¿Por dónde empiezo? —susurró.

—Quizá por el principio.

Ollie se pasó una mano por el escaso pelo. Tras una larga pausa, comenzó a hablar.

—Intentamos huir de Francia en el invierno de 1940. Mientras cruzábamos los Pirineos, nos topamos con una patrulla de la Wehrmacht. Nuestro guía, Lucien, y el teniente de vuelo Boar murieron. —Se frotó el brazo—. A mí me pegaron un tiro mientras intentaba cruzar un río para llegar a España.

Susan se volvió.

Ollie cerró los ojos y rebuscó entre sus recuerdos.

—Dos muchachos me salvaron de morir ahogado. Me sacaron del río y me arrojaron con sus abrigos. De no haber sido por ellos, habría muerto de hipotermia. En lugar de entregarme a las autoridades fronterizas, me llevaron a un monasterio. Me pasé allí dos meses recuperándome.

—¿Y luego volviste a Estados Unidos?

Ollie negó con la cabeza.

—A Gran Bretaña.

Susan notó la boca seca.

—Conseguí llegar a Portugal con la ayuda de los religiosos y embarqué en un buque que se dirigía a Gran Bretaña. Llegué a Epping en mayo de 1941.

Susan se tapó la boca.

Ollie echó un vistazo a su alrededor.

—Encontré la casa en ruinas.

Susan pensó en el bombardeo. Le vino a la mente la imagen de su abuelo cubierto de escombros.

—Bertie murió.

—Lo siento muchísimo, Susan. Bertie era un hombre maravilloso. —Ollie pasó el dedo por el borde de su taza—. Ni siquiera puedo imaginar lo mucho que debiste de sufrir durante el Blitz.

Susan se acercó a la mesa y se sentó junto a él.

—Viajé hasta Church Fenton y me uní al Escuadrón Águila. Después del Blitz, la RAF necesitaba desesperadamente pilotos voluntarios: incluso les servía alguien como yo, un piloto fumigador estadounidense que apenas podía levantar el brazo lo bastante como para superar las pruebas físicas. Piloté un Hurricane para la RAF hasta poco después de que los japoneses bombardearan Pearl Harbor. Cuando Estados Unidos entró en guerra, me transfirieron a las Fuerzas Aéreas del Ejército de Estados Unidos.

—¿Por qué no me buscaste? —le preguntó Susan—. Les dejé mi dirección de Northampton a los vecinos.

Ollie se llevó una mano a la chaqueta, muy despacio, y sacó un libro pequeño, muy gastado y estropeado por el agua.

Susan abrió los ojos como platos al reconocer el libro de códigos de su padre.

Ollie abrió la tapa, bajo la cual conservaba varios trozos de papel amarillento, prensados como si fueran flores viejas. Cogió el primero de todos y lo deslizó por encima de la mesa hacia Susan.

—Éste fue el último mensaje que me entregó *Duquesa*.

Susan se emocionó al escuchar el nombre de su paloma. Fue a buscar las gafas de leer y enseguida se dio cuenta de que aquélla no era su letra. Y de que el mensaje no estaba en clave. Las manos le temblaron al leerlo.

*Es mi doloroso deber comunicar la muerte de Bertie Shepherd y Susan Shepherd, del Servicio Colombófilo Nacional, acaecida en Epping, Inglaterra, el 27 de noviembre de 1940. Causa de la muerte: bombardeo.*

*Misión finalizada.*

CABO S. L. WILLIAMSON, RAF

A Susan le temblaron las manos. Contempló el mensaje.

—Creías que estaba...

—Sí —dijo.

Susan estrujó el papel, invadida por una mezcla de perplejidad y rabia.

—¿Quién es el cabo Williamson? ¿Por qué envió ese mensaje?

Se esforzó por recordar los nombres de los soldados que en su día habían estado destinados en la granja.

Ollie tragó saliva.

—No existía ningún cabo Williamson.

Susan se lo quedó mirando. Y, entonces, lo entendió. Cogió rápidamente la lata, que guardaba en un carro de cocina, y vació el contenido sobre la mesa. Al comparar la caligrafía con el mensaje firmado «Teniente de vuelo Clyde Boar, RAF», descubrió que era idéntica.

—Dios mío.

—Boar debió de coger a *Duquesa* y cambiar los mensajes —dijo Ollie.

—¿Por qué? —preguntó Susan con los ojos empañados en lágrimas.

—Quizá porque despreciaba a los estadounidenses, sobre todo a mí. O porque estaba celoso de nosotros. —Ollie se inclinó hacia delante—. Creo que la gota que colmó el vaso fue descubrir que había perdido un ojo. Se volvió resentido, pues sabía que nunca más volvería a volar. Y supongo que yo me convertí en el blanco de su rabia: creo que el mensaje en principio no pretendía ser más que una broma cruel, que Boar creía que yo descubriría la verdad si conseguía huir de Francia. —Ollie respiró hondo y luego expulsó el aire—. Lo más curioso es que me salvó la vida en dos ocasiones.

—Lo odio —dijo Susan—. Nos robó nuestro futuro.

Ollie le cogió las manos con suavidad.

—Me he pasado el viaje hasta aquí tratando de entenderlo todo. No he dejado de arrepentirme

por todo lo que hice o dejé de hacer. Ha sido el vuelo más largo de mi vida.

Susan resopló. Una de sus lágrimas cayó sobre la mano de Ollie y Susan se dio cuenta de que él no la secaba.

—Al principio, me negué a creer la noticia de que tú y Bertie habíais muerto. Yo no estaba cuando *Duquesa* volvió y me convencí de que Boar había cambiado el mensaje, aunque él lo negaba una y otra vez. Pero cuando regresé aquí en mayo de 1941, encontré la granja en ruinas. El campo estaba repleto de cráteres. Dejé de tener dudas sobre la veracidad del mensaje. Y desde aquel momento, y durante todos los días de mi vida, he creído que estabas muerta.

Susan lo miró y se dio cuenta de que le temblaba el labio inferior.

—No soportaba la idea de ir a ver tu tumba. Cogí unas flores en el prado y las dejé junto a un palomar —dijo Ollie bajando la cabeza—. Si me hubiera quedado en Epping, te habría encontrado.

—Tú no tienes la culpa —le disculpó Susan llorando—. Fue Boar quien nos hizo todo esto.

Ollie cogió aire, temblando.

—Cuando supe que estabas viva, me sentí eufórico, pero al mismo tiempo me destrozaba pensar en la vida que podríamos haber tenido juntos.

Susan se acercó a él.

—Yo también odio a Boar por lo que hizo —prosiguió Ollie—. Y creo que podría convertirme en un viejo resentido durante lo que me queda de vida. Pero si él no te hubiera molestado en aquel tren abarrotado que salía de Londres, nunca nos habiéramos conocido. Tú habrías bajado en Epping, yo habría seguido hasta Church Fenton. Nuestros caminos nunca se hubieran cruzado. — Le acarició la mano—. Y pese a que fue muy breve el tiempo que pasamos juntos, no me imagino mi vida sin ti.

Susan le apretó los dedos y tuvo la sensación de que el tiempo entre ellos empezaba a escurrirse.

—No fue suficiente.

Ollie la miró a los ojos.

—Nunca he dejado de pensar en ti.

En el corazón de Susan empezó a abrirse el compartimento secreto que había permanecido cerrado durante más de medio siglo.

—Yo tampoco —susurró.

—Siempre has estado conmigo —dijo Ollie.

Susan tenía las mejillas bañadas en lágrimas y temblaba de la emoción.

—Tus palabras y tu inspiración me dieron las fuerzas para huir. Para no rendirme.

Lloraron juntos. El dique que contenía los años que los separaban se vino abajo.

Ollie le secó las lágrimas. Susan lo miró a los ojos y le acarició una mejilla con dulzura.

—Hay algo que debo enseñarte.

*En casa*

Susan y Ollie contemplaron el agujero recién cavado en la linde del bosque de Epping. Una brisa cálida empezó a soplar entre los árboles. Las ramas crujieron y chirriaron, cosa que hizo enmudecer a los gorriones. En el aire flotaba el perfume de la tierra mojada y del musgo. Ollie apoyó la pala en un abedul, cuya corteza se despegaba como si fuera un antiguo papel pintado. Muy despacio, se arrodilló.

Susan llevaba en una mano una cajita de plástico con los restos de *Duquesa* y, en la otra, un trocito de papel.

Ollie miró a Susan. El viento le alborotaba el pelo ralo.

—Fue una paloma extraordinaria —afirmó Susan mientras le pasaba la cajita.

—Un ángel —dijo él.

Susan sonrió.

Ollie depositó los restos en el agujero y luego lo relleno de tierra. Por último, aplanó con las manos el montículo. Encontró una piedra plana, de varios centímetros de diámetro, que sobresalía parcialmente entre las raíces de un olmo enorme. La desenterró y limpió los restos de tierra. Puesto que era demasiado pesada para cargar con ella, la hizo rodar por el suelo, vuelta tras vuelta, hasta llegar al montículo.

Mientras Ollie colocaba la lápida, Susan desdobló el mensaje descifrado y lo leyó por segunda vez.

*Susan, si existe el cielo y soy digno de llegar hasta allí, prometo buscarte.*

*Tuyo para siempre,*

*OLLIE*

Ollie se puso en pie y le pasó un brazo por los hombros.

—Después de todos estos años, *Duquesa* ha conseguido reunirnos —dijo.

Susan se apoyó en él.

—Por fin está en casa.

Ollie la estrechó entre sus brazos.

—Y yo también.

## Nota del autor

Mientras me documentaba para escribir este libro, me cautivó una noticia aparecida en la prensa británica en 2012 que hablaba sobre el descubrimiento, varias décadas después de la guerra, de los restos óseos de una paloma militar encontrados en una chimenea de Surrey. La paloma llevaba sujeto a una pata un mensaje en clave que durante años desconcertó a los descifradores del GCHQ. El misterio de esa paloma militar y su mensaje indescifrable me sirvió de inspiración para escribir esta historia.

Durante mi investigación, también me fascinó cada vez más el importantísimo papel desempeñado por las palomas durante la segunda guerra mundial. El Servicio Colombófilo Nacional de Gran Bretaña, una asociación civil formada por voluntarios, entregó unas doscientas cincuenta mil palomas militares a los Servicios Británicos entre 1939 y 1945. Fuente Columba era el nombre real en clave de la operación de lanzamiento de dieciséis mil palomas mensajeras en los Países Bajos y la Francia ocupada por los alemanes: el objetivo era proporcionar medios a los habitantes de esos países para que pudieran enviar inteligencia militar a Gran Bretaña, por ejemplo, los movimientos de las tropas alemanas. Imaginé a Susan y a Bertie como dos entregados miembros del Servicio Colombófilo Nacional, convencidos de que sus extraordinarias aves ayudarían a la supervivencia de Gran Bretaña.

Además de las palomas militares, también me fascinó descubrir que más de doscientos pilotos estadounidenses sirvieron de forma voluntaria en los Escuadrones Águila de la RAF antes de que Estados Unidos entrara en guerra, en diciembre de 1941. Aquellos valientes pilotos ignoraron la Ley de Neutralidad de Estados Unidos y se dirigieron a Gran Bretaña, en la mayoría de los casos a través de Canadá. El londinense Charles Sweeny, acaudalado miembro de la sociedad, y el canadiense Billy Bishop, as de la aviación durante la primera guerra mundial, desempeñaron un importante papel a la hora de reclutar pilotos voluntarios estadounidenses para la RAF. Imaginé que alguien como Ollie, un piloto fumigador descendiente de británicos, tendría la habilidad y la motivación necesarias para entrar en combate.

Mientras me documentaba —especialmente sobre las primeras etapas de la segunda guerra mundial—, descubrí extraordinarios acontecimientos históricos que he tratado de introducir con la mayor exactitud posible en la cronología de los hechos que describo. Un ejemplo: la maternidad de Sprigg's Oak, en Epping, fue bombardeada el 9 de octubre de 1940. Murieron ocho mujeres embarazadas que habían huido de Londres en busca de un lugar seguro en el que dar a luz a sus bebés. La destrucción que encuentra Ollie cuando llega a Gran Bretaña es el resultado de los

bombardeos de Liverpool, especialmente el refugio de Cleveland Square, que recibió el impacto directo de una bomba a consecuencia del cual murieron al menos dieciséis civiles. La Luftwaffe realizó varios ataques aéreos al aeródromo de North Weald en 1940, uno de los cuales he aprovechado para enviar a Ollie a la Francia ocupada por los alemanes. Por otro lado, también he intentado reflejar de forma precisa los distintos tipos de aviones que usaron tanto las fuerzas alemanas como las británicas durante las primeras etapas de la guerra, así como el material y los métodos de cría de palomas utilizados por el Servicio Colombófilo Nacional. Cualquier inexactitud histórica de la novela es mía y sólo mía.

Si bien son varios los personajes históricos que aparecen en este libro, me parece importante destacar que *El largo camino a casa* es un relato de ficción y que me he tomado ciertas licencias creativas a la hora de escribir la historia. Por ejemplo, es inventada la reunión secreta en Londres en la que Susan recibe las instrucciones para la misión Fuente Columba. Es muy probable que existiera un estricto protocolo de comunicación entre el Servicio Colombófilo Nacional, la Inteligencia británica y la RAF. Y, por otro lado, no encontré durante mi investigación ningún dato que apuntara a la presencia de criadores del Servicio Colombófilo Nacional en las reuniones de los centros de mando del Gobierno británico. Las rutas de huida en la Francia ocupada por los alemanes no estaban demasiado organizadas en 1940, de modo que he basado la huida de Ollie en una variación de la línea Cometa, una red de la resistencia que funcionó durante una etapa posterior de la guerra. Por último, Ollie y Boar se refugian en casa de Madeleine y su cerdo trufero, *Louis*, en la localidad de Airaines, en el norte de Francia. La búsqueda de trufas es más habitual en el sudoeste de Francia, pero lo cierto es que no pude resistirme a la idea de incluir un cerdo trufero en el relato.

Son muchos los libros, artículos de prensa y publicaciones históricas que me han ayudado durante la investigación. El libro *The Eagle Squadrons, Yanks in the RAF 1940-1942*, de Vern Haugland, me resultó especialmente útil a la hora de entender las motivaciones y los viajes de los pilotos voluntarios estadounidenses que se unieron a la RAF. *WW2 People's War*, un archivo de recuerdos de la segunda guerra mundial —escritos por los ciudadanos y recopilados por la BBC—, se convirtió en una asombrosa fuente de información para comprender los miedos y el sufrimiento de los londinenses durante el Blitz.

Escribir este libro ha sido una especie de acto de amor. Para mí, siempre será una fuente de inspiración la capacidad de resistencia de los británicos, que soportaron ocho meses de incesantes bombardeos —desde septiembre de 1940 hasta mayo de 1941—, los cuales provocaron la muerte de cuarenta y tres mil civiles. Es mi deseo que este libro honre la memoria de todos los hombres, mujeres y niños que fallecieron durante el Blitz.

Escribir esta novela no habría sido posible sin la ayuda de muchos amigos y compañeros. Quiero expresar mi eterno agradecimiento a las siguientes personas, cuyo talento y capacidad de trabajo admiro tanto:

Me honra y a la vez me enorgullece que John Scognamiglio eligiera esta novela para

publicarla. Agradezco profundamente los conocimientos editoriales de John y su entusiasmo por hacer realidad este libro.

Muchas gracias a mi maravilloso agente, Mark Gottlieb, por su apoyo y sus consejos a la hora de encontrarle un hogar a esta novela. Me siento muy afortunado de tener cerca a Mark.

Mi más sincero agradecimiento al Club de Escritores de Akron y a mi red de colegas y críticos: Betty Woodlee, Becca Orchard, Ken Waters, Karl Ziellenbach, David Rais, Krissie Lynch, Dani Turos, John Stein, Sharon Jurist, Conrad Detweiler, Rocky Lewis, Suzanne Hodsdon, Christine Wright, Shannon Waller, Carisa Taylor, Cheri Passell, Anna Bialik, Kat McMullen, Kristen Weber y Valerie Brooks. Quiero dar muy especialmente las gracias a Betty: sin su intuición y sus consejos, es posible que este libro no se hubiera escrito jamás.

Y, por último, pero no por ello menos importante, esta historia no habría visto la luz sin el cariño y el apoyo de mi esposa, Laurie, y de nuestros hijos: Catherine, Philip, Lizzy, Lauren y Rachel. Laurie, eres y siempre serás el amor de mi vida.

## Notas

1. *Beans* significa «judías». (*N. de la T.*)

1. Literalmente: «Tenía un pajarito que se llama *Enza*. Abrí la ventana y entró *Enza*». Se trata de un juego de palabras intraducible entre la expresión *in flew Enza* («entró *Enza*») e *influenza* («gripe» en inglés, la causa de la muerte de los padres de Susan), que se pronuncian prácticamente igual. (*N. de la T.*)

*El largo camino a casa*  
Alan Hlad

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Long Flight Home*

Diseño de la cubierta, Jorge Schmidt

© de la imagen de la cubierta, The LIFE Picture Collection y The New York Historical Society, Getty Images

© Alan Hlad, 2019

Publicado de acuerdo con Kensington Publishing Corp. Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

© de la traducción, Montse Triviño González, 2020

© Espasa Libros, 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-670-5848-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

# NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

---



¡Síguenos en redes sociales!

